

Nina Minina

ALGO  tan

~~estupendo~~
~~estupido~~

como

el

AMOR 



ALGO tan
estupendo
como el AMOR
Nina Minina



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Algo tan (estúpido) estupendo como el amor
©NINA MININA, 2018

Diseño de portada: Nina Minina
Maquetación: Nina Minina
ISBN-13: 978-1985332423
ISBN-10: 1985332426

*A los pequeños Mininos,
futuros rompecorazones.*

UNA ENTREVISTA ACCIDENTADA

EL PULSO ME TEMBLABA mientras terminaba de pintarme los labios y por más que me mirase en el espejo, apenas podía reconocermé en la imagen que este me devolvía. Di un paso atrás y entorné los ojos estudiándome con ojo clínico. ¿Esta iba a ser yo a partir de ahora? ¿Una señorita con traje sastre y morritos pintados de marrón glasé? Uf, no lo sé. La verdad es que no me veía. Era la primera vez que me ponía un traje sastre. Mejor dicho, la segunda, la primera fue en el probador de Zara de Gran Vía, donde fui corriendo tras recibir la llamada de Century.

Después de seis meses sirviendo café y tostadas requemadas en La Salerosa con un sueldo mínimo, agotadas todas mis reservas económicas y acumulado una deuda importante con Andrea, mi compañera de piso y amiga desde tiempos inmemoriales, por fin había conseguido una entrevista de algo relacionado con lo mío, tras escuchar una conversación entre dos chicas con unos capuchinos caramelo *macchiato* de por medio. Y lo mío, que conste, tampoco estaba muy claro que era entonces. Y no lo tenía claro, y que vuelva a constar, porque nunca me había visto en la necesidad real de planteármelo.

Hasta hacía seis meses, jamás había servido café a otro ser humano, pero, a decir verdad, tampoco había usado el metro de Madrid para ir a ningún lado, y ahora se había convertido en mi medio de transporte habitual, y de momento no me había desintegrado como la sonda Cassini de Saturno. Mi vida estaba cambiando a pasos agigantados y me gustaba, me gustaba mucho, pero lo de ser camarera, en serio, no era lo mío. Se me daba bastante mal, pese a que le ponía ganas al asunto y no tenía ningún problema de comunicación con los turistas, de ahí que el encargado aún no hubiera decidido darme puerta ancha.

Yo había estudiado Literatura inglesa igual que podría haber estudiado Derecho o Empresariales, con dieciocho años no estaba pensando en mi

futuro profesional, solo en contentar a mis padres, ya que, parafraseando a mi madre y nótese mi tono ostentoso, *toda señorita de buena familia que se precie debe tener una titulación universitaria*, y también en ver mundo... o tal vez, inconscientemente, en escapar de esos roles familiares que ya entonces empezaban a ahogarme con sus manos invisibles. Así que, se puede decir, había huido literalmente a Boston, donde estudié durante cuatro años, pensando que lo hacía para nada en realidad, pero encontrando a su vez una gran satisfacción personal en la libertad que me proporcionaban los kilómetros de océano interpuestos con mis sogas familiares, en las lecturas de textos clásicos de grandes momentos de la literatura inglesa, en las tertulias a media tarde con mis compañeros de clase debatiendo sobre Wharton, Stein, Joyce o Miller, entre otros muchos maravillosos autores, y en las escapadas que pude hacer a lo largo y ancho del continente americano. Allí también conocí a Hans, un estudiante holandés, y experimenté con él mi primer orgasmo de los buenos, no es algo que venga muy a cuento aquí, pero también era un aspecto que desconocía sobre mí, y me fui olvidando de quién era o mejor dicho de quién se pretendía que yo fuera. Alguien que, descubrí entonces, tampoco me gustaba demasiado.

Y luego había vuelto a mi casa, mi hogar, mi dulce hogar, encontrándome con que todo aquello que me había hecho crecer en Boston como persona no me valía de nada. En Madrid volvía a ser María Elena Engracia Altamira de Boscos, hija de los Altamira, pudiente familia afincada en la exclusiva urbanización La Finca, sin más papel en la vida que el de mujer florero profesional, y poco a poco había comenzado a caer en picado hundiéndome en un drama personal que me tuvo al borde de una depresión, hasta que decidí de nuevo escapar, pero esta vez de verdad. Podía cambiar mi vida, pero, a cambio, tenía que dejar mucho atrás. Vi la luz, ahí estaba. Ahí fuera, a mi alcance. Sin ataduras, sin compromisos, sin derechos ni obligaciones. Un salto libre al vacío, al mundo real, a la inhóspita jungla... en realidad, no tanto, pero me encanta echarle dramatismo al asunto.

Y aunque suene al típico discurso de nuevo comienzo de heroína del siglo XXI, fue casi una obligación salir de la casa familiar. Eran ellos o yo, y por supuesto, elegí «yo». Una serie de circunstancias, algo largas de contar y que ya iré desvelando según surja, fueron el detonante de mi inopinada huida. Y en ese acto de valentía me vi inmersa de pronto en una vorágine de sinsentidos, teniendo que cambiar hasta mi aspecto físico para que no se me relacionara con una portada del *¡Hola!* que me valió el apodo de Malena la

Loca de la Melena.

Acarreando los cuatro trapos, que pude embutir en mis tres maletas Louis Vuitton, crucé la puerta de Andrea, pidiéndole un techo con los ojos llorosos y un huevo en la garganta gordísimo. Y mi amiga, que estaba al corriente de todos los hechos acontecidos y, además, es la mejor amiga del mundo, me había acogido en un principio con los brazos abiertos, pero tras seis meses de casi no contribuir y fundirme mis pocos ahorros, yo estaba lo que se dice sin blanca y la paciencia de ella comenzaba a flaquear.

Empezaba a sentirme desesperada. Necesitaba un trabajo mejor remunerado. Mi plan B naufragaba, y de hacerme con él dependía no sentirme una fracasada por siempre y regresar con el rabo entre las piernas ante mis padres, implorando perdón por ser una rebelde sin causa, la oveja negra, la manzana podrida, según ellos. Cosa que no quería por nada del mundo. Pueden parecer palabras mayores a mi edad, pero si con veintinueve años no has dado un palo al agua en tu vida, ese es el adjetivo que mejor te define. FRACASADA.

—¿En serio vas a salir de esa guisa? —apuntó Andrea parpadeando mientras se cubría media cara con el tazón de café.

—¿Qué le pasa a este conjunto laboral? —Me puse en jarras.

—Para empezar, con ese traje pareces la mujer de un predicador —contestó guasona, poniéndome aún más nerviosa de lo que ya estaba.

—Muy graciosa, ni que conocieras a alguna —le repliqué pensando en la mujer de Ned Flanders y arrebatándole lo que le quedaba de café.

—Pero lo que realmente me ha dejado muerta —parpadeó teatralmente como si un faro la hubiera deslumbrado de lleno— es esa frente despejada tuya. Quitate esa coleta, por favor, pareces una puta pantalla de Cinexin.

Sacudí la cabeza, molesta por el comentario. Nunca había llevado demasiado bien tener la frente tamaño pista de aterrizaje, pero me encantaban los recogidos. No solo eran muy cómodos, sino que además eran muy profesionales, y ahora que mi melena *midi* había crecido un poco podía recogerlo sin que ningún mechón escapara a su aire del coletero.

—O te la quitas tú o lo hago yo. ¿Es que quieres que te paren por la calle para preguntarte si pueden ponerte un anuncio por palabras en la frente? —continuó martirizándome acercando la garra decidida.

—No será para tanto. —Le aparté la mano al vuelo.

—Lo es, me estás dejando ciega —respondió, haciéndose una visera con la mano entornando los ojos exageradamente como si estuviera mirando al

mismo sol—. Y eso que te has puesto es horrible ¿Por qué no te pones ese vestido negro ajustado que te compraste para fin de año?

—Porque es una entrevista de trabajo en una editorial, no en una barra americana. Además, aquellas chicas iban de traje y debían trabajar allí. Conocían todos los detalles sobre esa tal Ana que abandonaba el puesto para casarse con ese ricachón de altas esferas. —Puse cara de asco, asco que sentía al recordar mi anterior vida.

—Mira que eres exagerada, Malena. Ese vestido con un par de complementos chic pueden ser la catapulta hacia el éxito profesional. ¿Es que nunca has visto *Suits*? —comentó mirándome de arriba abajo con la nariz arrugada, volviendo a desaprobarme con ese gesto insolente el traje sastre de falda y chaqueta con blusa blanca, que había elegido para presentarme como una mujer seria y profesional. Todo un clásico de lo más repelente pero que, por lo poco que sabía, era lo que se llevaba en el ámbito laboral.

—¿Lo dices por el escote? —pregunté abrochándome un botón que dejaba demasiado canalillo a la vista.

—Lo digo porque eres una mujer atractiva de veintinueve años con un currículum brillante en Literatura del siglo XX, que se empeña en ir vestida como una ejecutiva de película de los ochenta, Malena bonita. Las mujeres hoy en día pueden ir vestidas de mujeres a trabajar, no como hombres con faldas —comentó mi amiga con desdén, deslizándose su alicatado índice por la manga de la chaqueta de raya diplomática—. Uf, hasta da grima tocarla —dijo antes de retirar el dedo con una mueca de asco.

Negué con la cabeza, ¿qué sabría ella? Ni que hubiera trabajado en una oficina alguna vez, así que le dije:

—Tú sabes mejor que nadie que quiero... mejor dicho, necesito ese trabajo como el agua. Llevo seis meses sirviendo carajillos y sol y sombras y es la primera vez que me llaman para una entrevista, que no suponga llevar una gorrita y un minidelantal. Necesito ese trabajo desesperadamente. Estoy en las últimas, la tarjeta de crédito ya no me da ni las gracias y te debo un montón de dinero. Si no consigo el puesto en esa editorial, mi vida está acabada... con solo veintinueve años. Necesito tener la imagen perfecta.

—¿Tu vida? —dijo con sorna.

—La de mujer independiente —le hice un mohín, que recibió con los ojos en blanco y un largo suspiro de «señor, dame paciencia»—. Tendré que resignarme a llevar este tipo de prendas horribles —continué pasando el dedo por la manga del traje, que me había comprado a propósito de la

entrevista y fingiendo un escalofrío, que hizo carcajearse a Andrea—. Anda, dime algo bonito —le pedí a mi amiga. Quería que cambiara de tercio y me regalara un poco los oídos. De esa manera el positivismo me inundaría la mente, alejando los malos pensamientos y me templaría los nervios. Tenía el cuerpo en modo flan desde que había abierto los ojos a las seis, y las cantidades industriales de café ingeridas desde esas horas insanas no estaban mejorando mi estado.

—No, que luego querrás que te pida una cita —se burló—. Vamos a tu habitación. No puedes ir vestida así, nadie te tomará en serio con esa ropa de institutriz alemana. —Cogí aire para decirle algo, pero siguió hablando—. No es que estés mal. Para ir a un entierro puede valerte, pero no es la imagen que debes dar en una editorial. Un vestido entallado es lo ideal y taconazos... y la cartera que me regaló mi padre solo él sabe con qué utilidad —prosiguió mientras me arrastraba hasta el dormitorio.

—¿Crees que me reconocerán?

—Por el aspecto físico es probable que no, pero tu nombre y tu magnífico currículum son demasiado reveladores. Pero no te preocupes por eso ahora, ya nadie se acuerda de Malena *la Loca de la Melena*.

—Odio a mis padres. —Bufé recordando el bochornoso momento.

A las diez menos tres minutos me encontraba en la puerta principal del edificio, donde se encontraban las oficinas de Century, con un vestido azul Prada de corte recto, que acentuaba mi esbelta cintura, gracias a un fino cinturón de charol, y unos *stiletto*s negros Louboutin con un tacón de vértigo. Según Andrea, el conjunto perfecto para conquistar a un chico mono en un bar o a un entrevistador laboral, hombre o mujer. Y así lo esperaba. Que cayeran rendidos a mis pies y me dieran el empleo.

Aquel edificio imponía bastante, tenía la garganta seca y un severo temblor de piernas, mientras andaba de aquí para allá hasta que fuera la hora de la entrevista, con una cartera de cuero marrón oscuro, que Andrea me había obligado a llevar, vacía en una mano y un vaso de café en la otra.

La cartera se movía de un lado a otro como con vida propia y en una de esas salió disparada hacia atrás, igual que en los videos esos de risa en los que las pesadas bolas de bolos se escurren de los dedos sudorosos de un americano entrado en carnes. Y al darme la vuelta, no solo pude ver cómo la puñetera cartera había ido a parar a la cabeza de un hombre alto y rubio, que

se rascaba el cogote sorprendido por el impacto, sino que, además, le salpicaba la manga de su flamante chaqueta gris plomo con la lluvia de café, que había salido despedida en mi abrupto giro.

—Lo siento mucho —me disculpé con aquel hombre trajeado que llevaba en la mano una cartera similar a la mía, pero seguramente llena.

—Tranquila, no ha sido nada. —Se agachó para recoger la cartera y cuando la levantó del suelo dibujó una sonrisa burlona—. Menos mal que está vacía.

—No está vacía, es que llevo pocas cosas —le respondí con rapidez. Me sentía estúpida ante aquel hombre perfumado hasta los pies y con una mirada azul chistosa, que a las claras mi cartera vacía y yo habíamos provocado.

—¿Y qué cosas son tan flexibles que pueden prácticamente plegarse aquí dentro? —Dobló la cartera antes de entregármela.

—Folios.

—¿Folios?

¿Por qué insistía tanto?, me pregunté molesta con ese hombre tan atractivo. Debía rondar los cuarenta, unas leves arruguitas alrededor de los ojos lo denotaban, pero conservaba todo el cabello intacto y estaba en muy buena forma para su edad, deduje observando con disimulo la envergadura de sus hombros.

—Sí, de papel. El papel es muy flexible.

—¿Puedo ver? No me perdonaría haberte estropeado algún documento importante. —Y entonces, el muy descarado, hizo ademán de ir a mirar dentro de la cartera de ejecutivo que debí negarme a traer.

—No, no puedes. Y sí, me has estropeado un documento valiosísimo. Una escritura, eso es —sentencié, cerrando de golpe la solapa.

—¿Eres notaria?

—¿Eres interrogador profesional? —le repliqué, mirando el reloj para ver si se daba cuenta de que aquella conversación estaba llegando más lejos que la cartera voladora.

—Entiendo, nos vemos, señora notaria. —Fijó su mirada en mis ojos unos segundos y me dedicó una media sonrisa bastante sexi, antes de adentrarse en el edificio.

Inspiré hondo dos veces, y me cercioré de que aquel hombre hubiera desaparecido del vestíbulo principal antes de cruzar las puertas.

La entrada era espectacular: las paredes de mármol blanco hacían destacar las letras de acero tridimensionales de las distintas empresas, que cohabitaban

en aquel edificio, sobre la diminuta cabeza de una recepcionista cincuentona con moño italiano. La misma me dio la bienvenida y me indicó que las entrevistas para Century eran en la vigésimo primera planta.

En cuanto el ascensor abrió sus puertas y vi que una docena de chicas con traje chaqueta y carteras, primas hermanas de la mía, esperaba con las piernas juntas y manos inquietas su turno de entrevista, di gracias por que Andrea me hubiera obligado a desestimar aquella vestimenta tan trivial. Parecían maniqués del Corte Inglés, pero de los años noventa. Un completo horror.

Me senté y para matar el tiempo, me dediqué a observar, con disimulo, los zapatos de las demás candidatas. Entre unos salones beige y unos mocasines granates más chinos que Xao Xoxin, me distraje con unos pasos acelerados de unos Chelsea negros divinos, que me obligaron a alzar la vista para descubrir que eran la guinda final de unas piernas espléndidas, dentro de unos pantalones *slim* negros, y de un tronco no menos espléndido, envuelto por una chaqueta del mismo tejido sobre una camisa blanca con dos botones desabrochados y sin corbata, que restaban seriedad a aquel acertado *look office*. Y entonces lo vi. O, mejor dicho, lo vi a él. En lo alto de aquel monumento de carne y hueso había un rostro, que conocía tan bien como la palma de mi mano (tenía una foto suya tamaño póster sobre mi cabecero adolescente, que me permitió aprenderme hasta el último poro de su piel). Me dio un vuelco el corazón, como siempre había pasado cuando lo veía de pronto sin esperarlo. Porque allí estaba él de repente: Roberto Sarasola, después de quince años.

—Roberto... —Quizá levanté demasiado la voz y no solo él se volvió para ver quién lo llamaba, varias de las candidatas alzaron la vista para mirarme, aunque esa no era mi intención, se me había escapado el nombre por la conmoción.

Noté cómo me hervían las mejillas y más cuando él hizo ademán de acercarse con un gesto confuso. Había cambiado y para mejor. Estaba más alto, más corpulento, más atractivo, más hombre, más Roberto. Dios, estaba guapísimo. Y el Roberto adulto venía derecho hacia mí. No tenía escapatoria.

Puede que yo fuera más mujer, más delgada y más alta, y puede que hasta fuera bastante guapa, pero de pronto me sentí como una quinceañera destilando hormonas por las orejas, con gafas y granos hasta la indecencia. Se me aceleró el corazón conforme él acortaba la distancia entre los dos. Ya estaba a menos de dos metros y mis mejillas al rojo vivo eran perceptibles desde la luna. Debía parecer el mismo It pasado de maquillaje, mientras él se

veía perfecto en su traje. Su pelo denso y oscuro, sus ojos de un negro penetrante (claro eufemismo de folladores), sus morritos gruesos, su cuerpo ya entonces atlético había incluso mejorado. Estaba más desarrollado, más asentado, más impresionante, mucho más grande de lo que recordaba. Aunque habían pasado más de quince años desde la última vez que lo había visto, y había dejado de pensar en él (claro eufemismo de babeaba por él), ahora solo lo hacía de vez en cuando y para conjeturar qué sería de su vida, dónde viviría, a qué se dedicaría, si tendría novia... Cuando se detuvo a un metro me puse en pie y sentí cómo me faltaba la respiración y el suelo temblaba bajo mis tacones.

—¿Nos conocemos? —Me repasó de arriba abajo con un gesto imperturbable, como si para él fuera el pan de cada día que una damisela suspirara (gritara) su nombre.

—¿No me reconoces? Soy Malena Altamira... del American School...

Sin articular palabra volvió a mirarme dos veces más. De pronto parpadeó sorprendido. Bien, parecía que ya había caído.

—¿Malena, *la Chimichurri*? —soltó, mirándome fijamente a los ojos, sin tener en cuenta que ese maldito mote le había amargado la existencia a la mujer que tenía delante en sus años adolescentes y mermado la moral cada día, durante aquella época tan sensible y cruel.

—Supongo que sí —dije molesta.

—Lo siento, no pretendía ofenderte, pero es que... ¡Cómo has cambiado!
—Asentía una y otra vez, claramente impresionado.

—Gracias, supongo.

—Me refiero a que estás muy guapa y todo eso.

Me sonrió con aprobación y yo lo miré, pensando que hubiera donado uno de mis ojos a la ciencia si por aquel entonces Roberto Sarasola me hubiera hecho un cumplido de ese calibre, o que simplemente se hubiera dignado a dirigirme la palabra. Un «hola» me hubiera bastado para catapultarme a la luna.

Pese a que íbamos los dos al mismo instituto, me llevaba tres años, y yo era una cría por tanto y, por supuesto, completamente invisible para un tío mayor y buenorro, como era el caso de Roberto. Un pozo sin fondo de suspiros. Un tropel de chicas, entre ellas yo, babeando las gradas por sus juveniles músculos, mientras jugaba al baloncesto, vaticinaba que se dedicaría a explotar esa genética que la madre naturaleza le había regalado porque sí como modelo de pasarela. Pero aquí estaba, en una editorial.

Después de todo, debía tener un cerebro funcionando dentro de esa cabeza de adonis griego, pese a que la rumorología barata aseguraba que tenía lo justo justito para ligar en la liga de las guapas. Una liga en la que por descontado yo no jugaba ni de lejos.

—Quizá aún te pueda llamar *la Chimichurri*, porque estás tan buena como la salsa —continuó hablando acariciándose la cabeza mientras me hacía un escaneo completo de los pies a la cabeza.

No era el mejor cumplido que me habían hecho, pero viniendo de él se me antojó como un coro de voces blancas entonando el *Ave María* (el de Schubert, no el de Bisbal), así que le dije:

—Gracias otra vez y enhorabuena, veo que te ha ido bien y que no lees prensa rosa.

—La verdad es que no leo esas gilipolleces —arqueó una ceja algo confuso por mi alusión a la prensa de corazón—, y tú, ¿qué haces aquí?

—Probar suerte, pero veo que tengo mucha competencia. —Miré alrededor, señalando con la barbilla a todas aquellas chicas rivalizando por el codiciado empleo de editora adjunta, y, por sus abultadas carteras, yo tenía cero posibilidades.

—Seguro que la tienes, ese vestido te sienta realmente bien.

Tercer cumplido en menos de cinco minutos, me obligué a no saltar allí mismo de la emoción, y asentí levemente aceptando su elogio con mojigatería.

—Ahora tengo que marcharme a una reunión —continuó Roberto—, pero después podríamos tomarnos un café y ponernos al día.

Dios mío de mi vida, Roberto Sarasola quería quedar conmigo. Conteniendo a duras penas de nuevo las ansias de saltar como una pubescente fan de los BTS, respondí en tono plano:

—Estaría bien.

—Perfecto, cuando termines dame un toque. —Roberto se sacó una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y me la dio, marchándose con ese sexapil que le caracterizaba.

Me senté de nuevo y me dediqué a observar las puertas francesas tamaño jumbo, que me adentrarían a aquel *casting* laboral. No había ningún hombre esperando para ser entrevistado, aunque no me resultó tampoco extraño. En este mundillo había *overbooking* de mujeres en paro, mientras ellos ostentaban puestos importantes prácticamente al acabar la carrera. Las puertas se abrieron y el rubio alto trajeado, al que mi cartera había agredido

antes, salió por patas. Si lo acababan de entrevistar, seguro que iría directo a garabatear su firma en un contrato como alto ejecutivo y una vocecilla en mi cabeza farfulló, que todas las pobres ilusas que estaban allí, incluida yo misma, íbamos a pasar la entrevista por mera cortesía.

—¿María Elena Engracia Altamira de Boscos? —Una chica bajita, redondita y con gafas de pasta, que me recordó a mí misma tiempo atrás, portaba una carpeta y miró a la fila de clones buscándome.

—Soy yo. —Me incorporé y me alisé la falda del vestido, aprovechando para secarme el sudor de las manos, que parecían que llevaban una regadera integrada tras el breve encuentro con Roberto.

Las demás candidatas me miraron disimulando una sonrisa al escuchar mi rimbombante nombre. Malditas. Me atusé la melena, que Andrea me había obligado a llevar suelta, y eché a andar, espalda recta, hombros esbeltos, lento contoneo de caderas.

—Adelante. —La chica hizo el gesto típico con el brazo de quien te invita a pasar y yo el instinto de seguir instrucciones—. Suerte —añadió cuando estuve a su altura y cerraba la puerta.

Que aquella sala estuviera vacía me descolocó un momento. No sabía si avanzar y sentarme frente a la mesa de metacrilato o quedarme ahí parada como una estatua de sal. No quería parecer descortés y aposentarme antes de que el anfitrión de aquel despacho tan bien decorado me invitara a ello. Juraría que aquel hombre trajeado acababa de ser entrevistado y la posibilidad de que el entrevistador fuera un holograma era bastante absurda, así que la otra opción era que el hombre de la puerta que pensaba, gracias a mi torpeza, que era notaria, era a su vez el entrevistador.

Un calor inhumano empezó a subirme desde las piernas hasta la cara, hasta el punto de creer que podría desmayarme de un momento a otro. Aún estaba a tiempo de escapar, pero eso sería bastante insensato y descortés. Andrea seguro que me obligaría a llamar para pedir disculpas, lo que sería todavía más humillante. Pero él no sabría quién era yo, por teléfono no puedes ver las caras de la gente y no le había dicho mi nombre. Tenía que huir o sería el ridículo más espantoso de mi carrera, carrera que no iba a empezar por tonta. Me giré como un robot sobre los tacones y con la mano temblona agarré el pomo de la puerta, considerando unos segundos si abrirla y salir huyendo o aguantar el tipo como la adulta que era. Aquellos segundos me parecieron eternos y cuando por fin había decidido quedarme y aguantar el tipo, la puerta se abrió bruscamente y me golpeó la cara.

El impacto me dejó KO en el suelo y alguien se agachó para auxiliarme.

—¿Señorita Altamira, está usted bien? —Era un hombre.

—Me duele la nariz —respondí cubriéndomela con la mano y los ojos apretados, como si aquello fuera a mitigar el dolor. Dolía un montón.

—Déjeme que la vea. —Preocupado, me apartó con suavidad la mano y entonces lo vi, y, vaya, tenía que ser él. El hombre ante mí pareció sorprenderse al encontrarse con la señorita notaria y su napia entumecida por el golpe, y no pudo reprimir una sonora carcajada.

—¿Qué le hace tanta gracia? —dije, visiblemente ofendida por aquella reacción y la posibilidad de quedarme con la nariz a lo Poli Díaz.

—Lo siento, señorita notaria, pero entienda que este fortuito encuentro me haya hecho gracia. Habrá sido el karma.

—Qué karma ni que *karmo*, ha sido usted y esa maldita puerta —protesté mientras la mano de aquel semidesconocido seguía inspeccionándome la dolorida nariz.

—Creo que no está rota, solo es un leve traumatismo por el golpe. Pediré a Margarita que le traiga hielo.

—¿Y cómo puede usted asegurar que mi nariz no está rota, acaso es usted médico?

—¿Y usted notaria? —Me miró levantando una ceja y con una amplia sonrisa que me desconcertó.

—Doy fe. —Aquella contestación volvió a provocar las risas de este y yo me incorporé como Drácula al caer la noche—. Auuugh, ¿podría soltarme el pelo? Parece que se ha empeñado en dejarme como un adefesio, sin nariz y calva.

—Me temo que se ha quedado enganchado en el gemelo. —El cuarentón sexi se aproximó para no seguir tirándome del cabello—. Si se agacha usted, intentaré liberarla.

—Está bien, pero dese prisa o acabaré necesitando un injerto capilar.

Me acuclillé a su lado para facilitarle la tarea, pero la poca habilidad del hombre sexi estaba complicando un poco las cosas y me sentía verdaderamente incómoda, al tener frente a mí su abultada braguita. Bastante abultada, a decir verdad.

—Ya está. Liberada —dijo triunfal—. Lo siento mucho. Ha sido un poco embarazoso.

—Desde luego que nuestros encuentros han sido bastantes desafortunados —le contesté, arreglándome el pelo, entre molesta y decepcionada por las

circunstancias, no podían ser más adversas.

—Puedo hacerlo mejor.

—¿A qué se refiere? —pregunté intrigada.

Pero no hallé respuesta, alguien carraspeó a nuestras espaldas, parando en seco nuestra conversación. El hombre sexi se arregló la chaqueta con elegancia.

—Siento interrumpir, Carlos, pero quería recordarte que en veinte minutos tenemos el *meeting* con Aurora Peña. —Aquella inesperada visita habló con ciertos aires de molestia. Yo seguía allí plantada ante el guaperas de Century, seguro que no habría hombre más atractivo que él en todo el edificio.

—No puedo asistir, tengo a doce candidatas para entrevistar esperando ahí fuera.

—Está bien, yo me ocupo. Luego te cuento.

—Gracias, Natalia, y la próxima vez llama antes de entrar.

—Lo tendré en cuenta. Hasta luego, Carlos. Y adiós, Malena —respondió cerrando la puerta.

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunté.

—Siento la interrupción de Natalia, se coge demasiadas confianzas conmigo. Lo sabe porque está al corriente de todo lo que sucede en Century. Digamos que es mi mano derecha.

—No tiene que disculparse, usted y yo no somos amigos y tampoco es relevante. Bueno, un placer, señor...

—Ya sabes que me llamo Carlos.

—Y usted ya me ha perdido el respeto tuteándome —le repliqué con sorna.

—Después de todo lo que hemos vivido en menos de una hora, ¡qué menos! —Carlos volvió a reírse y volví a sentirme molesta con él por tomarse esas confianzas. Y aunque la situación tenía su guasa, yo no estaba para bromas. La había fastidiado mucho muchísimo y me había quedado sin trabajo a la primera de cambio.

—He de irme, siento que nuestro encuentro haya sido un completo desastre, y su chaqueta más, mírela, se la he dejado para el tinte —comenté, señalándole la manga con una mueca de disgusto, pero alegrándome internamente de ser la causante del estropicio.

—Vaya, pues es verdad —dijo examinando las manchas de café secas desperdigas por el bonito tejido—, pero no importa, luego le digo a Margarita

que la lleve a la tintorería, o tal vez a ti, si es que pasas la entrevista y consigues el puesto.

—¿Pretende hacerme la entrevista después de todo? —Lo miré sorprendida.

—Ya sé que eres una mentirosilla, pero estás aquí para hacer una entrevista para el puesto de ayudante, ¿no es así?

Aún me sorprendió más.

—¿Ayudante suya?

—Así es.

—Pero ¿ese puesto no lo ocupa Natalia?

Carlos rompió a reír a carcajadas. Dios mío de mi vida, qué guapo era cuando se reía. Era guapo a rabiar. ¿Y por qué estaba pensando que mi potencial jefe era guapo? No debería estar pensando tal cosa. Muy inapropiado por mi parte. ¿Y dónde estaba mi puñetero filtro? Tenía que centrarme o me la podría jugar por segunda vez y no estaba yo como para ir perdiendo oportunidades.

—Ella no es mi ayudante y, por tu bien, te aconsejo que nunca repitas eso en su presencia, si es que te estimas la nariz. Ya te he dicho que es mi mano derecha —respondió esbozando una sonrisa.

Me toqué la nariz, apreciando que me dolía un poco, pero que seguía teniendo un tamaño normal.

—Entonces ¿aún quiere entrevistarme?

—¿No estás aquí para eso? Piensa que ahora juegas con ventaja. —Carlos me guiñó un ojo y me relajé un poco.

—Está bien, pero espero que mi currículum prevalezca por encima de cualquier cosa, no me gustan los enchufes. —Esta vez fui yo la que me tomé la libertad de bromear.

—Sentémonos. —Carlos me indicó una silla y luego se dirigió al otro lado de la mesa presidencial dispuesto a hacerme la entrevista.

Me senté y crucé las piernas de un modo sensual. En cualquier otra entrevista no se me hubiera ocurrido hacer semejante cosa, pero en aquel momento me sentía poseída por Sharon Stone en *Instinto básico*.

—Y bien, María Elena Engracia, ¿por qué quieres trabajar aquí? —preguntó Carlos, rascándose la barbilla, mientras ojeaba profesionalmente un currículum impreso, que tenía sobre la mesa, junto a un buen montón de otros tantos, posiblemente igual o mejores que el mío. Tras él, una cristalera de suelo a techo regalaba unas vistas impresionantes del norte de Madrid y casi

parecía que el hombre estuviera flotando en medio de los edificios modernos vecinos como un ser extraterrenal.

—Porque la literatura es mi pasión, y por necesidad.

—¿Necesidad? —Parecía sorprendido y yo ladeé la cabeza pensando en qué podría parecerle tan extraño. Miles de jóvenes buscaban trabajo por necesidad y mi caso no tenía por qué no ser uno más de ellos

—Sí, es lo que suele pasarle a las personas que no ganan lo suficiente para pagar las facturas, que necesitan dinero para vivir.

—Entiendo, agradezco tu *sinceridad*. —Esta vez recalcó la última palabra; había sido de todo menos sincera hasta ese momento.

—Siento haberle dicho que era notaria, pero que descubriera que mi cartera estaba vacía y solo la llevara para hacerme la interesante... me dio mucha vergüenza.

—Veo muchas carteras vacías para hacerse los interesantes. Yo mismo utilicé esa técnica para conseguir mi primer trabajo serio.

—No te imagino haciendo nada así.

Me di cuenta demasiado tarde de lo que acababa de hacer, y maldije entre dientes haberle tuteado, eso no era profesional. Tomarme confianzas tan a la ligera no era correcto y todavía lo era menos con el que posiblemente podría ser mi jefe. Y qué jefe. Imágenes nada oportunas acudieron a mi mente provocándome un leve encrespamiento en las partes bajas. Me di una colleja mental para desechar esos pensamientos tan inadecuados y fuera de lugar. Creía que él pasaría por alto su comentario, pero me sorprendió con una pregunta.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero me gustaría que nos centrásemos en la entrevista, la necesidad, ¿recuerda?

—Creo que voy a contratarte —afirmó, dejando el currículum sobre la mesa antes de cruzarse de brazos y recostarse en la silla poniéndose más cómodo.

—¿Así, sin más?! —exclamé, entre molesta y sorprendida.

—¿Te molesta?

—Me sorprende.

—Tu currículum es excelente, pese a que careces de experiencia, pero tu formación es impresionante: diplomada en Literatura inglesa, máster en Estudios Comparativos de Literatura y Artes, todo cursado en la Universidad de Boston, dominas varios idiomas, entre ellos, el ¿holandés? —pidió

confirmación con un breve asentimiento y yo lo confirmé a su vez con otro movimiento de cabeza—. Es impresionante. Te quiero en mi equipo y, además... —hizo un alto dramático— quiero ayudarte. No me perdonaría que vivieras en condiciones infrahumanas por mi culpa. —Carlos se enderezó y apoyó los codos sobre la mesa, acercando el rostro, ojos fijos en los míos, y yo me puse tensa. Era un hombre muy atractivo, pero de belleza clásica a lo Paul Newman, y visto de tan cerca incluso quitaba la respiración—. Claro está que puedes rechazar el puesto y liberarme de esa carga y seguir trabajando en La Sa-le-ro-sa —comentó leyendo en voz alta el último renglón de mi experiencia laboral.

—Quizá lo haga. —También me adelanté y mostré una actitud desafiante.

—Pues bien, no alarguemos más esta entrevista —concluyó Carlos incorporándose—. ¿Acepta usted formar parte del equipo de Century, señorita Altamira, o desea seguir en su cómodo y mal pagado puesto de camarera? —Me tendió la mano para que se la estrechara y aceptara aquel reto.

Me mantuve seria mientras procesaba unos segundos que acababan de contratarme así por las buenas. Había sido realmente sencillo.

—Acepto el puesto, señor...

—Lane.

—¿Inglés?

—Irlandés. —Entendí entonces el porqué de aquellos ojos azules y ese pelo rubio cobrizo.

—Un placer, señor Lane, intentaré estar a la altura del puesto. ¿Cuándo me incorporaría?

Carlos había vuelto a rodear la mesa y me esperaba en la puerta, con la mano en el pomo.

—Si te parece bien, mañana mismo.

—Me parece bien. —Ambos nos quedamos mirándonos fijamente sin decir nada, creando un incómodo pero excitante sentimiento en mí—. Hasta mañana, señor... —Mi nuevo jefe posó su mano en mi hombro y de pronto volvió a cortarme la respiración.

—Carlos, llámame Carlos.

—Está bien, Carlos, si lo prefieres así. Tú también puedes llamarme por mi nombre de pila, es Malena —dije, aunque no sé por qué, pero allí parecían saber ese detalle sobre mí.

—Me gusta. De hecho, Malena me gusta mucho más que María Elena

Engracia. Es un nombre un poco largo.

—Tengo orígenes argentinos.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Carlos asintió y yo fingí no darme cuenta de que deslizaba la mirada de mi cara a mis piernas.

—¿Cómo? —quise saber, aunque ya me imaginaba el porqué.

—Mejor te lo cuento otro día. —Abrió la puerta cediéndome el paso—. Antes de irte, pásate por el departamento de recursos humanos y que te informen de la documentación que debes aportar para el contrato. Margarita —llamó a su secretaria—. Acompaña a la señorita Altamira al despacho de Tomás Vendrell.

Tras eso cerró la puerta y me dejó con la tal Margarita, que me dirigió una sonrisa de complacencia, luego miré al resto de candidatas (fracasadas) y me las imaginé barridas por un vendaval, saliendo despedidas por las ventanas enseñando las bragas bajo sus faldas de ejecutiva, imagen que me hizo reír por dentro.

Con un gesto le indiqué a la secretaria que estaba lista. O eso pensaba yo en ese momento, pero había algo más que no sabía, algo que el señor Lane y sus preciosos ojos azules no me habían contado y que muy pronto iba a descubrir.

UNA CITA PENDIENTE

ABANDONÉ EL EDIFICIO DE CENTURY exultante, aquello había sido realmente fácil y, además, me había reencontrado con Roberto, al que había quedado en llamar para tomar algo y ponernos al día. ¿Ponernos al día? ¿Podía estar más feliz? La vida por fin me sonreía, los pájaros cantaban, las nubes se levantaban, que sí, que no, que no, que no, que no iba a caer un chaparrón, que yo por fin estaba en el camino. Mi plan B por fin se perfilaba nítido y claro en el horizonte, y no habría chubasco que me lo fastidiara. Mi vida iba a dar un cambio radical ahora que tenía un nuevo trabajo, y tal vez mi vida amorosa también, ya que el destino había tenido a bien de poner a mi antiguo amor platónico en el punto de mira.

Necesitaba llegar a casa y hablar con Andrea de todo aquello y echarle en cara, de paso, que por culpa de su cartera había pasado un bochorno descomunal.

—¡Qué pronto has llegado! —exclamó mi amiga sin perder el equilibrio de la posición de la garza ponedora en su esterilla de yoga.

—He salido de allí pitando, tu maldita cartera casi me cuesta el puesto —bramé, tirándosela de mala gana sobre el sofá.

—O sea, que te lo han dado. —Andrea salió del trance de un salto y se sentó a mi lado con las piernas cruzadas sobre el asiento.

—¿El qué, el día?

—No, tontaina, el trabajo.

—Sí, supongo que sí. —Me encogí de hombros y me levanté para ir a la cocina a por un vaso de agua y Andrea me siguió agitando garbosa su coleta de caballo y que tan bien le quedaba a su pequeña y estrecha frente.

—¿Cómo que supones? ¿No te alegras?

—Resulta que el puesto no era para editora adjunta, ahora soy ayudante del jefe. —Hice un mohín.

—Entiendo, es un orondo y feo jefe amargado.

Negué con la cabeza y frunció los labios.

—¿Gay histérico?

—No.

—¿Misógino?

—No.

—Entonces ¿qué le pasa a ese hombre? Ya me has intrigado —dijo con los brazos en jarras.

—Es encantador, amable, con buen sentido del humor y, además —suspiré—, es deliciosamente guapo.

—¿No te habrás enamorado a lo cincuenta sombras? —Andrea puso sobre la barra una botella de vino tinto que tenía empezada de la noche anterior y fue a por un par de copas.

—No digas tonterías, no me he enamorado de nadie a la primera de cambio jamás —respondí—. ¿Vino a estas horas?

—Estamos celebrando tu contrato. Y si no recuerdo mal, te enamoraste a primera vista de Roberto Sarasola. Estabas colgadísima por él en el American School. Menuda murga nos diste a todas con ese chico. —Andrea puso los ojos en blanco mientras servía las copas y luego me ofreció una.

—También lo he visto.

La mandíbula de Andrea se desencajó hasta el suelo.

—¿A Roberto, tu Roberto?

—Nunca fue mío, pero sí, mi Roberto. —Le cerré la boca a mi amiga con un suave gesto en la barbilla.

—Se me acaba de poner el *coñer* del revés. Madre mía, qué casualidad, ¿dónde?

—Trabaja en la editorial.

—Pero ¿qué me dices? Qué locura. ¿Y te ha visto?

—Sí —gruñí—. Básicamente, porque he gritado su nombre y eso ha hecho que captara su atención y la de media plantilla. Me salió de adentro, como el Pedro de Penélope Cruz en los Oscar.

—Pues habrá alucinado en colorines.

—La verdad es que sí, pero no por mi grito apasionado. Me ha dado su tarjeta y me ha dicho que le llamara para tomar algo.

Dejé la copa y fui a por la cartera asesina para enseñarle a Andrea la

tarjeta de Roberto.

—Roberto Sarasola Cruz. Diseñador gráfico... —Andrea leyó la tarjeta de visita y me la devolvió—. Creía que este tío tenía menos cerebro que un mimo.

—Pues, tras ese cuerpo, esa cara y esos ojos, lo hay. Y no veas lo que ha mejorado, está más bueno aún.

—¿Le has llamado ya?

—No. Todavía no —respondí girando la tarjeta en mis manos.

—¿Y qué haces que no le llamas? Echa un casquete y quítate de encima ese *pendiente*.

La miré molesta, otra vez metiéndose conmigo.

—No llevo pendientes. Mi alergia, ¿recuerdas?

—Qué cortita eres a veces, María Elena. —Andrea solo me llamaba «María Elena» cuando quería que atendiera a razones—. Me refiero a que ese Roberto es un asunto pendiente en tu corazón y tu —chasqueó la lengua dos veces— vagina.

—Se te llena la boca cuando dices «vagina» —bromeé.

—Defecto de lesbiana. Pero no desvíes el tema que nos conocemos. ¿Por qué no le has llamado inmediatamente después de la entrevista?

—No lo sé. —Me estaba haciendo la tonta. Lo sabía perfectamente.

—¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo de nada —le repliqué engreçada—, no digas cosas absurdas y no me psicoanalices, te lo pido por Mafalda.

—Tienes miedo, miedo de que ese tío te decepcione y que todos estos años que has babeado por él acaben siendo una gran pérdida de tiempo. —Andrea me miró fijamente esperando una respuesta afirmativa a aquella gran verdad.

—¿La videncia va ligada al lesbianismo?

—Lo sabía, te conozco muy bien, querida amiga. Y ahora, llámalo —me ordenó.

—No quiero.

—María Elena Engracia Altamira de Boscos, no me obligues a tirarte del pelo.

—No te atreverás. Ya no tenemos quince años.

—Oh, sí, sí lo haré. Era la única manera de hacerte reaccionar cuando entrabas en modo pija pavisosa. Y ahora estás comportándote como *la Chimichurri*. Te mereces un buen tirón de pelo.

—No, te lo suplico, mi pelo no puede sufrir otro ataque dos veces en un día, no tengo para la tanoterapia.

—No voy a preguntar qué otro ataque ha sufrido tu melena hoy porque nos distraería de esa llamada que debes hacer. Llevas años esperando este momento. Llámalo o no tendré piedad. —Andrea levantó la mano con la palma extendida preagarrón de cabellera y sabía que mi amiga no iba a dar marcha atrás en sus intenciones.

—De acuerdo —levanté las manos en señal de tregua—, pero antes necesito la copa de vino.

Me la bebí de un trago mientras pensaba en qué decirle a Roberto. Había sido mi amor platónico durante mi etapa adolescente y buena parte de la siguiente, hasta que el tiempo y la distancia hicieron su función de goma mental. Pero seguía siendo una espinita clavada en mi frágil corazón pubescente y ahora lo tenía a tiro. Con unos años más y unos kilos de sebo menos en la zona T y en el cuerpo me sentía capaz de afrontar mi primera cita, como una mujer hecha y derecha, con el que había fantaseado infinitas veces sería mi marido en un futuro. Y el futuro ya estaba aquí y, vaya casualidad, Roberto Sarasola, alias *el Máquina*, también estaba aquí en este inquietante futuro de madrugones y recibir órdenes de un jefazo buenorro.

Roberto me estaba esperando en la puerta, en doble fila, y el motor en marcha. Me saludó con la mano desde el asiento de piloto y yo respondí levantando la mía con vergüenza, como si ese saludo no fuera dirigido a mi persona. Debía controlar los nervios y ser capaz de comportarme como una mujer adulta, pero teniéndolo tan cerca, afloraban mis inseguridades juveniles, *la Chimichurri* había regresado con sus granos y sus dioptrías.

Abrí la puerta y me metí dentro de su Audi S5, dirigiéndole mi mejor sonrisa.

—Estás muy guapa, Malena.

—Gracias. Tú también, Roberto —respondí comprobando que se había cambiado de ropa. En lugar del traje, llevaba unos chinos azules claros y una camisa blanca ajustada bastante abierta a la altura del pecho, depilado y musculado, para más información, y deliciosamente tostadito. Combustión interna de bajos en fase inicial.

—¿Eso que llevas es un vestido? —Roberto me miró penetrantemente.

Sorprendida, me repasé el atuendo con rapidez: vestido verde con mangas

de murciélago de Elie Saab por encima de las rodillas y escote en la espalda vertiginoso. Lo era, quedaba bastante claro para cualquiera que tuviera ojos en la cara y una definición correcta de la palabra «vestido» en su diccionario mental.

—Diría que sí —respondí de todos modos—. ¿Qué podría ser, si no?

—Un atropello para los instintos básicos de cualquier hombre —dijo y luego me guiñó el ojo.

Sentí que se me derretían las braguitas bajo el vestido de seda.

—¿Sabes, Malena? Nadie me llama Roberto —comentó metiendo la primera marcha.

—¿Sabes, Roberto? A mí nadie me llama *Chimichurri* desde que tenía diecisiete años —dije envalentonada. Quería impresionarlo sacando mi carácter decidido y audaz, que lo tenía.

Rompió a reír y me miró de soslayo.

—Perdona, he sido un maleducado al decirte eso esta mañana. ¿Por qué te llamaban así?

—No sé, tal vez porque mis padres son los dueños de Cárnicas Altamira. ¿La conoces?

—De oídas, nada más. Pero no entiendo, ¿qué tiene qué ver una cosa con la otra?

—La carne que elaboramos es de importación, sobre todo de Argentina y, ya sabes, el chimichurri es una salsa argentina.

—Sigo sin entender la relación.

Lo miré molesta, ¿por qué no dejaba estar de una vez lo de mi absurdo mote y se ceñía al presente? Respiré hondo antes de responder.

—A ver... tenía la cara cubierta de granos. La piel muy sebácea y, ya sabes... me brillaba mucho, alguien tuvo la feliz idea de decir que parecía que me la había untado con aceite solar y alguien mucho más ingenioso de decir que me la había embadurnado de salsa chimichurri dados mis orígenes argentinos —le expliqué en un tono ofuscado, dándole a entender que quería dejar de hablar del asunto.

—Vaya. —Me miró estupefacto—. Yo nunca me di cuenta de ese detalle de tu piel.

—Porque tú nunca me miraste.

—Sí.

—No.

—Apenas has podido reconocerme hoy —le increpé.

—Porque has cambiado mucho —se defendió, dedicándome una de sus fantásticas sonrisas. De oreja a oreja. Grande. Perfecta. Maravillosa (claro eufemismo de moja-bragas).

—Nunca. —Me mantuve firme cruzándome de brazos en actitud belicosa.

—Que sí —insistió Roberto riendo.

—Que no, Roberto. No sabías ni que existía —protesté, convencida de mis palabras. En mi vida Roberto me había mirado, salvo que me tuviera delante y entonces no tuviera más remedio porque obstaculizaba su campo visual.

—Sí lo sabía —insistió él a la vez que detenía el coche para aparcar. Me miró fijamente y entonces ocurrió lo que yo, María Elena Engracia Altamira de Boscos, siempre había soñado, Roberto Sarasola me tocó por primera vez. Intencionadamente.

La mano caliente de Roberto en mi rodilla desnuda me produjo un fuerte estremecimiento y tuve que apretar el vientre para absorber una repentina ansia galopante entre las piernas.

—Yo ya sabía que tras esas gafitas había una preciosidad como tú.

Noté que me sonrojaba y la mano de Roberto me redondeó la rodilla, acariciándome la parte interna donde la piel es más fina. El corazón me latía a golpes y estaba casi segura de que él podía escucharlo desde su posición. No había más sonido allí que el de nuestras respiraciones y mi corazón latiendo como un bestia.

—Mientes. —Sentía mucho calor allí donde la mano seguía apoyada. Un calor que me subía como un tentáculo de fuego por el muslo y se clavaba directo en el centro de mis deseos.

—No miento. —Sonrió regalándome otra de sus fantásticas sonrisas.

No sabía qué había en su sonrisa, pero cada vez que me dedicaba una se me estremecía todo el cuerpo, eso y las caricias de esa mano errante, tan dulcemente acomodada en la curva de mi rodilla. El dedo pulgar deslizándose arriba y abajo no hacía más que acrecentar el deseo desde tiempos inmemoriales de acostarme con él. ¿Cuántas veces lo había imaginado? ¿Cientos? ¿Miles? ¿Cientos de miles? Si seguía con aquel jueguito me iba a tirar encima de él a la primera de cambio y debía contenerme. No era correcto. Yo nunca lo hacía en la primera cita y con Roberto no iba a ser distinto, por muy *pendiente* que fuera. Tendríamos varias citas más y, si se terciaba, en la tercera o cuarta dejaría que me besara. Eso es lo que iba a pasar. Le apartaría la mano con educación y nos iríamos a tomar ese algo

mientras disfrutábamos de una buena charla.

—Nunca me miraste —le reproché.

—Es verdad, nunca lo hice, tú ganas —admitió al fin, retirando la mano para apoyarla en el cambio de marchas e iniciar la maniobra de aparcamiento.

—Lo sabía —dije yo, respirando de alivio al haberme librado de momento del peligro. Aparté los ojos de él y miré alrededor, dándome cuenta entonces de dónde me había llevado. Estábamos cerca de Sol.

—Eres muy testaruda.

—Lo soy. Y dime, Roberto, si no quieres que te llame Roberto, ¿cómo quieres que te llame? ¿*Máquina*? Ese era tu apodo, ¿verdad?

Me miró por unos segundos y luego explotó a reír.

—Dios —dijo al cabo de un rato, enjugándose las lágrimas—, qué graciosa eres, hacía años que nadie me llamaba así.

—¿Y por qué te llamaban así?

—¿Por qué crees tú? —Me miró picarón ladeando la cabeza.

Yo siempre había imaginado que debía ser una clara alusión a su potencia sexual, pero no tenía claro si iría por ahí la cosa. Prefería que me lo explicara él mismo.

—Ni idea —respondí.

—Tal vez quieras comprobarlo por ti misma. —Levantó las cejas divertido con el nuevo rumbo de la conversación.

Tragué saliva. Dos veces.

—Mira, Roberto...

—Robe —me cortó, con una sonrisa llena, apoyando la mano de nuevo en mi rodilla. Por favor, estaba tan caliente y era tan suave. No soy de piedra. De nuevo un estremecimiento me recorrió entera.

Bajé la vista y me detuve en la erección que claramente se marcaba en sus pantalones.

—Vale, pues... Robe, quiero que sepas que... —hice un alto porque la mano avanzaba temeraria subiéndome el muslo por debajo de la seda del vestido. Levanté los ojos hasta los suyos. Tragué con dificultad y luego le dediqué una sonrisa nerviosa. Él seguía esperando que yo hablara, como si no me estuviera metiendo mano o aquello fuera lo normal entre nosotros, sin perder la suya que era fantástica y prometía una sesión de sexo salvaje. Cuántas noches había pensando en esos ojos negros y en esa sonrisa maravillosa mirándome como ahora, pero entre mis piernas abiertas. Levantó el mentón indicándome con el gesto que continuara y yo respiré hondo antes

de soltarle una verdad verdadera—: Quiero que sepas que yo nunca me acuerdo con nadie en la primera cita.

Roberto ladeó la cabeza y se mordió el labio, mientras supuse decidía si era el momento oportuno para besarme.

—Vale —dijo.

—¡Ha sido fantástico! —exclamé, dejándome caer a un lado.

—Lo sé —dijo Roberto incorporándose y mostrándome un primer plano de su tableta de abdominales que estaba tan depilada como su pecho.

—¿Lo sabes? —pregunté cubriéndome con la colcha hasta el cuello.

—Sí, me lo dicen todas —se limitó a responder sin darle importancia, apartando la colcha de nuevo y dejando mis pechos expuestos a sus ojos, que los recorrieron con glotonería.

Vale, eso no había sido del todo correcto. Alardear de otras conquistas en mis narices no era lo que esperaba tras echar un polvo como el que habíamos echado, de hecho, tras echar un polvo, aunque fuera el peor de tu vida. Pero su forma de mirar mis pechos era una gozada para mis sentidos. Cuántas veces había soñado con esos ojos negros deslizándose por mi cuerpo de ese modo tan canalla.

—¿Tienes hambre? —Se acercó.

—Pues sí, la verdad, estoy hambrienta. —Con las prisas por saciar el hambre de nuestros cuerpos, habíamos decidido abordar directamente el postre, pasando de aperitivos, primeros o segundos.

Había sido escucharle decir ese «vale» con esa mano bordeando mi sexo y luego un fogonazo rápido. De repente, la boca de Roberto estaba sobre la mía, devorándome los labios, saqueándome las muelas con su lengua juguetona y luego, recordaba vagamente, un *rally* vertiginoso por las calles hasta su piso. Nos habíamos besuqueado en el patio, el ascensor... ignorando las miradas escandalizadas de una madre con tres niños pequeños, que volvían de las extraescolares cargados de mochilas y las caras sucias, y habíamos seguido haciéndolo en el rellano y en la entrada del apartamento, mientras nos arrancábamos el uno al otro la ropa del cuerpo. Ya en el pasillo íbamos en pelota picada y rodábamos contra las paredes, tratando de llevar la batuta de aquel concierto de jadeos y gemidos, y finalmente en el dormitorio habíamos echado un polvo salvaje de esos que te dejan con los ojos en blanco.

Me encontré con Andrea todavía despierta en el salón y un pequeño caos a su alrededor. Telas tiradas por el suelo, varios botes de pintura abiertos, una silla serrada por la mitad... Mi amiga miraba un lienzo enorme, la cabeza ladeada, barbilla en mano, en el que parecía que había detonado una batalla multicolor.

—¿Algo nuevo? —le pregunté acercándome a ella.

—Estoy tratando de decidir si la silla saldrá del lienzo o a través del lienzo.

—¿Qué diferencia hay? —dije observando con interés la última creación de Andrea.

Mi mejor amiga, no solo era una niña rica que vivía del fideicomiso familiar, además, era una artista en potencia, y bastante buena bajo mi ignorante parecer. Desde que la conocía había explotado todos los campos artísticos y en estos días le había dado fuerte por la pintura extractiva. Cada dos por tres me la encontraba absorta en un nuevo proyecto que finalmente terminaría por engrosar la ya de por sí recargada decoración de las paredes de la residencia de los Orozco, al igual que sus jarrones gigantescos con formas humanas habían atiborrado de vida extraña anteriormente los jardines de la susodicha mansión.

—El concepto.

—¿Qué deseas transmitir?

—La ruptura con la tradición. Me estoy inspirando en ti.

Asentí, inclinando la cabeza, tratando de descifrar qué podrían ser los objetos esbozados en el lienzo y que parecía salían despedidos desde el centro, donde suponía colocaría la silla tras decidir si partía de la tela o directamente la atravesaba. No supe ver qué podría tener en relación todo eso conmigo.

—¿Eso es un consolador? —Señalé una especie de tubo trazado con cuatro líneas rojas.

—¿Qué palabra más ofensiva! —exclamó apartándome la mano—. Y no toques, la pintura está todavía fresca.

—Pero ¿qué es?

—Un tampón, se ve muy claro —apreció dándole unos suaves retoques con un pincel fino pringado de negro. No era un negro cualquiera. Era negro absoluto. Luego me miró frunciendo el ceño. Tenía manchas de pintura en el

rostro y una de ellas parecía un pequeño pene apuntándole la boca. Sonrió ladina—. ¿Y tú, qué tal?

—¿Sabes que tienes una pilila en la cara? —Sabía que ese dato le iba a hacer mucha gracia a mi amiga, que lo más cerca que había estado de un miembro viril en su vida había sido cuando su primo Gonzalito nos la enseñó allá por el 2.001.

—¿Dónde? —Se llevó las manos a las mejillas.

—Espera, no te lo toques —dije, acercándole un espejo de cristal de Murano que había sobre la consola dorada Luis XV, que la misma Andrea había restaurado en su época de restauradora. De eso hacía ya un par de años.

Agarró el espejo y se miró ladeando la cabeza, una sonrisa acudió a su boca.

—Anda, tráeme el móvil y hazme una foto, esto lo tiene que ver Sara. Le va a encantar —comentó haciendo morritos al espejo como si estuviera haciéndose un *selfie*.

Fui a por él y la apunté con el objetivo. Andrea sacó la lengua y trató de alcanzar con la punta el garabato a la vez que guiñaba el ojo y sonreía.

—Ya nunca podré decir que no me he comido una verga —dijo haciendo un pucherito, mirando la foto—. ¡Oh, Dios mío! ¡Esta boca ya no es virgen! —exclamó fingiendo una gran contrariedad—. Y hablando de todo un poco —dirigió la mirada hacia mí, que me había quedado a su vez pensando en que yo esa noche sí que había tenido un pene en la boca y en lo mucho que lo había disfrutado—, ¿y tú? ¿Qué tal tu cita con *el Máquina*? —añadió levantando las cejitas.

—Bien. —Me encogí de hombros y le di la espalda dirigiéndome a la cocina.

Andrea me siguió al trote.

—¿Solo *bien*?

—Sí, no estuvo mal —respondí abriendo la nevera y sacando una manzana.

—¿Tienes hambre? —Arqueó una ceja en mi dirección mientras me observaba morder la fruta.

—Un poco —mentí.

Estaba muy hambrienta, porque lo que se dice comer alimentos sólidos que llenen el estómago no era algo que hubiera pasado en el piso de Roberto.

—¿Un poco? ¿No estuvo mal? —receló Andrea sarcásticamente apuntándome con su dedo malévolo—. Tú te lo has follado, pero si hasta

llevas *sabo* en las comisuras de los labios. Serás zorrón.

—¿Qué narices es *sabo*? —le repliqué con aplomo, pero mi mano me delató al punto en cuanto automáticamente fue a borrar las huellas del delito.

—*Sabo es la leche de su nabo*. Ja, te pillé... —rompió a reír—... se pilló antes a un mentiroso que a un cojo, que lo sepas, María Elena. Y ahora, por supuesto, quiero que me lo cuentes todo, todo y tooodoo —añadió, sentándose en un taburete y apoyando los codos en la isla que delimitaba los ambientes.

—Qué fina eres, por favor.

—Fina y segura. Cuenta —me azuzó esbozando una sonrisa mientras se frotaba las manos.

—Poco tengo que contarte, ya puedes imaginarte lo que ha pasado.

—¿Te ha pedido Vips Vaporús?

—¿Para qué me pediría tal cosa? —La miré extrañada, Andrea estaba mezclando churras con merinas.

—Porque pinta que ese tío te la va a meter hasta el pecho y a ensartarte como a un espartano en cuanto entres por la puerta de la empresa... y eso, amiga, puede ser peligroso, no se caga donde se come —comentó Andrea con esa condescendencia y sabiduría suyas de artista conceptual y dejándome pensativa. Eso era algo que no había contemplado hasta ahora.

UN TRABAJILLO POCO CORRIENTE

HABÍA DORMIDO BIEN ESA NOCHE. En cuanto mi cuerpo reposó sobre el cómodo colchón que Andrea, generosa toda ella, había tomado prestado de la residencia de los Orozco, tan pronto me mudé a su piso, y que ambas habíamos traído como un botín de guerra sobre la baca de su Mini retando al viento, caí rendida sin darle demasiadas vueltas a sus palabras. No pensaba mezclar el trabajo con el placer. Era una mujer inteligente y educada en el saber estar, jamás cometería un error tan poco inteligente. Podría controlarme, aunque se tratara del mismísimo Roberto, *el Máquina*. Y qué máquina.

Casi me lo estaba creyendo mientras terminaba de maquillarme frente al espejo. Llamadme descerebrada, pero tenía unas ganas locas por repetir, pero esta vez hablaríamos un poco antes, nos conoceríamos más y si se terciaba pues habría sexo, que quede claro y conste en acta.

—¿Qué tal estoy? —Aparecí en la cocina arreglada para mi primer día de trabajo.

—Ideal, si piensas matar a Batman. —Andrea tenía poco tacto para ciertas cosas, y esta vez no tuvo contemplación alguna conmigo—. Pareces el Joker. ¿Por qué te has maquillado tanto?

—No me he maquillado tanto. Solo pretendo dar buena impresión.

—Impresión das, eso te lo aseguro. Menos es más, Malena, y por lo que veo mis palabras de anoche te las vas a pasar por el forro del tanga. —Ahora negaba con la cabeza con un gesto de censura.

—No sé de qué me hablas. —Me hice la tonta y me serví un café dándole la espalda.

—Lo sabes perfectamente. —Andrea se introdujo una uva en la boca y puso los ojos en blanco—. Me voy a recoger a Sara. Te veré esta noche.

—De acuerdo. —Estaba molesta con mi amiga, que lejos de animarme en

un día tan importante como ese, me estaba tratando como una loca con furor uterino—. Tú sabes que lo de Sara y tú, como que no, ¿verdad? —Ahora fui yo quien quiso meter el dedo en la llaga.

—De aquí a seis meses cumple los diecinueve.

—Eso, por mucho que te parezca una razón de peso, no borrará el pequeño detalle de que es la hija del socio y mejor amigo de tu padre.

Andrea carraspeó y estrechó los ojos en respuesta.

Yo me encogí de hombros mientras le sonreía maliciosamente.

—Su padre me adora.

—Estoy segura de ello, pero no creo que adore que te la estés beneficiando.

Terminé de beberme el café y corrí al baño a suavizar aquel maquillaje que, lejos de ser exagerado, a mí me parecía perfecto. Pero si mi amiga me hacía una crítica me la tomaba muy en serio. En cuestión de gustos, era lo más parecido a un hombre que había a mano y yo no quería parecer una desesperada en busca de sexo fortuito. Ya le había dejado claro a Roberto que no era mujer de acostarme a la primera de cambio y, más claro aún, que era una mujer de muy poca convicción y poca palabra, pues me había abierto de piernas al primer achuchón. Pensaba dejarle las cosas claras hoy en cuanto tuviera oportunidad.

Un par de horas más tarde perseguía acalorada a Margarita por los pasillos de Century. La chica me estaba enseñando las dependencias de la editorial y los entresijos de mi nuevo empleo, mientras hacíamos tiempo hasta que llegara Carlos que, como siempre, llegaba tarde. Aunque también se marchaba tarde, según me explicaba su secretaria en un tono que denotaba lo mucho que adoraba a su jefe. Estaba pilladísima. Yo asentía a cada una de sus palabras, a la vez que trataba de entender por qué esa mujer no se depilaba el bigote, no podía dejar de mirárselo, era un imán. Con el tiempo y cuando nos hiciéramos amigas, la asesoría un poco en cuestiones de belleza, podía sacarle partido a esa carita de hurón.

Casi eran las once cuando me indicó cuál sería mi cubículo, muy cerca del despacho de Carlos, que lucía el cartel de Director Editorial, y calzaba ventanal de pies a techo. Mi estrecho espacio, sin embargo, tenía una bonita panorámica de la puerta de los baños y media espalda de una compañera, que me habían presentado como Sandra la de corrección. Me senté en mi puesto

de trabajo y adopté una postura recta mientras le daba al botón de encendido del ordenador.

—Hasta que los informáticos te den de alta en el sistema y te den tus claves, puedes trabajar con mi usuario —comentó Margarita, escribiendo algo en el teclado, luego cogió el ratón y dirigió el pulsor a un icono con forma de calendario—. Esta es la agenda de Carlos, aquí anoto todas sus citas, incluidas las personales. Si llevan un asterisco es que lo son, si no lo llevan, es que son de la editorial —se detuvo un momento para mirarme inquisitivamente y yo al punto le confirmé, que lo iba pillando todo, con un gesto de la cabeza—. A ver... tú y yo, y Carlos, por supuesto, compartimos esta agenda y tú te ocupas, sobre todo, de los eventos relacionados con la editorial: fiestas, presentaciones, firmas... te toca acompañarle, ¿entiendes?

—Entiendo, entiendo. —Esbocé una sonrisa. Eso no sonaba nada mal.

—Además de lo que él te vaya mandando—. Eso me gustó menos, pero sonreí aun así, mostrándome muy agradecida por toda la información, pero despistándome un poco con el tamaño de sus cerdas bigotales. ¿Es que no tenía espejo en su casa? Cuando tuviéramos más confianza le regalaría uno por su cumpleaños o en Navidad con motivo del algún amigo invisible, a ver si pillaba la indirecta, Margarita *la Pelotes*.

—Buenos días, señoritas.

Levanté la vista de la pantalla. Carlos, el jefe buenorro, cabeza ladeada y sonrisa alucinante de dientes blancos y resplandecientes, nos miraba, desde lo alto del murete.

—Buenos días, Carlos —respondimos ambas al unísono.

—Las dos a mi despacho.

Margarita me hizo un gesto con la cabeza conforme él nos dio garboso la espalda y me puse en pie, arreglándome el vestido a toda velocidad, y saliendo disparada tras ellos.

En menos de cinco minutos despachó a la secretaria y nos quedamos solos.

—¿Qué tal todo, Malena, todo bien? —dijo para entrar al trapo.

—Muy bien. —Asentí levemente—. Ya he hablado con los de recursos y en un par de horas me han dicho que tendrán listo el contrato, y Margarita me ha enseñado un poco la editorial y cómo se funciona aquí.

—Estupendo. —Se puso serio y ladeó la cabeza instaurando unos segundos largos de silencio.

—Bien. Pues nada... —Empezaba a sentirme un tanto incómoda, el

silencio se estaba alargando.

—Perdona —sacudió la cabeza como despertando de una ensoñación—, estaba pensando algo. —Se rascó el entrecejo y volvió a mirarme serio—. Para empezar, necesito que imprimas unos manuscritos que voy a pasarte al *mail*...

—Todavía no tengo cuenta, Carlos —le interrumpí.

—Oh, está bien, pues...

—Me han dicho que en un par de horas la tendré funcionando.

—Avísame cuando la tengas y te los haré llegar para que los imprimas y encuadernes cuanto antes, tengo que llevármelos a casa esta tarde. ¿Sabes dónde está el almacén de materiales?

Negué con la cabeza.

—Dile a Margarita que te lo muestre y si no sabes encuadernar, que te enseñe a hacerlo.

—De acuerdo.

—Muy bien, pues eso es todo. ¿Podrías pasarte por el departamento de diseño y pedirle a Roberto Sarasola que te pase los *mockups* del nuevo libro de Lisa Novak y me los traes? Necesito verlos y echarle un vistazo a eso antes de las dos para poner en marcha el *branding*. Avisa a Natalia Villa de que estaré en la sala de reuniones a las tres esperándola.

—Claro.

—¿No necesitas apuntar nada?

—No, lo tengo todo en mi cabecita —dije, golpeándome con el nudillo la sien.

—Muy bien, pues... eso es todo.

—¿No necesitas que te traiga un café o cualquier cosa?

Abrió los ojos sorprendido y se echó a reír.

Esperé pacientemente hasta que recuperó la compostura, preguntándome qué le haría tanta gracia.

—Tú has visto muchas películas americanas, ¿verdad?

—Supongo.

—No tienes que traerme café ni nada, eso aquí no se hace, si quiero café voy yo y me lo sirvo. Pero, gracias, Malena, eres muy amable.

—De nada. A ti, por darme la oportunidad, espero no defraudarte.

—Sé que no. Eres perfecta para el puesto. —Me guiñó el ojo y me hizo un gesto para que me retirara de su despacho.

—Margarita. —Me acerqué a su cubículo, que estaba junto al mío y justo

en frente de la puerta de Carlos, ella me miró levantando el bigote en mi dirección—. ¿Puedes decirme dónde está el departamento de diseño?

—Mejor te acompaño —respondió levantándose de la silla—. ¿Con quién tienes que hablar?

—Con Roberto Sarasola.

—Vale, pues te lo presento debidamente y me marchó, porque estoy hasta arriba de trabajo.

Iba a verlo en cuestión de unos minutos, lo que tardásemos en llegar hasta su puesto. El corazón de repente se me puso como loco a golpearme el pecho. Si no conseguía calmarme no duraría ni una semana sin sufrir un infarto. No sabía qué iba a encontrarme el día después. La despedida poscoital había sido un derroche de besos en la puerta de su apartamento, pero no habíamos comentado cómo iba a ser nuestra relación en la oficina.

—Aquí es. —Margarita me señaló una de las muchas puertas del largo pasillo que unía la recepción con el redil donde se encontraba mi mesa, y que daba, a su vez, paso a los despachos de todos los jefes de algún departamento, luego la abrió y me mostró una sala blanca de suelo a techo y también segmentada en cubículos estrechos, pero mucho más pequeña.

Roberto estaba en uno de ellos con la cabeza prácticamente metida en una de sus tres pantallas panorámicas. No nos vio ni entrar ni acercarnos hasta que estuvimos casi encima de él. Dio un respingo cuando la secretaria lo saludó con un pitudo: «Hola, Robe». Apartó la cara del monitor y nos miró a las dos, esbozando una sonrisa al punto.

—Hola, chicas.

—Te presento a Malena Altamira, es la nueva ayudante de Carlos Lane.

—Hola, Malena. —Extendió la mano para saludarme en un gesto en exceso formal tras todos los restregones que nos habíamos dado la noche anterior, pero muy apropiado en aquel ambiente, y yo hice lo mismo, saludando lo más plano que pude conseguir. El corazón me iba a mil y notaba un calor muy interno acechándome el vientre.

—Bueno, me voy. —Margarita se marchó con su bigote por delante.

Roberto amplió la sonrisa hasta el punto de tocarle las orejas. Braguitas en etapa embrionaria de combustión.

—¿Qué tal? —Ladeó la cabeza para mirarme de la cabeza a los pies.

—Bien.

—Ya veo, estás impresionante. ¿Piensas venir así de guapa todos los días?

—Gracias. —Me mordí el labio y él lanzó un suave silbido, antes de hacerme un gesto con la mano para que me acercara.

—He pensado mucho en ti esta noche —dijo, mirando alrededor, y bajando el tono de voz casi a un susurro, cuando me tuvo a su alcance.

—Y yo en ti.

—Me muero por repetirlo. —Levantó las cejas un par de veces en un gesto divertido—. ¿Te gustaría comer conmigo?

—Sí —dije, sin embargo, no pude evitar pensar a qué clase de comida se referiría.

—Vale.

¡Dios!, ese «vale», me calcinaba los bajos instantáneamente.

—Te espero en la puerta del edificio a la una y diez.

—Allí estaré.

—Genial. Nos vemos. Hasta luego.

—¿Hasta luego? —dije extrañada.

—Sí, es lo que se dice cuando dos personas se despiden por un espacio corto de tiempo.

—¿Y por qué piensas que me voy ya?

—¿No te vas ya?

—Pues no, Robe, no me voy.

Ahora fue él quien me miró extrañado.

—¿Pensabas que he venido hasta aquí solo para saludarte? —le dije alucinada.

Él asintió.

—Pues no, lo siento, pero he venido porque Carlos me ha pedido que me des unos *mockups* que necesita antes de las dos.

—Pues no los tengo aún.

—¿Y cuándo crees que los tendrás?

—Cuando los imprima.

—¿Y a qué esperas para hacerlo?

—Se me ha terminado el papel y tengo que ir a por un paquete al almacén de materiales. ¿Te importaría ir tú, mientras ultimo unos detalles, y traérmelo? Es el satinado de doscientos cincuenta gramos. Así ganamos tiempo.

—Está bien —accedí, pero no por satisfacer sus deseos, sino los de mi jefe, que necesitaba esos *mockups* fuera lo que fuese eso, antes de las dos.

A la una y diez estaba en la puerta, esperando a Roberto con el bolso en la mano y un dolor importante de pies. Esos taconazos me estaban matando, pero eran maravillosos y me hacían unas piernas sinfín. Varios compañeros me habían preguntado si quería ir con ellos a comer, pero les había puesto por excusa que había quedado con un amigo. Y allí estaba, esperando a mi amigo. En cuanto lo vi salir por las puertas, con la chaqueta colgada del hombro de un modo desenfadado y agitando su denso cabello al compás de sus andares de locura, sentí de nuevo ese tambor en el centro de mi pecho.

—¿Vamos? —Robe me hizo un gesto con la mano para ponernos en marcha y se situó a una prudente distancia, mientras recorriamos el trayecto hasta La Tasca Pinitos. Apenas cinco minutos a paso rápido.

Estaba muy concurrida por trabajadores de la zona, pero nos saltamos la cola para las mesas y nos acomodamos en un hueco de la barra. Sentados en las banquetas, nuestras piernas en contacto, sentí de nuevo el calor que emanaba su cuerpo, incluso a través del tejido de su pantalón.

—¿Y qué tal tu primera mañana?

—Ha sido fácil. Margarita es un cielo.

—¿Margarita *la Foca*?

—¿Por qué *la Foca*? No está gorda.

—Es por los bigotes.

—Ah, vale —suspiré—, creo que cuando seamos amigas, tal vez la informe de los beneficios de la depilación láser.

—El año pasado, alguien le regaló en el amigo invisible una depiladora, pero no pilló la indirecta. Es cortita, ¿sabes?

—No me lo ha pareci... —el aire se detuvo en mi garganta antes de terminar la frase. Su mano en mi rodilla me acababa de despistar.

Lo miré, esbozando una sonrisa nerviosa y él me respondió con la más amplia de las suyas. Palpitación *in crescendo*.

—¿Qué ibas a decir? —Su mano redondeó mi rodilla, provocándome un gemido involuntario. Apreté los muslos como respuesta y él sonrió con malicia.

—Que... —Lo miré, dándome cuenta de que se me había olvidado de repente lo que fuera que fuese había rondado mi mente segundos antes. Roberto me ponía muy caliente y me hacía perder la cabeza. Debía andarme con pies de plomo. Este no era el lugar adecuado para meterse mano. No aquí en un lugar público, a plena luz del día y con decenas de ojos alrededor.

—Que... —me dio pie, levantando las cejas mientras su mano ascendía tortuosamente por mi muslo, acariciándolo, calentándome más.

—Que creo que ya no tengo hambre. —Tres, dos, uno... perdiendo el control de la nave sensatez.

—¿No? —Pareció sorprenderse mientras su mano se abría paso por mi entrepierna, sus ojos fijos en los míos—. ¿Seguro?

—No —musité, inclinándome hacia delante para observar disimuladamente sus dedos aventurándose por debajo del borde de mis braguitas.

—¿Nos vamos?

Asentí (adiós, adiós, maldito control), recogiendo con rapidez el bolso de la barra y saltando del taburete en cuanto retiró la mano con una sonrisa burlona. Cuando se la llevó a la nariz y la olió cerrando los ojos en un gesto placer, se me encendieron las bragas.

—¿Dónde? —Estaba dispuesta a terminar lo que habíamos comenzado.

—En la editorial.

—¿Allí? —Eso ya no me convencía tanto. La idea de echar un polvo en la oficina se me antojaba del todo irresponsable, a la vez que muy excitante.

—Sí, sé de un sitio perfecto.

—No sé yo, Robe, si nos pillan... Es mi primer día.

—No lo harán, nadie se queda a la hora de comer. Aquello está vacío.

No sé por qué me dejé convencer, supongo que me dejé arrastrar por el ansia que sentía entre las piernas. Tenía más sangre concentrada en el sexo que en todo el resto del cuerpo.

En el exterior del edificio, Robe hizo un alto y me indicó que entrase yo antes y que lo esperase en el almacén de materiales. Él entraría poco después para no levantar sospechas. «Estate lista», me dijo antes de despedirnos y yo le sonreí pensando que me había vuelto loca de remate. Cuando se lo contara a Andrea me iba a tirar del pelo y con razón.

Entré en la editorial que, tal y como había dicho Robe, estaba desierta, salvo el seguridad de la puerta, que me dirigió apenas una mirada y acelerando los tacones me encaminé al almacén sin perder tiempo. Una vez dentro, recorrí el primer pasillo y me escondí tras la última de las tres estanterías metálicas, que discurrían de suelo a techo dividiendo el pequeño almacén en cuatro.

Me quité el vestido y me apoyé en la pared en una actitud seductora, cruzando las piernas y los brazos y echándome la melena a un lado con la

cabeza ladeada después de endurecer mis pezones con la yema de los dedos.

Poco después, escuché la puerta abrirse y cerrarse. Contuve el aliento, esperando sus pasos acercarse, pero pasó un tiempo y Robe no aparecía. Empecé a ponerme nerviosa y asomé la cabeza por el primer pasillo. No lo vi. Anduve de puntillas hasta el siguiente y tampoco lo vi allí. Oí unos movimientos, provenían del primer pasillo. Me acerqué y, ya temiéndome lo peor, asomé la nariz un poco, lo justo para echar un vistazo. Era Carlos. Mi jefe. ¡Ay, madre! Y yo ahí casi en pelotas. En mi primer día. ¿Qué explicación podía darle sobre aquel despropósito? ¿Que me había dado un ataque de ansiedad y por terapia necesitaba despojarme de toda la ropa? Iba a pensar que, además de una mentirosa patológica, estaba como un cencerro.

Me quedé quieta, aguantando la respiración y cubriéndome el pecho con la mano para sofocar el sonido de mi corazón, que latía a mil, deseando que Carlos terminara lo que hubiera ido a hacer allí y se marchara lo antes posible. La puerta volvió a abrirse y luego escuché la voz de Natalia. Era inconfundible.

—Carlos —dijo como si no esperase encontrárselo.

—¿Tú también trabajando a deshoras?

—Estoy a tope con lo de Felicia.

—Si quieres puedo prestarte a Malena para que te eche una mano.

—Me apaño, pero ahora que la mencionas, ¿crees que entrará al trapo?

¿Yo? ¿Estaban hablando de mí? ¿Por qué? ¿Al trapo de qué? ¿De qué hablaban? Agudicé los oídos, mientras recorría sigilosa el pasillo para pegar la oreja a la estantería que me separaba de ellos.

—Espero, creo que sí. Es perfecta.

¿Perfecta, yo? ¿Para qué? Por Dios, ¿de qué estaban hablando?

—Es muy mona, mucho más que en las fotos de la prensa.

¿La prensa? ¿Me habían estado investigando?

—Es preciosa, a él le gustará.

Pero, ¿qué coj...? ¿De qué mier... estaban hablando? ¿Quién co... era él? ¿De qué coñ... estaban hablando?

—La he estado investigando y está pasando por un mal momento, sus padres le cerraron el grifo desde el escándalo de la pedida de mano. Un amigo de un amigo de un amigo de la familia me ha contado que vive de prestado en el piso de la hija de los Orozco.

—Mucho mejor para nosotros si necesita dinero. Esa chica es un regalo del cielo para la editorial. No podría haber llegado en mejor momento.

—Así es, ¿cuándo piensas decírselo? Estamos en cuenta atrás y hay que empezar cuanto antes el plan B.

—El lunes, no quiero asustarla, es su primer día y todavía está aclimatándose.

—Tú no asustarías a nadie con esa cara de bueno que tienes. Estoy segura de que la vas a engatusar con tus maravillosos ojos... azules... misteriosos...

—Su voz se fue cargando de seducción.

—Hay que arriesgarse y puede negarse, está en su derecho.

—Tampoco le vamos a pedir que se prostituya.

—Es un asunto muy delicado, hay que tratarlo con mucho tacto, tenemos que hilarlo todo a la perfección, podría ponernos una demanda si la cosa se tuerce.

Y justo en ese momento, en el que mi cabeza comenzaba a hacerse cruces, pensando en qué tipo de tinglado me iban a meter estos dos, escuché una cremallera y me vi en una sala de intercambios de parejas, con un Carlos desencajado por la lujuria y una Natalia azotándole con furia el trasero.

—Natalia, no. Aquí no.

—¿Por qué? No hay nadie en las oficinas. Está todo el mundo comiendo. Y yo también tengo hambre... pero de ti.

—Sabes que no puedo.

—¿No puedes o no quieres? —le increpó.

Otra vez la cremallera.

—Ya me entiendes. Es por Esther y por su padre.

—¿Y dónde estaba Esther el mes pasado? —Natalia alzó la voz.

—Me pillaste en un mal momento y agradezco tu apoyo, pero no puedo seguir con esto —Carlos le replicó sin perder la calma.

—¿Y por qué con otras sí? —gruñó.

—No seas ridícula. ¿Cómo se te ocurre? Sabes perfectamente que no tengo a otras. Me juego mucho si Esther llegara a enterarse de que tú y yo tenemos un lío.

—No sería la primera vez que te lo montas en el trabajo.

—Déjame en paz —le respondió con una extraña mezcla de pena y rabia.

—No puedo. Estoy enamorada de ti, y lo sabes, Carlos. —Natalia estaba al borde del llanto.

—Lo siento.

Entonces escuché unos pasos rotundos alejándose, supuse que eran los de mi jefe huyendo, tanto del corazón partido como de las garras y las fauces

feladoras de Natalia. Me mantuve alerta por si ella decidía seguirlo, pero no hubo pasos de tacones, en su lugar escuché unos gemidos desdichados.

Sentí lástima por ella, pese a que era una arpía loca. Se quedó en silencio unos largos segundos, después se puso a resoplar como un toro. De pronto empezó a golpear y patear la estantería, que nos separaba, con furia y esta comenzó a oscilar peligrosamente. Un archivador salió disparado hacia delante golpeándome la espinilla y tuve que ahogar un grito de dolor con las manos, pero cuando un paquete de folios de quinientos cayó sobre mi cogote el alarido salió colosal de mi garganta.

—¿Quién anda ahí? —La arpía *number one* de la oficina buscó como Rastreator y me encontró agazapada, con mis generosos pechos sobresaliéndome de los brazos cruzados.

—Lo siento, pensaba que no entraría nadie a estas horas en el almacén — comenté con la voz entrecortada, fingiendo un ataque de ansiedad severo.

—¿Qué haces ahí desnuda? —Natalia puso los brazos en jarras esperando una respuesta.

—Es por mi ansiedad, cuando hiperventilo me suben unos calores tipo menopáusica y tengo que desnudarme. Mi psicólogo lo llama la liberación de pavo, por lo de pavo subido. —Aquella explicación improvisada no la estaba convenciendo, su ceja derecha arqueada y sus labios fruncidos eran la clara evidencia de que no.

—¿Tú te crees que me chupo el dedo? —Tuve que morderme la lengua, me lo había puesto demasiado fácil—. ¿Qué tipo de juego te llevas con Carlos?

—Ninguno, ¿por quién me tomas? Lo que te he dicho es cierto.

—Sí, lo que tú digas. A mosquitas muertas como tú me las meriendo yo cada día. Aléjate de Carlos, ¿me oyes? Además, está casado y de todos es sabido que tres son multitud. Es una batalla que no vas a ganar.

—¿Y tú sí? —No sé por qué dije eso, ahora sí que había infundado unas sospechas falsas en la mente trastornada de Natalia.

—No me retes, Malena, te lo advierto. —Su dedo índice estaba muy cerca de mi nariz y no pude reaccionar, pues mis brazos seguían cubriéndome los pechos.

En cuanto se marchó de allí, con un giro dramático sobre sus tacones, recorrí el pasillo para buscar mi ropa. Me puse el vestido a toda velocidad y, cuando estaba acabando de recomponerme la falda, Robe dobló la estantería para encontrarme. La sonrisa que portaba se desvaneció de su rostro y en dos

zancadas me envolvió las mejillas y me comió la boca como si no hubiera un mañana.

—No podemos aquí, acaban de estar mi jefe y Natalia.

—Lo sé, he esperado a que salieran.

—Pueden volver.

—Se han ido —respondió, subiéndome la falda a la vez que bajaba sus gruesos labios por mi escote, entre mis pechos y los aplastaba contra mi vientre, respirándolo como si guardara el poco oxígeno que precisaba para no morir.

—No, Robe, Natalia me ha pillado en ropa interior y me ha echado una bronca tremenda en mi primer día. Andrea tenía razón, soy una estúpida.

—¿Quién es Andrea?

—Una amiga.

—Preséntamela.

Pero ¿este tío de qué iba?

—Es lesbiana y tú un poco gilipollas.

Llegué a casa exhausta, y no por el hecho de haber trabajado como una burra, el resto de la tarde lo había pasado con Margarita, destruyendo manuscritos en una trituradora de papel, bonita alegoría de lo que iba a pasar con mi trabajo al día siguiente. Natalia lo había dejado bien claro: no me quería pululando por la editorial y se las ingeniaría para ordenar mi despido. No habían sido esas sus palabras exactamente, pero es lo que suele pasar en estos casos.

—¿Y esa cara? Es duro formar parte de la población activa, ¿verdad? —Andrea estaba sirviendo un sándwich de Nocilla a Sara, que estaba utilizando mi portátil en paños menores en la mesa del salón.

—No me manches el teclado de chocolate, te lo pido por favor —le dije a aquella niñata que utilizaba mis cosas sin permiso.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —Andrea se molestó conmigo por hablarle de aquel modo a su protegida.

—Lo siento, no he tenido un buen día.

—A ver si lo adivino, ¿te ha podido el ansia sexual?

—No, no me ha podido, tienes un muy mal concepto de mí. —Me mostré ofendida para disimular.

—Entonces, ¿qué te pasa, no has sabido utilizar la grapadora?

—Muy graciosa, no es eso, es algo que me ha perturbado bastante todo el día.

—Venga, Malena, suéltalo ya. —Andrea acariciaba la nuca de Sara mientras esta le daba «Me gusta» como una posesa a fotos de sus amigas en Instagram. Era su chochito y se notaba.

—Mi compañera tiene bigote.

—¿Perdona? —Sara dejó lo que estaba haciendo y se unió a nosotras—. Yo te entiendo, cuqui, una prima de una amiga de Lorena de Garona tenía un bigote descomunal y era horrible pasar el día con ella, sobre todo si se pedía un capuchino —apuntó, dándole un gran bocado a aquel sándwich infantil.

—Ha sido horrible, ya sabéis que no puedo con esas cosas —me hice la melodramática.

—Eres una zorra mala, estás mintiendo. Fátima Ostos tenía más bigote que Nietzsche y era amiguísima tuya. Hasta hicisteis juntas un baile de fin de curso —Andrea me recriminó, mientras alargaba el dedo para limpiarle las voceras a su chochito, luego se lo metió en la boca relamiéndose.

—Pero yo era *la Chimichurri* por entonces, ahora soy otra persona que odia a las mujeres con bigotes.

—Tú no has odiado a nadie en tu vida, Malena. Eres una pija, pero de las de buen corazón. —Cómo sabía ablandarme y sonsacarme Andreita Orozco, y por eso la quería tanto, me conocía más que yo misma.

—Pues yo sí sé odiar, odio que a una chica por ir en chándal la llamen *choni* y que a las verdaderas *chonis* las llamen pijas. —Ambas miramos a aquella muchacha de dieciocho, diciendo la mayor chorrada de la historia, mientras nos caía una falsa gota de sudor por la sien.

—Tú come y calla, Sarita, recuerda que mañana tienes un examen y tienes que estudiar —le dijo su adulta novia en tono maternal.

—Tienes razón, si suspendo mis papis no me dejaran ir a Ibiza con mis amigas. —Sara puso morritos y Andrea aprovechó para darle un beso y unos cuantos mordisquitos como si fuera un caniche enano mientras le dices: «¿Quién te quiere a ti?».

—Parad ya, ¿os he dicho ya que esta relación no tiene futuro y que tus papis te van a desheredar cuando se enteren?

—¿Me van a desheredar?! —Sara puso el grito en el cielo.

—No le hagas caso, preciosa. Ven, te acompaño al dormitorio. —Andrea le pasó el brazo por los hombros y me dedicó una mirada asesina. Por lo menos había distraído su atención y no tendría que contar nada de lo sucedido

en la oficina. Por ahora.

4

LA CRUDA REALIDAD

EL RESTO DE LA SEMANA en la editorial fue más o menos igual que mi primer día: pilas de fotocopias con sus consecuentes encuadernaciones, charlas insulsas con Margarita y otros compañeros que fui conociendo, alguna que otra mirada envenenada de Natalia cada vez que me la cruzaba y *wasapitos* picantones con Robe, al que prohibí terminantemente meterme mano en lugares públicos; visto lo visto, me veía incapaz de controlar mis impulsos.

De lo ocurrido en el almacén no hablé con nadie, aunque lo tuve muy presente, no podía dejar de preguntarme cuál sería ese plan retorcido que tenían pensado la arpía y Carlos para mí. Lo miraba a hurtadillas cuando lo tenía cerca, tratando de leerle la mente, me pilló varias veces y bajé la mirada avergonzada en todas ellas. Si seguía haciendo aquello, mi jefe comenzaría a pensar que me estaba pillando por él, así que decidí no seguir dándole más vueltas al asunto y centrarme en aprender el oficio hasta que me dieran el susto.

Algunas tardes, al salir del trabajo, había quedado con Roberto para tomar algo, pero no conseguíamos llegar a puerto, el ciclón Sexo Loco nos arrasaba conforme me subía a su coche y terminábamos echando un polvo en su pisito de soltero, que era muy mono y estaba muy ordenado, a pesar de que me aseguró que no tenía chica.

El domingo de buena mañana le envié un *wasap* a Borja. Le dije que iría a verlo a eso de las doce y que le pidiera a Betty que me preparara unos *tuppers* para la siguiente semana, andaba tan pelada de pasta que no me llegaba para comer fuera todos los días, ni siquiera de menú en la cantina de Century, que solo eran cinco euros contados con los deditos de una mano. Una penita muy grande.

Después me vestí con ropa deportiva y salí a correr por El Retiro, que era el único gimnasio que podía pagarme en ese momento. Luego mi sesión diaria de doscientas cincuenta sentadillas, porque no os confundáis, un culito así de prieto no es solo obra de la genética. Lo cortés no quita lo valiente, y debía mantenerme en forma por tiempos mejores, que llegarían, digo yo. Estaba en el camino. Me había diseñado unos planes estupendos y me estaban quedando preciosos. Ya tenía unos objetivos claros a corto plazo y un cronograma de hitos como mujer adulta autosuficiente e independiente. Cosas como en qué momento haría esta y tal cosa e incluso una fecha de cuándo podría comprarme un coche, según un plan de ahorro que me había marcado en base a esos mil cuatrocientos euros netos que iba a ganar mensualmente, y de los que no tenía que tocar apenas nada, pues vivir en el piso de Andrea me salía casi por la patilla.

Con la mente alegre y despejada tras el ejercicio, me duché, me vestí con una blusa negra con pedrería de Antik Batik y mis vaqueros favoritos de Armani, me lie todo el cabello en un topo, cuidando que algunos mechones sueltos me disimularan la frente y le pedí prestado el Mini a Andrea, que no pensaba salir de la cama en todo el día, y me planté en el chalé de Borja.

La verja estaba cerrada, pese a que la urbanización es privada y cuenta con un circuito de seguridad a prueba de yihadistas, pero yo conservaba mi llave en el bolso y no dudé en utilizarla. La puerta comenzó a deslizarse a la derecha tan pronto le di al mando. Aparqué en el vestíbulo cubierto junto al garaje y en lugar de entrar por la puerta principal, rodeé la casa y me dirigí a la parte de atrás, donde estaba la piscina.

Borja estaba sentado en la terraza con una copa de vino en una mano (supuse que un Vega Sicilia, su aperitivo favorito) y el *¡Hola!* en la otra. Todavía seguía con esa vanidosa afición suya de coleccionar recortes de prensa de cualquier aparición en eventos sociales, y que a mí me irritaba tantísimo.

—Hola, Malena —dijo casi sin despegar los ojos de la revista.

—Hola, Borja —respondí, dándole un beso en la mejilla.

—¿Te apetece tomarte una? —Levantó la copa un poco.

—Sí, claro. Gracias.

Dejó la copa sobre la mesa y cogió una tableta digital, dibujó con el dedo algo en ella y volvió a por la copa para darle un sorbito.

—¿Cómo estás?

—Bien, tengo muchas novedades que contarte.

—Pues yo estoy fatal —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Te han cancelado el abono para el Real Madrid? —Solté una carcajada. Mi ex también era muy dado al melodrama.

—Mucho peor que eso.

—Quieres decirme de una vez qué narices te pasa, no tengo el kiwi para farolillos.

—¿Desde cuándo hablas así? —Me miró asombrado—. Pareces una *choni*.

—Y tú un invitado del *Diario de Patricia* y no te he dicho nada. Dispara de una vez.

—Es por Cayetana, está saliendo con Fran.

—Cayetana y Fran eran yerno y suegra. Fran se divorció hace mil de Eugenia y la duquesa está muerta.

—Pero ¡¿qué dices?! No me refiero a esa Cayetana y a ese Fran, ¿por qué iba a estar fatal por esos dos?

—Porque eres adicto a las revistas de cotilleos y es probable que hayas visto una de 1.998. Tienes un despiste de los gordos instaurado encima.

—Malena, ¿estás burlándote de mí? —su voz se tornó seria.

—Lo siento, perdona —respiré hondo—. A ver, ¿qué pasa con tu Cayetana?, que por otro lado no entiendo esa fijación tuya por esa mujer con una nariz tan común.

—¿Nariz común? —Parpadeó confuso.

—Sí, Borja, común, como un tucán. —Esbocé una sonrisa irónica.

—Esta vez te has pasado. —Volvió a coger la revista y me ignoró con toda intención hundiendo la nariz en sus páginas.

Vale que igual me había pasado con el que había sido mi novio y mejor amigo de toda la vida, pero por eso mismo podía tomarme esas confianzas.

Entre nosotros lo que se dice química sexual no había existido nunca, pero amistad de la buena sí, de esas que con una mirada cómplice te lo dices todo. Por eso pudimos aguantar cinco años fingiendo lo que sabíamos no iba a terminar en bodorrio por todo lo alto en La Almudena. Primero, porque nos poníamos menos el uno al otro que un póster de Arévalo y, segundo, porque Borjita estaba absolutamente enamorado de Cayetana de Amposta e Ibáñez, una pija de nariz aguileña y piernas kilométricas, que usaba la expresión «o sea» quince veces en una frase. Yo, por muy hija de los Altamira que fuera, jamás había conseguido ese nivel de exquisitez verbal que se espera de una mujer fina y de alta alcurnia. En eso, Andrea tenía su parte de culpa. Ella

había alimentado desde siempre mi vocabulario con expresiones de la calle. «Arte vocal y empoderamiento femenino», lo llamaba ella, pero no era más que verborrea pura y dura, creedme, y lo cierto es que me gustaba.

—Venga, perdóname, estaba de bromita, chiquitín. Es que me apetecía reírme un poquito. Ya sabes lo mal que lo he pasado, en parte, por hacerte un favor a ti también. —Puse morritos y Borja me miró de soslayo por encima de la revista, que aún tenía en las manos cubriéndole media cara.

—Te perdono porque es cierto que aceptaste ser la cabeza de turco y has sacrificado esta vida —señaló con la mirada el jardín y la piscina— para servir cafés en un barucho.

—No es un barucho —le lancé una mirada irritada—, La Salerosa es una cafetería muy molona del centro. Va la gente *in*.

—¿Te refieres a indigentes?

—Por favor, deja esa frivolidad por un momento, hay gente maravillosa fuera de estos jardines palaciegos. Y gracias a esa gente que toma café en La Salerosa he conseguido un trabajo en Century. —Cogí su copa y le di un buen lingotazo.

—Eso es estupendo, Malena. —Esta vez dejó la revista y me agarró las manos en señal de emoción—. ¿Qué opinan tus padres al respecto?

—No sé lo que opinan mis padres al respecto, hace meses que no hablo con ellos.

—Deberías rebajarte un poco y visitarlos, están muy afectados y arrepentidos por aquello.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Tu madre me llama día sí y día no, ellos creen que soy la víctima de todo esto, ya sabes que soy como un hijo para ellos. O mejor dicho, el sustituto perfecto a la hija que han perdido, palabras textuales.

—¿No estarás de su parte?

—No, sabes de sobra que no y que se pasaron mucho con aquello, pero han pasado seis meses. Malena, tu madre está muy arrepentida, te echa de menos. —Posó una mano en mi hombro e intentó que recapacitara.

—Pues que lo hubiera pensado antes. ¿Tú sabes lo que es que te señalen en la calle gritando: «Esa es Malena *la Loca de la Melena*»?

—No, no lo sé, y créeme que me siento muy culpable por haberte dejado sola con el plan. Pero si no hubiera sido así, ahora no podrías venir a por *tuppers* de Betty y morirías por inanición.

—Me debes esos *tuppers*.

—Y mucho más, Malena, y mucho más. —Suspiró hondo y volvió a recomponerse—. Pero ahora toca mirar al futuro e intentar arreglar la situación con tus padres, no quiero seguir viviendo nuestra amistad en el anonimato. En algún momento tendré que hacer el papelón de mi vida y decirles que te he perdonado.

—En eso tienes razón, y sobre lo de Cayetana... ¿por qué no la olvidas? No es mujer para ti.

—Porque donde manda el corazón no manda marinero.

—Creo que ese dicho no es así exactamente.

Borja se levantó del sillón de rafia y me tendió la mano.

—Vamos a la cocina a picar algo y me cuentas lo de ese trabajo nuevo que tienes. Ya hablaremos luego de lo de Caye, hoy te cedo el primer puesto de nuestro selecto club de deprimidos.

¿PODRÍA SER PEOR?

CUANDO LLEGUÉ A CASA DE ANDREA, me encontré a Sarita llorando desconsolada en el sofá con la cabeza hundida en un cojín. Andrea estaba a su lado pintándose las uñas como si ahí no pasara nada. Estuve muy tentada de cruzar el salón hasta mi habitación sin decir nada y pasar de más historias, bastante tenía con mis dramas personales, pero me pudo la fisgona que habita dentro de mí, así que me acerqué a ellas.

—¿Qué pasa?

Andrea no me miró, siguió con los ojos fijos en su tarea, y Sara asomó apenas el morro y soltó un aullido, luego volvió a hundir la cabeza.

—Me queréis decir qué pasa —insistí tomando asiento en el sillón de enfrente.

—Mi madre lo sabe —respondió Andrea dejando la botellita de laca sobre la mesa.

—¿Qué sabe tu madre?

—Lo nuestro. —Con un gesto de la cabeza me señaló a Sara.

—¿Y cómo lo ha sabido?

—Ha venido sin avisar y nos ha pillado.

—¿Pillado cómo?

—Pillado en pleno acto amatorio.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—¿Y qué ha pasado?

—Nada, se ha marchado.

—¿Y no ha dicho nada?

Andrea negó con la cabeza y se sopló las uñas mientras se las estudiaba con interés.

—Sara... —la llamé, pero ella siguió con la cabeza oculta tras el cojín—
... Sara, ¡Sara!

—¿Qué?! —Asomó la nariz.

—¿Estás bien?

—¿No ves que no! —gimió.

Miré a una y a otra. Sara lloraba en silencio dibujando riachuelos negros de rímel y lápiz de ojos en sus redondas mejillas; Andrea seguía concentrada en el brillo de sus uñas.

—¿Y tú no has llamado a tu madre para explicárselo?

—¿Explicarle qué? No hace falta, estaba muy claro. Cuando ha entrado en la habitación, me estaba follando a Sara con la boca. —Andrea soltó una risita como si de pronto le diera vergüenza decir eso en voz alta.

Pestañeeé alucinando con la tranquilidad de mi amiga. ¿Cómo podía tener la sangre tan fría? Yo, de estar en su lugar, estaría subiéndome por las paredes en un ataque de *spidermatosis*.

—Pero ¿es que no eres consciente de la gravedad del asunto? Si tu madre lo sabe, no tardará mucho en contárselo a la suya. Y cuando sus padres se enteren se puede liar parda.

Sara abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué?

—Porque eso hacen los padres.

—Ay, Dioos míiio —se puso en pie de un salto—. Andrea, tienes que llamar a tu madre ahora mismo y explicarle que eso que ha visto no era lo que parecía.

Traté de no reírme, porque no era momento de hacerlo, pero no pude evitar una sonrisa. No sé cómo Andrea podría tergiversar el punto de vista de su madre para que la imagen de su cabeza amorrada a la entrepierna de la hija adolescente del socio de su marido pudiera parecer otra cosa.

—¿Y si le dices que la estabas usando de modelo? —propuse.

—Y tenía mi lengua dentro de su coñito ¿porque...? —siguió con sarcasmo Andrea.

—Porque es una... nueva técnica pictórica y... vas a hacer una exposición sobre vaginas —añadí ufana.

—¿Y qué pinto, con la puta lengua? Tía, eso no cuela ni de coña —me replicó Andrea—, que mi madre no se ha caído de ningún guindo, y sabe de sobra que me gusta comer almejita salada.

—Pues tiene que colar —intervino Sara sonándose las narices—, yo de momento no tengo claro si esto de ser lesbiana va en serio.

—Pues para no tenerlo claro, bien que te abres de piernas —soltó Andrea

con retintín pellizcándole el culete respingón. Sara soltó un gritito y se dejó caer de nuevo en el sofá.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —Entorné los ojos en dirección a mi amiga, que había vuelto a coger el pintañas y empezado con la otra mano.

—¿Y qué quieres que haga? —dijo con el pincelito en alto.

—Pues... —me encogí de hombros—... no sé, pero dudo que a tu padre le encante la idea de que hayas desvirgado a la hija de su mejor amigo.

—Yo no era virgen —apuntó Sarita muy digna.

—Bueno... ya me entiendes.

Y no le gustó, pero nada de nada. Cuando el padre de Andrea estuvo al corriente de que su hija se estaba beneficiando a Sara, la hijita de su mejor amigo y socio, se presentó en casa poniendo el grito en el cielo y echó el candado. Pero candado, candado. Las voces se oían desde mi habitación.

—¡Estás loco si te crees que voy a pagar el alquiler de mi piso! —gritó ella.

—¡No es tu piso! —gritó él.

—¡Sí lo es!

—Andrea que hayas vivido aquí durante años no te hace dueña del piso. Yo pago todos los gastos de la vivienda, igual que te mantengo a ti y todos tus caprichos, pero eso se acabó, ¡¿me oyes?! No voy a seguir manteniendo tu ritmo de vida para que mancilles el honor de la hija de mi socio. ¿Es que no hay más mujeres en el mundo? A partir de ahora tendrás que afrontarlo tú y pagar el alquiler como una inquilina más.

—Pero, papá, sabes que mi trabajo no es remunerado. A veces me entra pasta y otras no.

—Haberlo pensado antes de pervertir a la hija de Eduardo Salas. Quiero dos mil ochocientos de alquiler todos los meses en mi cuenta y también te harás cargo de los gastos tú solita.

—No puedes hacerme esto. —La voz de Andrea sonó muy indignada.

—¡Claro que puedo y lo haré!

Un portazo y adiós. Hola, mundo cruel.

6

DOS CHICAS SIN BLANCA

ANDREA ESTUVO COMO UNA HORA sacando cuentas, lápiz en una mano y calculadora en la otra. Abrí una botella de vino y la dejé sobre la mesa. Serví un par de copas y me senté junto a ella, metiendo la nariz en sus números.

—Alquiler, dos mil ochocientos; luz y agua, ciento cincuenta —dije, leyendo el principio de la larga lista, tan bien distribuida en la izquierda de la hoja cuadriculada. Hasta en los pequeños detalles Andrea era una artista. Hacía que las cosas más triviales, como cualquier garabato o apunte fugaz en un papel, parecieran arte.

—Más los gastos mensuales de alimentación y limpieza, que pueden estar en torno a los quinientos o seiscientos.

—Lo del piso es una barbaridad.

—A mi padre se le ha ido la olla, pero no tenemos que pagarle esa cantidad, solo algo simbólico, no será capaz de dejar a su niñita en la calle.

—Tendremos que mudarnos a algo más barato, yo creo que hablaba muy en serio —dije apenada y ella me miró espantada, a sabiendas que su padre era un hombre de palabra firme, cortado casi con el mismo patrón que el mío.

—Bueno, tú trabajas ahora, tienes una nómina —comentó escribiendo «ingresos» en un cerdito que había dibujado expresamente en el lado derecho de la hoja.

—Sí, pero son solo mil cuatrocientos y no cobraré hasta final de mes, no nos llega ni de lejos y ¿de qué vamos a vivir hasta entonces?

—No podemos mudarnos, yo necesito mucho espacio para crear y almacenar mis obras y materiales y, de todos modos, nadie nos alquilará nada sin una fianza o un aval o algo, y no creo que mis padres estén por la labor. Tenemos que conseguir el dinero como sea y mantener el estatus.

—Pues tenemos que pensar algo.

Y nos pusimos a pensar como locas mientras nos fundíamos la botella,

pero, por más que le dimos vueltas, los balances no cuadraban. La columna de la derecha pesaba mucho en comparación, y apenas fuimos capaces de prescindir de gastos ridículos, como beber Don Simón en lugar de reservas de Ribera del Duero, cambiar de marca de compresas o detergente o la absurda idea de no encender el aire acondicionado en verano o la calefacción en invierno.

Descorchando la segunda botella me vino un momento de fulgor intelectual.

—Andrea, ¿por qué no alquilamos la tercera habitación?

Ella me miró frunciendo el ceño.

—¿Y dónde meto todos mis trastos?

—Pues ya encontraremos sitio, eso es lo de menos —le dije, de pronto entusiasmada con la idea—, pero si la alquilamos por el tercio del alquiler y, además, compartimos los gastos mensuales con la inquilina, podríamos mantener el piso.

—¿Y quién va a ser tan primo de pagar mil euros por un dormitorio de veinte metros cuadrados? —preguntó tras teclear las cifras en la calculadora.

—Pues un primo que quiera vivir en Castellana por una cantidad bastante razonable.

—De todas formas, yo no trabajo y con lo tuyo no nos llega para cubrir la otra parte.

—Sí, pero, aun así, piénsalo, estaríamos más desahogadas y no supondría tanto. Apenas la veríamos.

—¿Y compartir cocina y salón con un desconocido?

—Estamos hablando de doscientos metros de piso, apenas la veríamos, y podría ser hasta guapa —dije para tentarla.

—Estás dando por hecho que sería una mujer —dijo en un tono que evidenciaba que aquello no le parecía tan estupendo como a mí.

—¿No pensarás meter un hombre en casa?

—Ya puestas en la tesitura me da igual el sexo, lo que quiero es que tenga solvencia para pagar su parte.

—Bien, pues mujer u hombre, lo mismo da. Mañana mismo pongo un anuncio en internet y la semana que viene empezamos las entrevistas —dije sirviéndonos las copas.

—A ver si te piensas que van a venir en escuadrón a alquilarnos la habitación. —Se rio.

—Solo trato de ser optimista —comenté pasándole una copa—.

¿Brindamos?

Levantó la copa y la chocó con la mía.

—Bebe y calla.

Y bebimos hasta que de la botella no cayó ni una sola gota. Y reímos hasta llorar por nuestras desgracias que venían encadenadas. Hicimos un conjuro para acobardar a Murphy, quitándonos la ropa y poniéndonos los sujetadores en las cabezas como si fueran auriculares y bailamos con los pechos al aire alrededor de la mesa cantando desgañitadas *La revolución sexual* de La Casa Azul. Mañana tendríamos las cabezas como dos bombos, pero la alegría que llevábamos en el cuerpo no nos la quitaba ya nadie esa noche.

—No me puedo creer que tu caprichito te vaya a costar tan caro.

—¿Lo dices por Sara? —sacudió la cabeza—. No es un caprichito, ella me gusta de verdad.

Puse los ojos en blanco y rompí a reír.

—En serio. Esa chiquilla me tiene loca —repitió lanzándose sobre el sofá.

—¿Me estás diciendo que estás enamorada? —Me dejé caer a su lado.

En lugar de responder se echó a reír, mirándome las tetas sin disimulo alguno, y dijo:

—Joder, Malena, qué buena estás.

—A eso le llamo yo cambiar de tema por la vía rápida. ¿Estás borracha o qué?

—Un poco bastante. —Entornó los ojos sonriendo—, pero es que las tengo delante y tengo ojos. El doctor Cabeza hizo un buen trabajito —añadió mesándomelas con las manos.

—Lo mismo digo —dije mirando las suyas. Tan bien puestas en su sitio, ni grandes ni pequeñas.

Las dos nos reímos y luego nos quedamos calladas. Me miró fijamente y le soporté la mirada. Deslizó la manita y jugueteó con mi pezón izquierdo.

—¿Te acuerdas de aquella vez?

—A veces.

—Te gustó, ¿verdad?

—No tanto como a ti —arqueé las cejas—, pero como experimento no estuvo mal.

—O sea, que soy un conejito de indias para ti.

—Qué va —respondí apartándole la mano y la abracé—. Eres mi mejor amiga. Por ti haría lo que fuera.

—Lo sé.

Y tanto que lo sabía ella y lo sabía yo, vendería mi alma al diablo por ella.

MUJER SIN BLANCA SOLTERA BUSCA

EL LUNES LLEGUÉ A LA OFICINA con una resaca descomunal. Después de bebernos la última botella de Pingus que teníamos en el piso, caímos muertas en el sofá y luego, no sé cómo, nos arrastramos cada una a su cama. Natalia pasó por mi lado y me dedicó una mirada asesina antes de entrar en el despacho de Carlos, contoneando el culo como un pavo real, y cerrar la puerta de un portazo.

Eso solo podía significar dos cosas, que Carlos la hubiera llamado con una urgencia sexual y esta corriera a solventar el calentamiento escrotal de mi sexi jefe o... que esa mirada de ojos chinos y labios fruncidos fuera la antesala de mi despido.

—Malena, Carlos quiere que entres en su despacho ahora mismo. — Margarita me rozó la oreja con un pelo de bigote y pegué un bote del susto.

—Uy, Marga, qué susto me has dado.

—Lo siento, pero me ha pedido que entres lo antes posible.

—¿Y por qué no me lo ha dicho a mí por este chisme? — Señalé el teléfono de la centralita y Margarita se encogió de hombros mientras volvía a su lugar de trabajo.

Estaba claro que Natalia no había entrado a arreglarle los bajos a Carlos, me iban a despedir y ella iba a ser testigo, provocándole un orgasmo múltiple exagerado para hacer las delicias del gran jefe.

Mientras andaba con la cabeza alta, para eso era una Altamira, pensé en qué haríamos ahora con el alquiler del piso, las facturas, la comunidad, ¡el wifi!...

—Malena, ¿me oyes? — Abrí los ojos y vi los vibrantes ojos azules de Carlos posados en mi cara.

—¿Qué ha pasado? — Noté la boca pastosa e intenté incorporarme, estaba tumbada en el suelo de su despacho con una toalla húmeda en la nuca.

—Te has desmayado.

—No recuerdo nada, ¿ha sido después de despedirme?

—¿Despedirte? —Carlos se apartó de mí y me miró extrañado.

—Sí, recuerdo estar viniendo hasta aquí, me habías llamado a tu despacho, supongo que para eso.

—No sé qué es lo que te ha llevado a pensar tal cosa y creo que prefiero no saberlo.

—¿Y qué querías entonces? —Me quité la toalla de la nuca y me incorporé recolocándome el vestido.

—Quizá sea mejor que te lo comente en otro momento, es un asunto delicado y no creo que estés en condiciones de filtrar esa información.

—Estoy en perfectas condiciones, ¿no me ves?

—Te veo, y creo que estás demasiado delgada y posiblemente te hayas mareado por pasar demasiado tiempo en ayunas. —Me dedicó una media sonrisa, como si estuviera tramando algo.

—Como perfectamente bien y gracias por lo de delgada. Es genético.

—Genético o no, me gustaría invitarte a cenar esta noche y comentarte algo que llevo días queriéndote decir.

—¿Y qué pensará Esther de eso?

—¿Esther? ¿Conoces a mi mujer?

—No personalmente, pero he oído por ahí que estás casado con ella.

—Sí, y muy felizmente, pero la cena es de negocios, ¿qué pensabas que quería decirte?

—Pues... algo de negocios que se puede resolver aquí sin necesidad de llevar a cenar a una empleada atractiva.

Carlos soltó una carcajada y me volvió a mirar combustionando mi culote de La Perla. Qué poder tenía ese hombre en los ojos, era peor que Neji.

—Me gusta esa seguridad que tienes, Malena. Sé que eres la persona ideal para desempeñar este cargo en la empresa. Te pasaré a buscar a las ocho, prefiero contártelo con unas copas de vino de por medio.

—¿Tan peligroso es que pretendes emborracharme para que asienta como una tonta?

—No será necesario emborracharte, Malena.

Y de nuevo esa mirada...

—Pues siento declinar tu oferta, ya tenía planes para esta noche. Mañana me puedes comentar eso tan importante que tienes que decirme en la oficina.

Cuando regresé a casa, Andrea estaba degustando un kebab en la barra de la cocina y poniendo los ojos en blanco como si fuera caviar de beluga.

—No conocía esa parafilia tuya con la comida turca.

—No es un kebab cualquiera, Malena, es el rey de la comida rápida. Un maravilloso kebab elaborado con pan de pita con una infusión de azafrán, yogur de pepino, infusión de champán Krug, pimientos Scotch Bonnet, oro comestible y cordero lechal de los Pirineos. Cuesta seiscientos euros.

—¡Escúpelo! ¿Te has vuelto loca?

—Un último capricho, mujer. —Andrea lo levantó en alto imitando a la Estatua de la Libertad para que no pudiera alcanzarlo.

—No me hace gracia, esta mañana me he desmayado en la oficina creyendo que me iban a despedir por culpa de la arpía de Natalia y cuando llego a casa te encuentro destruyendo seiscientos euros con tus jugos gástricos.

—¿Crees de verdad que me gastarías ese pastizal en algo comestible? — Bajó el kebab y lo dejó en un plato visiblemente ofendida.

—Yo ya no sé lo que creer, la vida se ha tornado muy surrealista últimamente.

—Lo ha hecho Adolphe.

—¿Quién narices es Adolphe?

—Un chico que he entrevistado para lo del alquiler, un joven francés con ínfulas de chef. Él mismo trajo los ingredientes, claramente para conquistarme por el estómago y que le hiciera una rebajilla. Estudia en Le Cordon Bleu, seguro que ha robado de allí todo el arsenal culinario.

—¿Y le has dado la habitación?

—Para nada, no ha fregado los cacharros después y ha perdido puntos. ¿Y tú qué tal?

—¿Te he dicho ya que me he desmayado?

—Oh, Dios mío, ¡te han despedido! —Andrea dio un largo trago a una copa de vino blanco, vino que no sabía de dónde había sacado, pues la noche anterior nos habíamos bebido la última, y que además tenía muy buena pinta.

—No, no me han despedido. Carlos me ha invitado a cenar esta noche por un tema de negocios.

—¿Carlos? ¿El jefe buenorro?

—El jefe buenorro y casado, además de liado con Natalia *la Salvaje*.

—Claro, los grandes negocios con asistentes se cierran en cenas y en

habitaciones de hotel, lo sabe todo el mundo.

—Y todo el mundo sabe también que si alguien está bebiendo vino, debe ofrecer una copa a su acompañante de charla.

—Cierto.

Andrea se levantó, cogió una copa y del refrigerador sacó un brik de Casón Histórico.

—Aquí tienes, autentico vino de *homeless*.

—¿De dónde has sacado eso?

—Alimentación Paquita, está a la vuelta de la esquina, oferta del día.

Le di un casto sorbo a aquel vino de albañil.

—Está malísimo.

—Pues ve haciendo gárgaras con él para hacerle un garganta profunda a tu jefe esta noche o será nuestro vino de mesa durante muuucho tiempo.

—No pienso prostituirme, ¡jamás haría tal cosa! Además, que me haya invitado a cenar esta noche, no significa que le haya dicho que sí.

—Todos tenemos un precio, Malena, todos.

PROPOSICIÓN INDECENTE

LOS MARTES, según aseguran algunos expertos en *semanología*, son el peor día de la semana. Por lo visto, los lunes aún huelen a fin de semana y nuestra mente consigue activarse debido a esos bellos recuerdos. Pero el martes, el fatídico y tedioso martes, ha borrado de nuestras mentes esos momentos felices y nos deja a merced de la cruda realidad y con la sensación de que el fin de semana todavía está muy lejos. Y debe ser cierto eso que dicen los entendidos en el tema, porque yo los martes tengo un humor de perros y la impresión de que la cara se me cae al suelo cual perro pachón.

—Vaya, *Chimichurri*, qué mala cara tienes. —Ahí estaba mi Roberto, con el que solo había hablado por WhatsApp en los últimos días y había declinado quedar conmigo aludiendo a compromisos familiares.

—Gracias, tú estás bello como una amapola. ¿Qué tal esos compromisos? —dije con cierta sorna por contribuir a su manera a dejarme el martes sin bellos recuerdos; no tendría esta cara de haberme matado a polvos durante el fin de semana.

—Tranquila, no hace falta que me quieras tanto. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—Lo siento, no he dormido bien y es martes, y ya sabes qué pasa los martes.

—No sé lo que pasa los martes, pero a ti sí te pasa algo, aún no habéis encontrado compañero de piso, ¿cierto?

—Cierto, pero no es eso. —Eran demasiadas cosas, pero Roberto Sarasola no era experto en psicología, era experto en otras cosas.

—Igual puedo ayudarte con esa minidepre que tienes. ¿Comemos juntos? —Arqueó una ceja y me rozó la rodilla y, ante aquello, una no es de piedra, claro que no podía negarme.

—Vale, espérame en la salida, después de lo del archivo creo que es

mejor que no nos vean juntos por aquí.

—Somos compañeros, Malena, lo normal es que nos vean juntos por aquí.

—Ya lo sé, pero desprendemos feromonas a cada paso y eso la gente lo nota.

—¿Qué gente?

—Toda. —Lo miré con los ojos bien abiertos. ¿Cómo no sabía aquello?

—En fin, voy a dejarte hacer eso que haces en esta empresa y te veo a la hora de comer. *Chao, bambina.*

«Pedante», pensé. Y es que lo era, mucho, hasta decir basta, pero era mi píldora contra el estrés emocional en ese momento y, como he dicho antes, una no es de piedra. Pasó exactamente lo que Andrea vaticinó que pasaría, no era lo que esperaba yo, pero mi cuerpo es débil. Podía ser un excelente diseñador gráfico, guapo a rabiar, oler a macho empotrador, pero era tonto, insensible y chulo. Tres cosas que yo no tragaba en un tío, pero mi mente debía estar en modo martes exterminador, borrando esos aspectos negativos, viviendo con *el Máquina* un lunes permanente con efectos paliativos de forma orgásmica.

—Malena, Malena. —Alguien tocó mi hombro y no tuve más remedio que levantar la cabeza.

—¿Qué pasa, Marga? —Aquel trabajo de asistente estaba minando mi moral, no hacía absolutamente nada productivo desde el día anterior, como si alguien hubiera dado órdenes de no pasar trabajo a la inútil de la nueva.

—Carlos dice que pases a su despacho —dijo prudente la pobre Marga por si me daba por arrancarle los pelos del bigotaco a mordiscos.

—¿Por qué narices no me lo dice él mismo? ¡Siempre igual! —Bufé mientras de nuevo Marga se encogía de hombros y volvía a su sitio, repitiendo la escena como en el día de marmota.

Entré en el despacho de Carlos y este me recibió con la cabeza inmersa en unos papeles y cierta ignorancia hacia mi persona. Tanto que tuve que carraspear allí plantada, como un poto de interior, para que advirtiera mi presencia y, por fin, logré que se fijara en mí.

—Marga me ha dicho que querías verme, he entrado sin llamar, lo siento.

—No importa, ¿podrías bajar al vestíbulo y recoger un paquete que han dejado allí?

—Claro, para eso estoy. ¿Necesitas alguna cosa más?

—No por el momento. —Carlos esbozó lo que parecía una sonrisa, y yo

me sentí algo aliviada al saber que mi declinación a su cena de negocios no le había molestado.

—Perdona, pero aquella cosa que me querías comentar ayer... —Tengo que reconocer que la intriga me estaba matando, de hecho, esa intriga la llevaba asentada en el cuerpo desde el martes pasado, tras escuchar accidentalmente su conversación con Natalia en el almacén. Carlos era un hombre atractivo y misterioso y era bastante obvio que no me necesitaba como asistente, Margarita era más que suficiente. No había visto en la vida mujer más eficiente.

—Todo a su debido tiempo. —Con la mirada y un leve levantamiento de mentón me invitó a salir de su despacho, haciéndome tragar saliva y generando un cosquilleo en mi estómago.

Salí de allí sin pronunciar ni una palabra más, aquel misterio me había dejado muda, y la mirada chispeante de ese hombre atractivo y corpulento provocaba que mis pulmones hiperventilaran de manera preocupante. Lo de bajar al vestíbulo me dotaría de unos instantes de libertad y aire fresco con los que sanar mis alveolos.

En cuanto llegué al vestíbulo del edificio, me dirigí al exterior como alma que lleva al diablo para respirar hondo y llenarme de oxígeno, contaminado, eso sí, por la metrópoli, pero oxígeno al fin y al cabo. Tras unos minutos de respiraciones profundas volví a entrar y pedí a la señora de moño italiano el dichoso paquete de Carlos, paquete de cartón, entiéndase, por favor.

Mientras esperaba que otra señorita, llamada Pura, que no había visto en mi vida, me entregara la mercancía, la señora del moño avisó por el pinganillo que la visita de Carlos había llegado. Miré a todos lados, no me había percatado de que nadie hubiera atravesado las gigantescas puertas de cristal, pero sí vi cómo las puertas de uno de los ascensores se cerraban a la vez que la chica desconocida me entregaba el paquete. Salí disparada hacia el ascensor, debía conseguir abrir de nuevo las puertas y colarme, no me apetecía esperar al siguiente, hacían tantas paradas que más que ascensores parecían trenes de cercanías. Alargué la mano como Boomer (no era conocedora de mi superelasticidad hasta ese día), di unos traspies y se me dobló el tobillo igual que una caña de pescar, pero lo enderecé con mi nueva habilidad de mujer goma; regeneraba y extendía mis extremidades de lo lindo.

Todo sucedió como a cámara lenta y mi dedo índice traspasó las leyes físicas, consiguiendo pulsar el botón del elevador, manteniendo el equilibrio

con aquella caja en la otra mano.

Las puertas comenzaron a abrirse y me metí dentro de un salto.

—Lo siento, no la vi llegar —me dijo una voz masculina.

—No importa —balbuceé. Aquel hombre me había dejado asombrada, pero qué pintas. Me había enviado a mí misma a la antesala de mi muerte. Debía ser un delincuente que se había colado en el edificio, despistando la atención de los de seguridad.

—¿Se encuentra usted bien? —El tipo con greñas largas, barba de Gandalf, sudadera de sepultura, vaqueros pitillo desgastados y botas militares con tachuelas y pinchos de acero, todo ello negro, hizo ademán de acercarse a mí, que me había atrincherado en la esquina opuesta del ascensor sujetando el paquete como escudo—. ¿Piensa que voy a agredirla? —Me miró inquisitoriamente. Lo había cabreado, había olido mi miedo, e iba a ser violada y descuartizada en el ascensor de la empresa por ese ser inmundo.

—No me haga nada, por favor, acabo de encontrar este trabajo y me gustaría llegar a cobrar la paga extra —le supliqué aferrándome a aquel frío paquete, envuelto en papel de estraza.

—Siempre lo mismo —farfulló entre dientes, apartándose de mí y cruzándose de brazos—. Puede estar tranquila, no soy ningún depravado ni un asesino.

Aquella no era la reacción que esperaba de un tipo como aquel, yo esperaba algo más de acción, algún «cállate zorra» o «tú no llegas a la quinta planta», un poquito de seriedad, por favor...

—¿Perdón?

No obtuve respuesta. El señor de apariencia hostil siguió con los brazos cruzados mirando al frente.

En cuanto las puertas se abrieron en la vigésima primera planta, el individuo salió rápidamente, dejándome aferrada a mi paquete y con la boca más seca que un bocata de serrín.

Quise salir en su búsqueda para disculparme, ¡¿cómo había podido ser tan estúpida?! Yo que siempre había defendido la libre expresión de nuestro yo interior. Y pese a que este señor tenía visualmente un yo interior muy agresivo, eso no me daba el derecho de tratarlo como a un criminal. Miré en todas direcciones, pero había desaparecido entre los trabajadores de Century, y en cuanto mis piernas respondieron y pude salir del ascensor, Margarita me interceptó en el pasillo.

—Por fin han llegado. —Marga me arrebató el paquete y salió también

por patas, dejándome con la intriga de qué podría contener aquella caja tan ligera.

De nuevo estaba desfaenada y defraudada conmigo misma, sintiéndome inútil y horrible, todo a la vez.

Volví a mi mesa a hacer nonadas: pintar en un folio espirales sin parar, rascarme la oreja con el boli, fingir que hacía una llamada con aquel teléfono aparatoso que Carlos no usaba jamás para llamarme... Pero esta vez sí sonó. De pronto, un sonido estridente y desquiciante, pero muy bello a la vez (era el sonido de la utilidad), me despertó de mi aburrimiento y lo cogí esperanzada.

—Malena, he llamado a Margarita, pero no se encuentra en su mesa. Sé que te dije que aquí cada cual nos servimos el café, pero, si no es mucha molestia, ¿podrías traer dos a mi despacho?

—¿Con leche? —pregunté de mala gana.

—Por favor.

La máquina de café era el lugar más solicitado de la oficina, por lo menos en esta planta. La gente aprovechaba para charlar animada al abrigo de aquel ruidoso aparato y me tuve que hacer paso para llegar.

—No, no, dichosa máquina del demonio. Te he dicho con leche. —Ese día la House Coffee Eclipse no debía tener un buen día al igual que yo.

—Sabías que las máquinas de café no tienen conversaciones con seres humanos, ¿verdad?

—¡Robe! —exclamé al encontrarlo frente a mí.

—Vaya, parece que por fin te alegras de verme.

—Ayúdame, Carlos me ha pedido que le lleve dos cafés con leche y esta tonta me ha servido un americano.

—Se nota que no has servido un café en tu vida, Altamira.

—Aunque no lo parezca he servido más de uno.

Me miró de soslayo y se dispuso a pulsar unos botones para arreglar mi falta de práctica con máquinas de oficina. Por lo general, yo no tenía que hacer el café en La Salerosa, solo pasaba la comanda y Francisco los hacía con mucha rapidez.

—Gracias —le dije aliviada.

—No los cojas por el centro o te quemarás las yemas de los dedos. —Me fue pasando los cafés—. ¿Sigue en pie lo de comer juntos? Te he echado de menos. —Hizo ademán de ir a acariciarme la mejilla, pero retiró la mano cuando escuchó unos pasos cerca.

—Supongo que sí, me vendrá bien charlar con un amigo fuera de esta cárcel de pladur.

—¿Amigo? Creo que tú y yo somos más que amigos.

—Tú y yo somos tú y yo, aún no podría definir qué somos, Roberto. Me has ignorado un par de días y ¿pretendes que le ponga un apelativo a esto que tenemos?

—Déjame compensarte, Malena. Tengo ganas de ti.

—Eso es el título de un libro, ¿lo sabías? —le dije haciéndome la interesante.

—No, no lo sabía, pero es verdad que te tengo ganas.

—Me alegro, pero tengo que llevar esto antes de que se me borren las huellas dactilares. Nos vemos luego.

Me marché de allí con una punzada en mi bajo vientre, aguantando el tipo y fingiendo que Robe no me había puesto como una moto. Me fastidiaba que tuviera ese poder sobre mí aun siendo un ser tan simple como era él. Pero una no es de piedra, y si *el Maquina* te decía que te había echado de menos y que tenía ganas de ti emulando a H, yo iba y lo dejaba todo.

Entré de espaldas, empujando la puerta del despacho de Carlos con el pompis, tenía las manos ocupadas y la suerte de que esta estuviera entreabierta.

—Siento entrar así, pero no podía abrir la puerta ni llamar con los nudillos —me disculpé antes de darme la vuelta y encontrarme con el desaliñado del ascensor, sentado con las botas sobre la mesa de Carlos.

—Vaya, espero que no tenga miedo de quedarse a solas conmigo de nuevo. Apartaré la grapadora por si me da un brote psicótico y me da por graparle la yugular.

—¿Dónde está Carlos? —dije preocupada por lo que aquel tipo estaba diciendo.

—Ha salido a por unos papeles. ¿Ese café es para mí? Espero que le haya puesto leche de soja, en caso negativo tendré que estrangularla.

—Disculpe, señor, pero me está empezando a asustar de verdad.

Aquel greñudo se levantó de la silla y se posicionó frente a mí y ladeó la cabeza. Era bastante alto y larguirucho como un rayajo y su pinta de macarra imponía bastante. Me pregunté si en esa poblada barba habitarían piojos u otro tipo de alimañas.

—¿Acaso antes en el ascensor la he asustado de mentira? —Sus ojos se fijaron duramente en los míos y los cafés en mis manos empezaron a moverse

como dos gelatinas, derramándose parte del contenido por los bordes.

—No, señor, no era de mentira.

—Así me gusta, que sea usted sincera. —Me quitó los cafés y los dejó sobre la mesa.

—Gracias —dije con la voz entrecortada y unas ganas tremendas de llorar, pero la voz de Carlos hizo que me recompusiera y adoptara una pose profesional.

—Veo que has conocido a mi ayudante, Malena Altamira. Eso adelanta un poco esta reunión. Tomad asiento. —Carlos parecía encantado de tenernos a los dos allí, pero no entendía bien lo que había querido decir con esas palabras.

—¿Cojo algo para tomar apuntes? —pregunté tras carraspear un par de veces, el huevo de la garganta no se había disuelto del todo.

—No hará falta, Malena. De hecho, estás aquí para hablar de negocios. Eres el punto fuerte de esta reunión —comentó juntando las palmas de las manos por encima de la mesa, mirándonos a ambos con una estúpida sonrisa en la cara.

—¿De qué va todo esto? Creía que venía para hablar de la nueva cubierta de mi libro. —Intervino el pseudoasesino, rascándose la maxibarba.

—Os voy a presentar formalmente y comenzaré a exponer lo que tenemos pensado en Century para vosotros dos. Hacéis una bonita pareja. —Carlos se levantó y nos invitó a los dos a hacer lo mismo—. Malena Altamira, te presento a Leo Alberó.

—Mucho gusto —dije educadamente, tendiéndole la mano.

—Siento no poder decir lo mismo. —Miró mi mano con una sonrisa burlona.

Carlos nos miró ceñudo y volvió a intervenir.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros antes de que yo llegara, pero no me importa. Es de vital importancia que empecéis a limar asperezas y a prestar atención a lo que os voy a ir contando. —Se dirigió al individuo esta vez—. Leo, sabes que es importante y un sacrificio fundamental si quieres dar la cara y salir del anonimato.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué anonimato y qué tengo yo que ver con eso? —No podía más con la intriga, ¿quién era ese tal Leo Alberó? Nunca había escuchado hablar de él, no me sonaba que fuera escritor, ni articulista, ni nadie conocido en general.

—Leo, debo decírselo. —Carlos miró al greñudo, que negó con la cabeza

levemente—. Es de confianza, tienes que confiar en mí, además, es importante que lo sepa, es fundamental para la propuesta que tengo que haceros. —Leo asintió de mala gana.

Los miré a los dos sin entender nada.

—Me estáis asustando.

—Pues eso no es nada raro en ti —apuntó mi hostil recién conocido Leo Alberó.

—Tranquila, Malena, sé que lo que voy a decirte te va a impactar un poco, pero antes de que te lo diga debes firmar aquí, aquí y aquí. —Carlos alargó el brazo y me mostró un documento y me señaló dónde debía depositar mi firma.

—¿Qué es esto, Carlos?

—Un contrato de confidencialidad, eres libre de declinar la oferta que te voy a hacer, pero tengo que asegurarme de que no desvelarás la identidad de Leo mientras él no dé a conocerla por sí mismo. Si lo haces, tendrás que indemnizar a la empresa y a Leo con una importante cantidad de dinero.

—No entiendo nada.

—Y no lo entenderás hasta que firmes este documento. —Lo agitó en el aire arqueando las cejas.

—Pero es que no entiendo. ¿Qué pinto yo aquí? Y me parece, Carlos, que no quiero saber quién es este señor y no quiero hacer nada fuera de mis obligaciones como asistente. —Aquello me estaba oliendo muy mal, pero que muy muy mal, a chamusquina, vaya. Me levanté de la silla para marcharme, pero Carlos cambió el tono.

—Malena, firma, luego serás libre de marcharte si no te gusta lo que te propongo.

—Está bien —dije tomando asiento.

—¿Puedo decir algo? —intervino Leo que hasta el momento había permanecido callado.

—Adelante.

—¿Qué estás tramando Carlos? Cuando hablamos hace meses del tema, no me dijiste que iba a ser tan complejo. Afeitarme la barba, cortarme el pelo, ponerme un esmoquin... algo fácil. No sé qué pinta esta señorita en el plan inicial.

Mientras aquellos hombres tan distintos hablaban, firmé aquel documento de confidencialidad tras leerlo por encima. Estaba segura de que no iba a incumplirlo, no tenía ni un chavo para pagar esa loca suma de dinero, y la

intriga de saber quién era el tal Leo me estaba quemando las arterias.

—Ya lo he firmado, ahora, por favor, ¿podrías decirme quién es este hombre?

—Inteligente decisión, Malena, sé que te vendrá bien el dinero y a tu amiga también.

Lo miré alucinando, pero ¿de qué dinero estaba hablando?, además, ¿qué sabía Carlos sobre mis problemas con el dinero? ¿Y de qué amiga hablaba, de Andrea? Aquello estaba rozando lo psicópata.

—Por el amor de Dios, quieres decírmelo de una vez, ya he firmado el dichoso contrato.

Leo se tensó, agarró los extremos de la silla y vi cómo rostro palidecía por la tensión del momento.

—Díselo de una vez —bramó.

—Malena, Leo Alberó es la persona que se esconde detrás del seudónimo de Lisa Novak.

Si me pinchan no sangro, lo juro por Mafalda. Dirigí mi mirada al greñado con la certeza de que mi mandíbula descansaba en mi regazo en ese momento. Y él ladeó la cabeza esbozando una sonrisa nerviosa.

—¿Qué? —me atraganté con esa única palabra.

Leo asintió y miré a Carlos que hizo lo mismo.

—Ahora entiendes tanto secretismo, ¿verdad?

Asentí tragando saliva.

—¿Puedo beber agua? —pregunté, aunque un buen lingotazo de *whisky* me hubiera venido de perlas en ese momento.

—Por supuesto —respondió Carlos, levantando el auricular.

—Muy bien —recapitulé—, Leo es Lisa Novak, muy bien, o sea, increíble, pero muy bien —suspiré—, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo y por qué precisáis que yo lo sepa?

Leo se encogió de hombros y miró a Carlos que seguía hablando con Margarita.

—Ahí vamos, cuando estés preparada —dijo tras colgar.

—Estoy preparada —respondí sujetándome las manos, que estaban en modo *twist*.

—Llevamos mucho tiempo queriendo desvelar públicamente la verdadera identidad de Lisa Novak. Como sabes, es nuestra principal “autora” —entrecomilló en el aire la palabra— y, por tanto, una de nuestras mayores fuentes de ingresos. Como acabas de conocer, podrás deducir por ti misma

sin más preámbulo, que la imagen real de Lisa no es la que sus millones de lectoras de todo el mundo esperan. Hicimos un estudio y descubrimos que revelar que, en realidad, es un hombre podría impactar negativamente en las ventas y, como sabes, va a sacar un libro en tres meses, y no queremos que todo esto afecte al lanzamiento, aunque va a ser algo inevitable. Somos conscientes de ello, pero nuestra intención es minimizar el daño de la noticia.

—¿Y por qué queréis sacarla del anonimato?

—Eso es cosa de Leo.

Lo miré y él negó con la cabeza dándome a entender que no era algo que fuera a contarme por ahora.

—Inicialmente pensamos que con hacer un lavado de imagen sería suficiente, como bien ha apuntado Leo, cortar el pelo y la barba, un buen traje, etcétera, todas esas cosas afines con la imagen de un gentleman, pero hay detalles más —apretó los puños— profundos. Hay que rascar la superficie y escarbar y eliminar la mala imagen desde el interior.

Seguía sin comprender qué tenía yo que ver con todo aquello. Miré a Leo inquisitivamente, que parecía ahora bastante absorto con las vistas de la ciudad.

—Bien, entiendo que su imagen no sea la más adecuada para una escritora de romántica. No es que yo me hubiese parado a pensar nunca en cómo es Lisa Novak, de hecho, habría imaginado una cincuentona, entradita en carnes y poco agraciada en general. No suelo leer esas “cosas” —entrecomillé con los dedos yo ahora—. Desde luego, Leo no tiene nada que ver con la imagen que hubiera podido crearme de ella. Pero, de todos modos, no entiendo por qué precisa lavar su imagen, él es lo que es, y si sus millones de fans la quieren por lo que es, o refleja en sus novelas, no debería importarles demasiado que sea un greñudo con pinta de delincuente. Y perdón, si te ofendo, Leo. —Lo miré esperando una respuesta.

—Llevas haciéndolo desde que me has visto por primera vez, y ya que menosprecias mi trabajo me pregunto qué coño sabes tú de literatura —respondió con el ceño fruncido.

—Perdona, pero soy diplomada en Literatura inglesa del siglo XX. Sé lo bastante de literatura para entender que lo que escribes bajo ese seudónimo es pura porquería para cuatro amargadas.

—Y lo has vuelto a hacer, eres una máquina ofensiva vestida de Chanel.

—¿Y cómo sabes tú que esta prenda es de Chanel?

—Por el distintivo de los botones, no soy un gilipollas, vivo en el planeta

Tierra.

Carlos puso orden, ambos nos habíamos enfrascado en una batalla de ofensas recíprocas y el tema no avanzaba según las previsiones de mi jefe. Capullo, pero mi jefe.

—Nadie te pide que comprendas ni sus motivos ni los de Century, lo que importa es que eso es lo que deseamos y para lo que necesitamos tu ayuda. Y a eso vamos.

—¿Y en qué se supone que puedo ayudaros?

—Queremos que sea tu novio.

Parpadeé sorprendida.

—Perdona, ¿mi qué?

—Mi novia, y no te hagas ilusiones, a mí me apetece menos que un bocadillo de polvorones con atún en escabeche —intervino Leo un poco mosqueado.

—Estáis de broma, ¿verdad?

—En absoluto —habló Carlos—. Eres la mujer idónea para ese rol. Tienes posición, educación, formación... Eres elegante y posees modales. —Leo no pudo evitar soltar una tremenda carcajada al escuchar aquello—. Eres todo lo que Lisa Novak debería ser.

—Pero no soy Lisa Novak —le repliqué cruzándome de brazos.

—No, pero puedes enseñarle a serlo —carraspeó—, pero en hombre.

—Creo que no estáis al tanto de que mi imagen no es la que era hace unos meses. Puede que sea una Altamira, pero ahora mismo mi posición ha cambiado mucho.

—Lo sé. —Carlos abrió mucho los ojos, indicándome que era conocedor de todo sobre mi persona.

—¿Qué pasa con esta mujer? Sé que me ocultáis algo. Si vamos a ser novios, debería saberlo todo sobre ella.

—Podría decírtelo si tú me dices por qué quieres salir del anonimato —le respondí bastante molesta.

—Carlos, no va a funcionar, ella y yo —se rio de forma forzada— nadie se creería que somos novios, somos el yin y el yang.

—Pues claro que no, no eres para nada mi tipo. —Le di la espalda en mi asiento.

—Ni tú el mío, guapa.

—Por lo menos yo soy guapa. Pues ya está todo dicho, agradezco mucho que hayas pensado en mí para esta empresa, pero paso. —Me puse en pie

dispuesta a marcharme.

—Aún no te he comentado las condiciones económicas —apuntó Carlos.

—Carlos, es mejor que busquemos a otra. Está claro que Malena no podría hacerlo —intervino Leo.

—¿Y por qué no podría hacerlo? Acaso ¿me conoces? —le increpé poniéndome en jarras.

Leo levantó las manos en son de paz.

—No, no lo creo. Eres mona, pero no eres educada, no tienes buenos modales y eres ofensiva. Deberían llamarte Malenka, ya que eres un poco maliciosa. Creo que el que se marcha soy yo. Un placer, Malenka, espero que soluciones cualesquiera que sean esos problemas económicos que tengas. Carlos, avísame cuando tengas todo el tema resuelto.

Leo salió del despacho con aires de superioridad. En realidad, podía hacerlo, era Lisa Novak, estaba podrido de dinero. ¿Para qué querría salir del anonimato? Ser alguien conocido no tiene en absoluto ninguna ventaja, que me lo digan a mí. Exponerte a los medios no trae más que disgustos, y soportar la crítica gratuita de cantidad de gente que ni te conoce, vaya... más o menos lo que acababa de hacer yo con él en el ascensor... y luego de saber quién era. La gente damos mucho asco en general.

—Malena, ahora que estamos solos, me gustaría comentarte las condiciones económicas de este contrato. Sé que te vendrían muy bien.

—Estimado Carlos, me dejas muy sorprendida. Acaso ¿has estado espiándome?

—No, Malena, tú misma me pediste el día de la entrevista que te salvara.

—Esas no son las palabras exactas que yo pronuncié.

—Estoy de acuerdo, pero no te negaré que tu currículo cayó en mis manos en el momento oportuno. ¿Creías que no sabía quién eras?, por el amor de Dios, mira estas fotos. —Abrió un cajón y dejó sobre la mesa un par de folios impresos. Yo me acerqué para examinarlos.

—Pero ¿qué es esto? ¿Me has investigado?

—Por supuesto, estoy bastante al tanto de los sucesos en la alta sociedad madrileña y desde luego he sabido de tus “problemillas” familiares —volvió a entrecomillar en el aire, sacándome de mis casillas.

—Son mis problemillas, vale —le repliqué furiosa.

—Y los de Andrea Ostos.

—¿Qué tiene que ver mi amiga en todo esto? Tengo que decirte que todo esto me parece de mal gusto, además de mal intencionado.

—Para nada, Malena, todo lo contrario. Es una brillante oportunidad para limpiar tu imagen, de dejar atrás ese estúpido mote de Malena *la Loca de la Melena* y demostrar que estás bien cuerda y que todo fue un bulo de la prensa cuando decidiste...

—Cállate, no me lo recuerdes. Y te recuerdo que si hubiera querido desmentir aquello, solo hubiera hecho falta acudir a uno de esos programas del corazón y hacer unas declaraciones. No necesito limpiar mi imagen ni justificarme ante nadie.

—¿Y qué me dices de tus padres? ¿No te gustaría vengarte un poco?

—¿También sabes eso?

—Lo sé todo, Malena, sé todos tus puntos débiles y voy a hacer uso de todos ellos para que aceptes este reto.

—¿Y si no lo acepto?

—Si no lo aceptas, tendrás que volver arrastrándote a La Salerosa y servir cafés para el resto de tus días, el señor Ostos os echará del piso en Castellana y tendréis que malvivir en un piso de Lavapiés. No creo que os guste mucho el cambio, sobre todo a tu amiga, tengo entendido que su afición no es muy lucrativa, pero precisa de mucho espacio.

—Eres un poquito cabrón, no te ofendas.

—No me ofende. No se es un hombre de éxito sin serlo aunque reconocerás que de buen corazón. Lo hago por ti.

—Lo dudo mucho. Pero me interesa lo del dinero y no por superficialidad, sino más bien por ayudar a una amiga.

—La cosa es bien sencilla, Leo tendría que mudarse a vuestro piso, que parezcáis una pareja normal y feliz. Llamaremos a la prensa y filtraremos que Malena Altamira vuelve al candelero y con una nueva pareja.

—¿Y por qué él a la mía y yo no a la suya?

—Porque Leo vive con su hermano Marco y cuando desvelemos que Leo es Lisa Novak no querrá que nadie sepa donde vive, podría sufrir un acoso importante.

—¿Y yo no?

—Tú ya estás acostumbrada.

—No, no lo estoy ni lo estuve nunca. Odio esa vida, odio los eventos, las cámaras y la ostentación.

—¿Y por qué llevas un Chanel hoy? Eso es ostentoso.

—Porque me gusta, es bonito, no lo hago por aparentar nada, me gustaría igual si fuera de un corte chino.

—Mientes, pero todos lo hacemos.

—Unos más que otros.

—Podemos estar así todo el día, Malena, y tengo otras cosas que hacer.

—Escribió en un papel alguna cosa y me lo pasó—. Esta es la cantidad que se te abonaría a ti por los servicios, y de las condiciones del alquiler y agravios a tu compañera hablaremos cuando ella acepte.

—Acabo de firmar un documento de confidencialidad, ¿cómo se supone que voy a contárselo?

—No tienes que decirle los nombres reales, solo la pretensión de los actos, o míentele y dile que te has enamorado de repente, tú verás. Dime qué te parece la cantidad.

Estaba tan alucinada que tan solo posé una de mis manos sobre aquel papel.

—¿Lo dices en serio? ¿Todo esto sería para mí?

—Totalmente. Cuando Leo salga a la luz, ambos podréis libremente anunciar a la prensa vuestra ruptura, quizá sacar algo más de pasta y vivir vuestras vidas. No es nada raro hacer montajes, mucha gente los hace. Apuesto a que el tuyo llenó bien las arcas de los Altamira.

—Lo mío no fue un montaje, fue una jugarreta.

—Pues te he presentado en bandeja de plata una oportunidad de lujo para devolver a tu cuenta corriente la posición que se merece y vengarte de ellos.

—¿Y cuánto tiempo se supone que debemos estar juntos?

—Seis meses.

—¿Medio año?

—Leo quiere dar la cara el día de la presentación de su próximo libro, que será en tres meses aproximadamente.

—¿Y los tres restantes para qué son?

—Para que no sospeche nadie de que lo vuestro es un montaje. Tiene que ser un se acabó el amor de tanto usarlo.

—Entiendo, aunque en realidad aún no entiendo nada.

—Habla con tu amiga y dame una respuesta lo antes posible, el tiempo vuela y hay un cheque muy goloso esperando. Si no eres tú, será otra. Piénsalo.

—Lo haré.

MI NO NOVIO HACIENDO DE SUPUESTO NOVIO

NOS ENCONTRAMOS en la puerta de La Tasquita, un lugar recogido, bastante cuco, a la vuelta de la esquina del edificio de Century. Nos sentamos en una mesita para dos y Robe me preguntó si quería tomar vino. Le dije que mejor una cervecita y él se pidió otra. Estaba bastante alterada, mis neuronas no habían parado de dar tumbos en mi cabeza desde la proposición indecente que me había hecho Carlos. ¿Hacerme pasar por la novia de Leo? ¿De Lisa Novak? ¿Con esas pintas? ¿Y ese carácter tan agrio? Estaban locos. Pero aun así era una oferta muy tentadora. Robe no paraba de parlotear de asuntos de trabajo y yo asentía de vez en cuando, dando a entender que estaba muy interesada en su blablablá, cuando en realidad no le prestaba la menor atención.

Robe no era lo que se dice un chico avisado, aunque no era tonto. No obstante, le gustaba tanto hablar, sobre todo sobre sí mismo, que no parecía darse cuenta de que yo estaba en una de las lunas de Saturno mientras me explicaba algunos problemillas que tenía con cierta autora que nunca parecía estar contenta con sus portadas, que eran lo más.

Pedimos de comer y siguió charlando, mientras yo pululaba por los mundos de Yupi.

—Estás muy callada.

—Estaba pensando. —Lo miré y él me dedicó una de sus sonrisas diez. ¿Se podía ser más guapo?

—¿Y qué pensabas para que llevemos aquí quince minutos y no hayas dicho ni una sola palabra?

—En algo que me ha dicho Carlos.

—¿Quieres hablar de ello?

—Pues me gustaría, pero no puedo. —Puse cara de pereza.

—Ah, ya entiendo, algo confidencial.

Carraspeé y dije:

—Sí, confidencial.

—Todos en Century estamos sujetos a la cláusula de confidencialidad. Si es un tema de trabajo, aunque me lo contases, yo tampoco podría hablar sobre ello.

—Sí, es algo de trabajo, pero se sale un poco de mis funciones y no sé si puedo contártelo.

—Venga, dime qué es. —Me hizo una caidita de pestañas.

—Verás, es complicado.

—Esas cosas pasan, el trabajo es complicado.

—Es que esto se sale del capazo, me ha pedido que sea... —Me detuve porque no estaba muy convencida de estar infringiendo la cláusula pero, como bien decía Robe, todos en Century estábamos sujetos a ese compromiso.

—Venga, suéltalo, no se lo voy a decir a nadie, lo juro.

—¿Lo juras?

—Sí, tienes mi palabra de caballero.

Qué mono, de caballero, decía. En fin, que me convenció y yo tenía muchas ganas de soltar la patata caliente.

—Me ha pedido que sea la novia de alguien, bueno, que finja ser su novia y me van a pagar por el papelazo.

Parpadeó, sorprendido, y se echó a reír.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Hasta ahí puedo contarte de momento.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis meses. ¿Te puedes creer que me haya pedido algo así? Es denigrante. ¿Qué se piensa? ¿Que soy su putita? —comencé a engrescarme.

—Espera, espera, no te alteres tanto. Supongo que contractualmente no implicará que intimes con ese autor.

—¿Cómo sabes que es un autor?

—No lo sé, lo he supuesto, tratándose de Century, ¿qué otra cosa podría ser?

—Sí, claro, es un autor, y por supuesto que no, vaya locura, aun así, es denigrante, quieren aprovecharse de mis apellidos para que le lave la cara a ese señor, y tenías que verlo. Ni con aguarrás.

Rompió a reír.

—Venga, *Chimichurri*, piensa en lo positivo. —Puso su mano sobre la

mía.

—¿Lo positivo? —Aparté la mano—. Y ya te he dicho que no me gusta que me llames *Chimichurri*.

—Lo digo con cariño.

—Pues con cariño, métetelo por tu señor ano.

—Venga, Malena, solo trato de hacerte sonreír.

—Pues no lo consigues.

—Está bien, perdona. —Me ofreció la mano como una ofrenda.

—Lo siento, es que estoy muy alterada —dije cogiéndole la mano un poco arrepentida por mi mal humor, él no tenía la culpa de nada, bueno sí, dejarme sin polvos había contribuido a ello—. Llevo toda mi vida sintiendo que vivo en una maldita telenovela y cuando al fin parece que estoy saliendo, viviendo mi propia vida, una vida real, trabajando, ganándome la vida con un trabajo de verdad, fuera del objetivo, me viene Carlos con esta movida. Si aceptase esa oferta, volvería de cabeza a todo eso de lo que hui y no sé si estoy preparada. Además, si aceptara, tampoco podríamos vernos y no sé... ya sé que llevamos juntos una semana, y todavía no tengo claro que somos, pero si aceptara, tendríamos que dejarlo.

—Podríamos vernos a escondidas.

Ladeé la cabeza y entorné los ojos.

—Me estás diciendo que acepte.

—No, claro que no, te estoy dando opciones, para que te lo pienses. Supongo que te habrá ofrecido una buena cantidad, Carlos no es de andarse con chiquitas.

Asentí.

—Y no estás en tu mejor momento económico —añadió y volví a asentir—. Podríais pasar del asunto ese de alquilar una habitación del piso de Andrea a un desconocido.

Ahí bufé y salté:

—Es que esa es otra. Ese señor se vendría a vivir con nosotras para hacer el paripé más creíble.

—Pues mira, dos pájaros de un tiro —soltó todo ufano.

—No estoy para bromas. —Le di un pellizco en la mano.

—Auuh, vale, perdona, otra vez. Estás muy sensible. No estarás con la regla, ¿verdad?

Y ahí lo miré mal, mal, fatal.

—No me vengas con estupideces.

—No lo son, tengo cinco hermanas y sé el carácter que se le ponen a algunas mujeres cuando están menstruando.

—Míralo qué fino —me jacté.

—No, lo digo muy en serio, mi hermana Esperanza se pone de un humor de perros y no se le puede ni saludar.

—Bueno, vale, bien, no es mi caso. Dejemos el tema y centrémonos. ¿Qué hago, Robe?

—Consultarlo con mi almohada. —Levantó las cejas y me sonrió.

—No puedo hoy.

—¿Por qué?

—Estoy con la regla —mentí y levanté el mentón sonriendo y él también sonrió.

LA DECISIÓN

LLEGUÉ A CASA con un dolor de cabeza brutal, ansiando un poco de tranquilidad, pero me topé con todo lo contrario. El recibidor estaba lleno de maletas y yo las miré pensando que no podía ser que Andrea hubiera admitido un inquilino sin consultarme primero.

Me la encontré en la cocina, sirviéndole una copa de vino (Casón Histórico) a una mujer impresionante de piernas infinitas y cabello castaño ondulado hasta media espalda, sentada en uno de los taburetes de la gran isla.

—¿Y dices que salías en ese anuncio? —alcancé a escuchar. Andrea estaba en modo mujer fatal.

—Sí, yo era una de las sirenas que saludaban desde la roca a los marineros.

—Ah, ya —dijo mi amiga palmeándole la mano con una sonrisa de absoluta adoración.

—¿Me he perdido algo? —dije para llamar su atención.

Las dos volvieron las cabezas. La chica (casi diosa) me dedicó una sonrisa comedida y Andrea tras ella me guiñó el ojo asintiendo muy divertida en su dirección.

—Hola, Malena, te presento a Carmela —dijo.

Me acerqué para darle la mano, pero la mujer kilométrica (¿se podía ser más larga?) se puso en pie de un bote y me plantó dos sonoros besos en las mejillas mientras me sujetaba por los hombros con ambas manos, sus grandes pechos aplastándome la garganta.

—Hola, Carmela, encantada —dije.

—Igualmente. ¿Así que tú eres Malena? —Asintió levemente. Qué guapa era la maldita Carmela. Andrea y yo a su lado parecíamos salidas de Mordor.

—Sí, esa soy yo.

—¿Estás bien? —preguntó Andrea viendo mi cara seria.

—No, estoy muy cansada, si no os importa os dejo solas —arqueé las cejas—, voy a darme una ducha.

—Es que Malena trabaja mucho —dijo con sorna Andrea.

—¿Puedes venir un momento a la habitación? —le pregunté con tonillo, deseando saber por qué había metido a esa diosa en casa sin comentármelo antes—. ¿En serio? —le dije conforme cruzamos la puerta.

—En serio, ¿qué? —preguntó sorprendida.

—¿Has metido a Carmela, la piernas largas, en nuestra casa sin consultármelo?

—Siii, nos la podemos quedar, ¿verdad? Dime que sí, dime que sí, dime que sí —canturreó saltando a mi alrededor como un perro faldero.

—Pues no.

—Pero ¿por qué?

—Porque he encontrado otro inquilino.

—¿Inquilino? Un hombre, ¿claro?

—Sí, un hombre, de pelo en pecho... y bueno... en muchos sitios más. Es muy peludo en general. Pero luego lo hablamos en cuanto le des puerta a Carmela.

—Es que no quiero darle puerta —me replicó—. Me la quiero quedar.

—No hables de ella como si fuera una mascota.

—Pero ¿tú la has visto? Es guapísima y tiene unos melones...

—No puede quedarse, y lo siento, pero tengo que contarte algo y necesito tu aprobación.

—Joder, qué misteriosa estás.

—Dale puerta a la ahijada de Victoria's Secret y a sus maletas.

Me miró extrañada.

—Esas maletas no son tuyas.

—¿Y de quién son?

—¿Pues de quién van a ser?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, ¿de quién?

—Pues de Sarita, te lo he puesto en un *wasap*, ¿es que no lo has leído?

—Nooo, ¿en serio? —lloriqueé. La idea de tener a esa niñata rondando por la casa todas las horas del día me espeluznaba.

—Muy en serio.

—Pues ahora sí que habéis declarado una guerra abierta a vuestras familias. ¿Piensas mantenerla tú? Porque entiende que si se marcha de casa

de sus papis, igual dejan de pagarle sus caprichitos y lo que no son sus caprichitos.

—Lo que no pienso hacer es dejarla en la puta calle, Malena. Me lo ha pedido.

—Y tú, como mujer adulta que eres, y sin blanca, como quien dice —añadí— ¿no puedes hacerle entrar en razón de que no se trata de una buena idea?

—La amo —dijo sin más.

—¿La amas?! —pregunté escépticamente—. Y hace dos minutos estabas coqueteando con Carmela y pensando en meterla en casa para seducirla y llevártela a la cama.

—Tengo un corazón muy grande —se mesó un pecho—, además, creo en el amor libre, ya lo sabes.

—Nos vamos a meter en un buen follón gracias a algo tan estúpido como el amor.

Andrea me miró seria y meneó la cabeza con desaprobación.

—Tan estupendo, Malena, tan estupendo. —Y se marchó a dar puerta a esa bella mujer que sorbía con cara de angustia la copaza de Casón Histórico.

—Ya está, ¿contenta? La mujer que protagonizará mis próximos veinte sueños húmedos se ha marchado —dijo Andrea de mal humor, dejándose caer en el sofá con hastío, a sabiendas que la conversación iba a ser muy larga—. Cuéntame todo eso que traes atravesado en la garganta, sé que te está quemando.

—¿Dónde está Sara?

—Ha ido a casa de unas amigas a estudiar, tiene un examen importante en un par de días.

—Nunca te lo he preguntado, ¿qué estudia exactamente?

—Ni idea, no me gusta invadir su espacio. Quieres contarme de una vez.

—Andrea se estaba impacientando—. ¿Vino? —Señaló la barra de la cocina.

—No, y no es que no me venga bien es este momento, es que amo mucho mi esófago.

—En ese caso, suelta por esa boquita.

Le expliqué, sin detallar el nombre de nuestro posible inquilino, la propuesta de Carlos, el conocimiento del mismo sobre nuestra vida personal, incluidos los problemas que teníamos ambas. Andrea se levantó cinco veces a

rellenar su copa, se las bebía de trago con cara de estupor. No sabía que un cartón de vino de mesa barato diera para tantas copas, igual era cierto eso de que salía a cuenta en Alimentación Paquita.

—Como has podido comprobar, he escuchado todo lo que me has contado atentamente, sin interrupciones, procesando toda la información y haciendo uso de mis múltiples capacidades mentales. —Andrea me cogió las manos, como una madre que intenta consolar a una hija tras la marcha de su primer amor.

—¿Y?

—¿Te has vuelto loca? —De repente le dio un brote psicótico—. ¿Tú sabes lo que supondría tener de nuevo a la prensa en la puerta de casa?

—Solo durante seis meses, luego se irán y perderemos el interés de esos buitres como pasó la última vez.

—¿Y exponer a Sarita a que sus padres nos vean por las revistas salir de la mano? Quieres que les dé un infarto a mis suegros.

—¿Ya son tus suegros? —Me reí.

—No me hace gracia, Malena, ninguna gracia.

—Me imaginaba que dirías eso, pero esta es la cantidad que Carlos me abonaría por los servicios prestados y, si no he entendido mal, habrá otra cantidad para ti y un cheque por el alquiler mensual de nuestro inquilino, dietas aparte. —Le entregué el papel, que poco antes me había pasado Carlos en su despacho, emulando una peli de mafiosos, aunque no había necesidad para ello ya que estábamos solas.

—¿Sesenta mil euros por seis meses paseándote con ese famosillo, yendo a buenos restaurantes, estrenos de películas y paseos por el parque?

—Sí, y te repito que habrá un cheque también para ti.

—Esto es demasiado goloso y atenta contra todo lo que creo en la vida. Apártalo de mi vista. —Me entregó el papel haciendo aspavientos.

—Solo es un *post-it*, no va a quemarte la cara.

—Me quema el cerebro, que no es lo mismo, me está corrompiendo el alma y me tocará hacer doble sesión de taichí esta noche —dijo apurando la quinta copa y levantándose a por otro cartón de vino. ¿Cuántos habría comprado?

—Andrea, di algo.

Mi amiga abrió con tembleque el brik con la ayuda de unas tijeras, lo del abre fácil es un engaña muchachos.

—Déjame pensarlo un momento. —Se rellenó la copa y empezó a

bebérsela a sorbitos.

—Andrea, ese vino sí te va a freír el cerebro. Tienes que contestarme, mañana tendré que decirle algo a mi jefe, si no acepto me despedirán.

Esas últimas palabras hicieron eco en su mente y días negros y oscuros debieron aparecer en su subconsciente.

—Tenemos que decir que sí, no puedo fallar a Sara, no puedo permitirme vivir en la indigencia, no existen carros de supermercado tan grandes para acarrear con todas mis cosas.

—Gracias, gracias. —Le estampé un besazo en los morros—. Sabía que acabarías entrando en razón. No es que sea el trabajo de mi vida, ni que me haga una ilusión tremenda meterme en ese embolado, pero la necesidad apremia. Y además podré limpiar mi imagen y volver a salir a la calle con mi pelo al natural. Quiero devolverme la dignidad a mí misma sin ayuda de mis padres.

—Maldita vida, ¿qué le hemos hecho? —La ingesta masiva de vino peleón estaba causando mella en Andrea, casi nunca lloraba o se ponía melodramática, excepto si se pasaba con el alpiste.

—No dramatices, solo llevamos una semana de situación precaria y con las facturas pagadas, además que el tema se haya solucionado de la manera más tonta, empieza a hacerme bastante gracia.

—¿Se haya solucionado de la manera más tonta? Tu jefe te obliga a aceptar de una manera de lo más rastrera, investigando nuestra vida, poniendo en peligro nuestra paz mental y ¿te hace gracia?

—Sí, me la hace. Estoy cansada de ir de víctima, Andrea, de no ser dueña de mis decisiones. No es que esto sea la panacea, pero nos devolverá la dignidad, el *cash* y las ganas de salir a la calle con pamelita.

—Me niego a salir con pamelita, ya sabes que no me sienta bien. Mi cabeza es demasiado grande para ponerme un platillo volante encima.

—¿Y si lo pone en el contrato y te dan trescientos euros por cada vez que te la pongas?

—¿En serio?

—Es un suponer, tontaina.

—En ese caso me la pondría, hasta para ir a la tienda de Paquita. — Andrea puso morritos y se colocó unas gafas de sol imaginarias.

—Entonces, amiga, parafraseando tus palabras, te diré que todos tenemos un precio. —Le di una cachetada al culo y le arrebaté aquella copa de vino peleón, me estaba envalentonando.

—Lo haré por Sara. —Suspiró hondo—. E, imitándote a ti, diré que lo hago por algo tan estúpido como el amor.

—Pues he cambiado de idea, y creo que el amor es algo estupendo.

THE NANNY

AL DÍA SIGUIENTE Carlos llegó en silencio. No es que se moviera haciendo ruido en plan robot con luces y sonidos, pero siempre entraba saludando a lo grande y dando órdenes a diestro y siniestro. Se había cortado el pelo y estaba guapo a rabiar. Y tampoco es que yo tuviera por costumbre mirar a los cuarentones casados, pero no todos los cuarentones casados eran tan atractivos como mi jefe, aunque fuera un cabrito de mucho cuidado. Una cosa no quita la otra.

Carlos se acercó a mi mesa, me dejó un libro delante y me hizo un gesto para que lo leyera.

—Te he traído esto. Ayer me di cuenta de que no conoces la literatura de Lisa Novak.

Asentí avergonzada, había prejuzgado a las malas una autora llamándola mediocre y Carlos que, parecía conocerme al dedillo, se había dado cuenta de mi arrogancia y prepotencia.

—Quiero hablar contigo sobre esto. —Puse la mano sobre libro y tamborileé con los deditos en la cubierta.

Carlos asintió y entró en su despacho, dejando la puerta abierta. Me quedé mirando el libro, la cubierta era maravillosa, nada que ver con esas portadas casposas de torsos varoniles en primer plano que tanta grima me daban. Pasé la yema de los dedos por encima del nombre en relieve de la autora y suspiré. Iba a conocerla de verdad y en la intimidad (entiéndase sin malinterpretaciones). La persona, hombre o mujer, que había escrito esas seiscientas páginas había dedicado no sé cuántas horas de su vida en hacerlo cuidadosamente, mimándolo como un hijo, y posiblemente esconderían muchos secretos sobre quién era en realidad la responsable de tantas palabras juntas. Al margen de ese aspecto de delincuente, dentro debía habitar un alma sensible y romántica al cien por cien, porque cómo si no uno podría escribir

historias de amor sin error de equivocarse. Cogí el libro y lo guardé en un cajón para leerlo luego, aunque yo ya había hecho mis deberes la noche anterior y empezado otro que, para mi sorpresa, me tuvo en vilo hasta las dos de la madrugada, cuando a regañadientes decidí abandonar la lectura.

—Carlos —dije tras cerrar la puerta de su despacho a mis espaldas.

—Dime.

—Voy a hacerlo.

—Me alegro, es una buena decisión por tu parte.

—No me queda otra, no puedo quedarme sin empleo y mi compañera está de acuerdo en que lo hagamos.

—Siento si lo que te dije ayer te molestó. No lo decía en serio, en realidad... no te despediría por no aceptar este trabajo extra. Quiero que lo sepas. Debes confiar en mí, aunque sea un cabrón. Lisa Novak es muy importante para mí, yo la descubrí. Y ambos, Leo y yo necesitamos, que todo vaya bien. Ya te dije que eres perfecta para el puesto.

—¿Me cogiste ya pensando en este plan?

Asintió.

—Pues si es para lo que me necesitas, acepto el reto. —Extendí la mano hacia él y Carlos la cogió, levantándose a la vez.

—Pero ahora tenemos un pequeño problema —dijo.

—¿Y cuál es?

—Leo no te quiere como novia.

—Vaya... —dije un poco decepcionada—... pues tendremos que convencerle, ¿no?

—Exacto —me guiñó el ojo divertido, valiente cabronazo—, por eso mismo lo he vuelto a citar esta mañana en... —consultó su reloj deportivo— ... treinta minutos. ¿Nos tomamos un café?

—¿Lo traigo yo?

—No —respondió aposentándose, luego levantó el auricular y marcó la extensión de Margarita—. Ponte cómoda, tenemos muchas cosas que concretar antes de que llegue *la dama*. Ahora eres una persona vip en Century. —Sonrió y yo pensé que tenía una de las sonrisas más maravillosas del mundo. De verdad, ¿en qué pensaba yo después de todo?

—Espero que tengas otra propuesta —dijo Leo, nada más traspasar el vano de la puerta.

—Pues no, insisto en que Malena es la mujer ideal para el cometido —respondió Carlos poniéndose en pie para saludarlo.

—Permíteme que lo dude —le replicó estrechándole la mano.

—Estoy aquí —apunté levantando el dedo, pero Leo, que ese día había decidido hacerse una coleta, despejando así la estructura de su rostro, me ignoró tomando asiento en una silla a tres metros de distancia.

—Leo, conozco a Malena y está dispuesta a aceptar y poner todo su interés y buen hacer en este proyecto. Confío en ella.

—No me vale, además, creo que te dije que la prefería rubia.

—Eso tiene arreglo —dijo Carlos con una sonrisa.

Espera, ¿quéeee?

—Pues deberá teñírsele si quiere ser mi novia.

—Voy a puntualizar que no quiero ser tu novia —silabeé la frase—, lo voy a ser por contrato, que te quede claro.

—Pues por contrato, exijo que mi novia sea rubia.

Estreché los ojos, odiándolo un poco.

—Lo tenía previsto listillo, soy rubia natural, solo que cambié mi aspecto por un problemilla.

—Pues deberías haber barajado la posibilidad de cortarte el flequillo, no te favorece llevar la frente tan despejada.

—¿Y qué eres tú, estilista, además de escritora? —Me reí en su cara—. Pero ¿tú te has visto qué pintas llevas?

—No todos somos unos pijos sin un ápice de inteligencia.

—Cuando lea tu libro podré medir la tuya —le repliqué haciéndole una mueca.

—Esto es absurdo, Carlos, esta mujer es demasiado infantil para mí.

—A ver —Carlos medió en la gresca—, haya paz. Malena no es infantil, la estás provocando.

—¿Ahora la defiendes? —Leo se cruzó de brazos.

—¿Quién es ahora el infantil? —Y yo me crucé de brazos también.

—Ambos parecéis dos párvulos ahora mismo. Leo, soy yo, ¿vale? Soy Carlos, tu amigo. El que ha vivido contigo todo esto, el que ha hecho de ti una autora de éxito. Hazme caso, Malena es perfecta. Además, sois tal para cual.

—Sabes que odio que me llames «autora».

—Perdona, autor. Leo acepta a Malena, te lo pido por favor, hazlo por mí. Leo me miró de refilón y bufó un par de veces.

—Lo haré, pero que se tiña el pelo.

—Gracias, Leo, no te arrepentirás de esto.

—Yo también me alegro, y si me disculpáis y Carlos me da dinero de dietas para la peluquería mañana mismo seré la Malena de siempre.

—Flequillo, solo añadiré eso —apuntó Leo sin mirarme siquiera.

—Está bien, pediré un champú para pelos grasos para ti, mi amor. —Le lancé un beso y salí de allí triunfal, el juego iba a empezar.

Volví a mi mesa y pedí cita en una peluquería cerca del piso de Andrea. La busqué por Google, una bastante cara y glamurosa, ya que Century iba a costear ese gasto. Ahora era una persona vip, lo había dicho Carlos y me tomé aquello al pie de la letra.

—Marga, ¿podrías decirle a Carlos que me voy y que necesito el *cash* para la pelu?

—¿De qué me hablas? —Se recolocó las gafas, siempre se le resbalaban, tenía la piel demasiado brillante, quizá podría llevármela un día conmigo a cuenta de Carlos y arreglarle un poco el careto. Esos bigotes tenían que desaparecer de la faz de la Tierra.

—Olvídalo, lo haré yo misma. —Me levanté contoneando el culo, culo que aunque nunca había abandonado, ahora podría entrenar, como se merecía, en un *gym* con algún conjunto chulo de Adidas retro.

Llamé con los nudillos y Carlos me invitó a entrar.

—Perdonad. Carlos, me tengo que marchar y necesito dinero para la peluquería y el gimnasio.

Leo seguía allí.

—¿Gimnasio también? —soltó mi amorcito.

—Quiero estar muy bella para ti, además tú también te apuntarás. Es fundamental que vean que hacemos cosas juntos y no te vendría mal apretar esas carnes fofas. —Hice un círculo con mi dedo índice sobre mi zona abdominal.

—Malena, te abonaré todos esos gastos en tu cuenta en cuanto me pases los recibos. Haz cuanto necesites, no será un problema —respondió Carlos con una de esas sonrisas perfectas de combustionador de vaginas.

—Eres muy amable y generoso. —Le sonreí complacida—. Leonardo —dije para fastidiar a mi falso novio, haciendo una reverencia antes de marcharme.

—Malenka. —Él hizo lo mismo, levantando el mentón y con un rictus que habría que perfilar.

En cuanto salí de allí, consciente de que Malenka iba a ser durante seis meses el apelativo que Leo usaría para referirse a mí, un *wasap* de Robe me entró en el teléfono: «Te he visto salir del despacho de Carlos, ¿Cenamos esta noche y me cuentas qué has decidido? Prometo no ponerme celoso por ese novio falso.».

Le contesté rápidamente que sí, necesitaba salir un rato y gozar por última vez de la libertad que durante seis meses iba a perder...

Al llegar a casa, después de pasar por la peluquería, me encontré a Sarita en el salón, semidesnuda comiendo una napolitana de chocolate, sin reparar en que el cojín que usaba de bandeja estaba completamente manchado de cacao.

—¿Sería mucho pedir que usaras una servilleta o un plato? —fue lo primero que dije, tras dejar las llaves en el plato de cristal de la entrada.

—¿Quién es usted y cómo ha entrado en mi casa? —dijo ella mordiendo la napolitana.

—Pero ¿qué dices? Soy Malena, ¿tan cambiada estoy?

—¿Malena? ¿Qué Malena? —Me miró con el ceño fruncido, aquella chica a veces rozaba el idiotismo más absoluto.

—No lo dirás en serio. ¿Dónde está Andrea?

—Aaaaah, Malena. Chica, no te había conocido, te queda muy bien ese color y el flequillo. Andrea ha ido a dejar unas cosas de la habitación de los trastos al garaje de un amigo suyo, está como loca todo el día limpiando esa habitación, como si fuera a mudarse alguien ahí.

—Es que va a mudarse alguien ahí, ¿no te lo ha dicho?

—No, nuestra relación se basa en otras cosas, nos gusta darnos espacio. —Se metió el dedo corazón en la boca y lamió los restos de napolitana y chocolate.

—Sarita.

—¿Qué?

—Vuelve de Matrix.

—Vale —respondió, recogiendo las migas del regazo en una manita usando la otra como escoba.

Sobra decir que Sara no entendió aquello de Matrix, pero por norma general era bastante corta de entendederas. Tras tirar las migas al suelo, de un brinco, se levantó del sofá y tarareando *La marcha imperial* de *Star Wars* se encerró en la habitación de Andrea. Paciencia, yo solo pedía paciencia, la iba

a necesitar en cantidades industriales, y eso era algo que Carlos no podía pagar.

A las ocho, Andrea todavía no había vuelto de hacer lo que fuera que estaba haciendo. La llamé para preguntar si iba todo bien. Por lo visto, su amigo tenía una furgoneta y un local donde poder guardar los trastos que Andrea acumulaba en esa habitación, pero el local estaba fuera del área metropolitana de Madrid y se tardaba como hora y media en llegar. Eché un vistazo al dormitorio y realmente había estado trabajando duro en él, tan solo quedaban una escultura de latas de su época de escultora, un par de cuadros feos y un cabezal de cama de algún siglo importante.

—Sara, voy a salir. Cuando llegue Andrea dile que he ido a cenar con Roberto.

—De acuerdo —me dijo desde la cocina con un sándwich triple de york, lechuga, queso y mahonesa. ¿Cuánto comía esta muchacha y dónde lo metía?

Roberto me esperaba apoyado junto a su coche, una ligera brisa movía el aroma de su perfume en mi dirección y entró de lleno por mi naricilla. Llevaba un suéter de pico azul claro y un pantalón beige. Parecía un *cupcake* recién salido del horno. Era una imagen deliciosa de *el Maquina*. Fui a su encuentro.

—Hola —dije y me detuve ante él.

—Hola, ¿de verdad que eres tú? —preguntó esbozando una de sus sonrisas maravillosas.

—Sí, ¿te gusta? —dije moviendo la melena a los lados, que osciló suavemente sobre mis hombros.

—Estás preciosa, Malena. El rubio te favorece... y ese flequillo... —me recorrió la cara con un dedo suavemente—... te dulcifica aún más.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. ¿Dónde vamos?

—Podríamos pasar de la cena e ir directamente a mi casa. Estoy un poco cansado. —Se acercó y me besó en los labios.

—Creo que no, hoy no. Quiero contarte cosas y que me lleves a bailar. Después iremos a tu piso a terminar esta velada, posiblemente la última que podamos disfrutar juntos. —Me deslicé sensualmente hasta la puerta del copiloto y me subí dispuesta a comerme la noche madrileña junto a Roberto.

—¿Has reservado en algún sitio?

—La verdad es que no, no he tenido tiempo, el trabajo me tiene absorto.

- Ya, creía que en tu mensaje me invitabas a cenar.
- Y eso estoy haciendo, solo que no me he acordado de hacer reserva.
- Ok... pues sigue mis indicaciones, te llevaré a un lugar donde seguro que hay mesas libres.

UN ALGO

APARCAMOS A TRES CALLES de distancia del pequeño restaurante italiano, que había sido uno de mis refugios cuando necesitaba huir de mis padres. Conocía el sitio porque Ángela, la señora que siempre había gobernado la casa familiar, me llevaba muchas veces a comer los sábados y allí me trataban como si fuera una sobrina. Pedro, el dueño, era hermano de Ángela, y pese a que era un sitio pequeño y no muy bonito, la comida era una delicia para el paladar. Su mujer, Fabiola, era de un pequeño pueblo de La Toscana y tenía una mano espectacular para elaborar guisos típicos de la región, además de la típica comida italiana que ingerimos la mayoría de los mortales.

—¿Aquí? —Robe se detuvo en la puerta que yo le había señalado con la mano y la miró extrañado.

—Sí, se come de maravilla.

—Pero es muy cutre.

—Puede que sí, pero está muy limpio y la comida es buenísima —le repliqué tirándole del brazo para entrar.

En cuanto abrimos la puerta del local, Pedro vino a recibirnos con una sonrisa.

—Buenas noches, ¿tenían mesa reservada?

Escuché a Robe reír por lo bajo a mi lado y me dieron ganas de meterle un puntapié.

—No, esperábamos que hubiera sitio —dijo él con cierta guasa.

—Por supuesto. Pero... —se detuvo el hombre a mirarme—... pero si eres Malena, pero ¿cómo estás? Qué guapa te veo. ¿Qué te has hecho? Si no te había reconocido, perdona. Esta cabeza mía está perdida.

—Tranquilo, Pedro, es que me he cambiado el pelo. —Me reí.

—Ven aquí, que te meta un buen achuchón. —Y al punto me estrujó entre sus brazos. Adoraba ese tipo de contacto tan sincero y espontáneo a la vez; en

mi casa había mucha ausencia de eso—. ¿Cómo está mi hermana? Hace mucho que no hablo con ella. Pero cuando no se tienen noticias, es que todo va bien, ¿verdad, chicos? —Me guiñó un ojo y luego le echó un vistazo a mi acompañante—. ¿Y este muchacho? ¿Es tu novio?

Miré a Robe y le sonreí. Y él como respuesta me rodeó por la cintura con un brazo.

—Es Robe, un amigo —respondí, aún no sabía ponerle nombre a lo que teníamos, novio, folla-amigo, padre de mis futuros hijos, tal vez. No sé—, y de tu hermana no sé nada, hace tiempo que no voy por casa, pero ya sabes, cuando no hay noticias, es que todo va bien.

—Exacto, ese es mi lema. A ver que os busque una mesa.

Miré el pequeño local y estaban todas libres, salvo un par, ocupadas por unas parejas enamoriscadas.

—No creo que tenga problemas para encontrarla —bromeó Robe, susurrándome al oído.

—Calla, tonto. —Le di un codazo.

—Esta —dijo Pedro, separando una silla de una mesa para dos y ofreciéndomela para que tomara asiento.

—Muchas gracias, caballero —dije mientras él me acomodaba la silla de nuevo.

—De nada, señorita. ¿Queréis tomar algo?

—¿Vino? —sugirió Robe abriendo la carta.

Bufé, ¿más vino?

—Una cerveza mejor.

Pasamos una velada muy animada. Le puse al día sobre mi decisión sobre Leo, sin mencionar su nombre real ni el de autora, y me sentí muy aliviada al ver que él se lo tomaba la mar de bien.

—Entiendes que no podremos quedar como ahora, ¿verdad?

Asintió mientras engullía con ganas unos *penne* al vodka que estaban para morir de ricos.

—Están deliciosos.

—Ya te lo dije, Fabiola tiene una mano divina para la cocina.

—Tenías razón, y entiendo, lo entiendo perfectamente, es un asunto de trabajo, lo tomaré como que has tenido que salir al extranjero.

—Tampoco tanto, no seas exagerado, nos veremos en Century, y también podríamos quedar a escondidas, pero me estarán vigilando y debo ser muy cuidadosa.

—Siempre nos queda el almacén. —Arqueó las cejas.

—No me hables del almacén —gruñí medio riendo.

—Ya pensaremos algo, vale, Malena. Seis meses pasan volando —
respondió mientras alargaba la pierna para acariciarme el tobillo.

Suspiré.

—Eso espero.

—¿Pedimos postre?

—Yo no tomo nunca postre, pero pídelo tú, aquí los hacen buenísimos.

Robe me lanzó una mirada intencionada, que luego se deslizó por mi escote aguas abajo, encendiéndome los motores. Braguitas en fase inicial de combustión.

—Creo que de postre te voy a comer a ti. ¿Nos vamos?

Mmmmm, sonaba muy apetecible, así que le dije con prisa:

—Sí. Pide la cuenta.

Salimos del restaurante escopetados, tras dejarle a Pedro una generosa propina y la promesa de que volveríamos pronto. En el exterior, Robe tiró de mí y me aplastó contra la fachada, besándome con una pasión, que nunca me hubiera permitido en mi vida anterior. Ese tipo de espectáculos en la calle no estaban socialmente aceptados y cualquier objetivo indiscreto hubiera podido immortalizar el momento dejando en evidencia nacional el apellido de mis padres. Algo imperdonable por mi parte, pero que en mi nueva etapa de mujer liberada me pasaba por el forro de las braguitas, bastante húmedas en ese momento para más detalle. Robe metió una de sus manos dentro de mi vestido y me amasó un pecho. La otra mano se posó sobre mi trasero aventurándose entre mis muslos.

—Para, estamos en la calle —le dije, mirando nerviosa a los lados. No era muy tarde y había grupitos de gente fumando en las puertas de los restaurantes o algún vecino sacando al perro a pasear.

—Vamos a mi casa. Necesito comerte. —Abrió la boca como un lobo, antes de besarme invadiéndome con su lengua.

Lo estaba deseando, así que me aparté y tiré de él. Muy cerca de donde estaba estacionado su coche, había un garito salsero al que jamás me había atrevido a entrar. La música se escuchaba desde la calle y un segurata de dos por dos escoltaba la puerta, que en ese momento estaba abierta mientras un grupo de chicas minifalderas se colaba dentro.

—¿Entramos? —le propuse.

—Pero ¿no íbamos a mi casa? —protestó.

—Sí, pero es que me encanta esta canción y me apetece muchísimo bailarla contigo.

—Yo no sé bailar.

—Pero yo sí, te enseño.

A regañadientes, se dejó convencer a besos y mordisquitos.

—Y seguro que tienen un baño. —Me carcajeé.

Mis últimas palabras terminaron de convencerlo y nos metimos dentro. No tenía llenazo total, pero había gente en la pista, la suficiente como para que no nos diera vergüenza lanzarnos a bailar sin pasar por barra primero.

Tengo un amor de Maluma y Leslie Grace tronaba y las parejas, tanto de chico-chica, como de chica-chica, se movían ágiles. Roberto me pegó a su cuerpo, con la mano en mi cintura, y yo aplasté mis pechos contra su cuerpo. Nos miramos a los ojos y con su boca muy cerca de la mía me comí su respiración. Era verdad que no sabía bailar, pero se movía al ritmo, y cuadraba sus movimientos con los míos, fundidos, restregándonos, abandonados a la lujuria que sentían nuestros cuerpos por debajo de la ropa. Su mano se paseaba por mis nalgas, apretándome contra su erección.

No llegamos a terminar aquella bachata, de pronto nos habíamos detenido y sencillamente nos mirábamos a los ojos. Ninguno de los dos dijo nada y el silencio, no obstante, estaba lleno de intenciones. En un arranque de pasión, le solté:

—Creo que podría acabar enamorándome de ti. Igual te he prejuizado de manera precipitada.

Robe sonrió y respondió:

—Me encantas, aunque me prejuizes. —Me miró divertido, como si hacerse un prejuicio sobre él le viniera de vuelta—. Malena, no veo el momento de hacerte el amor.

¿Hacer el amor? Esa expresión en Robe me sorprendió, él era más de «quiero follarte» o «empotrártela hasta el fondo». Yo en cualquiera de las versiones, lo deseaba más que a nada.

—¿Nos vamos? —le dije.

—Sí, quiero llenarme de Malena esta noche para aguantar hasta la próxima vez —respondió reflejando que a él le podían las mismas ganas.

—No dramaticemos, seguro que podemos hacer un aquí te pillo aquí te mato de vez en cuando —bromeé sin embargo. Se estaba poniendo aquello un poco serio, ¿verdad? Yo no sabía en qué punto estábamos, a decir verdad, no estábamos en ninguno en concreto. Si analizábamos nuestras quedadas se

resumían a cinco polvos salvajes y cuatro conversaciones por WhatsApp.

Volvió a sonreír de ese modo tan irresistible que tenía y luego me besó.

Anduvimos rapidito hasta su coche y quince minutos después llegamos a su calle. Cogidos de la mano subimos hasta su casa y una vez dentro fuimos derechos al dormitorio. Nos dejamos caer en la cama y, sin dejar de besarnos, le quité despacio el suéter y el pantalón y él hizo lo mismo con mi vestido.

Esta vez fue distinta a las demás, más calmada, tomándonos tiempo para disfrutarnos, saboreando cada centímetro de piel, explorando con las manos cada resquicio de nuestro cuerpo. Las embestidas fueron suaves y profundas, con los ojos fijos en los ojos del otro y besos densos, cargados de un algo que todavía no había sentido con él. Robe me gustaba, ¿cómo no iba a gustarme? Había sido mi amor platónico durante años, y ahora que lo había conocido, todavía me gustaba más. Me hacía reír, me hacía sentir bien porque me valoraba por mí misma, me hacía gozar: era un buen amante, nada egoísta y muy dado a satisfacer mis necesidades, que no se limitaban a meter y sacar su miembro viril de mi cuerpo. Pero aún no sabía ponerle nombre a lo nuestro. Hasta entonces yo nos habría definido como una especie de binomio que encajaba a la perfección en la cama, y que, además, se llevaba bastante bien fuera de ella. Pero, en algún momento, las relaciones hacen clic y se tornan más serias. Tal vez nosotros, sin darnos cuenta, habíamos llegado a ese punto.

Tumbados en la penumbra, cubiertos hasta el cuello con la sábana, nos miramos y sonreímos como dos críos.

—Bueno, tenemos que madrugar, será mejor que me vaya.

—¿Por qué no te quedas esta noche como regalo de despedida?

Y no sé por qué pero me alegró que dijera eso. Era la primera vez que demostraba un gesto algo romántico más allá de un interés puramente sexual hacia mí. ¿Qué estaba pasando? ¿Podría estar aflorando el amor? Tal vez.

—Creo que podría hacer la excepción por una noche. Esta vez ha sido diferente

—Sí, ha sido especial —dijo Robe, sorprendiéndome. ¿Diferente? ¿Especial? ¿Cuál era la diferencia? Eran dos formas distintas de catalogar una misma sensación—. Nunca había sentido una conexión así con ninguna chica como la que siento contigo. Van a ser duros estos seis meses.

—No creo que sea para tanto —respondí, restándole toda importancia a ese inesperado estado de Robe—. Ya sabes, nos iremos viendo.

—Será peor, verte y no poder estar contigo me va a joder —dijo poniendo

morritos.

—Bueno, ya veremos lo que hacemos.

Poco después nos quedamos dormidos, acurrucados de lado, como una pareja de verdad, aún desnudos y los cuerpos calientes.

Cuando me desperté a las siete, me vestí en silencio para no molestarlo y que pudiera seguir abasteciendo el apetito del señor Morfeo. Yo tenía que pasar por casa antes de ir a trabajar para cambiarme. De pie junto a la cama me quedé observando durante unos segundos cómo dormía. En ese estado todavía estaba más espectacular, las largas pestañas apoyadas en los altos pómulos, el cabello negro, de normal bien peinado, desgredado y pegado a la frente, los labios gruesos entreabiertos a la espera de un beso. El mío. Me acerqué para dárselo y entonces abrió los ojos despacito inspirando fuerte y una sonrisa que podría iluminar el mundo.

—Me encanta despertarme así —susurró. Sonreí y me quedé mirándolo—. ¿Qué? —preguntó.

—Nada —le dije, pensando que era el peor momento para empezar a sentir un algo—. Nos vemos luego en Century, voy a pasarme por mi casa antes.

—Está bien, luego nos vemos, preciosa.

Fui a andar, pero él me cogió la mano y me volví.

—Espero que no te enamores de tu novio falso y te olvides de mí.

Me reí.

—Si lo vieras no dirías eso.

Encontré a Andrea apoyada en la isla que separaba la cocina del salón, desayunando con una taza de café en la mano y la vista clavada en su iPad. La casa estaba silenciosa.

—Buenos días —sonreí—. Perdona que no te avisara anoche de que no iba a volver.

—No soy tu madre, Malena —se burló—. Además, ni siquiera me había dado cuenta de que no volvieras, estaba bastante ocupada. Tengo vida.

—Ya lo sé, pero con todo lo que pasa en el mundo, me parece recomendable avisar de esas cosas.

—Por cierto, ¿quién es Norberto? ¿No será otro cliente de Century? —

preguntó cambiando por completo el rumbo de la conversación.

La miré extrañada.

—¿Qué Norberto...? Ro-ber-to —bufé volteando los ojos—, quedé con Roberto. Esa novia tuya vive en los mundos de Yupi.

—Menos mal —bufó ella—, creía que te habías convertido en la meretriz de los autores feos y locos.

—Leo no es feo, feo, solo que está mal arreglado.

—¿Mal arreglado? ¿Viste con monos de mecánico?

—No, es tipo Jon Nieve de *Juego de Tronos* pero en alto y flaco.

—Pero Malena, ese tío está buenísimo. Está de lo más potente, si me diera por los penes sería el candidato número uno para echármelo a la boca.

—Pero qué bruta eres. He dicho del estilo, no que lo sea. Pero no te preocupes, lo vas a conocer esta tarde.

—¿Ya? La habitación está por terminar.

—Que se encargue Sara, que haga algo más que vaciarnos la nevera... En serio, ¿qué estudia?

—No lo sé, Malena, ya te he dicho...

—Que sí, que sí —la corté—, ya sé, el espacio.

—¡Exacto! ¿No debería firmar primero un contrato o algo? —dijo llevándose una tostada a la boca.

—Cierto, acabo de recibir un email de Carlos y tienes que venir conmigo a Century para arreglar todo antes de la llegada de Leonardo. Será mejor que no le digamos nada de Sara y que ella siga creyendo que es un inquilino cualquiera, ya le diremos que nos hemos enamorado locamente, creo que no se enterará de nada.

Andrea asintió y dijo:

—¿Ese es su nombre completo?

—No, pero le jode que le llame así.

UNA JAULA DE GRILLOS

—¿HAS ENTENDIDO TODO lo que te he dicho, mi amor? —Andrea envolvió la cara de Sara entre sus manos y rozó su nariz contra la suya.

—Creo que sí. Lo único que no he entendido es lo de que tengo que pagar yo la decoración del cuarto —replicó ella de morros. Para eso sí que era lista la criatura.

—A ver, lo pagas tú con tu tarjeta porque no te van a dejar pagar con la mía porque no voy a estar presente. Pide facturas y después te lo abonaremos. Es bien sencillo —le dijo Andrea con falsa cara de tranquilidad—. Que quede bonito, como tú sabes.

—Lo sé, tengo un gusto que te cagas. —Sarita triunfal hizo una pompa de chicle.

—Pues ea, ponte unos vaqueros y sal a divertirte. Lo harás genial.

—¿Puedo pedir a mi amiga Sofía que me ayude? Es genial combinando colores.

—No tienes que pedir permiso para eso, hoy eres la decoradora jefe, contrata a quien quieras.

Sara se quedó pensativa, creo que Andrea cometió un error diciéndole aquello, pero teníamos prisa y Carlos nos estaba esperando para la firma de los contratos.

De vuelta a casa, Leo nos siguió con su moto, por alguna extraña razón acudió a Century una hora después de que Andrea y yo formalizáramos todo el papeleo, acompañado de dos maletas que portaba un mensajero, y que luego nosotras mismas tuvimos que cargar en el Mini de Andrea. Cuando llegamos a nuestra calle, dejamos el coche en doble fila para sacar las maletas, Leo no tuvo problema para estacionar la moto entre dos vehículos

justo enfrente del portal. Mi amiga me dejó sola con él mientras buscaba aparcamiento.

—Así que aquí vivís —dijo Leo observando toda la calle y la fachada.

—Eso parece —comenté con cierta sorna por lo obvio que resultaba aquello.

—Entonces es cierto que sois dos pijas de tomo y lomo.

—Perdona, Leonardo, que vivamos aquí no nos convierte en pijas, quizá lo fuimos hace tiempo, pero ahora no.

—Sabes que no me llamo Leonardo, ¿verdad?

—Pues te pega.

—¿Qué hacéis aún en la puerta? —dijo Andrea al vernos allí plantados como postes con las dos maletas de atrezo.

—A mí no me mires, yo no tengo llaves. —Leo alzó las manos.

—Pero Malena sí. ¿Acaso pensáis que voy a subir yo sola esto? —Andrea señaló las maletas y abrió la puerta.

—Coge una al menos —le dije a mi amiga.

—De eso nada, una tú y otra Jon Nieve. Tengo que pintar unos cuadros y no puedo lesionarme la muñeca.

—¿Cómo me ha llamado? —me preguntó Leo por lo bajini cogiendo la maleta más grande.

—Leonardo, te ha llamado Leonardo.

Sara estaba esperándonos con una piruleta en la boca y cierto nerviosismo, intentando mantener quietas las piernas y una estúpida sonrisa en la cara.

—¡Bienvenidas! —exclamó, alzando los brazos, manteniendo la piruleta con la lengua dentro de su boca.

—Hola, querida. Este es Leo. —Andrea se hizo a un lado y Leo quedó frente a Sara y a esta le cambió el gesto de la cara.

—Oh, oh...

—¿Qué sucede? —preguntamos Andrea y yo algo contrariadas por aquellas exclamaciones que, viniendo de su parte, solo podían alertar algo malo.

—No sabía que el inquilino fuera un tío.

—Pues lo es, creo que te lo dije. —Andrea me miró para comprobar si yo asentía con la cabeza, pero lo cierto es que no había presenciado ese momento—. ¿Cuál es el problema?

—Perdonad —intervino Leo—, ¿qué está pasando? ¿Le habéis contado lo

mío con Lisa? Eso es una falta grave y rompe totalmente el acuerdo de... — Le hice un gesto a Leo con el dedo para que cerrara el pico.

Sara no dijo nada más, solo señaló con el brazo extendido el dormitorio de Leo y los tres fuimos rápidamente a comprobar qué narices había allí dentro.

—Pero ¿qué has hecho loca del coño? —gritó Andrea, perdiendo todas las formas cariñosas para con su novia.

—Nadie me dijo que era un tío... ¡y con barba!

—Podrías habernos llamado antes de hacer todo esto y preguntarnos. ¿En qué estabas pensando? —Buena pregunta era esa, ¿qué tenía esa chica en la cabeza?

—No me riñas, pichoncita, lo del sillón de unicornio fue idea de Sofía.

—Esto os habrá costado una fortuna. —Leo parecía divertido.

—Mil doscientos euritos de nada, pero es muy mono, ¿a que sí? —Sara golpeó el brazo de Leo con su hombro.

—Esto es... —Apenas me salían las palabras, la habitación de Leo era el maldito universo de una fanática del kawaii. Lleno de colores estridentes y decoraciones rococó, amenizadas por Hello Kitty, cacas del WhatsApp con ojitos tiernos, unicornios *purpurinosos* y un gigantesco sillón como colofón final de aquel paraíso surcoreano.

—Me encanta la colcha, es muy galáctica. —Volvió a intervenir Leo en un intento de que Andrea no asesinara a Sara con un cate de karate.

—Es de fondo galáctico, la he elegido yo —dijo Sara estúpidamente orgullosa de aquello—. Por cierto, toma, mi amor, las facturas de compras y los honorarios de Sofía. —Sara cogió unos papeles que había sobre la nueva mesita de espejo de la habitación.

—¿Honorarios de quién?

—De Sofía, me dijiste que hoy era mi propia jefa y que podía contratar a quien quisiera. —Tuve que cerrar la mandíbula de Andrea y comprobar que aún respiraba—. Bueno, me marchó. Bienvenido, Leo. —Le dio un beso en la mejilla y se fue tan campante.

—¿Quién es esta tía? —preguntó Leo riendo cuando Sara salió del piso.

—Es la novia de Andrea —le respondí.

—Vaya, lo siento —dijo él palmeándole la espalda.

PRETTY BOY

—ME SIENTO COMO UNA PRINCESA —dijo Leo alegremente entrando en el salón—. He dormido como La Bella Durmiente. Buenos días, mis queridas Cenicienta y Blancanieves.

Andrea y yo estábamos en la isla desayunando, nos miramos y nos reímos por lo bajo. Al menos tenía buen despertar.

—Tranqui, Aurora, en cuanto pueda lo solucionamos —dijo Andrea echándole un vistazo a nuestro nuevo inquilino. Arqueó las cejas y me hizo un gesto para que lo mirase, pero no podía, estaba de espaldas y hubiera sido muy descarado.

—No te preocupes, Andrea, ya estoy acostumbrado a que se me trate como a una dama, un poco más de rosa no va hacerme ningún mal —dijo plantándose tan largo era junto a la nevera—. ¿Qué tenemos para desayunar?

—Café de cápsula y tostadas. Coge lo que quieras.

—Con el café tengo suficiente —respondió acercándose a nosotras.

—Tenemos normas en esta casa —intervine seca, observando su indumentaria. Pantalón largo de pijama y camiseta morrítica con infinidad de agujeritos sospechosos. Cabello suelto y revuelto y los ojos con restos de sueño aún prendidos en las largas pestañas. Andrea me lanzó una mirada de advertencia.

—¿Como cuáles? —Se rascó la frondosa barba mirándome con la cabeza ladeada.

—Nunca vamos por la casa en pijama, nos vestimos para desayunar.

—¿Es por el protocolo de palacio?

—No, es porque no tenemos por qué verte en paños menores —dije algo irritada con él y la mirada se me deslizó a su entrepierna.

Era evidente que no llevaba ropa interior, y se le marcaba de mala manera el paquete. En ese momento se desperezó arqueando la espalda y aún se le

marcó más. Aparté la vista de inmediato cuando se llevó la mano a la zona para cambiársela de lado y sonrió socarrón en mi dirección. Pillada, no diré más.

—Yo no tengo ningún problema en veros en paños menores a vosotras —dijo burlón—. Por mí podéis saltaros el protocolo.

—No le hagas caso, Leo, puedes ir como quieras —comentó Andrea—. Por cierto, ¿Leo es de...?

Él meneó la cabeza con una media sonrisa. Tenía una sonrisa interesante, no era amplia ni deslumbrante, ni siquiera tenía los dientes perfectos, pero tenía algo, dejémoslo de momento en interesante, tras todo ese pelambre oscuro como meterse en una cueva.

—Leo es de Leo —respondió.

—¿No es de Leonardo o de Leopoldo o de Leónidas?

—Nooo, por favor —se rio—, es solo Leo. ¿Dónde están las tazas?

—En ese armario. —Andrea se levantó para abrírselo y se las mostró con una floritura de las manos.

—Muchas gracias, Andrea, eres muy amable.

—Con lo que pagas, para no serlo —bromeó ella. Si no fuera lesbiana hasta la médula incluso hubiera dudado de su inclinación sexual por el tono que usó con él.

—*Jelouuu*. —Sara hizo su entrada triunfal con un minicamisón que dejaba más a la vista que tapaba.

Mis ojos fueron derechos a Leo para cazar su reacción al verla, pero él se estaba preparando un café en la Nespresso y no hizo ademán de volverse a mirarla mientras la saludaba con un alegre:

—Y aquí tenemos a nuestra Brave particular. —Yo hubiera preferido ser Brave que no Blancanieves o Cenicienta.

Sarita se lo tomó a risa.

—Joder, Leo, qué bueno estás de buena mañana —le dijo descarada dándole una cachetada al culo—. Y qué culo más duro. Aquí hay acero para los barcos, chicas —dijo riendo volviéndose hacia nosotras. Yo la estaba mirando con la boca abierta y Andrea se reía con sus tonterías—. Hola, mi amor. —Se acercó a ella para darle un buen morreo mañanero.

Me concentré en mi taza mientras derrochaban su amor en la cocina y Leo siguió con la preparación de su café, luego se sentó a mi lado y carraspeó.

—¿Qué pasa? —dije.

—¿No tienes buen despertar, Malenka?

—Eso será, Leonardo, y casi prefería Blancanieves.

—Tú eres Cenicienta, por el color de tu pelo. Ayer no te dije nada, pero me gusta lo que te has hecho y el flequillo —me guiñó el ojo— te queda de miedo.

—Fue un consejo de la estilista.

—¿Entonces no lo hiciste por contentar a tu querido novio?

Llevé los ojos al cielo y le di un buen trago a mi café, se me había quedado frío.

—Voy a salir a hacer unos recados, ¿necesitáis algo? —nos dijo Andrea, colgándose el bolso tipo bandolera.

—¿Dónde vas? Si es a la tienda de Paquita no quiero nada.

—Tenemos *cash*, pero no subestimes a Paquita. Tiene magníficos productos.

Leo levantó la vista de su portátil.

—¿Me puedes traer Red Bull?

—Claro, rey. ¿No prefieres Monster?

—No, me gusta el sabor a jarabe —sonrió ampliamente a Andrea—. Tres latas por favor.

—Ok, dame la pasta.

—Son solo tres euros.

—Lo sé, pero Carlos no paga tus dietas. Si te mimo demasiado dentro de seis meses no querrás marcharte.

Leo metió la mano en su bolsillo y le entregó un billete de cinco euros.

—Quiero las vueltas.

—De eso nada, lo aceptaré como propina por desplazamiento. —Andrea le lanzó un beso con la mano y salió por la puerta.

Yo había observado la escena en silencio, aquellos dos parecía que fueran a llevarse muy bien, y lo cierto es que, en parte, suponía un alivio.

Leo volvió a sumergirse en aquello que estaba haciendo y me di cuenta de que estaba presenciando por primera vez como una «escritora» de éxito creaba una de sus obras.

—¿Qué estas escribiendo? —le pregunté desde la barra de la cocina mientras ojeaba una revista.

—¿Acaso de repente te interesa la literatura mediocre que hago? —dijo

sin dejar de teclear a la velocidad del viento.

—Solo pretendía ser amable.

—Pues si quieres ser amable, cállate y déjame concentrarme.

Aquello no me sentó nada bien, a ratos era encantador y en otros momentos se comportaba de forma hostil. Si quería que las cosas salieran según lo planeado debía suavizar ese tono para conmigo y entender que, en cierto modo, yo era la jefa del cotarro.

—Debes suavizar esos modales, recuerda que estás aquí para eso. No te conviene, te juegas mucho.

Mis palabras entraron en sus oídos como misiles, dejando de teclear al punto y girándose bruscamente en esa silla giratoria tan fea y desgastada, que había traído un camión de la mudanza horas después de instalarse junto a otros enseres.

—No estoy aquí por voluntad propia. Las cosas las hubiera hecho de otro modo. La apariencia física no lo es todo en la vida, no soy un superficial. No te confundas conmigo, esto es importante para Century, no para mí.

—Yo solo me refería...

—Sé a lo que te referías. Y por si te interesa, no me juego tanto, porque uno no puede perder lo que nunca ha tenido.

Leo me miró fijamente apretando la mandíbula, mis palabras habían tocado una tecla prohibida, el punto débil de Leo, y eso lo convirtió en un poco más humano, menos tosco y más atractivo para mí.

—Yo tampoco hago esto por gusto. No sabes nada de mí. No soy ninguna pija que vive al abrigo del dinero de papá. He sufrido como cualquier persona por no tener lo que es un derecho universal para cualquiera: la libertad. Solo pretendo ayudarte, es cierto que me pagan, pero no soy tan frívola como intentas hacerme parecer. —Cuando terminé aquel discurso, las lágrimas se adueñaron de mis ojos y de un brinco salté del taburete y me encerré en mi habitación, dejando a Leo en la sala con un semblante difícil de describir, a veces resultaba desconcertante.

Metí la cabeza entre dos cojines y lloré desconsoladamente por primera vez desde hacía meses. Soltando mucha rabia contenida, recordando momentos felices y momentos repletos de sensaciones horribles. También pensé en Borja y sentí deseos de matarlo, de matarlo por no salir en mi defensa. Aunque fui yo quien le pedí que no lo hiciera, uno espera que su amigo se salte las normas y dé la cara, pero no lo hizo y no podía reprochárselo.

Unos golpes de nudillo en la puerta me obligaron a recomponerme.

—Malena, ¿estás bien? —escuché decir a Leo al otro lado.

—Sí, solo necesito un momento.

—De acuerdo. —Tras unos segundos de silencio Leo volvió a hablar—: No llores, por favor, no era mi intención, no me gusta ver llorar a la gente.

—No me estás viendo.

—Pero te oigo.

—Pues no estoy llorando. —Me sorbí los mocos.

—Sal cuando estés lista, necesito ayuda con la ropa.

Escuché sus botazas alejarse y me limpié los ojos con el puño de la camiseta dejando un rastro negro de rímel en plan Rambo. Cuando conseguí limpiar aquel tizne negro de mis ojos y pómulos, salí intentado mostrarme calmada y normal. Leo estaba de nuevo frente al portátil, pero al percatarse de mi presencia paró la escritura y se giró hacia mí.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir, no he estado llorando, solo necesitaba un momento a solas para organizar mi mente.

—Malena, te he oído y me he sentido fatal. No hace falta que disimules, llorar no es malo, es de humanos.

—¿Qué es exactamente lo que necesitas con la ropa? —No quería seguir hablando de aquello, no me sentía cómoda y debía mantener la mente fría con Leo. Tenía una misión que cumplir con él y no había cabida para bajones mentales, no pretendía empatizar con mi cliente; eso era exactamente lo que era Leo.

—En dos semanas es el acto de presentación del libro de Felicia Braga, acto en el que tú y yo vamos a hacer nuestra primera aparición pública como pareja. —Entrecomilló la última palabra—. No tengo claro qué ponerme para ese día, tú eres la experta.

—Lo soy —dije asintiendo y cruzándome de brazos.

—Pues eso.

—Pues vale.

—¿Entonces? —preguntó Leo esperando alguna reacción por mi parte.

—Estoy esperando que me enseñes tu ropa. Veremos qué se puede hacer.

—Oh, sí, vale, perdona, me he quedado embobado mirándote.

—¿Y qué mirabas exactamente?

—Nada en concreto y todo en general, me inspiro en la gente para crear personajes.

—Entiendo. —Aquello extrañamente me decepcionó, me esperaba otro tipo de respuesta.

—Adelante, *my lady*. —Abrió la puerta de su chupi habitación, así la había bautizado Sara.

—Puedes cambiar la decoración si quieres, no hace falta que aguantes esta rocambolesca *performance* de unicornios.

—No me molesta —se encogió de hombros—, me ayuda a conectar con mi lado femenino.

—¿Tienes un lado femenino? —Sonreí escéptica.

—Soy Lisa Novak, ¿dudas que lo tenga?

—No lo dudo, pero podrías escribir las mismas cosas siendo simplemente Leo Alberó.

—Por eso estoy aquí. ¿Qué te parece esto? —Me mostró una chaqueta de cuadros del año de la Piquer.

—¿De dónde has sacado eso?

—De un mercadillo londinense, no me digas que no es molona.

—Huele a naftalina que tira para atrás. ¿Esta es tu ropa?

Meneó la cabeza y me reí.

—Es muy horrible, no te vale nada de esto para ir a ese evento y dudo que para ir a ninguno. Para ese día había pensado que te pusieras un esmoquin.

—No, de eso nada, no me gustan esos trajes que te hacen parecer pingüinos.

—Eso son los chaqués, y no vamos a casarnos.

—Insisto, esmoquin no.

—Ahora hay de muchos tipos, incluso de colores. Necesitas ir de compras a lo *Pretty Woman*.

—¿Acaso me ves pinta de Julia Roberts?

—Tal vez por el pelo me la recuerdas un poco —me reí—, pero no lo digo por eso. Así podrás conectar con ese lado femenino con el cual conectas tanto. — Me reí de nuevo y le agarré de la mano por primera vez para sacarlo de compras.

Llegamos a la calle Serrano en metro. Hacía tiempo que no paseaba por allí, la gente se paraba frente a los escaparates comentando las prendas que lucían los maniquís con cafés de Starbucks en la mano. Algunas chicas hacían posturitas imitando las poses de aquellas personas de plástico mejor vestidas

de Madrid.

—Malena, ¿es necesario comprar en alguna de estas tiendas?

—No seas rácano, tienes que tener billetes para empapelar el Museo del Prado. ¿En qué te gastas la pasta?

—La ropa no es importante para mí. —Se rascó la barba y miró un traje chaqueta azul azafata con solapas negras.

—Eso no hace falta que lo digas. —Volteé los ojos y me crucé de brazos apoyada en la pared.

—Me gusta ese —dijo pasados unos segundos.

—¿El azul?

—Sí, el azul. Es diferente, encaja en mi personalidad.

—En tus múltiples personalidades dirás.

—¿Cómo dices? —Leo no dejó de mirar el escaparate, absorto en aquellas prendas maravillosas. Que si bien el hábito no hace al monje, lo deja bien mono.

—Nada, olvídalo. Entremos.

Las dependientas pusieron cara de espanto cuando vieron a Leo pasear sus largos dedos por una fila de trajes y yo sonreí. Como había vaticinado, aquello iba a ser una escena al más puro *Pretty Woman*.

—Disculpe, caballero, agradecería que no tocara las prendas. Son muy delicadas —le comentó una de ellas con aires de superioridad y decidí intervenir.

—Perdone, a mi novio le gusta tocar la tela antes de decidirse, tiene ciertas alergias de contacto. —Leo bufó y siguió a lo suyo.

—Disculpe mi atrevimiento, pero es usted María Elena Engracia Altamira, ¿verdad? —me preguntó la otra dependienta.

—Así es, y mi novio y yo venimos a gastar una cantidad indecente de dinero, así que, háganos la pelota. —Lo había hecho, por fin había podido soltar aquella frase de película y me había quedado estupendamente.

—¡Por supuesto! —exclamó con una sonrisa estirada y ensayada en el espejo—. ¿Le importaría hacerse una foto conmigo?

—No, no me importa.

—La mujer pidió a su compañera que nos hiciera la foto, olía a Black Opium de YSL, el mismo perfume que usa mi madre, y aquello me puso un poco de mala leche.

—Disculpe mi osadía, pero... no es cierto que está usted loca, ¿verdad?

Osada o no lo había soltado la mala pécora, así que le dije a la vieja chismosa de turno:

—No lo sé, ¿qué tal si le saca a mi novio el traje azul del escaparate y empezamos el *show room* antes de que me dé por quemar la tienda?

—Lo siento, señorita Altamira, no era mi intención ofenderla.

—El traje —dije secamente y con los ojos desorbitados.

—Entendido.

La mujer se marchó contrariada y Leo se acercó para comprobar cómo me encontraba, pues mi respiración se había vuelto violenta y mi cara estaba del color rojo de un clavel reventón.

—¿De qué iba todo eso? ¿Te ha preguntado si estás loca de verdad? —me preguntó con extrañeza y cierta preocupación.

—¿Tú crees que tengo aspecto y comportamientos de loca?

—Bueno, no eres un remanso de paz que digamos. — Lo miré con cara de pocos amigos, aquello era lo que menos necesitaba en ese momento tan humillante—. Malena, estoy bromeando, no creo que estés loca, igual algo inestable, pero todos lo estamos.

La dependienta volvió con el traje en la mano.

—No me ha dicho la talla, pero mi ojo de experta me dice que una cuarenta y dos le vendrá como un guante.

Forcé una sonrisa en su dirección y la dependienta agachó la mirada y se retiró para que ambos fuéramos al probador en intimidad. Sabía que su presencia me incomodaba y si no fuera porque a Leo le había gustado ese traje ya me hubiera ido a otro lado.

—¿No vienes? —me preguntó Leo al ver que no lo seguía.

—No creo que sea apropiado.

—Eres mi novia, ¿recuerdas? No hace falta que me ayudes a subirme los pantalones, pero saber que estás al otro lado me vendrá bien. Puedo abrir las cortinas con un ¡tachán! —Aquello me hizo bastante gracia, así que decidí ir con él.

—Podrías acabar cayéndome bien, Leonardo.

—Y quizá, solo quizá, tú también, María Elena Engracia Altamira.

—Vaya, veo que también has escuchado mi nombre completo.

—Lo leí en el contrato y me hizo bastante gracia. Me ha llamado la atención que esa arpía se lo supiera entero. Debes ser muy famosa. —Sonrió y yo asentí—. Pero me gusta más Malenka. —Siguió andando hacia los probadores y lo seguí con una sonrisa pintada en la cara, como reza la

canción *Sin ti no soy nada* de Amaral, aunque yo antes de él era muchas cosas y no todas buenas.

Cuando llegamos a casa nos dejamos caer como dos piltrafas en el sofá, dejando las bolsas desperdigadas por encima de la mesa de centro. Además del traje azul que, tal como había predicho la dependienta, le quedaba como un guante a Leo y no hacía falta ni arreglarle los bajos, pues dicho por la misma y alardeando de todo el peloterío que pudo esbozar, mi novio tenía la misma estatura que Miguel Ángel Silvestre, cliente habitual de la tienda. Leo y yo nos miramos y no pudimos evitar poner los ojos en blanco, pero entonces me di cuenta de un detalle, no solo era cierto que Leo era bastante alto, por no decir en exceso, era incluso demasiado alto y eso a mí me dejaba a su lado como un proyecto de hobbit, además, tenía unos ojos bastante agradables.

—Los pies —le dije, viendo que los ponía sobre la mesa.

—Me la pela. Estamos en casa y nadie me ve.

—Pues tienes razón. —Y los puse yo también.

Y así nos encontró, relajados y en silencio, Andrea que volvía de hacer unas compras.

—Te he traído un flexo —comentó, sentándose junto a Leo.

—Pues gracias.

—He supuesto que te haría falta para escribir por las noches.

—No suelo escribir por las noches, me activo mucho y luego no puedo descansar bien.

—Vaya, a mí me pasa todo lo contrario, por la noche es cuando más me va la cabeza, me tomo una copa de vino y me enfrento al lienzo en blanco.

—¿Eres artista? —La miró interesado.

—Bueno... —respondió ella toda cándida.

—¿Me enseñas tu trabajo?

—Claro, después de que tú me enseñes lo que te has comprado.

—Pues poca cosa —respondió retirando los pies y aproximándose a una de las bolsas.

—Una camisa, un par de camisetas y un traje azul.

—A ver... —Andrea se acercó a la mesa y Leo abrió la funda con el distintivo de la firma del traje—. Vaya, chico de gustos caros. ¿Lo has elegido tú? —me preguntó Andrea.

—No, él solito.

—Pues es muy bonito, ahora enseñanos cómo te queda.

—No tengo otra opción, ¿verdad? —Leo me miró divertido.

—Me temo que no, Andrea puede ser muy persistente —respondí espachurrada en el sofá—. Póntelo con la camisa nueva.

Leo se marchó, con el traje colgado en el antebrazo y la camisa en la mano, dispuesto a complacer a Andrea. Y esta se deslizó a mi lado y me palmeó el muslo.

—¿Cómo ha sido eso de ir de compras con tu novio?

—Agotador, la dependienta me ha reconocido.

—Es lo que tiene volver a llevar tu pelo original. ¿Te apetece una cerveza?

—Sí, y patatas.

—Marchando pues.

Andrea se levantó solícita a por el pisolabis y Sara que salía de la habitación en paños menores, como siempre, se quedó parada frente a la puerta de Leo.

—¿Qué haces ahí parada con la boca abierta? —le pregunté a la niñata. Tenía cara de haber visto a Casper.

—Venid, tenéis que ver esto —nos dijo susurrando y haciendo ademanes con las manos.

—¿Qué es lo que tenemos que ver? —Andrea volvía de la cocina con dos cervezas agarradas por el cuello en una mano y un plato de patatas fritas en la otra.

Ambas nos acercamos a ver aquello que tan extasiada tenía a Sarita.

—¡Madre del amor hermoso, ¿habéis visto eso?! —exclamó Andrea.

—No grites, que nos va a pillar —la reprendió Sara, mientras cogía patatas del plato.

—No tengo palabras —comenté yo, haciendo lo propio ante un espectáculo como aquel: coger un buen puñado de patatas para acompañar.

—Vaya con Leo, debajo de toda esa ropa oscura y poco estilosa hay todo un dios griego.

—¿Te estás cambiando de acera? —le dije a mi amiga que reclamaba patatas con la boca.

—Para nada, pero él es de acero, ¿lo pillas? —le metí una en la boca.

—Come y calla.

—Él sí está para comérselo. ¿Habéis visto que abdominales? —comentó

Sara sin apartar la vista del espectáculo.

—Los veo, no imaginaba que ese cuerpo flaco y desgarrado pudiera ser tan...

—¿Tan qué, Malena? —Andrea me dio un codazo.

—Tan hermoso.

Leo acabó de abrocharse la camisa y se puso la chaqueta sin percatarse lo más mínimo de que estábamos mirándolo por el resquicio de la puerta.

—¡Que viene, que viene!

—No grites, Sara, no es un toro, no sale de embestida. —Aquella chica era demasiado efusiva.

—Disimulad. —Andrea anduvo campechana hasta la zona de estar y Sara y yo la seguimos al trote.

—Oye, Sara, ¿tú no eras lesbiana? —le pregunté intrigada por su inesperado interés en el cuerpo masculino.

—Soy sexo-curiosa.

—¿Eso existe?

—No lo sé, pero yo me enamoro de las personas no de su sexo.

Aquella respuesta la había leído en algún lado, era imposible que una persona como Sara hiciera ese tipo de reflexiones.

Cuando Leo salió de su habitación, nos encontró a las tres sentadas de manera poco natural en el sofá.

—¿Va todo bien?

—Estupendamente, ¿por qué lo preguntas? —le dije, doblando el cuello en su dirección.

—Porque parecéis maniquís del Zara, recién sacados del camión.

Aquello era cierto, Andrea estaba tiesa como una escoba, con los brazos pegados a su cuerpo como un Play Mobil, Sara había cruzado los brazos por debajo de su pierna derecha y yo le daba la espalda a Leo y giraba la cabeza como si me hubiera dado un ictus.

—En fin —dijo abriendo los brazos para mostrarse ante nosotras con aquel traje que realmente le sentaba estupendamente—. ¿Cómo me veo?

—Estás muy pero que muy guapo. —Aplaudió Andrea, liberando sus brazos de la forma estática.

—Ya lo creo, Leíto, estás imponente —comentó Sara.

—Gracias, chicas, me vais a sacar los colores. —Leo dio una vuelta sobre sus pies y se me quedó mirando fijamente—. ¿Tú no dices nada?

—¿Necesitas que reafirme más tu ego?

—¿Siempre eres así de agradable? —me respondió, desafiándome con esos ojos que tenía y que brillaban como luciérnagas.

—No le hagas caso. Estás de toma pan y moja. Te has ganado una Paulaner.

—¿Hay Paulaner y me das una Cruz Campo? —protesté.

—No te piques, chica mala, las cervezas fuertes son para los chicos fuertes. —Andrea me cucó un ojo y volvió a ejercer de anfitriona, levantándose a por la cerveza de Leo.

—Me parece que voy a quitarme el traje, no quiero mancharlo. —Leo nos dio la espalda para marcharse de nuevo hacia su habitación, mostrando esas posaderas duras y fibrosas, marcadas por aquel pantalón *slim fit* pesquero, que tan bien le quedaba, y que alzaban levemente la parte trasera de la chaqueta—. Y esta vez cerraré bien la puerta. —Volteó un poco la cabeza y me miró de nuevo con una sonrisa estúpida en la cara.

EL DIABLO VISTE DE NEGRO

ME DESPERTÉ CON UN SONIDO molesto. Como un taladro, sí, eso era exactamente, un maldito taladro de buena mañana de domingo. Habían pasado tres días desde que Leo se había instalado en el piso y su presencia, mucho lejos de ser incómoda, era todo lo contrario. No solo contribuía económicamente, también colaboraba en las labores domésticas. Era todo un amito de su casa, no se le podía poner pegas. Las chicas estaban encantadas con él, revoloteaban como moscas a su alrededor todo el tiempo y él andaba de pavo subido. A mí no sé por qué aquello me molestaba un poco.

—¿No sabéis que está prohibido hacer tanto ruido los fines de semana? Se nos van a quejar los vecinos. —Mi voz sonó como si Massiel me hubiera poseído durante la noche.

—Pero si son las diez —replicó Andrea, apartando la mirada de su lienzo. Leo estaba con ella, taladro en mano, y Sara sujetaba la silla en el aire. Bonita estampa. Familia feliz.

—Es pronto, malas personas. —Me restregué los ojos enfilando los pasos hacia la cocina—. ¿Queréis café o preferís un almuerzo de albañil? —Me reí para mí misma.

—Se te ve el culo —apuntó Andrea.

—¡¿Qué?! —dije, llevando la mano hacia mi trasero para estirarme el *short*. De refilón pude cazar la mirada que me lanzó Leo antes de devolver la vista al lienzo. ¡Maldito pantalón que se metía por donde no debía!

—Creía que estaba prohibido ir en pijama por casa —comentó él provocando carcajadas en las dos adoradoras de Satanás.

—Solo entre semana —refunfuñé mientras empezaba a prepararme el café—. No me habéis respondido, ¿queréis café o no?

—No —respondieron los tres como si yo fuera una persona no grata en esa escena.

Me acerqué con la taza en la mano a examinar qué les tenía tan ocupados, y divertidos, porque los tres reían todo el tiempo como si hacer aquello fuera la mar de gracioso.

No pude evitar fijarme en los brazos de Leo, delgados pero con cierta musculatura, una musculatura que en esa posición se marcaba más. Llevaba una de esas camisetas sin mangas que yo antes de verlo hubiera tildado de camionero, pero que en él y en esa actitud de brico-man resultaba hasta sexi.

—Sujetadlo fuerte —dijo y comenzó a taladrar una de las esquinas del lienzo.

—Pero ¿qué hacéis?

—Vamos a reforzar la estructura para poder sujetar la silla. Ha sido idea de Leo —respondió Andrea ufana.

—Vaya, pues me alegro. Yo voy a salir a correr, ¿te vienes, Leo?

—No me apetece.

—Es importante que nos vean hacer cosas juntos —insistí.

—Está bien —dijo de mala gana y luego accionó el taladro.

—¿Por qué es importante eso?! —preguntó Sara dejándonos algo descolocados. Aquellas cosas me salían sin pensar y debía llevar más cuidado.

—¡Porque Leo es el único que está en el contrato como nuevo inquilino y tú supuestamente vienes de visita! ¡Si se enteran que vivimos cuatro personas podrían rescindirnos el contrato! ¡Es importante actuar con normalidad, mi amor! —respondió Andrea con su agilidad mental para salvarme el culo.

—Vale. —Sara no le dio demasiadas vueltas a aquella reflexión absurda.

—¿Hoy no quedas con Borja?! —preguntó Andrea poniendo caretos fruto del esfuerzo de sujetar el lienzo contra la máquina.

—No, ya le dije ayer que hoy no iría —grité.

—¿Qué raro me parece eso! —Sonrió.

—¿Y quién es Borja? —preguntó Leo parando la herramienta infernal.

—Un amigo.

Alzó las cejas divertido.

—Sí, un amigo —respondí a su muda pregunta—. Voy a cambiarme. En media hora quedamos en la puerta.

—¿Hay alguna indumentaria especial para salir a correr? —preguntó, provocando de nuevo las risas de las otras dos.

—Pues ropa deportiva y unas zapatillas de *running*. ¿Tienes?

—Tengo —respondió, poniéndose en pie y secándose el sudor de las

manos en el pantalón de chándal de tiro bajo que llevaba. Negro, para variar un poco—. Bueno... Andrea, discúlpame, luego seguimos. Malena me reclama.

—Claro, disculpado.

—¿Y por qué tienes que disculparte? Malena no es tu novia. —Sarita puso morritos. Vaya, la niñaata seguía cuestionando todo lo que decíamos. Tendríamos que ser más comedidos hasta que se hiciera oficial que éramos pareja. Era algo que tenía que concretar con Leo.

—De momento —respondió Leo guiñándole el ojo. Por suerte él sí era inteligente y había pillado que Sara no estaba al corriente de nada.

—¿Sales siempre a correr los domingos? —me preguntó en el ascensor. Llevaba puestos unos pantalones cortos, una camiseta morritosa y unas zapatillas andrajosas en los pies, aunque de Nike. Me recordó mucho a Forrest Gump cuando le dio por correr y llevaba ya meses haciéndolo con esas greñas y esas barbas hasta los pies. Lo miré no dando crédito a su pinta, ¿se podía ser más garrulo?

—Sí, y si puedo, también lo hago entre semana por la tarde cuando vuelvo de trabajar. ¿Tú también corres?

—Sí, pero prefiero hacerlo por las mañanas.

—Si quieres podríamos ir juntos, ahora que no tengo que madrugar para ir a Century tengo tiempo.

—Me parece bien. Es importante que nos vean hacer cosas juntos. —Me sonrió.

—Muy importante.

—¿Y quién va a vernos juntos?

—Los *paparazzi*.

—¿Y dónde están? —preguntó mirando a los lados cuando pusimos los pies en la calle.

—De momento no hay, pero vendrán. Mi vida siempre ha sido un poco así. Siempre expuesta. —Puse mala cara.

—No parece gustarte.

—Y no me gusta, Leo, no me gusta, por eso no me hacía ni puñetera gracia aceptar este “trabajo” —entrecomillé la palabra con los dedos en el aire.

—Pues lo siento, Malena.

—No sé por qué quieres salir del anonimato, Leo. No sé... haces lo que te gusta, escribes novelas de éxito, ganas mucho dinero y puedes disfrutar de ello en paz, sin que nadie se meta contigo o te juzgue sin conocerte solo porque eres un personaje público. Yo, en tu lugar, preferiría mil veces seguir en la sombra.

Se quedó callado mirándome, como estudiando mis rasgos y suspiró hondo.

—Lo hago por reconocimiento. ¿Por qué no puedo tener el mismo éxito siendo quien soy?

—¿No es bastante reconocimiento tener a miles de fans lectoras agolpadas en las librerías en la fecha de lanzamiento?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te he investigado. Necesito saber quién eres para que «esto» funcione.

—Vaya, y ¿qué has descubierto? —Me miró arqueando una ceja, sorprendido.

—Muy poco, la verdad, pero lo suficiente para no entender por qué quieres dar este paso. Es genial ser uno mismo.

—Yo soy Lisa Novak y por eso quiero ser yo mismo —replicó cruzándose de brazos.

—¿Y quién eres tú?

Se quedó callado unos segundos.

—En marcha —dijo decidido sin darme respuesta y arrancó a correr.

Era verdad, Leo salía a correr de forma habitual, me costaba un mundo seguirle el ritmo y tuvo que decelerar la marcha para que pudiera mantenerme a su lado. Hacía un día espléndido de finales de septiembre y las hojas de los árboles de El Retiro comenzaban a acicalarse de ocres y naranjas. Pronto llegaría el frío y el aire helado nos quemaría la cara en su contra.

—¿Un último esprint y luego estiramos? —dijo cuando llevábamos cerca de cuarenta minutos sin parar. Para mí demasiado, yo hacía como mucho una media horita y luego mis sentadillas de rigor.

—Vale. ¡Marica el último! —grité, saliendo por piernas, y él detrás de mí comenzó a carcajearse.

No tardó ni diez segundos en alcanzarme. Comenzamos a competir, apretando el paso él y luego yo, y así. Cuando llegamos a la Fuente de la Alcachofa se me salía el estómago por la boca y me había reventado un pulmón. Me doblé sobre las rodillas recuperando el aliento y Leo se tiró al

suelo.

—Eres dura, Malena.

—Más de lo que crees, Leonardo.

—¡Ey, yo no me he metido contigo ahora! —protestó.

—Pues yo sí —dije y le saqué la lengua.

Meneó la cabeza y me tendió la mano.

—¿Qué? —dije mirándosela, confusa.

—Ven aquí.

—¿Al suelo?

—Sí, tumbate a mi lado y mira qué bien se está.

Le acepté la mano y me eché a su lado boca arriba con la vista puesta en el cielo azul deliciosamente engalanado de nubes densas y blancas.

—Me encantaría saber crear cosas, como tú, como Andrea. Tener un don para hacer algo —comenté mirando una nube en concreto que tenía forma de ballena—. De pequeña hacía esto, miraba el cielo y buscaba formas en las nubes. ¿Ves esa de ahí? —le señalé con la mano la que estaba observando—, parece una ballena. Tiene hasta el chorrillo saliéndole del espiráculo. ¿La ves? —insistí volviendo la cabeza hacia él y me encontré con sus ojos fijos en mí. Me miraba con los labios apretados, serio, y me pregunté qué estaría pensando.

—¿Pasa algo?

—No, solo te miraba a ti. —Creo que hasta me ruboricé, menos mal que seguía medio acalorada por la carrera.

—¿Y qué ves?

—Que cuando te relajas un poco, hasta eres guapa y todo.

—Serás imbécil —me ofendí en broma—. Pues tú ni pasando por el mejor estilista de Madrid vas a estar medio mono.

—Lo tengo difícil, porque soy mono de cuerpo entero —explotó en una carcajada y luego imitó el sonido de un chimpancé.

—No hagas eso. —Me tapé la cara con las manos para no verlo, porque me daba la risa tonta.

—¿Por qué? —dijo medio levantándose e imitando las poses de un gorila.

—Porque me da vergüenza. —Abrí mucho los ojos.

—¿Por qué? Nadie nos mira —Y siguió con su estúpida imitación.

—Que no lo hagas, me muero de vergüenza, para, para —le pedí.

—Está bien.

—Cuando seas un personaje público no podrás hacer eso tan alegremente

—le advertí.

—Haré lo que me dé la gana, Malena, y tú deberías hacer lo mismo.

—Yo es que no sé imitar a los monos —me burlé.

—No sé por qué pero no te creo —se rio.

—¿Me estás llamando mona?

—Sí, me lo pareces.

—¿Pero mona de mona —ladeé la carita— o mona de...? —me golpeé el pecho para ilustrar.

—Mona de monísima. —Se puso en pie y me ofreció la mano para que lo acompañase—. Vamos a estirar o nos quedaremos fríos.

El camino de vuelta lo hicimos andando, caminábamos bastante juntos pero sin llegar a tocarnos, y Leo me contaba algunas anécdotas de un viaje que había hecho a Japón hacía un par de años. También le gustaba viajar y gran parte de sus ganancias las había invertido en disfrutar de esa afición. Había visitado muchos países asiáticos en los últimos años: Japón, China, Tailandia, Filipinas, India y algunos más que fue mencionando, mientras me iba contando algunos detalles de sus culturas. Conocía algo de África y Centroamérica y en Estados Unidos había pasado este último verano, habiendo recorrido en moto la famosa ruta 66, un sueño para él. Siempre viajaba solo o su hermano Marco le había acompañado. «Son gustos caros —dijo—, ninguno de mis amigos puede seguirme el ritmo».

—¿Y ellos saben a qué te dedicas?

—Solo un par —bajó la voz, parecía apenado—. Nunca se sabe cuándo alguien puede traicionarte, o simplemente irse de la boca, aunque no sea con mala intención.

—¿Y de dónde piensan que sacas tanto dinero?

—Les dije que era bróker.

—¿Bróker, tú? —Me reí.

—¿Por qué no? Algo tenía que contarles. Y es una forma de ganar mucho dinero rápido.

Nuestras manos erraban sincronizadas con nuestros pasos y puntualmente se rozaban. Los leves contactos me provocaban pequeñas sacudidas eléctricas como si hubiera absorbido cantidad de energía durante el ejercicio físico y la estuviera liberando poco a poco. En una de esas hizo un amago de ir a cogerme la mano, pero yo la aparté al punto. Lo miré sorprendida y él me devolvió una mirada como dolida. No lo sé, todavía no lo conocía lo suficiente para saberlo.

—Tendremos que practicar, ¿no crees? —dijo para justificarse.

—Sí, claro, me parece bien. Es lo suyo si vamos a ser novios —afirmé cogiéndole la mano al vuelo. Nos quedamos mirando nuestras manos unidas, la suya grande y morena, la mía pequeñita y pálida, y Leo me sonrió.

—Aunque si fueras mi novia, yo no iría de la mano.

—¿Ah, no? ¿Y cómo irías?

Me soltó la mano y me rodeó la cintura con el brazo apretándome contra su costado.

—Así. Bien cerquita.

Carraspeé un poco incómoda sintiéndolo tan pegado a mí. ¿No era eso demasiado contacto?

—Un poco excesivo.

—¿Por qué?

—En las altas esferas no está bien visto que las parejas vayan abrazadas por la calle.

—Qué aburrido, ¿no?

—Un poco, tal vez.

—Pero tengo entendido que tú no quieres pertenecer a ese selecto club.

—Cierto.

—Entonces deberías practicar en hacer todo lo que no se espera de alguien así.

—¿Y por eso debo permitir que me cojas por la cintura mientras paseamos?

—Por ejemplo —respondió serio—, y porque soy tu novio —rió.

—Cierto. —Le sonreí, rascándome la mejilla con la mano que quedaba entre los dos y con la que no sabía qué puñetas hacer, se había quedado ahí en medio, tonta perdida.

—Malena. —Esa voz, Dioooooos, esa voz, ahora no. Me puse el índice en la barbilla y miré al frente sonriendo como si me fueran a sacar una foto.

—Hola, Borja, ¿qué haces aquí?

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. He venido a verte y a traerte un caldo especial de Betty, que sé que te encanta y resucita a un muerto, y tú me dijiste que estabas para morirte —dijo, paseando la vista de mi cara a la de Leo, que todavía seguía en posición novio.

—Sí, pero eso fue ayer. —Empujé ligeramente con el codo a Leo para que se apartara—. Hoy ya me encuentro bien.

—Sí, ya te veo. —Y volvió a mirar a Leo y luego otra vez a mí haciendo

preguntas silenciosas para las que todavía no estaba preparada—. ¿No me presentas a tu amigo, Malena?

Leo extendió el brazo y asumió el mando de la misión suicidio.

—Soy Leo, el novio de Malena.

Borja abrió los ojos de par en par y me miró sorprendido, antes de extender el brazo para estrechársela.

—Yo, Borja Martos. Encantado, Leo.

—¿Borja? —repitió Leo.

—Sí, Borja Martos. ¿Te suena?

—No, tío, es que no te había escuchado bien.

—¿Y vosotros dos sois novios? —preguntó Borja con una sonrisa irónica. Hice un amago de ir a responder, pero Leo se me adelantó.

—Sí, ¿qué pasa, tío? —Sonó bastante molesto y me estrechó más fuerte, como marcando propiedad.

—Nada, perdona, es que conozco a Malena de toda la vida y... estuvimos hablando hace una semana y no mencionó nada sobre un novio.

—Es que todavía no quería decirlo, ya sabes —hice una cabriola con la mano tonta— es pronto, no quiero que mis padres se enteren aún y... ha sido todo como un poco... poco...

—Repentino —intervino Leo parándome la mano y estrechándola contra su pecho.

Lo miré con una sonrisa.

—Eso, repentino. Gracias, cariño, no encontraba la palabra.

—Para eso estoy yo. Soy un fantástico encontrador de palabras, ¿verdad, mi amor? —respondió derrochando simpatía. ¡Pero qué bien se lo estaba pasando el muy maldito!

—Ya, pero... Malena, tú y yo... somos muy amigos. Nos los contamos todo —comentó Borja sin entender nada.

—Sí, Borja, sí, pero es que Leo —miré a mi falso novio a los ojos— no queríamos decirlo aún, ¿verdad, cariño?

—Verdad —respondió mirándome a los ojos él también, luego posó la vista en Borja—. Malena me ha hablado maravillas de ti.

—¿En serio?

—Sí, tío, te adora. —Leo siguió en su plan adulator para desviar la atención de mi ex.

—Y yo a ella. Es mi princesa de labios de fresa.

—¿En serio? —Leo arqueó una ceja

—Lo era, cariño, ya no. Ahora soy solo tu princesa. Perdona a Borja su indiscreción, pero a veces se le olvida que ya no estamos juntos.

—Bueno, ¿subimos? —dijo Borja, de pronto incómodo con la situación.

—¿Subir, adónde?

—Pues a tu piso, hay que guardar el caldo en la nevera.

—Dámelo y lo subo yo —respondí alargando los brazos.

—Pero ¿es que no piensas invitarme a tomar algo? —preguntó extrañado aferrado al recipiente como Gollum.

—¿Nos das un segundo? —le pedí levantando un dedo y luego me llevé a Leo a una prudencial distancia—. No puede subir.

—¿Por qué? —Bajó la cabeza hasta mi cuello y me dio la sensación de que lo olisqueaba. Seguro que apestaba a perro mojado tras la carrera.

—Porque arriba está Sara y todavía no sabe lo nuestro, y Borja seguro que saca el tema y se van a coscar de que pasa algo raro.

—Está bien, no había caído. Menos mal que Andrea ha estado rápida, no me comentasteis nada sobre Sara, pero supuse que ella no sabía nada del tema.

—Chico listo.

—Hay que largarlo como sea —dijo agarrándome por el brazo con cierta preocupación.

Volvimos a su lado como dos hermanos siameses.

—Es que no pensábamos subir, nos íbamos a comer a casa de los padres de Leo.

Borja parpadeó.

—¿Así vestidos?

—¿Qué pasa? —respondí toda digna—. El *look* deportivo es lo que se lleva ahora. ¿Me das ese caldo?

—Sí, claro, toma —me lo cedió de mala gana.

—Muchas gracias por la visita, pero tenemos prisa —le dije ya dejando dos besos en sus mejillas.

—Encantado de conocerte —dijo Leo, estrechándole la mano.

—Bueno, pues adiós. —Al pobre no le quedó más remedio que despedirse—. Llámame esta semana y me cuentas.

—Sí, sí, te llamo, te llamo, chao, Borja —respondí echando a andar, tirando de la mano de Leo.

—Adiós, tío, nos vemos.

Y allí nos lo dejamos, plantado y con la boca abierta.

LA VERDAD SOBRE MALENA

ANDUVIMOS UNOS METROS con la sopa en la mano hasta perder de vista a Borja tras girar una esquina. Sabía que aquello iba a traer consigo una conversación que en ese momento no me apetecía tener. Borja supuso un antes y un después en mi vida y no para bien, y aunque era cierto que manteníamos una buena amistad, a veces lo odiaba mentalmente por aquello.

—¿Dónde vamos? —dijo por fin Leo que permaneció callado durante el corto trayecto.

—A casa de tus padres, cariño —dije guasona.

—Pues te encantarían mis padres, pero si vamos a ir andando la sopa llegará bastante caducada, viven en Valencia.

—Vaya, no te había imaginado con padres.

—Todos tenemos unos. Y tú, ¿tienes padres, Malena?

—Digamos que existen, pero tenerlos tenerlos no los tengo.

—Eso suena bastante triste.

—Lo es, es una larga historia.

—Podemos tomar un café en esa cafetería y me lo cuentas. —Leo señaló un bar pequeño con aspecto añejo.

—Te acepto lo del café, pero no me apetece hablar de ese tema.

—Eres todo un enigma, Malena, te guardas muchas cosas dentro y eso no es bueno.

—Supongo que si no las cuento es como si en realidad no hubieran existido. Me ayuda a superarlo.

—Pues yo creo que es todo lo contrario, hablar y soltar todo lo que nos perturba nos libera un poco de esa carga. —Posó una de sus manos en mi hombro y me invitó a entrar en la cafetería.

Era pequeña y el aspecto exterior no hacía justicia a lo que era por dentro. Olía a café molido, arábiga, si no recuerdo mal. La estancia estaba dedicada

por completo a artistas indies, en las paredes colgaban cuadros modernistas, abstractos y absurdos, como los que hacía Andrea. Cada mesa era de un padre y una madre, pero generaban una atmósfera bohemia muy acogedora.

—¿Conocías este sitio? —dijo mirando su alrededor con interés desde la silla Tower que había tomado como rehén.

—No, es la primera vez que vengo.

—Quizá Andrea pueda exponer aquí sus obras.

Lo miré asombrada.

—Hemos pensado lo mismo.

—Es que eso de ser pareja no se nos da nada mal —sonrió.

Nos quedamos mirándonos en silencio, pero el camarero interrumpió ese momento de conexión para tomarnos nota.

—Ha sido raro —soltó Leo cuando el camarero se marchó con la comanda.

—¿El qué, ese instante? —dije algo emocionada, pensando que él también había sentido esa conexión cósmica.

—¿Qué instante? Me refiero a cuando ha aparecido Borja.

—Aaah, bueno. Para mí ha sido de lo más normal, suelo quedar con él todos los domingos.

—¿Y eso por qué? No es muy normal quedar con un ex religiosamente un día a la semana.

—Eso que dices es muy de novios, vas a hacer muy bien el papel. —El camarero volvió a interrumpir para servirnos el café—. Gracias.

—No estoy haciendo el papel de novio, lo digo en serio, es bastante raro.

—Verás, a Borja y a mí nos une una historia que va más allá del noviazgo, pero... —Leo no me dejó seguir y me hizo un alto con la mano.

—Es una historia muy larga y no te apetece hablar de ello.

—Exacto, veo que vas conociéndome muy bien. —Hice tintinear el borde de la taza con la cucharilla.

—Lo creas o no, te conozco bien poco, solo lo que me dejas ver, e intuyo que no es la Malena de verdad.

—Es probable, pero a esta Malena le han pagado una pasta por ser de mentira. No te ofendas, no es algo personal, pero a la verdadera Malena solo la conocen sus verdaderos amigos.

—¿Y qué tengo que hacer para ser uno de ellos? —Leo parecía sincero. En un alarde de complicidad posó una mano sobre la mía y aquello me volvió a producir una descarga de electricidad, un cosquilleo tonto hasta la nuca.

—Lo primero de todo, no hacer tantas preguntas.

—Soy escritor y por naturaleza curioso.

—O sea, que quieres saber cosas de mí para documentarte y escribir la historia de una loca. —Aquello lo solté sin pensar, sin darme cuenta había olvidado quién era Leo y abrí mi cajón de mierda.

—Sobre eso, Malena, he leído algo en internet. —Leo agachó la mirada, quizá avergonzado por su confesión, pero era lógico que la curiosidad pudiera con el ser humano. Al fin y al cabo, yo también lo había estado investigando un poco.

—Tranquilo, no te culpo, internet es un derecho universal. Tarde o temprano te hubieras acabado enterando.

—Lo siento, después de escuchar lo que dijo esa dependienta me quedé algo mosqueado.

—¿Y qué opinas?

—Que no estás loca, no lo creo para nada. Pero no sabía que pudieras ser tan famosa porque tu padre sea el dueño de Cárnicas Altamira. Tengo un amigo que es dueño de una empresa de salazones en Valencia y le va de puta madre, pero no le persiguen los *paparazzis*.

—No es por la empresa de mi padre, la famosilla es mi madre. Fue Miss Argentina en 1.979 y en el 82, protagonizó una especie de telenovela que por aquel entonces dio el pelotazo en España. Cuando vino de promoción conoció a mi padre y se casaron. Mi madre guarda con orgullo el recorte de prensa del día de su boda. Desde entonces las ostentaciones de mi madre y su relevancia en el mundo del corazón nos han llevado a todos a entrar de lleno en el mundo del famoseo. Es algo que no se elige si eres hija de Mirna de Boscós.

—Entiendo, pero ¿por qué sales así en la foto? Hay *memes* de ti con el título «La loca de la melena».

—Esa foto no es de un ataque de locura, es una foto de una mañana de Navidad en Argentina, me acababa de despertar y mi primo Juanito me la hizo a traición. Y su broma ha llegado a medio mundo por culpa de mis padres.

—¿Fueron ellos quienes filtraron la foto a la prensa?

Asentí.

—¿Y por qué hicieron tal cosa?

—Borja y yo nos íbamos a casar, nuestros destinos estaban escritos, en casa del rico los hijos no podemos elegir prácticamente nada.

—¿Y qué tiene que ver Borja en todo ese tinglado?

—Ninguno de los dos estábamos enamorados, fingíamos un papel —le hice un gesto de hastío con la cara—. Como ves, es para lo único que valgo en la vida, fingir papeles.

—Creo que vales para mucho más, me dijiste que tenías mil titulaciones.

—Y de nada me han servido en Century, supongo que Carlos hizo uso de mis dotes interpretativas.

—Carlos en el fondo es un buen tío, no se lo tengas en cuenta.

—No se lo tengo, en el fondo me alegra que me metiera en este tinglado.

—¿Y eso por qué? Tenía entendido que me odiabas.

—Yo no odio a nadie, pero reconocerás que te gusta verme cabreada.

—Me gusta verte a secas. —Aquello me dejó impactada, y no supe qué decir, así que decidí seguir contando mi historia.

—A lo que iba. Borja y yo pactamos que en la fiesta de pedida yo saldría huyendo tras anunciar que no quería casarme con él. Imagínate la cara de estupor de mi madre y el cabreo monumental de mi padre que se había gastado un riñón en organizar aquella fiesta. Es rico pero del puño *agarrao*.

—¿Y por qué te prestaste como cabeza de turco?

—Porque yo quería salir de aquella vida y Borja no, él está enamorado de Cayetana.

—¿La duquesa? Pero si está muerta. —Me hizo gracia que lo mencionara, no sabía si estaba haciendo la misma broma que yo a Borja o lo pensaba de verdad.

—No, la duquesa no. —Ambos nos reímos, obviamente estaba bromeando—. Una pija con nariz de garfio. Lo de la ruptura pública fue algo brutal, algo muy premeditado y estudiado al milímetro. Tendrías que haber visto las caras de todos los invitados, fue la hecatombe —me reí al recordarlo—, pero era la única forma de cortar por lo sano aquello. De haber intentado romper como cualquier pareja, nuestros padres nos hubieran convencido para recular y... no lo hubiéramos hecho, seguiríamos juntos, viviendo una mentira. Era la única forma. Teníamos que hacerlo a lo grande, delante de todo el mundo y no darles ninguna oportunidad para hacernos pensar en lo equivocados que estábamos y el daño terrible que les estábamos infringiendo.

—Entiendo. ¿Y la foto en la prensa?

—Mis padres, y seguramente más en concreto mi madre, quiso justificar aquello delante de todos sus amigos y no se le ocurrió otra cosa que mostrar esa foto y decir que me encontraba bajo tratamiento psiquiátrico por un

trastorno bipolar. Que todo aquel desplante era fruto de una grave enfermedad mental y que en ningún caso había dejado plantado a Borja, que por otra parte es el hijo del socio de mi padre.

—Perdona, Malena, por lo que voy a decir, pero tus padres son unos hijos de la gran puta.

—Lo sé. ¿Entiendes ahora por qué digo que existen pero no los tengo?

—Lo entiendo perfectamente. —Volvió a tenderme la mano y yo se la cogí por encima de la mesa.

—¿Y entiendes por qué te digo que no merece la pena que te conozca nadie? No eres consciente de lo que la gente famosa tenemos que aguantar. El solo hecho de salir a la calle y tropezarte es de dominio público. Además, la gente se cree con derecho a insultarte y opinar sobre ti deliberadamente. Famoso o no, tenemos sentimientos. Padecemos como cualquier ser humano si Twitter está plagado con tu foto, diciéndote loca, fea o cualquier barbaridad que se les ocurra. Pueden llegar a ser muy crueles, y no te conocen de nada. Se piensan que eres una niña rica y que por eso lo tienes todo solucionado en la vida y que te mereces ese desprecio, porque nunca has hecho nada útil.

—Bueno, de eso sé un poco. A los autores también nos pasa algo parecido. Cuando alguien hace una mala crítica y te pone a parir, no sienta del todo bien. Todo el mundo tiene un corazoncito, y no me vale eso de consolarse en que es constructiva, blablablá. Una crítica negativa hacia uno mismo o algo que haces duele, duele mucho. Hay quien no tiene filtro para decir las cosas, o se creen críticos de algo que no saben hacer. Solo son lectores, no saben lo que es escribir un libro y que todo cuadre. No son conscientes del alma que metes en cada historia, que son parte de ti.

—Entonces, ¿te vas a pensar mejor lo de dar el paso y declararte Lisa Novak en sociedad?

Eché el cuerpo hacia atrás y se apoyó en el respaldo estirando los brazos.

—¿Y dejar de ser tu novio? Ni de coña.

—Lo digo en serio, Leo, no sabes de verdad a lo que te enfrentas.

—Lo sé, y agradezco que quieras protegerme, pero una parte de mí quiere vivirlo y comprobarlo por mí mismo. Lisa Novak soy yo, no una cincuentona entrada en carnes aburrida.

—Lo siento, sabes que no quise decir eso.

—Tranquila, pero me hace gracia que hayas usado ese tipo de estereotipos cuando veo que en realidad los odias.

—Soy bipolar, ¿recuerdas? Por cierto, ¿tú llevas dinero?

Leo negó con la cabeza y puso cara de «jodeeeer».

—¿Y cómo pagamos esto?

—Puedes dejar el cacharro de sopa como prenda.

—¿Tú estás loco? Esto es mi tesooooorooo —dije imitando a Gollum, lo que provocó que él se carcajeara. Tenía una risa muy escandalosa, como una explosión, no sé, algo contagioso y bastante entrañable. Invitaba a reírse con él.

—Pues no nos queda más remedio que quedarnos aquí toda la vida —dijo.

—¿Te imaginas, Leo? Los dos aquí, sentados, como dos estatuas de cera —compuse una posturita interesante—, y la gente haciéndose fotos con nosotros, diciendo: «Yo estuve con Malena, *La loca de la melena*» —bromeé, encontrándolo de pronto muy gracioso.

—De mí dirían: «Aquí estuvo Jon Nieve tras pasar por rehabilitación» —soltó una de sus carcajadas—. ¿Por qué no pedimos algo más fuerte?

—¿Qué dices, loco?

—Sí, mujer, una cervecita para tu hombre. —Golpeteó la mesa con el puño rollo troglodita

—¿Y cómo piensas pagarlo?

—Bah, no pienses, ya lo pensaremos luego con el estómago lleno. —Se acarició la barriga en círculos con una sonrisa enorme y algo en mi interior se aceleró.

DESCUBRIENDO A MR. LEO

LOS SIGUENTES DOS SEMANAS ensayamos los detalles del evento. No podíamos permitirnos ser pillados en blanco, así que nos inventamos una buena historia sobre cómo nos habíamos conocido y de cómo había surgido el amor entre los dos. Como suele suceder, nada complicado, sin apenas ser consciente de ello, quedas una vez, luego dos, y a la que van diez, estás estúpidamente enamorado, poniendo ojitos de cordero y babeando el móvil con cada *wasap*.

Teníamos una rutina bastante exacta: nos levantábamos a las ocho y el que llegaba primero a la cocina preparaba el desayuno de la extraña familia, como nos llamaba Leo. Luego salíamos a correr una hora, momento en el que aprovechábamos para hablar. A la vuelta, nos duchábamos, nos arreglábamos y yo iba un rato a Century a hacer acto de presencia y poner a Carlos y Natalia al tanto de cómo nos iba la vida en pareja, mientras Leo escribía en su Mac horas y horas. Cuando llegaba a las dos, teníamos casi siempre que arrastrarlo a comer. Andrea se ocupaba de cocinar platos gourmet, básicamente ensaladas y bocadillos, entre pincelada y pincelada, y su nueva obra cada vez tomaba más carácter, ya casi podía verme reflejada en ella, aunque seguía sin entender por qué había elegido una silla para representar mi esencia.

Por las tardes, Leo volvía a meterse en su mundo inventado y yo leía, leía mucho. Había cargado mi *ebook* de libros de Lisa Novak y los devoraba conforme abría la primera página. Tenía una forma de escribir asombrosa, entre lírica y cachonda, que me fascinaba. Era fresco y a la vez profundo. Cargado de reflexiones existenciales que a veces me dejaban mal sabor de boca y otras me llevaban a la luna. Tenía un verdadero don para transmitir emociones y sentimientos, envolviendo las palabras como un regalo para el lector. Y yo lo aceptaba a corazón abierto sintiendo que alguien que hubiera escrito algo así, tenía que ser por cojones una maravillosa persona. Y lo era.

Leo era una persona maravillosa disfrazada de macarra.

A veces, levantaba la vista, espachurrada en el sofá, con el *ebook* en las manos y lo observaba escribir con sus auriculares retro ahogando nuestras voces, que eran muchas. Estaba siempre muy concentrado, fuera de órbita. De un modo para mí impensable era capaz de desconectar y aislarse de nuestro mundillo ruidoso de gritos y risas. Andrea en una de tantas le preguntó si no prefería hacerlo en su dormitorio de princesas a solas, pero él respondió que le gustaba sentirse rodeado de estrógenos y progesterona, que le llenábamos de inspiración y que probablemente ese libro sería su mejor libro. Yo me preguntaba qué habría dentro de él para sentir tanto y tan bueno. ¿Cómo alguien podía crear historias de la nada y hacerlas tan verdaderas?

A las seis cerraba el portátil, se dirigía a la nevera, sacaba cuatro cervezas y las repartía entre sus chicas, antes de acomodarse a mi lado y preguntarme cómo llevaba el día. Siempre me hacía reír con esa tontería, pues era obvio que mi día había sido de lo más relajado, él había estado presente y podía dar fe.

Una tarde, puede que fuera el jueves siguiente a su traslado, Leo nos habló por primera vez de su hermano Marco.

—Tu madre tiene cierta obsesión con los nombres italianos —comentó Andrea, sentada en el suelo, abriéndose un paquete de patatas fritas—. ¿Era fan en su juventud de Eros Ramazzotti?

—No, lo era de Umberto Tozzi.

—No sé quién son esos dos señores —apuntó Sarita arrimándose un buen trago de cerveza.

—Espera.

Leo se puso en pie y para superar la mesa de centro, pasó por delante de mí de espaldas, que sentada sobre mis piernas cruzadas en el sofá, no pude evitar seguir con la vista su culete respingón. No sé por qué me había dado cuenta de que a pesar de estar francamente delgado, su trasero era pomposo e invitaba a darle un pellizquito, si es que se dejaba, pues la única información del estado físico del mismo hasta el momento era que era duro como el acero.

—Te he visto —dijo Andrea cuando Leo desapareció del salón, levantando las cejas guasona.

—¿Qué has visto?

—Cómo le miras el culo a Leo.

A Sarita se le salió un chorro de cerveza por la nariz de la risa que le dio.

—Yo también, yo también te he visto —canturreó a duras penas pasando

el mal trago.

—Lo tenía delante —puse como excusa.

—Querida, te has regodeado de lo lindo —afirmó Andrea, dándole una palmaditas a Sara en la espalda—. ¿Estás bien, pichoncita?

—Bah, paso de vosotras. —Crucé los brazos sobre el pecho y me recosté en el sofá ignorando sus tonterías.

Leo volvió con un iPod en la mano, manipulándolo ágilmente con sus largos dedos y una canción comenzó a sonar. No conozco mucho la trayectoria musical del cantante italiano, pero sin duda era *Gloria*.

—Este es Umberto Tozzi.

—Ah, yo esa canción ya la había oído —dijo Sarita moviendo la cabeza al son.

—Claro, pichona, es un clásico.

—Sí, seguramente lo estudié en Música.

—Seguramente, como todo clásico, debe estudiarse obligatoriamente en primaria —dijo Leo y todas nos reímos—. Por cierto, Sara, nunca te he preguntado qué estudias.

Andrea y yo nos miramos y sonreímos, antes de dirigir nuestros ojos a Sara, expectantes.

—Estoy haciendo un módulo de [Decoración y Rehabilitación](#), se me da de lujo.

—Ya lo creo, no hay más que ver el maravilloso trabajo que hiciste con mi dormitorio —comentó Leo, tratando de no reírse, mientras Andrea y yo estallábamos en sendas carcajadas.

—Gracias —dijo y le lanzó un besito con la mano.

—No hay de qué, es algo evidente.

—Por cierto, ese hermano tuyo, Marco, ¿vamos a conocerlo algún día? —quiso saber Andrea que aún se estaba recomponiendo de la risa.

—Sí, algún día le diré que venga a comer. La verdad es que lo tengo bastante abandonado desde que me mudé. Le gustará conoceros, le he hablado mucho sobre vosotras.

—¿Y es tan guapo como tú? —Esa fue Sarita que no sé por qué se empeñaba en ensalzar la belleza de Leo cada dos por tres, pero es que según ella era clavadito clavadito a Jon Nieve.

—Nos parecemos bastante. —Se mesó la barba con los dedos y yo pensé que esa longitud debería estar prohibida por decreto ley.

—Ay, por fa, por fa, invítale pronto a comer.

—Está bien, sí, lo haré.

—¿Vivías con él? —Sara volvió a la carga.

—Sí, los dos solos. Nuestros padres viven en Valencia.

—¿Y por qué te has mudado tú?

Leo la miró, carraspeó y se tomó unos segundos antes de responder.

—Necesitábamos nuestro espacio. Él es muy joven, tiene amigos y amigas, y los traía a casa a todas horas y me molestaban mucho.

—Suenan divertido.

—Mucho, la verdad —se rio un poco nervioso—, pero aquí estoy mucho mejor, con vosotras, me documentó sobre lo que es vivir en un piso de chicas.

—O sea, que te estás inspirando en nosotras para escribir —afirmó ella feliz—. ¿Y qué escribes?

Leo se encogió de hombros.

—Demasiadas preguntas, Sara, me estás agotando.

—Eso me dice Andrea también, que la agoto. —Soltó una risita tonta.

El viernes por la noche, Leo desapareció y no volvió hasta las tantas, apestando a humo y alcohol. Por lo visto el señorito se había pegado la fiesta padre y no nos había invitado a formar parte de ella. Quedaba bastante claro que él iba a entrar de cabeza en mis círculos, pero que la mía en los suyos no tenía cabida, y no sé por qué, pero eso también me molestó.

Me estaba quejando de ello a Andrea cuando él irrumpió en la cocina demandando un ibuprofeno.

—¿Ayer te pasaste con el alpiste? —Andrea fue directa al grano.

—Quedé con mi grupo. ¿Dónde lo tienes?

—En el botiquín del baño —respondí lanzándole una miradita a mi amiga. ¿Su grupo? ¿Qué clase de grupo?

Leo se marchó y tardó más de una hora en volver a salir, perfumado como una rosa y el cabello suelto todavía mojado, calándole los hombros de una de sus camisetas andrajosas, esta vez blanca.

—Me encantan vuestros geles. —Se aspiró el brazo sonoramente.

—¿Quién te ha dado permiso para usarlos?

—Mi billetero —respondió con una sonrisa y se dejó caer en el sofá—. ¿Os apetece salir a comer? Os invito, hace un día espléndido.

—Suenan bien, pero elegimos nosotras —respondió Andrea, cogiendo el móvil y tecleando algo a gran velocidad.

—¿No os fiáis de mí?

Ambas nos miramos, negamos con la cabeza y respondimos al unísono:

—No.

—Intuyo que será caro, pero tiremos la casa por la ventana.

Después de una agradable comida a tres en Mutsu, decidí escribirle un *wasap* a Robe y hacer una escapada a escondidas para encontrarme con él en su piso. Apenas nos habíamos visto de refilón en Century, y nos limitábamos a enviarnos mensajes calentorros que me incineraban las braguitas. El encuentro fue un poco salvaje, un desfogue brutal y primario, dos animales follando por necesidad. Pocas palabras, más bien, gemidos, gruñidos y aullidos, lo dicho, dos animales.

—¿Cómo llevas la vida en pareja? —me preguntó con bastante guasa cuando ya estaba vistiéndome.

—Bastante bien. Es majo. En cierta forma, él y yo nos parecemos bastante.

—¿Tú y él? —se permitió ironizar.

—Sí, él y yo. Y... estoy contenta de haber aceptado este trabajo, aunque sea tan extravagante. Creo que por fin me estoy aceptando y empiezo a sentirme bien... realmente bien, y llevaba tanto tiempo esperando sentirme bien, y estaba tan harta de todo, porque nada me hacía sentir bien, pero ahora... extrañamente me siento bien —reconocí—, más que bien, me siento genial. —Suspiré hondo y traté de reprimir unas lágrimas que habían acudido a mis ojos.

—¿Y por qué lloras entonces?

—No lo sé, pero no son lágrimas de tristeza, son lágrimas de felicidad. Estoy feliz —me volví y lo miré a la cara fijamente.

—En fin... no sé qué decir.

—Di que te alegras por mí.

Pero no lo hizo, en su lugar, atrapó mi cintura con sus manos y me dio la vuelta, hundiendo su boca en mi escote.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —susurró tratando de apartar la tela de mi vestido con la nariz para entrar a matar.

—No, es mejor que me vaya.

—¿Por qué? Quédate.

—Creo, Roberto, que no quiero. Me gustas, pero, como te he dicho,

empiezo a ser feliz de verdad, y me he dado cuenta de que tú no encajas en esta nueva etapa mía. Esta noche hemos follado mucho y muy bien, pero no me ha hecho sentir mejor, a pesar de que lo he estado deseando toda la semana. Tenía muchas ganas de venir y hacerlo, pero ahora me doy cuenta de que son polvos vacíos y no quiero más vacío en mi vida, quiero para mí cosas llenas, rebosantes, cargadas de emociones, que hinchen mi vida de sentido y me hagan sentir mejor, y acostarme contigo no es una de ellas.

—Vaya, no sé qué decir. —Se apartó para mirarme desde otra perspectiva. Parecía realmente confuso.

—Parece que esta noche te estoy dejando sin palabras.

—Ya sabes lo que hay. —Se encogió de hombros.

—Por eso que lo sé te digo que es mejor dejarlo pasar. ¿No crees?

Robe asintió y volvió a tumbarse, cubriéndose con la sábana hasta el cuello. Parecía ultrajado, como una damisela victoriana recién desvirgada, cosa que me provocó la risa y él aún me miró más indignado.

Cuando regresé a casa, Leo todavía seguía despierto, casi en penumbra, tecleaba con rapidez, absorto en la pantalla. Me escamó verlo levantado a esas horas, serían más de las tres y no era corriente en él trabajar por la noche. Llevaba los cascos puestos y solo el pantalón de su pijama sueltecillo, pero resultón. Cada vez me lo parecía más. Le brillaba el pecho reflejando la luz del monitor. Era delgado pero bien formado, no tenía los músculos excesivamente marcados, pero estaba definido. Era obvio que estaba en forma bajo esas prendas insulsas que usaba para taparse el cuerpo. Esa forma de vestir no podía definirse de ningún otro modo. Era ropa dejada caer encima sin ton ni son y sin ningún esfuerzo por gustar a nadie, salvo a sí mismo. Y parecía encantarle el color negro.

—Hola, Leo. —Me aproximé despacio para no asustarle, pero no lo conseguí. Dio un respingo de padre y señor mío, sujetándose el pecho con una mano.

—Joder, qué susto me has dado, Malena —dijo quitándose los cascos y dejando escapar unas notas musicales que acariciaron su largo cuello. Debía tenerla puesta a toda birolla.

—Perdona, no quería asustarte. ¿Qué haces levantado?

—Escribiendo. —Señaló el portátil—. ¿Y tú?

—He salido a dar una vuelta.

Asintió y sonrió.

—Te daba por dormida.

—Una amiga me ha enviado un mensaje y me he animado a salir en el último momento —mentí y no sé por qué lo hice. No tenía sentido hacerlo, Leo y yo, en realidad, éramos libres para hacer lo que nos diera la real gana con nuestras vidas, siempre y cuando no perjudicase al contrato que teníamos firmado—. ¿Qué escuchas? —le señalé el auricular cambiando el sentido de la conversación.

—Al mejor guitarrista de la historia de la música.

—¿Qué es?

—[Jimi Hendrix](#).

Asentí, en ese momento Jimi Hendrix me sonaba lo mismo que si me hablaran de quarks, o sea, nada de nada.

—¿Y puedes concentrarte con el volumen tan alto?

—Sí, me evado más, y me ayuda a conseguir el ritmo que quiero imprimir en la escena que estoy escribiendo.

—¿Qué es? —Asomé la cabeza al monitor y él lo cerró de golpe.

—Vale, perdona, solo quería ver un poco.

—Es... ya sabes... —dijo.

—Ya sé, ¿qué?

Me hizo un gesto con los ojos, sonrió, luego se mordió el labio y respondió:

—Ya sabes.

Bajé la cabeza sin dejar de mirarlo a los ojos y dije:

—¿Sexo?

—Eso, sexo.

—Vaya. —Pim, pam, pum, no sé, esa palabra saliendo de sus labios hizo que mi vientre se contrajera y la mirada se me fue directa a su entrepierna.

—Sí, vaya.

—Bueno, será mejor que me vaya a la cama. —Me fui levantando.

—Sí, claro, yo me quedaré un rato más a ver si la termino.

—Genial, que se te dé bien.

—Gracias.

—Vale, pues nada, buenas noches, Leo.

Y de nuevo, tampoco sé por qué, me acerqué y posé un beso en su mejilla.

DE PREPARATIVOS

Y EL SÁBADO LLEGÓ, claro que llegó. Es lo que tiene el tiempo, que simplemente pasa y, si no lo agarras fuerte por las solapas y le das pinceladas de color, se acaba escapando, y solo se convierte en un pretérito cubierto de sombras oscuras. Aquel día amanecimos nerviosos perdidos, nadie daba pie con bola: Andrea preparó cafés aguados, Leo tenía el pelo como para captar rayos, yo... yo no había dormido y con mis ojeras hasta los pies me arrastraba adormilada de un lado a otro dando tumbos, y Sara, lo de Sarita era un mundo aparte, seguía sin sospechar nada, pero no acababa de comprender por qué estábamos tan alterados.

—Pero si solo es la presentación de la señora esa que parece una momia.

—Pero es mi primera presentación.

—Pero ¿y qué? —insistía ella—. Además, no entiendo por qué no puedo ir yo también. ¿Por qué tiene que ser Leo?

Vale, el lunes para entrar en materia, había anunciado a bombo y platillo que ese sábado por la noche iba a ser la presentación de la biografía de Felicia Braga y que necesitaba un acompañante para el evento. La idea es que Leo se ofreciera y yo le diera las gracias, pero no contábamos con Sara y sus ganas locas de conocer gente famosilla.

—Que no va a ir Manu Carrasco —le perjuré.

Entornó los ojos con los morritos apretados.

—¿Seguro?

—Seguro, no está en la lista. Irán los de siempre.

—¿Y quiénes son?

—Pues Jorge Javier, Terelu, Paz... no sé... esa gente.

Puso mala cara, vaya plan más soso para una chica de dieciocho. Aun así, se ve que no tenía mejor plan que venirse conmigo a comer canapés rancios y beber champán en copas de plástico.

—Pero yo quiero ir, quiero ir, quiero ir....

—Tú te quedas conmigo —la frenó Andrea—. ¿Qué haría yo sin ti esta noche, pichoncita?

—Jopé, está bien, pero a la próxima me toca a mí.

—Está bien, lo prometo —le dije.

Y se quedó conforme, eso y que Andrea le estaba largando un morreo que mantuvo por un buen rato su boca ocupada hasta que se marchó a estudiar eso que estudiaba.

—Bueno, ya se ha ido —suspiré feliz viéndola salir por la puerta con la mochila a cuestas—. En una hora tenemos aquí a Reyes.

—¿Quién es Reyes? —preguntó Leo sentado en un taburete frente a un tazón gigante de café con leche.

—Reyes Fuentes —respondió Andrea como si estuviera mencionando una verdad fundamental de la física cuántica—, de los mejores estilistas de Madrid, y supercolega de toda la vida. Créeme, Leo, si te digo que cuando pases por sus manos no te va a reconocer ni tu madre.

Leo hizo una mueca, lo de cortarse el pelo y quitarse esa barba que ya le servía para limpiar el polvo de los muebles no le hacía mucha gracia, pero lo tenía medio convencido y había aceptado algunos pequeños retoques.

—Mujeres, ¿qué me haréis? —gruñó hundiendo el bigotaco en el tazón.

—Mejorarte. Vas a estar guapísimo cuando Reyes termine contigo.

—¿Tú crees? —Me sonrió.

—Yo creo. —Le sonreí y le apreté la mano.

—Está bien, pero los de mi grupo se van a descojonar cuando me vean aparecer hecho un maniquí.

Andrea y yo intercambiamos una mirada, era la tercera vez que nombraba «su grupo» en dos semanas. Y luego estaba lo de sus saliditas nocturnas, cuando volvía parecía un retornado de la guerra de Vietnam. Ella se decidió a preguntar.

—Eso de tu grupo, ¿qué es?

—Mis colegas... mi banda.

—¿Tu banda? —dije yo.

—Sí, mi banda, Los Mataos.

—¿Los Mataos? —dijo Andrea—. ¿Y qué coño es eso, por Dios? Ilumínanos, ¿no ves que estamos en un sin vivir?

Una carcajada explotó en su garganta y nosotras nos miramos alucinando. Otra carcajada y las dos estallamos. Si cuando digo que era contagiosa, es

que lo era.

—Pero ¡¿qué os pensabais!?

—Yo qué sé —me encogí de hombros.

—Un grupo de terapia —apuntó Andrea.

—¿Terapia de qué?

—De cachondos anónimos, no sé, joder, nos tenías descolocadas con lo de «mi grupo» —le respondió Andrea muerta de risa.

—¿Y por qué no preguntáis, almas de cántaro?

—No somos entrometidas —dije yo toda digna.

—Seguro que habéis estado cotilleando a mis espaldas sobre mi grupo y yo.

—Como si no tuviéramos nada mejor que hacer.

—En un par de semanas tenemos un bolo, a lo mejor os apetece venir.

¿Me apetecía? ¿Ver a Leo tocando en un grupo de *mataos*? Sí, yo diría que sí me apetecía, pero respondí:

—No sé, me lo pensaré.

—No hay nada que pensar, Malena. Es importante que nos vean hacer cosas juntos. Y más a partir de esta noche, que lo “nuestro” —entrecomilló la palabra con los dedos— será *vox populi*.

A eso de las diez y cuarto, Reyes aporreó el portero automático.

—¡¡Ya está aquí, ya está aquí!! —gritó Andrea pletórica por la llegada de tal eminencia.

—No grites, pareces nueva —comenté, abriendo la puerta del piso para que Reyes entrara sin esperas, desde que nos adecentó para el encuentro de viejos alumnos del instituto habíamos establecido una gran amistad.

Unos segundos después, Reyes hizo su aparición estelar con una boa de plumas lila y su calva más brillante que nunca.

—Chochos míos, venid aquí que os dé un achuchoncito. —Soltó el maletón sin cuidado y abrió los brazos como el Cristo Redentor—. Os he echado de menos. —Nos apretó fuerte contra su pecho—. Y, Malena, siento mucho tu agravio con la prensa, qué panda de mamarrachos, mira que llamar loca a la buena de Lenita.

—No te preocupes, Reyes, eso es agua pasada y creo que lo estoy superando.

Reyes empezó a olfatear el aire como un sabueso, dejando las manitas en

el aire en posición muerta.

—Aquí huele a macho, y no a un macho cualquiera, a un macho de esos que te encrespan los vellos púbicos.

—¿Cómo has podido deducir eso solo por el aire?

—Ay, Lenita, son muchos años entrenando la pituitaria, pero ese olor no es de un macho al que le van los machos, no, no... —alzó el dedo y lo movió como un limpiaparabrisas—... es un macho hetero y rudo.

—Pues sí, has acertado. Eso se merece una cerveza. Andrea fue al frigo a servirle una.

—¿Y dónde está?

—Ahora saldrá, está despidiéndose de su barba.

—¿Y eso por qué? —preguntó Reyes agarrando la cerveza que Andrea le ofrecía.

—Porque es a él al que tienes que dejar como un pincel. Se llama Leo.

—No podía ser de otra forma, un león. —Puso las manos en garras y lanzó un gruñido—. Madre del amor hermoso, tengo que conocer ese diamante en bruto ya. Leooo, Leoooooooncitoooo. —Reyes empezó a vociferar su nombre como una locaza.

—Lo vas a asustar —le dije entre risas.

Y así fue, Leo abrió tímidamente la puerta de su habitación, asomando la cabecita.

—¿Quién me reclama de esa manera?

—La santísima trinidad en bóxers de Calvin Klein. ¿Habéis secuestrado a un vagabundo? Andrea —la miró directamente—, no estarás experimentando otra vez con seres humanos para hacer una exposición realista.

—No, y no me recuerdes eso, aún no me perdono que aquel chico casi se amputara el pie con la sierra mecánica. —Andrea se llevó las manos a la cabeza—. Es el novio de Malena.

—¡¿No?! —Esta vez me miró a mí con cara de estupor y yo asentí, divertida.

—Perdón, sigo aquí —dijo Leo ya de cuerpo presente en el salón.

—Visto de cerca te das un aire a...

—No lo digas, ¿a Jon Nieve?

—Iba a decir Papá Noel en los noventa, pero me vale Jon Nieve.

Leo se sentó en el sofá mientras nosotras le explicábamos a Reyes lo que queríamos que hiciera con él, enseñándole revistas y no poniéndonos de acuerdo en qué *look* le vendría mejor a sus facciones masculinas.

—Silencio —sentenció el estilista tapándonos las bocas con sus manos flacuchas—. Leo es un lienzo que hay que pulir, no cambiar, los *guarretes* están de moda.

—Eeh, yo me ducho todos los días.

—Perdona, si te has dado cuenta he entrecomillado la palabra «guarrete». Leo, tienes un *look* grunge, de esos que, combinado con un traje y unas deportivas con apliques glamurosos, estáis de toma pan y moja.

—¿Y qué pasa con su pelo y su barba? —comenté yo algo asustada, a Reyes le iba la extravagancia y cabía la posibilidad que hiciera quiquis en su barba con lazos de colores.

—Los rulos se llevan, pero le cortaré las puntas y le daré algo de forma, ese pequeño cambio le permitirá seguir siendo él mismo, pero más chic —dijo acercándose a Leo mientras estudiaba sus facciones con ojo clínico—. Para esta noche se lo recogeré en un moño —concluyó.

—¿Como Falete?! —Andrea soltó un grito ahogado.

—No, loca del coño. Un moño varonil, no a lo gitana con claveles.

—¿Y la barba? —pregunté yo, inquieta.

Reyes chasqueó la lengua fuerte contra su paladar mientras ladeaba la cabeza.

—No se la quitaremos, será una barba de tres días bien arreglada, sin pelos locos en los carrillos.

—Me empiezas a caer bien, Reyes. —Leo intervino y parecía conforme con las ideas del estilista.

—Y tú a mí, lástima que te vayan las chirilas.

Tras eso Reyes nos obligó a abandonar el piso, Leo nos miró con cara de perrito abandonado, se notaba el miedo en sus ojos.

—No quiero chismosas cuando estoy creando, necesito concentración para dejar a este hombre como un anuncio de Jimmy Choo. —Reyes nos arrastró del brazo literalmente para sacarnos del piso.

—¿Eres consciente de que nos echas de nuestra propia casa? —dijo Andrea con los brazos en jarras en el descansillo.

—¿Y tú de que has llamado a Reyes Fuentes? Si no querías esto haber llamado a Peluquería Unisex Antonia. —Reyes nos hizo una peineta y cerró la puerta de golpe, dejándonos allí fuera con cara de tontas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Andrea.

—¿Te apetece un café? Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar.

—¿Puede ser una cerveza?

—Sí.

—¿Y unos torreznos?

—Claro.

—Entonces llévame donde quieras.

A eso de las dos de la tarde, tras bebernos casi un serpentín en el bar de Bruno y pactar una exposición de Andrea, recibimos la llamada de Reyes avisando de que su trabajo había terminado y que se marchaba a adecentar a no sé quién en no sé dónde.

—Ya podemos volver a casa —dijo Andrea tras colgar—. Bruno, muchas gracias por todo, no sabía que existía un lugar tan bonito a la vuelta de la esquina.

—De nada, chicas, ha sido un placer. Nos vemos pronto.

—¿Qué te debo? —le dije a aquel nuevo amigo con rastas, que lo mismo servía cafés con especias que cervezas de barril.

—Nada, invito yo. No todos los días uno recibe la visita de mujeres tan simpáticas como vosotras. —Miró directamente a Andrea e intuí que su pelo moreno y sus ojos azules habían encandilado al pobre Bruno.

—Pues gracias de nuevo. —Andrea le cogió las manos y las zarandó levemente—. En un par de meses tendré todo listo, pero no descarto hacerte una visita antes para tomar uno de esos cafés con cardamomo.

—Cuando quieras, Andrea.

—¿No vamos? —Tuve que intervenir, Andrea estaba enamoriscando a aquel chico sin ningún pretexto, ya había conseguido el local para exponer y no le interesaban los penes desde que en el jardín de infancia se declaró lesbianísima después de que Pablo Ortega le diera su primer beso.

—Sí, lo dicho, nos vemos, cielo. —Le plantó un sonoro beso en la mejilla y salimos de allí a ver qué supuesta maravilla había hecho Reyes con nuestro Leo.

Estuvimos esperando el ascensor diez minutos, ninguna de las dos tenía el cuerpo para subir escaleras. Beber cervezas de once a dos es lo que tiene, y no podía permitirme partirme la crisma ese día, por la noche tenía que estar perfecta para la ocasión.

—¿Se puede saber qué ha pasado en el bar con Bruno?

—Primero, no es un bar, es una cafetería fusión y segundo, ¿qué ha

pasado con Bruno?

—Que estabas coqueteando claramente.

—¿Yo? Creo que además de ver doble estás teniendo alucinaciones.

—Sé perfectamente lo que he visto, le has puesto ojitos y te ha faltado darle teta en tu regazo.

—Qué exagerada eres. Además, ¿qué hay de malo en coquetear un poco?

—Que es un hombre y no te gustan. Está mal crear falsas ilusiones en la gente. Estaba claro que a ese chico le gustas.

—Y él a mí, no hay que descartar nada en esta vida. No nos enamoramos de los cuerpos, nos enamoramos de las personas, y él es una persona bellísima. —Me tocó la punta de la nariz—. Además, es exactamente lo que a ti te pasa con Leo —añadió cuando entramos en el ascensor.

—¿A mí? Pero ¿qué sandeces estás diciendo?

—Ay, amiga, yo sé también perfectamente lo que veo y ese hombre con aspecto de cromañón, te recuerdo que así me lo describiste, te gusta a pesar de su envoltorio.

—Pues estás muy equivocada. —Pulsé el botón de nuestra planta.

—Sí, sí, lo que tú digas, Malena, pero te digo yo que esta pantomima de hacer creer que es tu novio se puede tornar muy real si no consigues separar el amor de los negocios.

—No sabes lo que dices, la cerveza se te ha subido a la cabeza.

Andrea volteó los ojos y dejó de hacerme caso en cuando llegamos a nuestro destino.

Cuando entramos en el piso no parecía que hubiera nadie allí, pero de pronto oímos unas risas provenientes de la habitación de Leo y la voz chillona de Sara hablando con alguien.

—¿Se puede? —Llamé a la puerta con los nudillos y abrí lentamente.

—Hola, Malena, este es Marco, el hermano de Leo —dijo Sarita.

—Hola, encantado de conocerte —saludó el chico, desgarbado, larguísimo y delgadísimo, que tumbado de cualquier manera sobre la cama galáctica, me miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ha traído una consola y estamos jugando al Resident Evil —comentó divertida la niñata, dando saltitos en el borde del colchón.

—Ya veo. ¿Dónde está Leo?

—Ha ido al centro a por una camiseta, dice que el rey le ha dicho que descartase la camisa y se ha ido a comprar todo lo que él le ha dicho —volvió a contestar Sara sin apartar la vista de la pantalla.

—Vale, pues seguid dándole al Evil. —Me imaginé que el rey era Reyes, igual que Roberto, Norberto.

—Okey, tía, lo dicho, un placer, tenéis un piso chachi —comentó el hermanísimo.

Andrea estaba en la cocina preparándose una ensalada de canónigos y un Actron en un vaso de agua.

—Me duele la cabeza horrores. ¿Con quién está Leo?

—No es Leo, es su hermano Marco y está con Sara jugando a la Play Station.

—¿Con Sara? —Los ojos de Andrea se abrieron mucho a través del vaso mientras se lo bebía de un trago.

—Sí, y parecen divertidos. Tendrán casi la misma edad.

—Ajá —dijo, aliñando aquella insulsa comida verde con aceite de sésamo.

—¿No estarás celosa?

—¿Yo? Por el amor de Dios, Malena, Sara me adora, no me haría algo así.

—¿Algo cómo?

—Como liarse con un muchacho imberbe.

—Tampoco está mal coquetear un poco —la parafraseé para fastidiarla un poco—. Están en la edad, desprenden feromonas que tiran para atrás.

—Hablando de feromonas, tu macho entra por la puerta.

Me giré en el taburete intrigada por el aspecto que tendría después de la magia de Reyes. Y cuando lo vi sentí como el corazón se me daba la vuelta. Leo estaba imponente con aquel peinado hacia atrás acabado en un moño bajo recogido en un topo con mucha gracia y que nada tenía que ver con un peinado femenino. La barba lejos de ser una de tres días, lucía más corta y arreglada, marcando aún más sus facciones masculinas y despejando aquel rostro que antes estaba oculto bajo toda esa maraña de pelo. Y tenía labios, y vaya labios, eran gorditos y sonrosados y clamaban al cielo: «Bésame mucho».

—¿Qué pasa? Estáis como el rey pasmado.

—Vaya, chico, estás realmente bueno —soltó Andrea mientras se metía un puñado de canónigos a mano abierta en la boca.

—¿De verdad? No me termina de convencer el peinado. ¿Tú qué opinas, Malena?

—Yo... Yo...

—Mujer, di algo. —Andrea me dio un empujón que casi me tira del asiento con una sonrisa burlona en la cara.

—Yo creo que estás muy bien, te sienta bien.

—¿Sí? Yo no me veo.

—Es normal que te veas raro, pero de verdad que estás muy guapo —añadió Andrea.

—Por cierto, tu hermano está aquí.

—Ah, sí, vino una hora antes de que Reyes terminara. ¿Os podéis creer que ese hombre quiere ayudar a mi hermano a ser modelo?

—No me lo puedo creer hasta que no lo vea, está atrincherado en tu habitación con Sara jugando a la Play —respondió Andrea.

—Yo sí lo he conocido, y es bastante mono. —Miré a mi amiga y esta me sacó la lengua.

—Voy a decirle que salga, es un poco maleducado. Le dije que se presentara si volvíais.

—No te preocupes, está en esa edad de los...

—Veintiuno, tiene veintiuno. Disculpadme, ahora vuelvo. —Leo dejó unas bolsas en el sofá y fue a buscar a su hermano.

Al poco salieron los tres de la habitación, y pese a que Leo era alto, su hermano le sacaba media cabeza. Se acercó con ese andar macarrilla que algunos chavales llevan con tanta gracia y se plantó ante nosotras con los brazos en jarras. Sarita solo tenía ojos para él. Le eché una miradita de soslayo a Andrea por si se había dado cuenta de aquel detalle, pero ella estaba concentrada en su ensalada, picando con el tenedor.

—Estas son Malena y Andrea, mi hermano Marco. —Leo le pasó el brazo de la espalda por detrás de la espalda con un gesto protector.

Marco se acercó a mí y me dio dos besos.

—A Malena la acabo de conocer. —Me sonrió, y luego se dirigió a Andrea, que había dejado el plato de canónigos sobre la isla y se había levantado del taburete para saludar.

—Un placer, señora —dijo posando dos besos en sus mejillas—. Creo que tiene una hija encantadora.

Andrea abrió mucho los ojos, ofendidísima de la muerte. Leo se apresuró a darle un coscorrón a su hermano que le hizo aullar.

—¿Qué haces, tío?! Me has dicho que sea educado.

—Sí, pero Andrea no es la madre de Sara, idiota. Es su novia.

Marco miró extrañado a Andrea entornando los ojos y luego miró a

Sarita.

—¿Tan vieja?

—Cariño, lo estás arreglando —intervino Andrea con el humo saliéndole por las orejas—. Perdona, niñato, pero soy más joven que tu hermano.

—¿En serio? —Volvió a mirarla con una sonrisa escéptica.

—Muy en serio, cretino —gruñó ella dándole la espalda y con cara de estar planeando un asesinato múltiple, cogió el plato de canónigos y se encerró en su dormitorio.

Me consta que tras ese ultraje, llamó de inmediato a Reyes y le dijo llorando que necesitaba un *make over*, ya que la acababan de confundir con María Teresa Campos, y eso era algo inconcebible.

LA GRAN NOCHE

ALGUIEN LLAMÓ A MI PUERTA a eso de las siete, estaba terminando de arreglarme frente al espejo. Y de nuevo, como el día de la entrevista, me costaba reconocermé, hacía tiempo que no me vestía tan arreglada, pero mi vuelta al ruedo debía ser a lo grande. Así que había arrojado toda la leña al fuego y me había decidido por un vestido cóctel rojo del otoño pasado de Elie Saab, mi diseñador favorito para eventos, y unas sandalias Jimmy Choo del mismo tono con remaches, que quitaban el hipo de bonitas que eran, a conjunto con un cinturón que marcaba mi cintura.

—¿Puedo pasar? —Era Leo.

—Sí, estoy terminando.

La puerta se abrió y no me volví para mirarlo, pero pude ver su reflejo en el espejo, y me alegré de estar de espaldas y que él no pudiera ver mi expresión. A ver, no es que Leo estuviera guapo, estaba en otro nivel, y mi mandíbula había dicho: «Adiós, adiós, me voy, me voy».

—Tenemos que irnos —dijo un poco seco.

—Enseguida, ¿me ayudas con la cremallera? —Todo un cliché, pero lo tenía a mano y la cremallera del vestido bajada, así que...

—Claro. —Se acercó, y ahora que volvía a tener cuello, pude ver en el espejo cómo su nuez subía y bajaba con rapidez.

Se colocó detrás de mí y me miró en el espejo. Un, dos, tres, contacto visual. Nuestros ojos se encontraron y nuestros labios se curvaron hacia arriba.

—La gran noche —dijo.

Asentí.

—Lo haremos bien, Malena. ¿Subir y ya está?

O mejor arráncamelos del cuerpo y tirémonos sobre la cama y follemos como salvajes. ¿Había pensado yo eso? Ay, Malena, Malena, que te estás

desmelenando.

—Sí, subir, cuidado no me enganches las braguitas con la cremallera.

Leo carraspeó detrás, luego posó sus manos en mi cintura. Me encogí por dentro y algo me tembló. Me subió la cremallera con cuidado y cuando terminó deslizó las palmas de sus grandes manos desde mis hombros desnudos hasta el final de la espalda.

—Estás guapa.

—No tienes por qué decírmelo, no es una cita de verdad.

—Lo sé, pero lo estás. —Sonrío, incómodo—. Me sigo viendo raro.

Me mordí el labio y me volví hacia él, seguía demasiado cerca y podía sentir su calor acechándome. No sé por qué pero la situación me estaba poniendo muy cachonda, carraspeé, nerviosa, alejando todos esos sentimientos no procedentes.

—Reyes ha hecho un gran trabajo —retrocedí un par de pasos para poder verlo de cuerpo entero e imponer distancia entre los dos—. Me encanta la combinación de la camiseta y las zapatillas con el traje. Sigues siendo tú, solo que mejor vestido.

Me miró fijamente con sus preciosos ojos castaños y por poco no me corrí allí mismo. ¿En qué momento había decidido que sus ojos eran preciosos? ¿Y correrme? Ay, madre, necesitaba un jarro de agua fría a pecho descubierto.

—Gracias —dijo apartando la mirada y por fin suspiré, había contenido el aire casi sin darme cuenta y necesitaba oxígeno.

—¿Me esperas fuera?

—Sí, no tardes, he llamado a un taxi.

Asentí y en cuanto él cerró la puerta apoyé la espalda en la pared y respiré hondo, cinco veces seguidas. Dios, ¿qué había pasado?

Hicimos el trayecto de apenas cinco minutos casi en silencio, los nervios flotaban en el aire y de vez en cuando uno de los dos decía: «¿Qué?» y el otro respondía: «No he dicho nada». Algo muy de tontos, la verdad.

El taxi se detuvo frente a las puertas del Hotel Miguel Ángel y Leo sacó la cartera para pagar la carrera. Nos miramos entonces y dijo:

—¿Estás lista?

—Tengo que estarlo, ¿y tú?

Se encogió de hombros y desvió la mirada a la ventanilla.

—Llevo mucho tiempo preparándome para estarlo. Vamos allá, nena. —

Abrió la puerta y salió del vehículo, luego lo rodeó por atrás y abrió la mía, ofreciéndome la mano para ayudarme a salir.

—No me llames nena, por favor.

—¿No te gusta?

—Es horrible.

—¿Cómo quieres que te llame, entonces? —Me cogió la mano y enlazó sus dedos con los míos, produciéndome un cosquilleo lleno de energía.

—Pensaba que no te gustaba ir de la mano.

—Si es lo que a ti te gusta, a mí me va bien.

—Yo lo que quiero es que tú estés cómodo y actuemos con naturalidad. Me pagan por ser tu novia y voy a ser la mejor novia del mundo para ti.

Me miró fijamente y ladeó la cabeza. Lo miré desde mi posición y noté su respiración aleteando en su nariz.

—No te gustaría que actuara con naturalidad —afirmó.

—¿Por qué no?

Me envolvió la cintura con el brazo y me estrechó fuerte, clavándome las yemas de los dedos en la carne.

—Puede que mi yo natural sea demasiado rudo para una chica que parece llevar un palo de escoba metido por el culo el noventa por ciento del tiempo.

Di un respingo, molesta.

—¿Por qué me dices eso ahora?

Soltó de un bufido el aire y me miró de nuevo.

—Perdona, Malena, estoy muy nervioso.

—Tranquilo, verás qué bien lo hacemos.

Asintió y se rascó la barba.

—Me siento como desnudo sin mis pelos.

—Estás muy guapo.

Volvió a posar sus ojos en mi cara y la estudió por unos segundos.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantan tus pecas?

—No —balbuceé. ¿Mis braguitas, dónde estaban?

—Pues me gustan. ¿Cómo quieres que te llame?

Hice una breve reflexión, en la que sus labios susurrándome «nena» al oído no sonaba nada mal, pero dije:

—Yo creo que Malena.

Se rio y se mordió el labio.

—Vale, pues Malena sea. Malena es nombre de tongo.

Me reí.

—Malena es nombre de tango —le corregí.

—Lo sé, pero el tuyo es de tongo... o de tanga —soltó una risita—, del que te he visto antes. —Agachó la cabeza entonces y luego miró la puerta del hotel—. Venga, vamos.

Entramos en el vestíbulo agarrados por las cinturas, sonrisa en boca, simulando que manteníamos una conversación de lo más graciosa. Un azafato monísimo vestido de negro de la cabeza a los pies nos indicó que la presentación del libro de Felicia Braga era en los Salones Médici, y allí nos dirigimos.

Nada más pasar la puerta de acceso, había un *photocall* con la imagen de la autora abrazando su libro y unos cuantos fotógrafos acreditados lanzaban fotos a los invitados que iban llegando.

No tardamos en divisar a Carlos con Natalia, junto al estrado que habían instalado en el fondo del salón señorial, con la misma imagen de cabecera tras una mesa de cinco metros de larga vestida con un mantel blanco hasta el suelo y algunos centros de flores.

—Ahora sí que ha llegado el momento —susurré señalando con la barbilla a los de la prensa—. En el momento en que nos hagamos esa foto, dejarás de ser una persona anónima y pasarás a ser la nueva conquista o el nuevo amor de María Elena Engracia Altamira de Boscos —añadí con cierta sorna.

—¿No será para tanto?

—No sabes nada, Jon —le dije imitando esa frase tan famosa de *Juego de Tronos*.

—Sé que estoy donde quiero estar y prefiero que sea contigo. Así que —ladeó el rostro— adelante, *my lady*.

Vaya, otra vez, ese tembleque interior. ¡¿Estaba tonta o qué?!

—Nos harán preguntas. Déjame a mí responder.

—Claro, tú eres la experta en prensa y yo no sé nada, solo soy Jon. —Se rio.

Nos mantuvimos la mirada unos segundos, casi diez, y luego la desvió hacia el *photocall*.

—Venga, Malena, no lo demoremos más.

Anduvimos todavía abrazados hasta allí y esperamos a que Terelu y su calvo acompañante se hicieran las instantáneas de rigor.

—Hola, Malena —me saludó, como si nos conociéramos de toda la vida, un fotógrafo, aunque yo no tenía ese gusto.

—Buenas noches —dije con mi sonrisa comercial en los labios.

—Vienes muy bien acompañada —comentó una reportera—. ¿Podemos saber quién es?

Miré a Leo y le sonreí.

—Es mi novio, Leo Alberó.

—¿Cómo? ¿Leo Alberó? —dijo, anotandoselo en un cuaderno.

—Sí. —Tragué saliva.

—¿A qué se dedica Leo y desde cuándo estáis juntos?

—Pues... —lo miré—... tres meses va a hacer, ¿verdad, cariño? —Él asintió mirándome y me apretó la cintura con los dedos para darme fuerza o ánimo o no sé, pero lo que hizo fue ponerme más nerviosa—. Y es... pintor. Pinta cuadros, no fachadas. — Me reí más nerviosa si eso era posible.

—¿Y cómo se lo han tomado tus padres?

—Fenomenal.

—Estás muy guapa, Malena, nos alegra verte de nuevo tan recuperada desde lo de tu crisis. —Otro periodista intervino.

Me tensé tanto que hasta Leo lo notó y me apretó más fuerte.

—Bueno, chicos, tenemos que irnos. Carlos nos está llamando —comentó Leo, haciendo como que saludaba a mi jefe con el brazo en alto.

—Decidnos antes cómo os conocisteis.

—Tenemos que irnos —les replicó tirando de mí, pero yo me mantuve plantada sin mover ni las pestañas.

—Cuéntaselo, cariño.

Y él me miró y me hizo un gesto con los ojos como preguntándome si estaba segura, asentí levemente con una sonrisa.

Teníamos una buena historia. Había sido corriendo por El Retiro. Yo me había caído y él me había ayudado a levantarme.

—Nos conocimos en un ascensor de El Corte Inglés... —empezó y lo miré confusa. Nuestras dos miradas chocaron, pero ¿qué puñetas estaba haciendo? Me dio unas palmaditas en el costado para que me relajara y sonrió infundiéndome algo de valor, pero no lo estaba consiguiendo. Así no era...

—Ella venía corriendo cargada de paquetes y bolsas y yo paré el sensor para que pudiera entrar. Estábamos solos y entró como un torbellino y... —hizo un gesto con las manos imitando un estallido—... ¡pum!, fue como si un bate me golpeará el pecho, y entonces pensé: quiero que esta mujer sea la madre de mis hijos. No sé cómo se tropezó y, de pronto, todo eran bolsas y paquetes volando por los aires, un sujetador de La Perla me aterrizó justo en la cabeza

y pensé: Dios, cómo me gustaría vérselo puesto... o quitárselo con mis manos —se rio de ese modo que tenía, contagiando a los de la prensa y a mí me dio un subidón de calor—. La ayudé a recoger todas sus cosas y luego el ascensor llegó a la planta baja y salimos cada uno por su lado. Volvimos a coincidir en la sección de perfumería y pensé que eso tenía que ser cosa del destino. ¿Habéis visto *Serendipity*? —soltó una risa— pues igual, fuimos a coger el mismo probador, yo quería uno para mi madre y ella me dijo que era el que ella usaba, el mejor perfume del mundo. Se roció en la muñeca y me dio a olerlo, y me dije: quiero que mis sábanas huelan así toda mi vida. Ya me entendéis —les sonrió ampliamente y mi cuerpo tembló como una hoja—. La invité a un café y así fue cómo empezó y hasta ahora. Supe nada más verla que Malena era la mujer de mi vida... —se detuvo para mirarme fijamente a los ojos y suspiró— y me propuse desde ese momento que yo también sería el hombre de la suya.

Por poco a las chicas de la prensa no se les cayeron las bragas al suelo. Yo acababa de sufrir una combustión de bajos importante y tenía las mejillas encendidas.

—Ahora sí tenemos que marcharnos, Felicia es la protagonista, y no queremos acaparar. Gracias a todos por el interés —les dije intentando recuperar la compostura.

Nos escabullimos de aquel corrillo de cámaras, micros y gente con tarjetas de prensa colgando de sus cuellos y nos mezclamos entre los invitados, captando al vuelo de una bandeja dos copas de champán.

—¿Qué te ha parecido la historia? ¿Molona, eh? —me dijo Leo chocando su copa con la mía.

—Teníamos una muy bien ensayada, ¿cómo se te ocurre? ¿De dónde te ha salido todo eso?

—He improvisado, no olvides que soy escritor de romántica. —Me dio un leve codazo en las costillas.

—Con lo del sujetador te has pasado. Se me han puesto los ovarios por corbata —refunfuñé, aunque la historia me había encantado.

—Esta vida es improvisación, Malena. Y cambia esa cara, hemos eclipsado el evento y somos el punto candente.

—Verás los titulares, ahora seré la del sujetador de La Perla.

—Que digan lo que quieran, no estés tan preocupada por eso.

—Eso lo dices porque no conoces este mundillo.

—No de lleno, pero vivo en el mundo, no hay que hacer mucho caso de

los dime y dírete.

—Eso díselo a Felicia, era *share* de audiencia de su programa. Te dirá que interesan y mucho en España.

Estuvimos charlando un rato y sonriendo a diestro y siniestro, hasta que Carlos de la mano de una mujer rubia y alta con vestido negro de cóctel se acercó a nosotros.

—Por fin os encuentro, antes os he visto muy ocupados con la prensa, buen trabajo.

—Gracias —le dije sorbiendo de la copa—. ¿No nos presentas?

—Sí, disculpad. Es Esther, mi mujer; Esther, esta es Malena Altamira, a Leo ya lo conoces.

—Un placer conocerte por fin, Carlos ha estado hablando mucho de ti últimamente. Las fotos de la prensa no te hacen justicia, eres mucho más guapa al natural —me dijo la mujer con una amplia sonrisa y posando dos besos refinados en mis mejillas.

—Igualmente, Carlos nunca ha mencionado lo guapa que tú eres.

—Carlos es muy discreto, no le gusta alardear de nada y yo tampoco soy nada del otro mundo.

Lo de que Carlos era discreto era discutible, pero que ella afirmara que no era nada del otro mundo era modestia; era realmente bella.

—Lo siento, tengo que saludar a unos amigos. Esther, ¿te importa? —dijo Carlos.

—Para nada, cariño, me quedaré con Malena y Leo, hace tiempo que no hablo con él.

—Perfecto entonces. —Besó su mejilla y se marchó.

—Te veo estupenda, Esther, ¿has escrito algo nuevo últimamente? —le preguntó Leo agarrando su antebrazo. Se notaba que se conocían y había cierta confianza entre ellos.

—Tú sí que estás impresionante, si te veo por la calle no te reconozco. Malena, has hecho un trabajo magnífico.

—Bueno, no todo el mérito es mío, Leo es un magnífico alumno. —Miré a mi *partenaire* y le sonreí—. ¿A qué se refiere Leo con lo de escribir, también eres escritora?

—Y muy buena. Debería estar triunfando y no guardando esos manuscritos para que se apolillen en los cajones. —Leo se adelantó a la contestación de Esther.

—Me encantaría leer algo tuyo —le comenté.

—Leo me sobrevalora, él sí que es bueno.

—Malena, créeme cuando digo que es muy buena. Tiene un don para crear frases con una musicalidad preciosa. Te encantarían sus historias.

—¿Escribes romántica?

—Lo intento, pero no te creas ni una palabra de Leo. —Se rio de una manera encantadora, Esther tenía mucho saber estar.

—Aun así, no entiendo por qué Carlos no te ha ayudado a publicar —dije.

—Porque Carlos no quiere exponerme al mundo literario, siempre me dice que es un mundo muy competitivo y que mi forma de ser no encajaría.

—Pero eso no es justo. Si quieres exponerte o no, debería ser decisión tuya y no suya. —No pude contenerme y más sabiendo lo que sabía de su estupendo marido.

—Carlos es todo mi mundo, si él dice que no es bueno para mí es que es así —sentenció sin perder la sonrisa, pero seguramente molesta por mi atrevimiento. Esther idolatraba a su marido, estaba claro, y eso la llevaba a la sumisión absoluta.

—Estoy un poco mareada, creo que saldré a que me dé un poco el aire. — Realmente me sentía algo agobiada, la vuelta al ruedo había sido una ruleta de sensaciones y ahora que estaba más relajada, los nervios estaban aflorando de aquella manera.

—¿Quieres que te acompañe? —dijo Leo.

—Sí, me da miedo caerme.

—¿Te importa, Esther?

—No, para nada, id fuera a que le dé el aire, yo daré una vuelta a ver a quién me encuentro.

Leo me agarró por la cintura y me dirigió a la terraza por uno de los ventanales que comunicaban directamente con los jardines del hotel. Era un lugar maravilloso, con vegetación y elegantes muebles de jardín bajo pérgolas bellamente iluminadas. Los árboles estaban engalanados con pequeñas luces cálidas que conducían a una carpa blanca decorada con las mismas luces y un escenario donde tocaría una banda, que ya estaba preparándose para el momento.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, solo necesitaba algo de aire.

—Me alegro.

—¿Desde cuándo conoces a Esther?

—Pues casi el mismo tiempo que conozco a Carlos. Hará cinco años.

—Entiendo. ¿Ella también ha firmado un contrato de confidencialidad?

—Aunque te resulte extraño, sí. Una noche me invitó a su casa a cenar para cerrar el contrato y también le plantó los papeles a su mujer en la sobremesa. Para mí fue violento, pero Esther los firmó sin rechistar y después sirvió el café como si nada.

—Me parece extraño, pero no me sorprende. Esa mujer está completamente entregada a Carlos y he sentido pena por ella.

—¿Pena?

—Sí, no sé si debería contarte esto.

Él agachó la cabeza mirándome a los ojos esperando que hablara y yo me quedé callada y miré a los lados, nerviosa.

—¿El qué? Si quieres puedo ir a por una servilleta y firmar un contrato de confidencialidad yo también. —Aquello me hizo gracia y me reí.

—No, no acostumbro a hacer firmar contratos de ese tipo a los amigos, suelo confiar en ellos.

—Entonces, ¿somos amigos? —Sonrió.

—No tenemos más remedio. —Leo me cogió la mano, aquel gesto me agradó mucho y me sentí arropada. Últimamente la mano de Leo en contacto con la mía me producía descargas de excitación, pero en ese momento ese sentimiento fue un poco más allá, me sentí muy a gusto, como en paz, protegida.

—¿Y qué es eso que me ibas a contar?

—Carlos se está tirando a Natalia.

Leo parpadeó, confuso, y puso mala cara.

—¿Cómo?

—Los escuché en el archivo, yo estaba buscando algo y ellos entraron. Me escondí para que no me vieran, acababa de empezar en Century y digamos que no debería haber estado allí en ese momento. Él le dijo que no podían seguir viéndose, que quería a Esther, y Natalia parecía bastante ofendida con aquello. No sé si seguirán viéndose, pero conociendo un poco a Carlos, yo diría que sí.

—Imaginaba que Carlos podría tener algún que otro escaqueo, pero jamás que pudiera liarse con alguien de la empresa. Es un juego muy peligroso, el padre de Esther es socio mayoritario de Century, se juega mucho —comentó Leo algo afectado por la parte que le tocaba a Esther, se le notaba que apreciaba a aquella mujer y no era para menos, era realmente encantadora.

—Es un tío que hace firmar contratos de confidencialidad a la gente

cuando el que verdaderamente no es de fiar es él. Seguramente no quiere publicar a su mujer para tenerla lejos de sus tejemanejes. Es mejor llegar a casa y que te traigan las zapatillas y te besen en la frente al margen de todo.

—Pues es lo que parece. Pero Carlos no es tan cabrón como parece, si no fuera por él no sería lo que soy ahora.

—Si no hubiera sido él hubiera sido otro, Lisa Novak es realmente buena —dije algo ruborizada por tener que admitir aquello.

—¿Has leído mis libros? —Leo me miró sorprendido y con los ojos brillantes, como un niño al que le anuncian la llegada de los Reyes Magos.

—Sí, todos... —No me dio tiempo a decir nada más. En ese momento vi cómo uno de los setos cercanos se movía y, entre las hojas, el objetivo de una Cannon Eos—. Leo, bésame.

—¿Que te qué?

—Que me beses.

—No entiendo.

—Hazme caso y bésame, no hagas preguntas.

Leo se acercó, me rodeó con sus brazos y me pegó a él, quedando nuestras bocas a pocos milímetros. Suspiró mirándome a los ojos y me besó. Y pese a que había sido yo la que le había pedido que lo hiciera para alimentar a la prensa que pululaba por allí a la caza de una foto nuestra, me quedé perpleja. Jadeé cuando sus labios mullidos y carnosos rozaron los míos, sintiendo un estallido en mi pecho y todo mi cuerpo empezó a palpar.

Mientras Leo recorría de una manera sensual el contorno de mis labios con la punta de la lengua, mi boca se abrió para recibirla, acariciándosela suavemente con la mía. Nuestras salivas se entremezclaron y nos dejamos llevar por aquellas embestidas cargadas de algo difícil de describir, pero que nos tenía completamente entregados. Ninguno de los dos quería que aquel beso terminara. Los dedos de Leo se clavaban en mi cintura, como queriendo que no me separara jamás de él, y yo no pretendía hacerlo, mis manos viajaban por su cuello y su pelo, aferrándose a todo a su paso, impidiéndole que dejara de hacerlo. Aquel beso me estaba inyectando adrenalina, una adrenalina adictiva que se llamaba Leo, y no tenía muy claro si aquello me llevaría a buen puerto.

No sé el tiempo que duró y tampoco fuimos conscientes de cuántas veces el *paparazzi* accionó el clic de su cámara, pero es que nada nos importaba. Daba igual cuántas fotos hubiera hecho aquel sicario de la prensa, tan solo importaba lo que él y yo estábamos haciendo y sintiendo, y aquel era sin duda

el mejor de los primeros besos que un novio falso me había dado jamás.

La falta de aliento fue la encargada de separarnos y unos fuegos artificiales salidos de la nada coronaron aquel final de película.

—¿Eso es por nosotros? —dijo Leo divertido mirando el cielo.

—No lo creo, será que Felicia ha terminado la presentación. Somos los peores invitados del mundo —respondí todavía entre sus brazos, recuperándome y con los ojos clavados en su expresión. Parecía realmente feliz.

—Gracias doy de habérmelo perdido, esa mujer es insufrible.

Ambos nos reímos y vimos entonces cómo el camino se llenaba de gente portando copas en sus manos, dirigiéndose a la carpa.

—Deberíamos unirnos y hacer acto de presencia —comentó Leo mesándose el pelo. En uno de mis agarres le había soltado algunos mechones.

—Sí, déjame que te ayude. —Toqué aquella mata de pelo negra y le re Coloqué los mechones por detrás de las orejas. La respiración de Leo se aceleró de nuevo y la mía también mientras me observaba hacerlo.

Aquel contacto entre los dos tras el beso fue bastante raro y se notaba que supondría un antes y un después entre nosotros.

—Respecto al beso...

—Tranquila, he oído el obturador.

—Bien.

—Bien. —Nos miramos unos segundos e inspiramos aire profundamente.

—¿Vamos? —Leo me ofreció el brazo para que lo agarrara y así lo hice.

Salimos de nuestro escondrijo y nos unimos a los invitados. Natalia nos vio llegar y nos saludó levantando levemente el mentón mientras bebía de su copa, luego nos siguió con la mirada hasta que estuvimos en el centro de la pista.

La banda empezó a tocar y, para mi deleite, era una de mis canciones favoritas, *Lady in red* de Chris de Burgh. Leo me volvió a acercar a su cuerpo y pude notar cómo su pecho vibraba acelerado. Empezó a moverse lentamente, haciendo que siguiera sus pasos y llevándome al compás de aquella maravillosa canción, sorprendiéndome con la destreza que tenía para aquel tipo de baile. Acerqué casi por instinto mi cara a su cuello, la ocasión invitaba a ello y yo estaba deseando hacerlo. Hundí la nariz en el ángulo que el cuello de su camiseta dejaba a la vista y se iniciaba un sendero descendente de vello oscuro y lo olí. Y Dios, cómo olía. Yo también quería tener ese olor en mis sábanas.

La gente nos estaba mirando y era el pretexto perfecto, al fin y al cabo, para todos ellos éramos una pareja de enamorados, así que me dejé llevar y solo quise seguir sintiendo.

—No sabía que bailarás —dije bajito.

—Yo tampoco, hay veces en las que el propio instinto te hace hacer cosas que jamás hubieras hecho y esta noche tú eres la mujer de rojo más guapa de todas.

El resto de la noche fue muy lo que podría esperarse de un evento así: Felicia revoloteaba entre los invitados, copa en mano, andando cada vez más perjudicada y nosotros estuvimos haciendo bromas al respecto, imaginando a Leo el día de su presentación, tras soltar la bomba, montando un *show* que incluiría un *striptease* entre otras muchas cosas que nos hicieron partirnos de la risa.

También aproveché para presentarle a algunos conocidos míos y Leo lo hizo francamente bien. Tenía mucho don de gentes y una habilidad social que para nada aparentaba a primera vista. Me dejaba asombrada, pues parecía saber de todo y se manejaba a las mil maravillas con cualquier tema que surgiera en la conversación.

A eso de la una y media decidimos marcharnos. Leo me sujetaba todo el tiempo por la cintura. Alcohol y tacones no son buena combinación y, si me dejaba a mi aire, me iba un poco de lado. A él parecía hacerle bastante gracia ese detalle.

—La próxima vez no me dejes beber tanto, pierdo el filtro completamente —comenté subiendo al taxi.

Se echó a reír a carcajadas y sentí que se me aflojaban las piernas, mientras me empujaba con las manos el trasero para que me moviera en el asiento.

—Si me dices eso, creo que la próxima vez te emborracharé antes de salir de casa, me encanta cuando pierdes el filtro.

—¿Ah, sí? Eso no es muy caballeroso por tu parte. —Me reí yo.

—Lo hemos pasado muy bien y creo que se lo han tragado.

—Shhh —le mandé callar, señalando al taxista con la barbilla—. Nunca se sabe —añadí con aire conspirador.

Leo se aproximó y bajó la cabeza para acoplar su boca en mi oído y empezó a cantarme en voz baja *Lady in red*, produciéndome cosquilleos.

—Para, para, Leo, me haces cosquillas —le pedí, apartándole la cara un poco. Nos quedamos frente a frente, sus mejillas entre mis manos.

—Me gusta cuando te ríes. —Le brillaron los ojos—. ¿Sabes que te pones muy roja cuando me acerco a ti?

—No lo creo —mentí.

—Sí. Te pones muy roja. Y eso no es algo muy natural entre novios, deberíamos practicar más en casa. Lo de acercarnos y bailar y... —se mordió el labio inferior y deseé ser yo quien se lo mordiera mientras jadeaba mi nombre.

—Tú lo que quieres es volver a besarme y no sabes cómo.

Se echó hacia atrás imponiendo espacio y soltó una sonora carcajada. Molesta con él, arrastré el culo hasta mi sitio toda digna. Había que poner límites en nuestra especial relación y alguno de los dos debía mantener la cabeza fría y si tenía que ser yo, sería yo. Pero yo, a decir verdad, ya empezaba a presentir que iba a ser algo bastante difícil. Había conexión y quedaba bastante claro que ambas partes queríamos que esa conexión se materializara en un buen polvo de esos que te dejan para el arrastre.

MALENA, MALENA

BAJAMOS DEL TAXI con algo de dificultad, pues tras el breve momento incómodo, habíamos vuelto a reír, comentando los ropajes y peinados de los invitados. Leo pagó la carrera y mientras yo lo esperaba apoyada en el portal, cubriendo mis hombros con un chal de seda que había doblado cuidadosamente y guardado dentro de mi *clutch* por si hacía fresco.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes unos hombros preciosos? —Acarició mi piel por encima de la tela—. Quien fuera seda para deslizarme suavemente por ellos.

—Creo que estás muy borracho, Leo, en plenas facultades no me dirías esas cosas.

—Malena, que no las diga no significa que no las piense. —Ladeó la cabeza y me miró de una manera que hizo palpitar mi estómago.

—Abre ya, me estoy quedando pajarito. —No quería seguirle demasiado el juego, algo en todo aquello no estaba bien. Leo era parte de mi trabajo y no estaba bien aprovecharse así de las debilidades de la gente, y Leo las tenía, solo que no sabía exactamente cuáles eran.

Llegamos hasta nuestra planta en silencio y abrimos la puerta con sumo cuidado de no despertar a nadie. Quise despedirme rápidamente de él; necesitaba quitarme aquella ropa y tirarme en la cama para masajear mis doloridos pies. Me quedé parada frente a su puerta y le dije un escueto «hasta mañana».

—¿Estás intentando esquivarme?

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sé, Malena, pero desde que hemos subido al taxi tu actitud ha cambiado. ¿Va todo bien?

—Va todo perfecto, la noche ha sido estupenda y hemos hecho un buen trabajo.

—¿Y el beso?

—Eso ha sido la mejor actuación de la noche —dije restándole la verdadera importancia que había supuesto entre los dos.

—Si eso era una actuación, no quiero imaginar lo que sería darte un beso de verdad.

—Soy muy buena actriz, mi madre lo fue y me apuntó a muchas clases de interpretación para señoritas bien... —Leo posó su mano en mi boca, pidiéndome con la mirada que me callara.

—Vamos a olvidar por un momento por qué estamos aquí y seamos simplemente Malena y Leo.

—Somos simpleme...

Y no pude decir nada más, Leo me agarró de nuevo por la cintura y me besó. Fue un instante en el que perdí la consciencia, solo había una imagen posible en mi cabeza: él y yo. Un beso similar al que nos habíamos dado en los jardines, pero con un plus de intimidad y un mucho de pasión. Era un beso sucio, de esos que te roban el alma, besos que más allá de ser un mero contacto de labios, gimen, lamen, acarician y muerden. Leo se estaba saltando los límites de la ropa, dejando su marca, y la imagen de Leo y yo haciendo el amor apareció en mi mente al sentir su respiración quemándome en la boca.

Leo había bajado los tirantes de mi vestido, dejando casi al descubierto mis pechos, cuando la puerta de su habitación se abrió ante nosotros.

—Idos a un hotel —dijo Marco medio bostezando y con el pelo enmarañado yéndose hacia el baño.

—Será mejor que entre, no sé qué hace Marco aún aquí —dijo Leo algo avergonzado.

—No pasa nada, es tu hermano y es bienvenido siempre que quiera. —Lo miré un instante sin saber muy bien qué hacer—. Buenas noches, Leo.

—Buenas noches, Malena. —Su mirada siguió fija en la mía, sintiendo pena por aquella despedida forzada, y ambos desaparecimos de escena entrando en nuestras respectivas habitaciones.

Me quedé apoyada en la puerta, recobrando un poco la compostura y al minuto la abrí de nuevo con la tonta esperanza de encontrarme a Leo allí plantando esperándome. Había visto demasiadas películas y aquello no ocurrió, todo había terminado, aunque yo aún sintiera las caricias de Leo quemándome en la piel.

La poca luz, que entraba en mi habitación por los huecos de la persiana, atravesó como un rayo láser mis pobres párpados. Me di la vuelta y me miré las muñecas, recordando lo cerca que estuvieron de la piel de Leo la noche anterior y me las llevé a la nariz. Aún guardaban el intenso olor de su perfume y me avergoncé al pensar entonces que me lo encontraría poco después, seguramente, en la cocina tomando el desayuno.

—¿Macarrones para desayunar? —le dije a Andrea que estaba sofriendo cebolla y carne picada con un delantal de madre.

—¿Tú sabes qué hora es? El desayuno lo tenemos ya en los tobillos, Malena. —Se giró y me sonrió—. ¿Te preparo un café? ¿Qué tal anoche?

—Fue una noche fantástica —comenté sin mucho entusiasmo—. ¿Dónde está Leo?

—Ha salido a correr —respondió encendiendo la cafetera.

—¿Sin mí? —pregunté molesta.

—Sí, sin ti. —Mi amiga me miró sorprendida—. Se ha levantado muy temprano, estaba como muy nervioso, ha desayunado, escrito un rato y hace media hora que anunció que se iba a correr.

—Supongo que es lo normal. —Suspiré.

—¿Lo normal en qué sentido? —Andrea retiró el sofrito del fuego y vino a sentarse junto a mí en la isla con una taza de café que me dejó delante.

—Nada, déjalo. —Cogí la taza y le di un sorbo—. Por cierto, Marco estaba durmiendo aquí anoche.

—Lo sé, menuda noche de sábado que he pasado con esos dos. Estuvieron hasta las tantas viendo *The OC*. Creía que esa serie estaba ya fuera del mercado, pero por lo visto está súper de moda entre los jóvenes.

—No sé qué serie es.

—No te pierdes nada, niños pijos de Newport Beach. Lo mejor es ver a Rachel Bilson con esa carita inocente que tenía. Después de ver tres capítulos seguidos oyendo los comentarios de Sara y Marco, mandé un *wasap* a Bruno y me fui a tomar unas cañas a The Cove.

—¿Con Bruno?

—Negocios, ya sabes. —Volteó los ojos.

—Tú estás intentando explorar otros mundos, si no te conociera.

—¿Y acaso tú no? —Andrea alzó una ceja.

Estaba a punto de decir algo cuando Leo entró en el piso todo sudado y con los músculos de piernas y brazos dilatados por el ejercicio.

—Buenos días, dormilona. —Me saludó haciendo estiramientos que hacían lucir aún más su bonita anatomía.

—Buenos días. —La voz me salió débilmente, la pregunta de Andrea me retumbaba y volví a centrarme en mi amiga—. ¿Nos viste? —le pregunté en voz baja.

—Yo no —respondió también por lo bajo sonriendo maléficamente—, pero el huésped adicto a *The OC*, sí. —Me hizo una burla y se retiró a sabiendas de que quizá nos apetecería estar solos.

Leo hizo los últimos estiramientos totalmente ajeno a mi mirada, hasta que alzó la vista y nuestros ojos se cruzaron y él sonrió para luego venir hasta donde yo estaba.

—¿Qué tal estás? No he querido despertarte, sé que te gusta correr los domingos.

—No, tranquilo, puedo ir más tarde. —Las palabras casi no nos salían de la boca, lo que antes eran conversaciones fluidas entre los dos, ahora eran meros balbuceos—. ¿Has notado si la prensa te seguía?

—No he hecho mucho caso, pero creo que sí tenía un tipo siguiéndome.

—Tendrás que acostumbrarte a ello.

—De momento lo llevo bien.

—Seguramente te ha seguido y ya sabe dónde vivimos, es probable que nos encontremos prensa al entrar y salir de casa.

—¿Tan interesante es que tengas novio para que hagan guardia en la puerta de tu casa? —comentó divertido con la situación.

—Dependerá de si tienen algo más jugoso que atender de alguien más famoso, así funciona esto.

—Pues saldremos de la mano siempre que tengamos que salir a la calle, no será un problema. —Leo abrió una botella de agua y le dio un buen trago—. Voy a darme una ducha.

—Leo.

—¿Sí?

—Nada.

—No creo que tenga espacio en el plato de ducha. —Me guiñó un ojo y desapareció de mi vista.

Me desplomé en el sofá y encendí el televisor. Al punto Andrea volvió con un montón de ropa sucia.

—Odio hacer la colada —bufó soltando aquel bulto de ropa sobre la mesa y sentándose a mi lado—. ¿Qué estás viendo?

—Va a empezar el programa de cotilleo de La Primera. Quiero ver si salimos.

—Eso no me lo pierdo. —Hizo a un lado con el pie la ropa y se puso cómoda—. Según Marco os estabais dando el filete anoche.

—Bueno, forma parte del papel.

—¿En casa?! —levantó una ceja escéptica—. Esto es zona neutral.

—Bueno, pero hay que normalizar esas cosas.

—No hace falta que disimules conmigo, Leo estaba realmente impresionante y nadie es de piedra.

—Te digo que...

—Mira, mira, ahí estáis —Andrea me interrumpió dando saltitos en el sofá agarrando un cojín entre sus brazos.

—Dios mío. —Me tapé la cara con las manos, Leo estaba contando a la prensa el momento del ascensor.

—¿Pintor?

—No se me ocurrió otra cosa, me inspiré en ti.

—Ya veo. ¿Dónde está Leo? Tiene que verse

—En la ducha.

—¡¡Leo, Leo, sal si puedes, estáis saliendo en la tele!!

—¿Dónde está Sara?

—Se fue con su nuevo amigo Marco a hacer no sé qué cosa.

—¿Te molesta?

—¿Lavar su ropa mientras ella está pasándoselo de puta madre? —Se encogió de hombros—. No. —Y supe que mentía.

Leo entró en el salón y se mostró ante nosotras con una toalla escueta atada en la cintura y el pelo lacio por el peso del agua.

—Últimamente me llamáis a gritos.

—Ven, siéntate, estáis saliendo en la tele. Mira qué monos ahí bailando.

—Andrea le invitó a que posara su culo en el sofá, justo a mi lado—. Malena estaba preciosa, ¿verdad, Leo?

—Sí, ya se lo dije.

—Oh, por favor, ¿podrías vestirte?

—¿Y perderme esto? —protestó—. Déjame disfrutar de mi primer momento de fama. Soy un triunfador.

—Sí que lo eres, ya nos ha contado Marco esta mañana que estuvisteis a punto de coronar la noche.

Ambos nos tensamos ante ese comentario de Andrea.

—El alcohol es muy malo, se nos fue un poco la cabeza. Soy Malena *la Loca de la Melena*, ¿recuerdas? —Me reí nerviosa—. Un error por nuestra parte.

Andrea miró a Leo y este no dijo nada, solo se levantó y se disculpó para ir a vestirse.

—Creo que no le ha sentado nada bien eso que has dicho. —Me dio un codazo en las costillas.

—¿¿Qué he dicho?!

—Que fue un error, ¿tan ciega estás para ver que le ha molestado?

—No debería molestarle, es lo que fue. Leo y yo solo somos una especie de compañeros de trabajo, solo que anoche nos dejamos llevar por las emociones.

—Pues me temo que él siente más que emociones preestreno. No le hagas daño, ¿quieres? Parece un buen tío.

LA TOSTADA CAE POR EL LADO DE LA MERMELADA

LEO ESTUVO ENCERRADO en su habitación el resto de la mañana. Entre tanto, Sara volvió sin Marco con toda la cara, ropa y pelo llenos de polvos de colores. Por lo visto habían ido a una *holi life* y Andrea se molestó con ella, pues de haberlo sabido se hubiera apuntado, a lo que Sara respondió que ese tipo de carreras eran para gente más joven.

—¿Tú crees que es normal lo que me ha dicho? —dijo, recogiendo el plato vacío de macarrones que nos acabábamos de zampar.

—Asúmelo, Sara es tu *sugar baby*.

—¿Mi *sugar* qué?

—Tu *sugar baby*, ¿es que nunca has oído hablar de eso? A ver si va a tener razón y ya eres una señora mayor. —Me reí para restarle importancia.

—Oye, ¿Leo no come?

—No sé —me encogí de hombros—, desde lo del programa no ha salido de la habitación.

—El programa no es el problema. Eso era lo que se esperaba. Creo que realmente le ha molestado que le llamas «error».

—¿Acaso no me dijiste tú una vez que donde tengas la olla no metas la polla?

—No lo dije con esas palabras exactamente, pero sí. —Andrea puso la cafetera—. ¿Café?

—Sí, por favor.

—Malena, ve a avisarlo, debe estar hambriento.

—Es mayorcito, no tengo que avisarle de que comer es fundamental para vivir.

—No seas niñata y ve. Me da pena, se le veía realmente afectado. Seguro que se alegra de que te preocupes por él.

—No estoy preocupada, pero iré.

—Buena chica. —Andrea me dio unos golpecitos en el cogote.

Frente a su puerta, una oleada de recuerdos de la noche anterior me invadió, provocando en mí de nuevo la extraña sensación de estar enamorada, pero no era así, seguramente era una mezcla de la vergüenza que en parte sentía y del hecho de haberle ofendido con mi comentario, tal y como decía Andrea.

Llamé a la puerta con los nudillos tres veces y su voz retumbó desde dentro con un «adelante». Abrí despacio y vi que estaba tumbado en la cama con el portátil apoyado sobre el abdomen y una suave música de fondo.

—Perdona, no quería molestarte, pero nos hemos dado cuenta de que no has comido.

—No me he dado cuenta de la hora que era, un error por mi parte —dijo poniendo especial énfasis en la palabra «error».

—¿Puedo pasar?

—Adelante, no veo por qué no.

Entré lentamente y cerré la puerta despacio, para después sentarme a los pies de su cama.

—Intuyo que estás molesto conmigo.

—¿Y por qué intuyes eso?

—Sé que lo que he dicho antes de que lo de anoche fue un error te ha molestado.

—¿Puedo serte sincero?

—Puedes y debes.

—Me ha molestado, pero luego he sentido vergüenza de mí mismo.

—Pues no deberías sentir vergüenza, yo tampoco debí calificarlo como tal, pero no negarás que nos dejamos llevar un poco por la situación.

—Malena —suspiró—, siempre me dejo llevar por lo que siento en cada momento y jamás me arrepiento de lo que hago. La situación me hizo sentir cosas y es lo que hice, arrepentirse es de tontos, y no me gusta sentirme como tal.

—Siento mucho haberte hecho sentir tonto.

—Yo siento más que me hicieras sentir otras cosas que tú no sentías, pero no es culpa tuya tampoco.

—Yo...

—Déjalo, corramos un tupido velo. —Me sonrió para quitar importancia al asunto—. ¿Qué es eso que olía tan bien?

—Macarrones, Andrea te ha guardado un plato.

—Es una buena tía, la debes querer mucho.

—Lo es. Y sí, la quiero mucho.

No quedaba mucho más que decir, aquella incómoda conversación había tocado a su fin y las aguas entre Leo y yo se habían calmado. Me puse en pie para marcharme de allí y él me dijo que terminaba una cosa en un plis y vendría a comerse los macarrones.

Lisa Novak estaba encontrando inspiración en mí, tenía esa intuición y me intrigaba saber qué papel jugaba yo en su nueva historia, aunque me podía imaginar que podría ser la mala malísima.

Al poco Leo salió de su clausura y se comió los macarrones como si acabara de llegar de la guerra; Andrea se había atrincherado en la habitación con Sara y yo leía un libro acostada en el sofá.

—¿Qué lees? —me preguntó asomando la cabeza por detrás del sofá.

—*Empezar de nuevo* de Danielle Steel.

—Vaya, creía que no te gustaba la romántica.

—Nunca he dicho que no me gustara, pero es cierto que últimamente le estoy cogiendo el gusto.

—¿Y eso por qué?

—Me ayuda a comprenderte mejor.

—¿Y Danielle lo consigue?

—No lo sé, pero creo que Lisa Novak es mejor.

—¿En serio has leído todos mis libros?

—Sí, y he de reconocer que me han gustado.

—Me alegra oírlo.

—¿Por qué romántica, Leo?

—¿Y por qué no, Malena?

No me dio tiempo a contestar, alguien tocaba el telefonillo con insistencia y tuve que levantarme a abrir.

—Salvada por la campana —comentó Leo sentándose en el sofá y agarrando el mando a distancia.

Pero aquello lejos de ser una salvación, se iba a convertir en una batalla campal. Mi madre gritó literalmente desde el portal: «Malenita la has liado buena».

—¿Qué te pasa? Te ha cambiado la cara por momentos.

—Son mis padres —dije tragando saliva. Hacía casi siete meses que no los veía y el tono de mi madre no auguraba que vinieran en son de paz, más

bien con el hacha en alto.

—Tranquila, respira.

Leo se levantó de un salto al ver que estaba hiperventilando y me agarró por los hombros, mientras mi madre, la cabecilla de todo eso seguramente, aporreaba sin freno la puerta del piso.

—Abre, estoy contigo, tranquila —me animó, pero aquello no iba a ser suficiente.

En cuando abrí la puerta, mi madre acompañada de Borja, entró como un huracán. ¿Qué hacía él aquí?

—Hola, mamá.

—¿Hola? ¿Es lo primero que se te ocurre decir después de la vergüenza que nos has hecho pasar saliendo en la prensa televisiva con este fantoche?

—Miró a Leo con gesto despectivo.

—Señora, sin faltar —le dijo Leo molesto y nada impresionado por la presencia de Mirna de Boscos.

—Tú cállate, mequetrefe, no ves que es la madre de Malena —soltó Borja dejándome helada.

—Dejemos los insultos y decidme a qué debemos esta visita.

—¡Parece mentira que digas eso! ¿Pensabas que ibas a salir de rositas después de reaparecer en *Corazón*, dejándonos a tus padres y a Borja en mal lugar? ¿Acaso no piensas con esa cabecita? ¿Tú has visto las pintas de tu novio? Tiene el pelo largo como Camarón.

—¿En mal lugar? Perdona, pero la experta en dejar en mal lugar a la gente eres tú, madre.

—¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque ya no estoy bajo tus faldas. Y este discípulo que traes no es tan bueno como tú te piensas.

—Borja es una víctima a la que le va a salpicar todo esto. Todo el mundo creerá que lo dejaste plantado por irte con este delincuente.

—Leo no es ningún delincuente, es pintor. Y Borja planeó conmigo esa ruptura en la que yo fui la única mal parada. Díselo, dile que estás enamorado de Cayetana de Amposta.

Mi madre se quedó pasmada y lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿De ese tucán? ¿Es eso verdad, Borjita?

—No, se lo está inventando, Mirna. —Borja la agarró de los hombros, posicionándose detrás de ella.

—¡¡Estás loca, Malena, muy loca!! —gritó mi madre mirándome de

manera desafiante.

—Perdóneme, señora de Boscos, pero le voy a pedir que retire eso ahora mismo. La única loca que hay en este salón es usted y, además, una mala madre, egocéntrica, antigua, casposa y fea. —Leo se puso frente a ella, indignado por todo lo que estaba presenciando.

—¿Cómo osas decirme tal cosa? —Mi madre puso los brazos en jarras y levantó el mentón como si fuera Super Woman.

—Porque usted no es nadie, es una actrizucha venida a menos, que se casó con un empresario para seguir viviendo del cuento, anteponiendo la felicidad de su hija por la suya propia. Capaz de denigrar a su hija con una foto en la prensa y decir que está loca para que no afecte a su estatus social. Eso en mi tierra se llama ser una valiente zorra.

Borja hizo ademán de adelantarse y temí porque ambos se enzarzaran en una pelea de gallos.

—Te has pasado, caballere —le dijo Borja, al que ahora veía ridículo con aquellos polos de Carolina Herrera.

—¿Caballere? —Leo estalló en carcajadas—. Tú sí que eres un caballere de poca monta, sé un hombre y confiesa que dejaste a Malena cargando toda la culpa y quedando como un idiota indefenso cuando lo que querías era meterle todo lo duro a esa pija de Cayetana.

—Por el amor de Dios, Malena, este hombre es muy soez —dijo la melodramática de mi madre con los ojos en blanco.

—Usted sí que es soez y aberrante.

—Leo, déjalo por favor. —Tuve que pedirle que parara, no quería montar un escándalo en la comunidad y que la prensa se hiciera eco de aquello.

—Sí, será lo mejor, voy a lavarme la boca con lejía —dijo Leo dirigiéndose directamente a mi madre—, espero que cuando vuelva, esta gentuza esté fuera de nuestra casa.

No hizo falta más, mi madre y Borja me dedicaron una mirada de esas que te fulminan y te desintegran en el acto, pero lejos de intimidarme como antaño, sentí lástima por los dos. Leo me había dejado impresionada, los había puesto en su sitio y de no ser por él, hubiera acabado desmoronándome allí mismo delante de los dos. Hasta ese día, Mirna de Boscos siempre había estado por encima de mí, pero desde ese momento dejó de estarlo. Igual tener a Leo como novio no iba a ser tan malo, aunque fuera postizo.

Leo volvió y me encontró llorando de pie frente a la puerta.

—¿Estás bien?

—¿Sabes qué? Estoy mejor que bien, no lloro de pena, lloro de felicidad.

—¿Te ha hecho feliz la visita de tu madre?

—No, me has hecho feliz tú. Quizá es lo que siempre he esperado de alguien, que diera la cara por mí, y tú hoy lo has hecho.

—No podría ser de otra forma, siento las cosas que he dicho de tu madre, pero me parece realmente un ser horrible.

—Lo es, no me ofende, una madre no debería hacer esas cosas.

—No, no debería.

—¿Cómo es tu madre, Leo?

—Mi madre es la mejor madre del mundo, aunque yo no sea el mejor de los hijos. Hace mucho que no voy a verlos, quizá sea un buen momento y me marche a casa unos días. Ellos también habrán visto el programa.

—Seguramente, me sorprende que aún no te haya llamado.

—Mi madre es muy discreta, no le gusta entrometerse en nuestras cosas, espera que seamos sus hijos quienes se las cuenten mientras nos atiborra a fartons y horchata.

—Entonces, ¿te vas a marchar? —No pude evitar hacer un gesto triste ante la idea de no ver a Leo durante un tiempo.

—Seguramente, los echo de menos. ¿Te importa?

—No, adelante, nos vendrá bien a los dos.

—¿A los dos?

—Sí, creo que echarte de menos me aclarará algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —Leo hizo ademán de cogerme las manos, pero declinó finalmente hacerlo.

—Cosas que pasan entre tú y yo.

—O entre yo y tú. —Esta vez sí cogió mis manos y sentí ese calor interno de la última vez que estuvimos tan cerca.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. Sé que yo siento cosas por ti, pero no tengo claro lo que sientes tú. Sé que entre yo y tú pasan cosas, pero el espacio que hay entre tú y yo es desconocido para mí.

—Entonces déjame descubrirlo.

—Espero que lo descubras. —Leo besó mi mejilla y cogió sus llaves—. Nos vemos luego, he quedado con el grupo. —Y así, sin más, salió por la puerta.

LAS COSAS CLARAS Y EL CHOCOLATE ESPESITO, POR FAVOR

EL LUNES DE BUENA MAÑANA Carlos me hizo una llamada para felicitar me por mi gran trabajo.

—Eres la mejor, Malena. Sabía que no me equivocaba contigo —me peloteó mientras yo decidía si me comía un sándwich de york y queso o una manzana.

—Gracias, me alegra saber que estás contento —dije decidiéndome al fin por la manzana.

—Va todo de fábula, la prensa está a tope con la historia de Malena y Leo. Sois la bomba. —Se echó a reír y yo mordí la manzana sin ganas, maldiciendo mentalmente a los de la prensa, qué asquito me daban—. Escucha, tenéis que hacer más acto de presencia. ¿Por qué no vais a alguna disco de moda para dejaros ver acarameladitos? Puedo meteros en la lista de Opium. —A Carlos se le llenaba la boca mientras yo masticaba la fruta—. Por cierto, lo del beso en el jardín ¡brutal! —Se me paró el bocado y tuve que golpear me el pecho un par de veces para recuperar el habla.

—¿Cómo sabes lo del beso? Todavía no ha salido en los medios.

—Tengo mis contactos, me lo ha filtrado un colega. El miércoles esa imagen estará en todos los sitios. ¡Qué besazo! —soltó una carcajada gorgojeante—. Y no veas cómo está Felicia contigo, casi le robasteis el protagonismo.

—Creo que se le pasará. —Esa mujer me importaba un pepino.

—A ella siempre se le pasa. Es una superviviente. Bien, quedamos así, ¿organizáis algo Leo y tú?

—No hay problema, luego se lo comento.

—Lo dejo en tus manos. Y si te hace falta lo de la lista, mándame un *wasap*.

—Claro, en cuanto hable con Leo, te digo algo. —Colgué y me quedé mirando asqueada mi manzana mordida.

—¿Decirme qué?

Di un respingo y me volví. Leo se había sentado en la isla con su cabello suelto revuelto y un deje de sueño en los ojos dotándolos de un aire muy tierno, como de cachorrito que apetece estrujar. Estaba para morirse de guapo recién levantado y yo no era de piedra, desde luego. Muy difícil me lo estaba poniendo el macarra piernas largas.

—Era Carlos felicitándonos por nuestra actuación del sábado.

—Ah, ya. ¿Quedan? —Me señaló la manzana.

—¿Eh? Sí. Espera, no te levantes —le dije cuando le vi el ademán de ponerse en pie. Su imagen en pantalón de pijama me hubiera provocado un desmayo a esas horas. Me acerqué a la nevera de nuevo, saqué una y se la llevé—. Ten.

—Siéntate. —Le dio unos toquecitos con los dedos al taburete que tenía al lado.

—Estoy bien de pie.

—Siéntate, por favor. No voy a morderte. —Eso me temía, que no iba a morderme, pero qué ganas tenía de que lo hiciera—. Me gusta cuando haces eso.

Lo miré sin comprender.

—¿Hacer el qué?

—Ese quejido.

—Pero ¿qué quejido?

—Ese «eimmmm».

—Yo no hago eso que dices —le solté, molesta, cruzándome de brazos.

Asintió con una sonrisa bribona.

—Sí, sí lo haces, es como cuando algo te da mucho gusto y no puedes evitar verbalizarlo. Fluye de tu garganta y se escapa de tus labios y es... puf... es muy sexi, Malena.

Vaya, ¿sería verdad? Tragué saliva y evité mirarlo, concentrándome en la ventana. Me estaba dando de nuevo un tembleque de los buenos.

—Ven. —Me cogió la mano y me instó a tomar asiento a su lado.

—¡Suéltame! —Retiré la mano y Leo me miró desconcertado—. Perdona, no pretendía ser tan brusca. Es que lo siento, de verdad, pero tenemos que mantener las distancias.

—Pero somos novios —insistió hipnotizándome con su sonrisa de oreja a

oreja.

—En privado quiero decir. Ya me entiendes, Leo. No hagas esto más difícil.

—Entre nosotros hay conexión, Malena.

—Entre nosotros hay un contrato, Leo —le recordé más seca de lo que hubiera querido, pero tenía que mantenerme firme y no dejarme llevar por las emociones y sentimientos que afloraban en mí cuando Leo me miraba, me tocaba, me hablaba o me besaba... por Dios, no podía quitarme el sabor de su boca en la mía, ni la sensación de sus manos en mis hombros, ni todas esas imágenes que me ponían a cien cuando pensaba en él y yo fundiéndonos en un polvo salvaje. Imaginaba a Leo muy rudo, cogiéndome en brazos como una muñeca y colocándome a horcajadas sobre su polla para follarme desde abajo con fuerza, embistiéndome una y otra vez mientras jadeaba mi nombre en mi cuello...

—¿Qué piensas?

—¿Qué? —Lo miré, notando que me ponía más roja que un tomate.

—Que qué piensas, pensabas en algo, ¿no?

—Nada importante.

—¿Y por qué te has puesto tan roja?

—Será que tengo calor.

Apoyó la sien en la palma de su mano y me miró con los ojos entornados.

—¿Te he dicho que me encanta el color de tus mejillas cuando te ruborizas?

—Para, Leo, déjalo.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué? No he dicho nada malo.

—No te gastes esa labia que tienes conmigo.

Se rio y le dio un bocado a la manzana, sus ojos fijos en mí. Dios, qué guapo era el muy desgraciado. Podría estar una hora mirándolo sin aburrirme.

—¿Qué vas a hacer hoy? —Cambié de tema. Más me valía. Si le daba pie me veía sin bragas en menos que canta un gallo.

—Eres muy hábil para cambiar de tema.

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

—Me temo que sí. —Se rio.

—Aun así, ¿qué vas a hacer hoy? —Me reí yo.

—Voy a hacer las maletas y me voy.

—¿Por qué? —Mi voz sonó demasiado apenada y él se dio cuenta del

detalle.

—No pongas esa cara. Solo me voy unos días a Valencia. Tengo ganas de ver a mis padres y sobre todo de abrazar a mi madre. La echo de menos.

—Es verdad, lo comentaste ayer, pero no pensaba que iba a ser ya y de repente.

—En mi tierra decimos «*pensat i fet*». No hay que darles tantas vueltas a las cosas. Si te apetece hacerlas y puedes, ¿por qué no? Añoro mucho a mi madre.

Bajé la vista, apenada, lo de ayer con la mía había sido demasiado, y aunque en el fragor de la batalla me sentí vencedora, tras una larga noche de reflexión, sentía el dolor moliéndome el cuerpo. Leo intuyó que algo me pasaba, porque dijo:

—Siento que no puedas decir lo mismo.

—En el fondo la quiero, ¿sabes? No entiendo sus razones para ser cómo es, pero la quiero.

—Claro, es tu madre. Me pasé un poco ayer. Luego me sentí mal.

—Se lo merece, pero no deja de ser mi madre y me entristece mucho esta situación.

—Situación que no te mereces.

Me encogí de hombros y un nudo se instaló en mi garganta. Leo se puso en pie y salvó la distancia entre los dos para abrazarme. Nuestros cuerpos encajaron a la vez que nuestros brazos se cerraban sobre ellos produciéndose una armonía perfecta.

—Malena, no llores.

—No —dije a duras penas con la nariz hundida en su pecho.

—Todo se arreglará, algún día. Es tu madre y te quiere y lo que hace piensa que lo hace por bien, pero algún día se dará cuenta de lo equivocada que está.

—¿Tú crees?

—No lo sé, lo he dicho porque es lo que se dice en estos casos, pero confío en ello. Cuando se quiere de verdad a una persona, al final nada importa más que ella. Y estás dispuesto a sacrificar muchas cosas solo por hacerla feliz. Tu madre es una persona, extrañamente joven y bella para su edad, pero lo es.

—Le dijiste fea.

—En ese momento me lo parecía. —Noté que me olía el cabello y suspiraba antes de poner algo de distancia entre los dos—. Oye, tengo que

irme, ¿estarás bien?

—Sí, no te preocupes. ¿Necesitas ayuda con esas maletas?

—No, soy muy básico, te asombrarías de ver lo que soy capaz de meter en una mochila.

—Pues para mudarte trajiste dos maletas —le repliqué tratando de volver a un estado emocional más alegre. Con él me resultaba fácil.

—Pretendía impresionarte.

—¿Con esa ropa horrorosa?

—Ay, Malena, Malenita. —Alargó la mano y me acarició la mejilla y sonrió de oreja a oreja.

—Anda, vete, no hace falta que me consueles. Eso no está firmado en ningún sitio.

—Pero yo soy un buen novio, y los buenos novios hacen esas cosas por sus chicas.

—No eres mi novio, Leo.

—Porque tú no quieres, Malena.

—Venga, vete. No me gustan las despedidas, y esta ya se está alargando mucho —gruñí.

—A mí tampoco, pero no será por mucho tiempo. Oye, y tú, ¿qué vas a hacer estos días sin mí?

—No sé, la verdad es que este trabajo es un chollo. Igual me paso por Century, aunque dudo mucho que me necesiten.

—Claro, ve, y así te distraes. —Empezó a andar hacia su dormitorio y yo lo seguí de cerca.

—¿Sabes que soy licenciada en Literatura inglesa del siglo XX?

—Sí, me lo dijiste, justo antes de decirme que lo que yo escribía era mierda pura.

—Yo no dije eso.

—Con otras palabras más finas.

—Creo que podría ser una buena editora, si me dejaran. Tengo criterio y sé cuándo algo es realmente bueno.

—Pues ve y díselo a Carlos, hazte valer.

—Él no me contrató pensando en mí para eso. Tenía su plan en la cabeza metido, solo le interesaban mis apellidos y mi fama en la prensa rosa.

—Pues yo me alegro, en parte, gracias a su plan, tú y yo nos hemos conocido.

—Eso es cierto, pero me siento mal, ¿sabes? Creo que nunca podré ser lo

que aspiro.

—¿Y a qué aspiras, Malena?

—A ser yo misma, no sé, que se me reconozca mi valía. Puedo ser más de lo que parezco.

—Lo sé —afirmó abriendo el armario y cogiendo al tuntún unas pocas prendas—. ¿Me pasas esa mochila?

—Sí, toma. ¿Solo vas a llevarte eso? —pregunté sentándome en la cama y observándolo de espaldas.

—No me hace falta más.

En parte me alegró ver que todo su equipaje se reducía a cuatro cosas, lo que significaba que su ausencia no se alargaría demasiado. ¿Demasiado para qué? ¿Para echarlo mucho de menos, tal vez?

Pero qué espalda, ¿hola?, me estaba despistando, Leo se había quitado la camiseta y toda la musculatura de su espalda se marcó cuando se agachó para bajarse los pantalones. Madre de Dios, mis ojos se abrieron de par en par y algo ahí abajo comenzó a palpar con intensidad. Ver a Leo solo ataviado con unos bóxers blancos que contrastaban divinamente con su piel morenita era demasiado impactante para seguir pensando con claridad.

—Bueno, creo que me voy —balbuceé, poniéndome en pie.

—¿No te quedas a disfrutar del espectáculo? —Se dio la vuelta y abrió los brazos enseñándome todo el frontal, y qué frontal. Mis ojos lo recorrieron entero, desde el cuello hasta los pies, parándose unos segundos de más en el bulto de la entrepierna, y qué bulto.

—Creo que he visto suficiente. —Empecé a andar decidida hacia la puerta, pero él me paró cogiéndome de la muñeca.

—¿Dónde vas tan rápido? ¿No piensas darme un besito de despedida?

Le hubiera succionado la cabeza, cuerpo y extremidades, directamente, pero no me pareció buena idea. Había que poner límites.

—Sí, claro. —Me acerqué acelerada y poniéndome de puntillas le posé un beso minúsculo en la mejilla y cuando iba a batirme en retirada como un cobarde de la pradera, Leo me envolvió la cintura y me apretó contra su pecho. Bajó la mirada e indagó en mis ojos sin decir nada. Respiraciones. Latidos. Sacó la punta de la lengua y se lamió el labio inferior. Pensé que iba a besarme de nuevo y mis pezones se erizaron por respuesta, malditos, evidenciando lo cachonda que me ponía. Y él lo sabía. Maldito también. Me estaba provocando de mala manera y, ya he comentado varias veces que, una no es de piedra.

—Te voy a echar mucho de menos, Malena —susurró ronco al fin, tras unos cuantos segundos que estuve contando con mis latidos.

—Y yo.

—Eso espero. Anda, vete, voy a vestirme. —Soltó mi cintura y retrocedió unos pasos, y yo me fui de allí echando humo por los pies. ¿Dónde puñetas estaban mis malditos límites? ¿En la costura de mis braguitas?

OMMM

SEÑOR, DAME PACIENCIA. No es que llevase mal esos días, pero estaba que me subía por las paredes. Ahora que no estaba Leo me sentía fuera de onda, ociosa por obligación al verme relegada de mis funciones por abandono del hogar. Mortalmente aburrida, me puse incluso a ayudar a Andrea con su nuevo proyecto. Algo inspirado en Leo, dijo esta vez. El esbozo parecía una especie de diana en la que se iban a clavar, según ella, estacas. Ni que fuera un vampiro. Pobre Leo. Pero Andrea era así cuando se ponía en plan creativo.

No sabemos por qué motivo Marco no se había marchado a Valencia con su hermano y ahí lo teníamos holgazaneando de la cama al sofá y del sofá a la mesa, en ese sentido, o en el contrario. No era raro verlo con Sarita. Se habían hecho muy amigos y a menudo me los encontraba en el sofá, tapados hasta el cuello con una manta, viendo alguna serie de esas que ellos veían e incluso encerrados en la habitación de Leo. Yo andaba escamada todo el tiempo con esos dos, a mí no me la pegaban, pero no quería decirle mucho a Andrea, que parecía estar tan absorta en su nueva obra y... en su nuevo amigo, Bruno, cosa que aún me escamaba más, que era inmune a todo lo demás. Cuando se centraba borraba a todos del mapa y ahora estaba creando. Apenas la veía, pues se atrincheraba en el pequeño estudio que había quedado libre y solo nos comunicábamos cuando entraba a echarle una mano o alimentarla para que no muriera de inanición. No me lo hubiera perdonado.

Así pues, diré que echaba un poco bastante demasiado de menos a Leo. Añoraba verlo escribiendo sentado en la isla con una taza de café al lado. Añoraba hablar con él sobre cualquier tontería que nos cruzara la mente. Añoraba su risa contagiosa. Añoraba sus pullitas. Añoraba. Añoraba. Añoraba... Así que muchos os preguntaréis por qué narices no le llamaba de una maldita vez y me quitaba de encima el desquite. Pues porque soy imbécil rematada y antes me clavaría un palo en el ojo que admitiría en voz alta que

ese hombre me gustaba. Y de qué manera.

Había un fragmento en concreto de una de sus novelas que había releído tanto en la privacidad que hasta las letras empezaban a desdibujarse. Que nadie pregunte por qué, pero sí, lo admito también, me daba muchos homenajes pensando en ese hombre larguirucho, desgreñado, barbudo y tremendamente sexi, que ocupaba casi el cien por cien de mis pensamientos.

El miércoles varias revistas del corazón sacaron la foto de nuestro beso apasionado en el jardín del hotel, bautizando a Leo como Leo *el de la Melena*, cosa que no me hizo ni puñetera gracia y aproveché para mandarle las imágenes por *wasap*, a ver si decía algo, pero se limitó a darme las gracias y poco más. Empezaba a desesperarme. No debía echarme mucho de menos cuando solo tenía apenas un segundo que perder conmigo.

Los días fueron pasando, y una semana, se convirtió en casi dos, y Leo no volvía ni daba señales de vida. Pero ¿qué clase de novio hacía algo así por muy falso que fuera? Se lo estaba comentando a Andrea, que por fin había salido de su cueva, y nos estábamos tomando tranquilas una cerveza en el salón, con la tele apagada (por fin) y un silencio envolvente maravilloso, gracias a que la pareja pegamento se había marchado nada más comer y no sabían cuándo volverían.

—Tú estás bastante colada por ese tío, ¿no crees?

—No —dije rotunda.

—A mí no me la cueles. Soy muy observadora. Llevas días comiendo helado y patatas de bolsa, y tienes que salir de una vez. Ya está bien de hacer clausura y ábrete al mundo. Hasta el *paparazzi* de la puerta me ha preguntado si seguías viva.

—¿Todavía está ese tío ahí? Qué pesado.

—Todavía, y creo que no le van a dar un día libre hasta que te saque la foto. ¿Quieres mover el culo? Bruno y yo vamos a llevarte a un sitio que te va a encantar.

—No quiero.

—Lo sé, sé que le echas de menos, pero estoy segura de que si vienes te animarás.

—No le echo de menos, solo es que me aburro. Se suponía que teníamos que hacer cosas juntos y no sé ni cuándo va a volver. Carlos me va a echar la bronca, me dijo que teníamos que salir de fiesta a algún sitio.

—Y eso vamos a hacer.

—Con Leo, no con Bruno, con el que por cierto quedas mucho

últimamente.

—Me gusta estar con Bruno, es un tío de puta madre, y Sara parece muy ocupada con su amigo Marco, alguien tendrá que entretenerme.

—¿No estás preocupada por lo que pueda estar pasando entre esos dos? Me sorprende que Marco no se fuera con Leo a ver sus padres.

—No me preocupa, confío en ella.

—Mientes, Bruno es un mero sustituto.

—¿Quieres dejar el tema y vestirte? Esto ha dejado de ser una sugerencia, es una obligación. —Me tiró del brazo para que me levantara del sofá—. Levántate o te tiro del pelo hasta dejarte como un trol.

—Está bien, pero si no me gusta el plan cojo un taxi y me vuelvo para casa.

—Creo que el plan es perfecto y te encantará, vamos a un concierto homenaje a The Kiss.

—¿Esos de la cara pintada? ¿Desde cuándo me gusta a mí esa música?

—Hay que abrirse, tocarán cosas de The Kiss y de otros grupos. No preguntes tanto y ponte un vestido negro, unas botas militares y una chupa, y cárdate un poco el pelo.

—No tengo ese tipo de ropa y no pienso cardarme el pelo.

—Sí la tienes y nuevecita sobre la cama.

—¿En mi cama? —Corrí a verlo y efectivamente sobre la cama había un vestido negro ajustado, unas medias, unas botas Doc Martens negras acharoladas y una cazadora negra de piel.

—¿Y esto?

—Llegó esta mañana. Vístete que llegamos tarde.

—Pero ¿quién lo ha enviado? ¿Y dónde estaba yo?

—El príncipe de Zamunda. Estabas en la ducha.

—Ese príncipe no existe, es de una peli de Eddie Murphy.

—Y los envíos de desconocidos tampoco, Malena. ¡Te quieres vestir de una vez que me estás poniendo nerviosa!

No entendía nada, pero la intriga del momento me dio el impulso que necesitaba para decidirme.

Me di una ducha rápida y me embuté en aquel vestido de corte recto negro con la espalda descubierta y sin opción de ponerme sujetador. Se ajustaba a mis formas como una segunda piel y mis muslos envueltos con aquellas medias negras semitransparentes lucían muy sexis. Las botas completaron el *look*, un *look* que jamás hubiera elegido por mí misma, pero que me gustó

nada más verme en el espejo. Opté por secar mi cabello a lo loco, dejando que la honda natural de mi pelo diera rienda suelta a su imaginación, y peinándome el flequillo con los dedos. El maquillaje justo y los labios rojos hicieron que me sintiera una *femme fatal*.

—Estás impresionante, Malena, podría hacerte mi musa en este momento. Le va a encantar cuando te vea.

—¿A quién le voy a encantar?

—A... a Bruno, ¿a quién va a ser, tonta?

—Todo este tema me está empezando a preocupar —le dije con la mosca detrás de la oreja.

—Calla y ponte la chaqueta. Bruno nos espera abajo con la furgoneta, lleva en doble fila media hora.

—¿Furgoneta?

—Sí, ¿creías que tenía un Cadillac? Porta obras de arte y sacos de café orgánico, necesita una furgoneta. —Me miró cansada de escucharme y decidí callarme y dejar que me llevara donde quisiera.

El fotógrafo de la puerta se levantó sobresaltado al verme aparecer, estaba medio adormilado sobre una silla de playa.

—Malena, ¿dónde vas esta noche, no te acompaña Leo Alberó? —preguntaba mientras accionaba su cámara como un poseso.

—Voy de concierto, y Leo está en un viaje de negocios. Voy con unos amigos.

—¿De quién es el concierto? Ricky Martin actúa esta noche en el WiZink Center.

—No, no voy a ver a Ricky Martin, ¿no ves que voy como Luz Casal?

Hice un par de poses para que el pobre hombre pudiera irse a casa a darse una ducha y comer un bocadillo y subí en la furgoneta por la puerta lateral a lo equipo A.

Bruno me saludó desde el asiento del conductor y emprendió la marcha. La furgoneta carecía de cristales traseros y me limitaba a mirar por la luna delantera expectante hacia donde nos dirigíamos.

—Según el GPS del móvil estamos a un metro del garito.

—Pues yo no veo nada, esta calle está muy oscura —dijo Andrea intentando encontrar el lugar donde se celebraba el concierto.

—Como no sea bajando esas escaleras señalizadas con una flecha luminosa —comenté yo.

—Sí, ese es, me pasó la foto.

—¿Quién?

—El que ha organizado el concierto.

—¿Ahora te codeas con organizadores de conciertos? —pregunté alucinada por la versatilidad de Andrea.

—Sí y tú también.

—¿Yo? Jamás he conocido a un mánager de actos musicales.

—Pues lo vas a conocer esta noche.

Bruno aparcó en un hueco entre motos y entre ellas vi una muy parecida a la de Leo.

—¿No es esa la moto de Leo?

—¿Cuál?

—Esa, la negra con la estrella roja detrás.

—No, no lo creo, hay muchas motos como esa.

—¿Con la misma pegatina?

—Sí, yo también llevo esa pegatina —intervino Bruno, señalando la parte trasera de su furgoneta, efectivamente con aquella estrella roja.

—Entremos, debe de estar a punto de comenzar. —Andrea se puso entre los dos y nos cogió del brazo.

El local era oscuro y algo viejo. En el suelo casi te pegabas de lo atestado de derrames de bebidas que estaba. La gente estaba repartida entre el centro de la pista y las pocas mesas altas y taburetes que habían desperdigados.

—Mira, allí está nuestro reservado.

—¿Tenemos reservado?

—Sí, mi amigo ha pensado en todo. —Andrea me cucó un ojo.

En un rincón de la barra, que hacía esquina muy cerca del escenario, había un cartel en el que ponía «Reservado para Malena». Algo intenso vibró dentro de mí, aquello solo podía ser obra de una persona, y toda aquella ropa que había elegido para mí llevaba su sello, el sello de Leo.

Las luces del escenario se encendieron y la banda fue entrando a escena. Leo apareció con unos vaqueros negros desgastados, tan estrechos que debían cortarle la circulación, y una camiseta negra de Manowar cruzada delante por un bajo. El denso y ondulado cabello suelto y la barba bastante más larga y descuidada que cuando se fue, por lo visto, la había dejado crecer a sus anchas y largas sin prestarle la más mínima atención.

En cuanto estuvo colocado en su posición miró hacia nuestro lado, y nuestras miradas brillaron al chocar y pude leer en sus labios: «Estás preciosa».

La música empezó a sonar y los brazos de Leo se tensaron aporreando aquel instrumento, y yo creí pegarme en aquel taburete del gusto.

Tocaron muchas canciones que jamás había escuchado, pero que se me antojaban música celestial para mis oídos, y otras tantas que sí y que pude cantar a pleno pulmón mientras bailaba enfebrecida. Todas ellas me recordarían a Leo para el resto de mi vida. No podía dejar de mirarlo, entregado a su bajo, el cabello sudado pegándose a su cabeza y su esbelta figura encorvada con sus largos dedos deslizándose por las cuerdas. Dios, ¿qué no sabría hacer ese hombre con esas manos prodigiosas?

—¿Cuándo y cómo habéis organizado todo esto? —le pregunté a mi amiga, que aprovechaba cada canción para rozarse como una perra en celo a lo Ozzy Osbourne con Bruno.

—Leo me llamó el jueves, quería darte una sorpresa. Él también te ha echado de menos.

—¿No le habrás dicho que estaba triste por él?

—No ha hecho falta. Y aún no sabes lo mejor.

—¿Hay algo mejor?

—Tú espera y ten paciencia. —Andrea me señaló el escenario.

Me sentía una princesa del rock, una grupi enloquecida. Verlo sobre aquel escenario dándole todo, con la camiseta sudada pegada al cuerpo de un modo insoportablemente sexi y cruzando miradas conmigo, me hicieron conectar con él de una manera sobrenatural.

Estuvieron tocando más de una hora, que se me pasó volando, y la que habían anunciado como la última canción terminó. El público allí congregado empezó a aplaudir y a jalear el bis de rigor en todos los conciertos.

—Atenta —dijo Andrea dándome un codazo en las costillas.

Leo había dejado el bajo y se estaba colocando una Zender negra, con una pegatina de los Red Hot Chili Peppers, mientras ocupaba el lugar del vocalista. ¿Iba a cantar?

Andrea me apretó el brazo y puso cara de emoción, ¿de qué iba todo esto? Leo me dedicó una intensa mirada, micro en mano, y se dispuso a hablar. Contuve el aliento mientras me sujetaba el pecho. Se me iba a salir el corazón a golpes.

—Hoy les he hecho una petición especial al grupo y mi compañero Álex me ha cedido el puesto por una vez en su puta vida. Quisiera cantar y tocar —levantó la guitarra e inclinó el tronco hacia atrás de un modo muy sexi— una de las canciones, que mejor me define en este momento, y que va dedicada a

todos aquellos que están sintiendo esa cosa tan estupenda llamada amor. Y, en especial —se interrumpió para mirarme fijamente y hacer un alto dramático—, te la quiero dedicar a ti, Malena. *I was made for loving you* de Kiss. —Y sin apartar la mirada empezó a tocar los primeros acordes de aquella canción.

Con el primer «yeah» casi me corro allí mismo. ¿Por qué era tan sexi? ¿Alguna mujer en su sano juicio podría resistirse a un hombre como Leo cantándole en directo? Mientras él seguía cantando aquella canción y yo observaba cómo todos sus dedos fluían por aquella guitarra, comprendí que no podía negarme a enamorarme de él. ¿Quién podría? Estábamos hechos para amarnos. Predestinados desde el molde. Y cuando tienes la suerte de encontrarlo, algo tira de ti con una fuerza sobrehumana. El amor entra a bocajarro en tu alma y no te queda otra que dejarlo expandirse a lo bestia, abriéndote en canal si es necesario, y que te inunde y se alimente de ti y se haga dueño de tu ser.

No querer ver las cosas, como realmente son, te hace infeliz, y de infelicidad, a decir verdad, yo sabía un rato largo. Y así era exactamente como me sentía, arrasada por ese sentimiento que claramente compartíamos y que se había instaurado en nuestros corazones, clavándose con su bandera en nuestros pechos, olvidando cuál era el cometido de nuestra relación. Algo que realmente había pasado demasiado rápido quizá, tan fugaz como un cometa, sin estar prevenido ni poder construir una alta muralla para impedirlo. Algo que solo sucede una vez en la vida de un ser humano. Leo y yo habíamos compartido pocos instantes, pero intensos y cargados de una pasión desmedida, que se habían transformado en algo tan palpable y real, que te cortaba la respiración.

Leo seguía cantando aquella canción para mí, veía su largo cabello moverse y cómo se le pegaba a los labios. Tenía una voz hermosa y melódica, pero aunque hubiera cantado como un perro atropellado me hubiera parecido el mejor vocalista del mundo. Entonces recordé la primera vez que lo vi en el ascensor de Century y sonreí, qué cabreado estaba conmigo por haberlo confundido con un delincuente, y ahora estaba en el escenario con la misma vestimenta y me parecía el mismísimo Bon Jovi en sus años mozos. La canción terminó y sentí ganas de correr a besarlo, pero el *show* no había llegado a su final y el cantante volvió a ocupar su lugar para deleitarnos con unas cuantas piezas más.

—¿Necesitas otra cerveza? —me preguntó Andrea pasándome el brazo

por encima del hombro. Ella también estaba sudando.

—Necesito más que una cerveza, ha sido impresionante.

—Lo tienes loquito, Malena, espero que le des una oportunidad.

—Lo quiero, Andrea, lo quiero.

—Me encanta oírte decir eso. Después de lo de Borja te mereces ser feliz, es tu chico malo. —Andrea rugió.

—Solo de apariencia, Leo es todo ternura.

—Cómetelo entero esta noche, Malena, acaba lo que empezaste.

—Gracias, Andrea, gracias por todo lo que has hecho por mí.

—No tienes que darme, Leo y tú también me habéis salvado a mí. Te quiero, no del mismo modo que ese chico del bajo, pero haría cualquier cosa por ti.

Andrea y yo nos abrazamos, y entonces, detrás de ella, vi algo que podría romperle el corazón en mil pedazos.

—Andrea.

—¿Qué?

—Sara y Marcos están aquí.

—Lo sé, los he visto antes.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Sabes?, lo de Sara era una de esas cosas que sabes que no pueden ser, pero no dejas de imaginarlas.

—¿Aun así?

—Aun así, nada, yo también necesito otra cosa en mi vida.

—¿Y esa cosa es Bruno?

—No sé si será Bruno o Carla o Elena. Quiero dejarme llevar, quiero sentir por cada ser humano lo que mi corazón mande.

—Es muy bonito eso que dices.

—Lo sé, igual me hago escritora.

Y entonces nos echamos a reír y luego bailamos como dos locas, disfrutando de lo que quedaba de concierto.

En cuanto sonó la última nota, los integrantes del grupo se libraron de sus instrumentos y empezaron a bajar del escenario para mezclarse con el público. Leo bajó de un salto, sus ojos fijos en mí, yo llevaba tanto tiempo mirándolo que hasta me dolían los párpados, pero de pronto se vio rodeado de unas grupis que comenzaron a abrazarlo y besarle en las mejillas, y tuvo que detenerse para saludarlas. No negaré que sentí celos. Unos celos apoteósicos. Andrea me dio un codazo.

—¿Qué haces ahí plantada? Ve a por tu hombre.

—Está con sus fans.

Asintió y sonrió torciendo el morro.

—Cuando se haga público lo de Lisa acudirán en manada para que se las folle una detrás de otra.

La miré más que mal.

—Ay, por favor, Malena, estoy de coña.

—Pero tienes razón.

—Son gajes del oficio, e insisto, ¿qué coño haces ahí como una espantaja. Ve y dale a tu hombre lo que se merece.

La miré y decidida le dije:

—No lo dudes.

—Venga pues.

Arranqué a andar, no habría más de cuatro metros entre los dos, atravesé la masa sudorosa y me planté delante del grupo de chicas, todas jovencísimas y pintarrajeadas como monas, y las fui apartando de mi camino con educación. Un «Por favor, ¿me dejas pasar?» por aquí; un «Gracias, muy amable» por allá, y ahí lo tenía. Solo me quedaba quitarle del cuello una niñaata, que había bebido más de la cuenta y con una sonrisa boba le pedía que le tocara la guitarra en *petit comité*. Le di un toquecito en el hombro y ella me miró extrañada.

—¿Te importaría quitar las manos de mi chico? —le pedí con una sonrisa.

Ella, por respuesta, me enseñó el dedo. Me faltó el canto de un duro para no cogerla de los pelos y hacer un tirachinas con ella.

—No te lo estoy pidiendo. ¡Que corra el aire! —Y le hice un Beyoncé en toda regla.

La chica se puso un poco cansina, la verdad, y fue finalmente Leo quien se la tuvo que quitar de encima, con una sonrisa y unas palmaditas amistosas. Entonces hice lo que había venido a hacer. Nerviosa perdida por lo que iba a suceder a continuación, di dos pasos más y le envolví la nuca con mis manos para besarlo hasta dejarlo sin aliento.

—Tengo la sensación de que te ha gustado mi sorpresa —dijo separándose un poco y sonrió.

—¿Gustado? Leo, casi me desmayo —respondí por no decirle que se me habían desintegrado las bragas en el mismo instante en el que había puesto un pie en ese escenario.

—Ven aquí. —Me rodeó por la cintura con un brazo y volvió a besarme.

—Ha sido impresionante. Me he quedado flipada con tu grupo.

—En realidad no somos muy buenos, cinco *mataos* amantes del rock, pero el batería es el dueño del garito y no le importa que maltratemos a sus clientes.

—Y por eso os llamáis Los Mataos, ¿no?

—Básicamente.

—¿Podemos irnos ya?

—¿Y esas prisas? ¿No te apetece tomarte algo? Invita la casa.

—Me he tomado tantas cervezas que podría propulsar un cohete con mi sangre.

Una carcajada explotó en su garganta.

—¿Y dónde quieres ir, Malenita?

—A un sitio más tranquilo. Quiero estar contigo asolas y poder hablar... y... —carraspeé—... ya sabes.

—¿Ya sé?

—Oh, venga ya, no me hagas decirlo. Eres muy capullo, ¿sabes?

—Ya, pero es que estoy deseando oírtelo decir.

Bajé la mirada, sonrojada, sintiendo sus ojos clavados en mí.

—Vale, está bien. Quiero estar asolas contigo, Leo, porque me gustaría... —me mordí el labio. ¿Lo iba a decir?—... follar contigo esta noche, si es posible.

—¿Follar? —dijo, sorprendido.

—A ti te gusta esa palabra, ¿verdad?

Asintió con una sonrisa gamberra prendida en la boca.

—En realidad me gusta más hacer la acción que implica esa palabra. Ven —tiró de mí, sacándome de allí—, sé de un sitio perfecto para follar. —Y se le escapó una carcajada que me supo a gloria—. Sé que estás muy ansiosa —bromeó—, pero ¿puedes esperar un minuto?

—¿En serio? —Ladeé la cabeza estrechando los ojos.

—Tengo que coger mi bajo.

—Pero no te entretengas con ninguna de esas grupis.

—Me debo a mí público, Malena.

Me encogí de hombros y él me guiñó el ojo antes de marcharse, para volver al poco con su bajo metido en una funda colgado a su espalda.

—Vamos —dijo, entrelazando sus dedos con los míos.

En la calle me apretujé contra su cuerpo, empezaba a hacer bastante

fresco por las noches, pese a que el otoño no había hecho su entrada triunfal en Madrid, y Leo me envolvió con su brazo, y echó a andar.

—¿No vamos en tu moto? —pregunté cuando pasamos de largo la fila aparcada en la puerta del garito.

—No la he traído

—Entonces ¿esa no es la tuya? —Le señalé la que había visto antes.

—No, hay muchas motos iguales.

—¿Con la misma pegatina?

—Yo qué sé. —Se rascó la barba—. Venga, sí —se rio—, es mía, se la he dejado a Marco esta noche. Por cierto, ¿lo has visto? —Y bajó la voz como si fuera a contarme un secreto.

—Sí, estaba con Sarita.

Asintió.

—¿Y cómo está Andrea? —dijo con cierta preocupación.

—¿Andrea? Bien. Es escalofriante el poder que tiene para superar las cosas.

—Andrea es una tía de puta madre.

—Me lo dices o me lo cuentas.

—¿Qué sabré yo? Solo soy Jon.

—¿Y dónde vamos? —dije riéndome.

—Vamos andando.

—Eso ya lo veo, pero ¿adónde? —insistí.

Se paró en mitad de la calle y me miró.

—Estás demasiado ansiosa, a ver si luego no voy a estar a la altura por culpa de tus altas expectativas.

—No sabes si son altas o bajas. —Arqueeé las cejas, divertida.

—Vamos a mi casa, está muy cerca.

—O sea, ¿vives en Malasaña? No sé por qué no me sorprende.

—Ya ves, así soy yo. ¿En qué otro lugar podría vivir?

—Ahora vives en Paseo de la Castellana —engolé mi voz—. Y tampoco te queda nada mal.

—¿Bromeas? Me siento un marciano la mayor parte del tiempo. Aún hay vecinos que me hacen la cruz con los dedos cuando me los encuentro en el patio o en el ascensor.

—¡Venga ya! —Me eché a reír hasta que él puso los ojos en blanco.

—Dios mío, Malena... ¿Cómo me gustas tanto? Te he echado tanto de menos estas semanas que me dolía el pecho.

Y nos besamos otra vez. Sus manos me rodearon las caderas, deslizándose deliciosamente sobre el tejido del vestido hasta agarrar mis nalgas, y ya no pudimos parar. No sé cómo hicimos el resto del camino. Cada dos por tres nos parábamos en un portal o nos aplastábamos contra las fachadas, fusionándonos las bocas y las manos perdidas entre la ropa. Su saliva era adictiva y sus caricias eléctricas. Sentía mi cuerpo rebosante de electricidad.

—Tengo que darte una mala noticia —dijo cuando nos detuvimos en su portal—. No hay ascensor y vivo en un cuarto.

—Vale, pues tendré que hacer el esfuerzo si quiero... ya sabes —le dije arqueando las cejas divertida.

—Pero también tengo una buena noticia.

—¿Y cuál es?

—Soy muy fuerte y puedo subirte en brazos. —Y al punto me levantó en el aire y me cargó sobre su hombro—. Ten cuidado con mi bajo.

—¿Con cuál de ellos? —dije riéndome sin poder parar.

POR FIN

EN CUANTO ENTRAMOS en su apartamento y encendió las luces comprendí muchas cosas sobre Leo. El piso no debía ser muy grande, visto el tamaño del recibidor, que comunicaba directamente con un pequeño salón, atestado de estanterías todavía más atestadas de vinilos y libros. Habría, no sé, ¿cuántos de cada uno de ellos? ¿Más de diez mil? Una colección importante que denotaba sus dos grandes pasiones: la literatura y la música. La decoración era ecléctica y dispar, los objetos allí colocados eran recuerdos escogidos de sus viajes: sombreros, máscaras africanas, figuras de animales talladas en madera, esculturas precolombinas, instrumentos musicales extraños, un picú retro, muchos pósteres de películas clásicas y alguna que otra foto familiar enmarcada. Sentí mucha curiosidad por explorar sus dominios, pero tendría que ser en otro momento, sus manos me demandaban y yo en aquel momento estaba más por la labor de explorar la geografía de Leo.

—Ven. —Me cogió la mano y me condujo a través el salón hacia una puerta, luego la abrió y a oscuras me llevó hasta la cama—. Voy a encender la lámpara —dijo soltándome la mano y avanzando unos pasos.

Al punto, el dormitorio se iluminó con una luz cálida, proveniente de un flexo de pie de estilo industrial arrinconado junto a la gran cama. Una gran cama para una habitación tan pequeña. Había poco allí, la inmensa cama *king size* vestida con un edredón blanco, una mesita *vintage*, un pequeño estudio pegado a la ventana y un armario empotrado.

—Bienvenida a mi santuario. Sé que es bastante modesto, por no decir cutre.

—Calla —lo corté salvando la distancia entre los dos.

Atrapé con el puño la tela de su camiseta, lo atraje hacia mí y lo besé con fuerza. Un beso salvaje ahogado con gemidos, saliva, dientes y lenguas acariciándose.

—Va a pasar, ¿verdad? —susurró apartándose un poco.

—Creo que sí, nada puede detenernos.

—¿Lo deseas tanto como yo?

Asentí mientras mis dedos se hundían en su cabello, su largo cabello.

—Eres todo lo que quiero —gimió.

Nos besamos de nuevo y sin dejar de hacerlo me tumbó en el colchón subiéndose encima. Me sonrió antes de quitarse la camiseta. Me quitó la cazadora y la lanzó a lo lejos, rebotando contra la pared.

—Estás preciosa con este vestido.

—¿Lo has elegido tú?

—Más o menos, envié a Andrea con instrucciones. ¿Por qué no dejamos de hablar? —dijo a la vez que tiraba de mi vestido hacia arriba, sacándomelo por los brazos.

Jadeó cuando me vio en ropa interior. Había elegido unas braguitas lenceras negras y mis pechos estaban al descubierto, los pezones duros.

—Joder, Malena, me vuelves loco.

Hundió la nariz en mi cuello y me olió.

—Hueles a perdición. Podría perderme en ti todos los días de mi vida.

Leo recorrió mis pechos y mi estómago con sus labios, mientras sus manos viajaban hasta mi cintura para deslizar mis medias hacia abajo. Me moví un poco para facilitarle la tarea a la vez que le desabrochaba los botones del vaquero. Luego introduje la mano dentro y le acaricié la erección por encima de la tela del bóxer.

Gimió y volvió a mi boca para fusionarse en ella. Más labios. Más lengua. Más gemidos. Su mano entre los dos abriendo caminos. La mía sintiendo la calidez y turgencia de su virilidad. Abrí las piernas para él y sentí su fuerza, rozándome tortuosamente. La fragilidad del encaje resistiéndose. La delicia de sus dedos acariciándome despacio el clítoris. Arqueeé la espalda para llevarlos más adentro. Introdujo uno de sus largos dedos en mi sexo y me retorcí de gusto al experimentar aquel primer roce tan privado e intimista. Comenzó a moverlo lentamente dentro de mí y un par de dedos más se unieron a la orgía. Sus ojos fijos en mi cara, observando mi expresión, expectantes... deseosos de hacerme gozar. Mi mano se movía sobre su erección y Leo jadeaba muy cerca de mi boca, mi boca jadeaba muy cerca de la suya. Los movimientos eran lentos, pero a un ritmo perfecto y cadente, arqueándose y alcanzando todos mis puntos más sensibles. Estaba llegando. Sentía mi cuerpo vibrar por dentro.

—Quiero entrar en ti.

Asentí y él se retiró un poco y alargó la mano buscando algo en un cajón de la mesilla. Con destreza su puso el condón y luego me besó. Sus manos volvieron a mí, envolviéndome los hombros, los pechos, el estómago, las caderas, las nalgas. De un movimiento, separó mi espalda del colchón y elevó mi cuerpo hacia él. Me abrí más de piernas, facilitándole el camino. Se inclinó besando mis labios y mi cuello mientras se colocaba y la cabeza de su polla tanteaba mi entrada. Gemí al sentir su roce duro, acariciando mi sexo hinchado de amor. Poco a poco fue entrando, y cuando la tuve por completo dentro y empezó a moverse cadente, sentí que iba a estallar de gusto. Empezó a jadear y yo mirándolo jadeaba también. El placer recorría mi sexo. Mi cuerpo abandonado se movía al compás del suyo. Sus manos acariciaban mis pechos. Mis dedos se clavaban en su espalda. Un estallido y vi las estrellas. Mi cuerpo elevándose. Mis gemidos derramándose por la almohada. Su saliva mojando mis labios. Sus jadeos llenándome la garganta. Las embestidas se aceleraron. Más duras. Más profundas. Su boca se perdió entre mi pelo. Mi boca mordió su cuello. La humedad desbordando nuestros sexos. Su espalda arqueándose. Mis piernas debilitándose. Un gemido final ronco y denso a la vez aferrándose a nuestros labios otra vez unidos. Y luego calma. Nuestros pechos en contacto. Respiraciones entrecortadas. Latidos volviendo a la normalidad.

—Vaya —dije con los ojos cerrados.

Leo me acarició la mejilla y suspiró tocando mi nariz con la suya.

—Vaya.

—Ha sido...

—Una pasada. —Me besó.

—¿Siempre lo haces así?

—¿Así cómo? —preguntó sonriendo.

—Tan... no sé... romántico.

—No siempre. Depende del momento y de la persona. La verdad es que hacía mucho tiempo que no lo hacía así. —Se quitó de encima y se tumbó boca arriba con el antebrazo bajo la nuca.

—Leo. —Le acaricié la barba y él se retorció como un gato—. Es la primera vez que me acuesto con un hombre con barba.

Ladeó la cabeza y me miró con una sonrisa.

—Seguro que también es la primera vez que lo haces con alguien que tiene el pelo más largo que tú.

Carraspeé y levanté las cejitas.

—¿No me digas? —dijo, asombrado.

—Sí te digo.

—No me lo creo.

—Créetelo. En esta vida hay que probarlo todo.

—Pues yo me niego a probar ciertas cosas.

—A ver si va a resultar que yo soy la moderna.

—No es cuestión de modernidades. ¡Vamos es que me niego en rotundo a hacérmelo con un tío! —me replicó riéndose—. ¿Y qué tal esa experiencia?

—Diferente. Las mujeres somos más suaves —respondí, dibujando espirales con las yemas de mis dedos en su pecho.

—Yo puedo ser muy suave —dijo, colocándose de lado y encarándose conmigo.

—¿Te depilarías por mí, Leo? —Puse morritos, pasándole la pierna por encima de la cadera.

—Haría muchas cosas por ti, pero... no... lo siento, por ahí tampoco paso.

Gruñí y él gimió.

—En serio, me encanta cuando haces eso. —Se mordió el labio inferior.

—¿El qué?

—Ese gemidito que me vuelve loco. —Su boca se acercó a la mía y de nuevo todo era lengua, labios estrellándose, saliva entremezclándose.

Me aparté un poco y lo miré sonriendo.

—¿Ya estás de nuevo listo?

—Yo siempre estoy listo.

Hice una mueca escéptica y él se rio.

—¿Quieres que te enseñe de que otras formas puedo hacerlo?

—Ya estás tardando —le reté.

Dicho y hecho. Leo se incorporó y sentado sobre el colchón, tiró de mí para sentarme a horcajadas sobre él.

—¿Has visto mi polla? —preguntó haciéndome un gesto para que se la mirase. Bajé la vista y se la miré. Estaba creciendo entre los dos—. Cógela.

Hice lo que me pedía y empecé a deslizar la mano arriba y abajo. Él cerró los ojos recuperando la erección. Y a partir de ahí, fue apoteósico. Yo encima de él. Él encima de mí. Él detrás empujando. Mi cara aplastada contra la almohada. La almohada sofocando mis gritos descontrolados. Sus gemidos chocando contra las paredes de su dormitorio. Mi sexo vibrando recibiendo

sus embestidas. Su sexo palpitando y bombeando dentro de mí. Sus manos aferrándose a mis caderas. Mis caderas volando sobre las suyas. Acabamos exhaustos, empapados en sudor y jadeantes. Y muy felices. Solo nos faltaban las perdices.

VUELTA A EMPEZAR

NUNCA ME HABÍA SENTIDO tan en paz. Mis ojos aún cerrados visionaban *flashes* de la noche anterior: Leo sobre el escenario. Leo subiéndome en brazos hasta la cuarta planta. Leo llevándome hasta las estrellas en su cama. La sonrisa me bailaba en la cara, y alguien junto a mí lo amenizaba con unos ronquiditos nada discretos. Vaya, ya sabía yo que debía de tener algún defecto. Me reí y enterré la nariz en su almohada. Olía a detergente, y me pregunté entonces si se habría molestado en cambiar las sábanas, anticipándose a mi visita. Probablemente. Es la típica cosa que podría esperarse de alguien como él.

Me levanté despacio para no molestarlo y sin encender la luz salí de la habitación. Busqué el baño para lavarme la cara y hacer mis cositas y luego me dirigí a la cocina, a la que se accedía desde una puerta del salón. Rebusqué en los armarios hasta dar con las cápsulas de la Dolce Gusto, que había visto sobre la encimera, y un brik de leche. Me preparé el desayuno y sentada en el sofá de su pequeño salón, mirando aburrida el televisor, esperé a que se despertara, tal y como mi madre me trajo al mundo.

—Hola —dijo apareciendo en bóxers por la puerta una hora más tarde. Una hora en la que yo me había contenido diez veces en ir a su cama y despertarlo a besos.

—Hola, dormilón. ¿Qué tal has dormido?

—Increíble. —Se acercó para posar un beso en mis labios—. Veo que te has arreglado muy bien —comentó señalando la taza sobre la mesa de centro.

—Soy pija, pero no tonta.

Se le escapó una risa algo cargada de sueño y se movió hacia la cocina.

—Con tu permiso, ¡necesito mi café! —bramó como un hombre de las cavernas.

Al poco volvió con una taza en las manos y se sentó a mi lado mirándome descarado los pechos.

—Me gusta la ropa que llevas.

—Pero si no llevo nada. —Me reí tontamente.

—Tu piel es tu mejor vestido.

Se mordió el labio y se acercó para besarme. En un segundo estábamos liados. Manos demandando piel, bocas sumergidas en gemidos apresurados, carne entrando en carne, cuerpos explotando de gusto, mucho Leo, Malena deshaciéndose entre sus brazos.

—Me gustaría siempre despertarme así —dijo besándome los labios.

—¿De verdad que me has echado de menos?

—Muchísimo.

—¿Y por qué no me has llamado o *wasapeado*?

—Tú tampoco lo has hecho, y también dices que me has echado de menos —me replicó pero sin mala baba.

—Sí, bueno, he estado muy liada —mentí cual bellaca.

—Y yo. He aprovechado para escribir. Cuando escribo soy muy ermitaño, me cierro en mí y el tiempo parece que no pasa, cuando en realidad vuela. Tenía una historia en mi cabeza y tenía que sacarla.

—¿Y esa historia está inspirada en nosotros?

Ladeó la cabeza y sus labios se curvaron hacia arriba.

—Eres muy lista, Malena.

—Lo soy. Entonces ¿es verdad?

—Algo hay.

—¿Y cómo se titula?

—Todavía no le he puesto título, siempre lo dejo para el final.

—¿El final? —Me reí—. ¿Y cómo termina?

—Todavía está por escribirse.

—Me gustaría leerlo.

—Nunca dejo que nadie lea algo mío hasta que no está finiquitado.

—Vale, entiendo, no importa.

—No te molestes, son manías de escritor.

—De verdad, Leo, no importa.

—Pero te prometo que serás la primera.

—Está bien, me conformo.

Asintió y me dio un beso, sus manos adentrándose en mi cabello.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

Suspiré.

—Según Carlos deberíamos salir y que se nos vea juntos haciendo cosas

glamurosas.

—Me importa una mierda lo que quiera Carlos, te pregunto qué es lo que quieres hacer tú. —Se apartó, de pronto, molesto.

—Podríamos... —me encogí de hombros—... ¿Por qué te enfadas conmigo?

—No me enfado contigo, pero no quiero que me recuerdes eso ahora.

—¿Por qué?

—No sé por dónde empezar.

—Pues empieza por el principio.

—Si pienso en eso... —chasqueó la lengua—... me entra mala leche. No sé cómo decírtelo sin que suene mal, pero es el hecho de que entre tú y yo hay un contrato firmado con mucha pasta por medio y...

—Me estás llamando puta —lo interrumpí, empezando a cabrearme.

—No, claro que no, ya te he dicho que no sé cómo decirlo sin que suene fatal.

—Pues busca las palabras, eres escritor —le grité.

—Joder, Malena, lo siento. Sé que no te has acostado conmigo por el contrato ni por el dinero. Pero que eso esté ahí pervierte nuestra relación.

—¿Y eso me lo dices ahora?! Después de metérmela hasta lo más sagrado. Pero ¡qué cabrón! —Me puse en pie, muy encolerizada ya, y él me cogió la mano al vuelo.

—Joder, Malena, que no, lo que siento por ti es de verdad y entiendo que lo que tú sientes por mí también lo es.

—¿Entiendes?! —Me deshice de su mano y eché a andar en dirección a la habitación—. Eres muy capullo.

Leo vino detrás al trote.

—Joder, Malena.

—Joder, Leo —me detuve— deja de decir «joder». O sea, es que no me lo puedo creer —seguí andando y entrando como un torbellino en el dormitorio, recogiendo la ropa y las botas del suelo—, no sé cómo he podido caer. Te has montado todo este numerito de conquista para llevarme al huerto. De verdad... —me paré en medio de la habitación tomando aire a duras penas—... pero ¿cómo te atreves?!

Leo me agarró por los hombros mirándome preocupado.

—Tranquila, respira despacio.

Negué con la cabeza, me estaba dando un ataque de ansiedad, no era mi primera vez y sabía reconocerlo.

—Te traeré una bolsa —dijo, y asentí sentándome en el borde del colchón.

No tardó más de cinco segundos en regresar con una bolsa de papel, la sacudió con las manos para abrirla y me la puso sobre la boca.

—Respira.

Estuve quince minutos tratando de controlar la respiración. Leo a mí lado no dejaba de mirarme con gesto serio. Cuando al fin pude hablar me puse en pie.

—¿Estás ya bien?

—No —negué con la cabeza—, estoy muy lejos de estar bien, Leo. Me has llamado puta. —Arranqué a andar y él me siguió pegado a los talones.

—¿Te vas?

—Sí.

—Estás desnuda.

—Lo sé —dije abriendo la puerta y enfilándome hacia las escaleras.

No me molesté en ponerme las bragas ni las medias. Mientras bajaba escalones, me puse el vestido y, antes de salir a la calle, me calcé las botas. Leo, detrás de mí, trataba de convencerme para que no me fuera y hablásemos, pero yo no estaba para hablar. Necesitaba marcharme y aclararme la cabeza sola.

En cuanto abrí la puerta lo vi, un *paparazzi* apostado en el portal de enfrente esperando. Sacudí la cabeza molesta, ¿cómo narices habían dado con la dirección de Leo? Al verme levantó la vista y me apuntó con la cámara que llevaba colgada del hombro. Dios, ni me había peinado. Cuando esas fotos salieran a la luz, a saber con qué mote me apodarían esta vez.

Leo hizo su aparición estelar, él ni se había molestado en vestirse. A su cabello suelto, hecho una maraña leonina alrededor del rostro, y su barba desarreglada, había que añadir que iba casi en pelotas. Me detuve de golpe y lo empujé por los hombros hacia el portal, no quería que lo inmortalizaran en una foto con esas pintas, pero él se lo tomó como una agresión.

—¿¿Por qué me empujas?!

—No te empujo, imbécil, te estoy protegiendo —gruñí iracunda una vez en el vestíbulo—. No te das cuenta de nada, ya no eres solo Leo Alberó, ahora eres además mi puto novio y eso se paga... pero eso ya lo sabes bien tú, Leo, amor mío. Te has encargado de dejármelo muy claro antes. —Las lágrimas arrasaban mis mejillas enrojecidas por el cabreo monumental que me estaba azotando en ese momento—. Ahí fuera tienes a la maldita prensa

acechando. Ahora ya saben dónde vives.

—Malena, de verdad, escúchame.

—No puedo... estoy tan enfadada que soy incapaz de racionalizar nada.

Te pido que te quedes unos días en tu casa. Necesito estar sola. Y pensar.

—No hay nada que pensar.

—Al contrario, creo que tenemos muchas cosas que pensar.

EN LA PICOTA

LLEGUÉ A CASA hecha un mar de lágrimas sin llaves y sin dinero para pagar el taxi.

—¿Una mala noche, señorita? —me preguntó el taxista, asomando la cara por la ventanilla, en cuanto salí del vehículo.

—Se podría decir que sí. Si espera unos minutos, bajaré con el importe de la carrera.

—No se moleste, no todos los días conoce uno a un famoso.

—¿Me conoce?

—Mi mujer es adicta a los programas de cotilleo, usted es esa que llamaban loca, ¿cierto?

Asentí, disgustada.

—Tranquila, no me parece que lo sea.

—Gracias.

El hombre aceleró y sacó el brazo para despedirse. Toqué el telefonillo varias veces sin hallar respuesta, así que, cabreada, dejé mi dedo posado en el timbre un buen rato. Eran las once y media, ¿dónde narices estaba Andrea?

—¿Quién? —escuché la voz de mi amiga.

—Andrea, soy Malena, abre, por favor.

—¿Leo no tiene llaves?

—No preguntes y abre.

La puerta se accionó y yo entré con un nudo en la garganta de nuevo, viendo el reflejo de mi persona en el espejo del zaguán. Estaba horrible con esos pelos y el rímel corrido, seguramente la prensa se haría eco de aquello y volvería a formar parte de la jet desequilibrada del ámbito nacional.

El ascensor parecía subir más lento de lo habitual, pero es que tenía demasiadas ganas de refugiarme en mi casa y llorar a moco tendido. Cuando se abrieron las puertas automáticas, Andrea abrió la de nuestra casa envuelta

en una bata a medio anudar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, dejándome pasar y cerrando de golpe.

—Eso me gustaría saber a mí, ¿qué haces aún en la cama?

—Estaba...

—No —abrí los ojos al máximo—, ¿no te habrás tirado a Bruno por despecho?

—No, a Bruno no. Al final de la noche, vi que realmente no era un alma que quisiera explorar a fondo.

—¿Entonces?

Andrea se mordió el labio inferior y escuché la risa de Sara de fondo, ¿se estaba riendo sola?

—Creía que Sara no iba a seguir formando parte de tu vida. —Cuando acabé la frase oí otra voz familiar desde el interior de la habitación de Andrea.

—¿Ese es Marco?

Andrea solo asintió, divertida.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Qué pasa? No seas antigua, Malena. Cuando despaché a Bruno me encontré con estos dos. Iba a decirles cuatro cosas, pero se me ocurrió que quizá eso del poliamor había que probarlo y Marco es muy mono.

—No sé ni qué decir.

—No digas nada, ¿y a ti qué te pasa?

—Leo me ha llamado puta.

Andrea abrió la boca y se la tapó con la palma de la mano.

—¿Cómo?

Asentí.

—Será cabrón.

—Ya ves.

—¿Ha tenido la poca vergüenza de acostarse contigo y luego llamarte puta en la cara?

—No exactamente.

Mi amiga ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, me ha dicho que el hecho de que haya un contrato y que me paguen por salir con él corrompe nuestra relación.

Andrea se cogió la barbilla y dio una vuelta andando pensativa. Siempre lo hacía cuando necesitaba pensar.

—Vamos a sentarnos.

Asentí y me dirigí hacia el sofá.

—Sé que aún es pronto, pero voy a tomarme una cerveza, la necesito, tengo resaca y me la tengo que quitar de encima. ¿Quieres una?

Se la acepté y Andrea fue al frigorífico. Sacó dos botellines, los destapó y vino a sentarse a mi lado.

—Bebe y cuéntamelo todo.

Y lo hice, le di un trago, como si no hubiera un mañana, y empecé a contarle lo que había pasado desde que me fui del garito. Mi amiga me escuchó en silencio y luego se quedó largo y tendido callada, mientras yo sorbía cerveza sin parar.

—No creo que te haya llamado puta.

—Bueno, no sé —enterré la cabeza bajo mis manos—, después de oírle decir eso, me ha dado por pensar que es verdad. Me pagan por salir con él y me he acostado con él. Eso no está bien. No he sabido diferenciar lo profesional de lo personal y me he acabado enamorando de él. Me he dejado llevar por los sentimientos. Soy una persona. Tengo sentimientos... — Empecé a llorar de nuevo.

—Nadie dice que no los tengas, Malena. —Andrea me limpió las lágrimas con la mano.

—No me encuentro bien, Andrea. Antes en su casa he tenido un ataque de ansiedad. Y encima la prensa está acosándonos. He vuelto a entrar de lleno en la vorágine del cotilleo y no me gusta —comencé a respirar acelerada—. No creo que pueda soportarlo. Es mucha presión y... y... —La habitación empezó a girar a mi alrededor.

—Respira, Malena, respira. —Andrea me miró preocupada.

Negué con la cabeza.

—Vale, voy a por una bolsa y en cuanto te recuperes nos vamos al médico.

Asentí, tratando de pausar la respiración.

Sara y Marco salieron de la habitación de Andrea, medio vistiéndose y riendo y al verme en aquel estado se acercaron.

—¿Estás bien, Malena? —Sarita me puso la mano en el hombro.

Desde la cocina, Andrea bramó:

—¡¡Dejadla en paz, no la agobiéis!! ¡¿Dónde están las putas bolsas?!

Marco fue corriendo a la habitación de su hermano y al poco volvió con una bolsa de Alimentación Paquita, me la ofreció.

—Toma, Malena.

—¿Para qué es esa bolsa? —preguntó Sara.

—¡¡Esa no vale!! —gritó Andrea fuera de sí revolviendo un cajón—. Tiene que ser de papel.

—Yo tengo una de Zara —dijo Sarita y salió hincando.

Y allí estaba yo, observando a esa panda de inútiles, mientras mi respiración volvía a la normalidad por sí sola.

—Ya estoy mejor —dije para tranquilizarlos.

Andrea volvió a mi lado y me cogió las manos.

—¿Mejor?

Asentí en silencio

—A ver si va a ser verdad lo que dicen de ella —comentó Sara, sentándose en el suelo, observándome como si yo fuera un bicho raro.

—¿Qué dicen? —quiso saber Marco imitando su gesto.

—Que está loca —susurró.

—Te he oído, imbécil —gruñí dirigiéndole la mirada más homicida de mi repertorio.

—No digas tonterías, Sara —dijo Andrea mirándola con el ceño fruncido—. Solo es un ataque de ansiedad, le pasa a mucha gente en situaciones de estrés.

—Bueno —dije levantándome—, creo que voy a echarme un rato. Estoy agotada.

—Claro. —Andrea se puso en pie y me envolvió la cintura con el brazo.

—Puedo ir sola.

—Ese es el efecto de los Alberó, dejamos a las tías para el arrastre. —Marcó estalló en una carcajada que me recordó tanto a la de Leo que quise estrangularlo allí mismo.

—¿Por qué no te callas un poco, idiota? —Andrea le reprendió.

—¿Qué he dicho?

—¡Cállate ya! —le ordenó—. Oye, ¿por qué no os dais una vueltecita los dos y no volvéis hasta que se ponga el sol en Suecia?

MALDITO LEO

VAMOS A VER, si digo que estaba bien, miento como una bellaca. El domingo me metí en mi habitación y no salí hasta el martes a media tarde, cuando Andrea me obligó a ducharme, amenazándome con que, si no lo hacía, llamaría a Sanidad para que me fumigaran con un chorro a presión como a los criminales en las cárceles americanas.

—¿Te ha dicho algo?

—No.

—¿Y a mí me ha dicho algo? —Le había dejado mi móvil en depósito para que nadie me molestara.

—No, pero Carlos Jefe te ha enviado un mensaje esta mañana.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Me has gruñido, me daba miedo entrar en tus confines ermitaños.

—Dame el móvil. —Extendí la mano.

—No, hasta que te duches. Las guarras no tienen derecho a wifi.

Estreché los ojos.

—Usaré mis datos.

—Dúchate primero, cerda.

Me arrastré hasta mi habitación para proveerme de ropa limpia y me di esa ducha, que mi cuerpo y cabello clamaban a gritos desesperados. Cuando salí de allí, con un vestido camisero negro con topitos blancos y los labios pintados de rojo, me sentía mucho mejor, y frente a una taza de café fui capaz al fin de coger el móvil y enfrentarme de nuevo a mi esperpéntica vida.

—¿Qué dice? —Andrea no me quitaba el ojo de encima.

—Que quiere hablar conmigo. Me ha pedido que me pase por Century —respondí, dándole vueltas al móvil con las manos.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario, pero me temo que no tiene nada bueno que decirme.

Andrea desvió la mirada hacia la ventana y le faltó silbar. Supe que ella sabía algo.

—Oye, ha salido ya algo, ¿verdad?

—¿Eh...? Sí, y tengo que decirte que tu hombre está muy potente en pelotas.

—Leo no es mi hombre. ¿Y dónde?

—Yo creo que sí lo es, y en *Dimes y Diretes* ayer.

—Odio a Felicia.

—Es un carcamal, pero las marujas la adoran.

Resoplé concentrada en mi café.

—¿Cómo lo he hecho tan mal, Andrea? ¿Cómo se me ocurrió pensar que aceptar ese trabajo era una buena idea?

—Lo hiciste por mantener esa independencia que tanto esfuerzo te ha supuesto y tanto sufrimiento te ha ocasionado. Era dinero fácil. Y yo te lo agradezco, en parte, me siento culpable. Si no me hubiera liado con Sara, mi padre no me hubiera cerrado el grifo.

—Tú no tienes la culpa de nada, yo vivo aquí de prestado y ya sabes que haría por ti cualquier cosa.

Andrea ladeó la cabeza y sonrió.

—Pues ahí tienes tu respuesta. El problema es que no contábamos con tus ganas locas de enamorarte por una puta vez en tu vida —dijo riendo.

—Quién me lo iba a decir a mí. Maldito Leo.

—Sí, maldito, pero bien que te gustó que te metiera el trabuco atravesado.

—No seas soez.

—Soy como soy y si no te gusta —me cucó el ojo— ahí tienes la puerta.

No podía demorarlo más, tenía que salir pisando fuerte, sabiendo que me estaban esperando tras el espectáculo que habíamos montado en la calle de Leo. ¿Lo sabría él? ¿Sabría que se había metido de lleno en un circo y que, de pronto, se había convertido en el payaso oficial? Odiaba mi antigua vida y ahora volvía a estar muy presente.

Me personé en el despacho de Carlos, haciendo gala de mi mejor sonrisa, pese a que sabía que me iba a caer la del quince.

—Hola, Carlos.

—Hombre, hola, la desaparecida en combate —dijo, señalando una silla para que me sentara—. Dime qué está pasando.

—¿Y qué está pasando? —me hice la tonta.

—Lo sabes perfectamente. ¿Por qué mi chico ha salido en varios medios de prensa y televisión en calzoncillos?

—Nos peleamos.

—Eso ya lo sé, creo que el titular decía algo así como «Malena y su novio Leo se pelean en la calle tras una intensa noche de amor».

—¿Ah, sí?

—No te hagas la tonta conmigo, lo sabes perfectamente.

—No me hago la tonta, solo es que no he estado pendiente de los cotilleos.

—¿Por qué estabas en su casa?

—Pasé la noche allí.

—¿Y por qué Leo iba desnudo?

—No se había vestido.

—¿Os habéis acostado?

—Eso no te importa.

—Me importa y mucho. El contrato suponía hacerse pasar por su novia, no serlo. No había ninguna cláusula en la que se dijera que tenías que acostarte con él.

—Tampoco había ninguna en la que se dijera que no lo hiciera.

—La has jodido, Malena, pero bien. Se pretendía dotar a Leo de glamur no en convertirlo en el hazmerreír nacional —levantó la voz.

Bajé la cabeza, avergonzada.

—Sabes que esto se olvidará en tres días, hasta que encuentren otro personaje al que destrozar la vida —quise quitarle importancia, pero él negó con la cabeza y luego respiró fuerte, mirándome fijamente como un toro a punto de embestir—. Lo siento, me hago cargo de que no he actuado correctamente, pero no pude evitarlo, Carlos, de verdad —me excusé.

Mi jefe estrechó los ojos y dibujó una media sonrisa de lado.

—Ya, entiendo.

—Quiero romper el contrato.

—¿Qué? —Abrió sus fríos ojos azules de par en par.

—Lo que oyes, no quiero seguir, aún estáis a tiempo de salvar su imagen, podéis buscarle otra novia hasta la presentación. Devolveré la cantidad que me pagasteis. No quiero nada. Soy consecuente con que no he cumplido mi parte.

Carlos se echó hacia atrás y se pasó los dedos por el cabello.

—Lo que me parece es que la has cumplido más allá de tu verdadero cometido.

Tuve que morderme la lengua, tenía bastante razón en lo que decía.

—¿Y bien? —insistí.

—Si lo rompes tendrás que pagar la indemnización.

—Carlos, no puedo pagar esa barbaridad y lo sabes. Por favor, no me hagas esto.

—Haberlo pensado antes de bajarte las bragas.

—Pero ¡cómo te atreves?!

Se encogió de hombros por toda respuesta.

—Siempre he sabido que eras un cabrón.

—Y yo que eras medio tonta, lo que no sabía era que hasta en eso te ibas a superar. —Cerró los puños y se tensó.

—No me gustaría rebajarme a ser una persona como tú, pero tendremos que llegar a un acuerdo si no quieres que le cuente a Esther a qué dedicas media jornada laboral.

Me sentí bastante rastrera tras soltar aquella bomba, pero siempre he creído que donde fueres haz lo que vieres, y, dadas las circunstancias, no me quedaba otra baza que jugar.

—No tienes pruebas de eso. —Se rio.

—Os vi en la fiesta de Felicia, no tengo una Cannon pero sí un iPhone que hace muy buenas fotos. Creo que no soy la única que se baja la ropa interior. —Saqué mi teléfono y se lo enseñé, encendiendo hábilmente el grabador de sonidos.

—¿Nos viste? No puede ser, no vi entrar a nadie en la sala de juntas del hotel.

—Vas a tener que replantearte qué hacer conmigo o tendré que contarle a tu mujer con qué clase de hombre está casada. La empresa se hace eco de lo que hacéis en el archivo, todos estamos expuestos en esta vida, pero tú te juegas mucho más... —chasqué la lengua contra el paladar—... sé que el padre de tu mujer es socio mayoritario de Century. Yo también sé informarme bien.

—Natalia no significa nada para mí, esa mujer me provoca y soy débil. —Se echó las manos a la cabeza.

—No me importan los motivos de tus infidelidades, y, por cierto, no os vi, pero creo que el más tonto de esta sala ahora eres tú.

—Entonces no tienes pruebas.

Paré la grabadora y envié el archivo de audio a Andrea rápidamente, no podía arriesgarme a que me arrebatara el móvil y perder su confesión.

—Mejor di que no las tenía. Lo tengo todo aquí grabado y lo acabo de enviar a una persona, que también estará muy interesada en descubrirte si no nos dejas libres y te olvidas de esa indemnización, y ya de paso... ¿por qué no? —le guiñé el ojo— del dinero que nos has pagado.

—Eres una zorra.

—Sí, es posible, pero he tenido un buen maestro. Puedes estar orgulloso, Carlos.

EL KARMA NO ESTÁ DE MI LADO

NO TENÍA INTENCIÓN de salir de casa en un mes, hasta que las aguas recobrarán la calma y, de nuevo, los malditos se hubieran olvidado de mi persona. Lo conseguí hasta el jueves, pero mi cuerpo, acostumbrado al ejercicio, me pedía marcha, y tuve que satisfacerlo.

Me vestí con un equipaje deportivo y salí a la calle. Conforme puse un pie en la acera, una reportera se me acercó para hacerme unas preguntas. Le giré la cara y decidí que era un buen momento para empezar a correr. Salí pitando de allí, con la respiración a medio gas, por la ira que me consumía. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? ¿Por qué había dicho que sí? ¿Por qué me había tenido que pillar por él? Estaba enfurecida y rabiosa conmigo misma.

Pero la carrera, como siempre, obtuvo sus frutos: en cuanto mi cuerpo se cargó de endorfinas, empecé a sentirme mejor y el aire frío en contra me despejaba la mente y dispersaba mis pensamientos que, como siempre, estaban muy encaminados a Leo. Le echaba de menos, no diré que no, pero estaba henchida de orgullo y amor propio, me había insultado a su manera, por mucho que Andrea dijera que no.

En cuanto pasé por delante de la Fuente de la Alcachofa, me acordé de él. En lo bien que lo habíamos pasado juntos planeándolo todo, compartiendo cafés a media tarde en el sofá, tomándonos cervezas de cara a la noche en la isla de la cocina, bailando y riéndonos de todos en el evento de Felicia, en la noche del concierto, en su voz proyectada hacia mí, en sus manos sobre mi piel, en su boca sobre mi boca, en su... quería dejar de pensar, quería, quería, pero no podía evitarlo, lo tenía dentro de la cabeza clavado como una estaca, y entonces me acordé de la nueva pintura de Andrea, que andaba terminando por esos días, y en esas estacas que se clavaban en el supuesto Leo y comprendí su significado. Andrea, en su sabiduría intrínseca, nos había calado a los dos mucho antes de que nosotros fuéramos conscientes de que

algo tan estúpido como el amor nos estaba acechando de cerca.

Seguí corriendo, como si el tiempo me debiera una deuda, y llegué a casa prácticamente exhausta.

—¿Qué haces por aquí? —dije al ver a Robe en el portal a punto de llamar al timbre.

—He venido a verte. Me he enterado de que lo del contrato se ha cancelado.

—No sé cómo te has enterado de eso, pero no me apetece mucho hablar de ello.

—No vengo a hablar de eso, Malena.

—¿Y de qué quieres hablar entonces?

—Puedo subir y te cuento... Ahí hay un *paparazzi* —hizo un ademán con la cabeza—. No tenía ni idea de que fueras tan importante.

—¡Es que no lo soy! Solo soy una chica de veintinueve años con la mala suerte de tener los apellidos Altamira de Boscos.

La casa nos recibió en silencio, por fortuna, todos sus habitantes: Andrea, Sara y Marco, que había decidido instalarse muy a mi pesar en el dormitorio de Leo, se habían marchado. Olía a café y a seguridad.

—Pasa y siéntate mientras me ducho, serán cinco minutos. ¿Quieres café o un refresco?

Me aceptó el refresco y se lo llevé al sofá, encendí la televisión y me fui dejándomelo allí solo.

Cuando volví ya no estaba solo, Sara estaba a su lado, dándole conversación con carita de tonta. A ella eso del poliamor le iba mucho.

—Hola, Sara —la saludé de mala gana. No podíamos hablar delante de ella—. Qué pronto has vuelto.

—Han cancelado las prácticas y me he venido a casa. Estaba hablando con tu amigo Robe. —Se rio mirándolo coquetuela.

—Ya veo que os habéis presentado.

—Malena, ¿podemos hablar? —intervino él.

—Sí, claro —respondí lanzándole una mirada de soslayo a Sara que Robe supo interpretar.

—¿Vamos a tu habitación? —me propuso él y Sarita levantó las cejitas.

Asentí y él se puso en pie a la vez que se despedía de Sara.

—¿A qué has venido exactamente? —le pregunté en cuanto cerramos la puerta.

—Malena, te he echado de menos. —Se acercó a mí con la intención de

besarme.

—Para el carro. —Puse las manos en su pecho para detenerlo.

—También quería disculparme contigo. Malena—se mesó el cabello—, fui yo quien le dio toda la información de tu vida a Carlos.

Abrí los ojos impactada.

—Nunca lo hubiera imaginado, pero tampoco me sorprende.

—Sé que te puedo parecer un desalmado o quizá un aprovechado, pero me equivoqué. Todas las veces que te he visto con ese tío en la prensa me he vuelto loco. No creía que pudiera enamorarme jamás en tan poco tiempo de alguien, pero creo que tú has conseguido que te vea más allá de un polvo esporádico.

Bajé la vista, evitando sus ojos mientras pensaba en mis próximas palabras. Cuando las tuve claras, volví a mirarlo.

—Me halagas, pero yo no te quiero, Robe, y creo que tampoco te quise cuando tenía catorce años. Eras aquello que no puedes tener y anhelas con todas tus fuerzas, pero no era amor. Amor es otra cosa y está lejos de ser lo que sentí y he sentido contigo.

—Me duelen tus palabras.

—Y a mí me duele que te duelan, pero es así. No voy a fingir nunca más algo que no sienta o no sea. Esa Malena murió hace muchos meses y el reto de Carlos, por fuerza mayor, me ha recordado quién soy y lo que quiero... Y quiero a Leo.

—¿Le quieres?

—Sí, aunque no esté pasando el mejor momento de mi vida con él y nos hayamos separado.

—Resulta curioso que haya sido partícipe de esa farsa y que ahora se esté volviendo en mi contra.

—Será por el karma. Pero no sufras, tampoco está de mi lado.

Roberto se quedó poco más después de decirle que no le quería y que, en realidad, ni siquiera me gustaba. Me pidió un abrazo y que lo perdonara por contarle a Carlos cosas sobre mi vida. Me vino a la cabeza entonces aquella conversación entre Carlos y Natalia en el archivo. Roberto debía ser el amigo de un amigo de un amigo de la familia que le había dado la información a la arpía. Qué cabrón.

Abrí la puerta de mi habitación y le invité a que se fuera, no me apetecía seguir gozando de aquella inesperada visita, pero el corazón me dio un vuelco cuando me encontré de frente con Leo parado junto a mi puerta. En el salón

no había ni rastro de Sara.

Ninguno de los dos dijo nada, Roberto se despidió de mí y Leo observó en silencio cómo se iba.

—No es lo que parece —dije allí parada también con un nudo en el estómago.

—¿No, y qué es entonces?

—Es un buen amigo que ha venido porque estaba preocupado por mí.

—¿Y te ha consolado bien, Malena?

—¿En serio no te crees que entre él y yo no ha pasado nada? ¿Por quién me tomas? De nuevo tienes la poca vergüenza de llamarme puta. —La actitud de Leo me estaba enfadando.

—Yo no te llamé eso, hablé del contrato que había entre tú y yo y de lo mucho que me jode que sea así. No supiste entender mis palabras, eso no es culpa mía.

—Encima ahora también me estás llamando tonta. Leo, será mejor que te vayas. Recoge tus cosas y lárgate, no quiero volver a verte jamás.

—¿Estás segura? Te recuerdo que el contrato sigue vigente, podrías tener problemas.

Estaba tan cabreada con Leo, que ni siquiera me pregunté entonces si no estaba al tanto de que el contrato se había hecho trizas y salido volando por la ventana del despacho de Century. Solo metafóricamente, esas ventanas eran antisuicidio.

—Posiblemente, pero me sé cuidar solita y, como bien dices, podría tener problemas, pero serán míos y no tuyos.

—Pero Malena, yo venía a intentar solucionar las cosas. Siento haber malinterpretado la visita de ese chico, pero Sara me ha dicho que llevabais un rato en la habitación y ha soltado una de sus risitas. ¿Qué querías que pensara? Lo siento.

—No quiero que pienses nada y menos que des credibilidad a las chorradas de Sara. ¿A que no te ha contado que han montado un *ménage à trois* con Marco? Eso hubiera sido mucho más de tu incumbencia, dado que se trata de tu hermano.

Nos quedamos callados, mirándonos. Fue él quien rompió el silencio.

—Me hago cargo, y no ha hecho falta, me lo ha contado él mismo.

—Me alegro, ¿y sabes lo que yo siento de verdad? —Cogí aire—. Siento haberme enamorado de ti, ha sido un verdadero error.

Leo no dijo nada más, me miró fijamente por unos segundos antes de

encerrarse en su habitación. Al poco salió y se fue del piso dando un portazo, que pude escuchar desde mi cama, donde estaba llorando a moco tendido. No tenía ganas de hacer nada más, estaba tan enfadada con él y conmigo misma.

MISERY & CO.

ANDREA ME ENCONTRÓ tal cual me había quedado cuando Leo se fue, solo que dormida sobre la almohada empapada de mis propias lágrimas. Me despertó tocándome suavemente el hombro.

—Malena, ¿estás bien? —susurró.

Moví la cabeza sin despegar la nariz de la almohada.

—Ya sé que Robe y Leo han estado aquí. ¿Todo bien con ellos?

Moví de nuevo la cabeza y otra vez las lágrimas anegaron mis ojos.

—¿No quieres hablar?

Volví el rostro hacia ella y asentí.

—Sí, pero ahora mismo la situación me supera. No sé cómo volver a encauzar mi vida. Estoy sin trabajo y tengo el corazón roto —respondí expirando puro melodrama.

—Aún tenemos el dinero del contrato. Hiciste muy bien en chantajear a ese impresentable, que se joda.

—No, no pienso quedarme ese dinero y tú tampoco. Eso estaría en contra de todo lo que creo, además, lo que siento por Leo es de verdad y que algo así esté manchado por un puñado de billetes resulta asqueroso.

—Pero yo no estoy enamorada de Leo —dijo con cara de niña enfurruñada y yo la reprendí con la mirada—. Está bien, ¿y cómo piensas devolverlo?

—Mandaré un cheque, dejaré una maleta en la puerta del despacho de Carlos, no lo sé, ya se me ocurrirá algo.

—¿Y por qué lloras, entonces?

—Por lo que ha pasado con Leo.

—Malena, lo que ha pasado con Leo es un malentendido y creo que has exagerado las cosas, tal y como pasa en esos libros románticos que lees. —Volteó lo ojos.

—¿Y cómo sabes qué pone en esos libros? —Aquello me intrigó, ver a Andrea con un libro era comparable a ver a un vampiro zampándose una ensalada a pleno sol.

—He leído a Lisa Novak.

—¿En serio? —La miré alucinando por momentos.

—Sí, Leo es un tío cojonudo y vi uno de sus libros en la encimera de la cocina. Y he de decir que es realmente bueno, no sé si tanto como su hermano en la cama, pero ese hombre tiene que llevar cosas muy bonitas dentro. No puede salir nada malo de alguien que escribe frases como: «Detesto cada kilómetro, cada metro, cada centímetro y cada milímetro que me separa de ti».

—Eso pensé yo cuando leí lo que escribía.

—Y esa frase define exactamente lo que está detestando en este momento y, amiga, tú también. Guarda ese orgullo de loca que tienes y ve a por ese hombre que aporrea el bajo de la misma manera que te aporrea el bajo a ti. — Andrea comenzó a reír con su ocurrencia y me contagió la risa.

—¿Sabes?, tienes razón, aunque todavía no entiendo por qué mencionó aquello del contrato.

—Pues ve a comprobarlo, lávate esa cara, péinate el flequillo y ve a su casa como Sheila fue a buscar a Paul por toda la estación de trenes de St. Pancras Internacional.

—Te ha afectado ese libro, creo que deberías mirártelo, tú no eres así. — Toqué la frente de mi amiga para ver si tenía fiebre.

—Leo nos ha cambiado un poco a todas, ese hombre tiene algo, algo que tú has sabido alcanzar. No puedes cagarla más, Malena, te mereces ser feliz. —Me acarició la cara.

—Gracias. Voy a ducharme y ponerme algo bonito y me planto en su casa por sorpresa.

—Estoy pensando que mejor no vayas tú a por él.

—¿No?

—No, déjame hacer algo por vosotros, quiero ser el hada madrina de este cuento tan estupendo como el amor.

—Me das miedo —recelé, conociéndola podría planear cualquier locura.

—No temas, campanilla, pronto te reunirás con él.

Andrea me hizo sufrir tres días, tres largos e intensos días en los que me comí

medio Alimentación Paquita. Le rogué que me dejara ir a por Leo y se dejara de historias, pero insistió en que debía esperar y que todo sería perfecto. La escuchaba hablar a escondidas por teléfono mientras portaba una carpeta a lo *wedding planner*, estaba como poseída por el romanticismo. Incluso la escuché decir algún: «Gracias, querida» a alguien por teléfono.

—Andrea, te exijo que me digas algo, me estoy quedando sin uñas y la lorza abdominal amenaza con aflorar.

—Mañana es el gran día, esta noche debes descansar y ponerte algo para eliminar esas bolsas negras de debajo de tus ojos.

—Pero adelántame algo, te lo pido por favor.

—No.

—Eres mala.

—Y perversa, lo sé, pero no te diré nada. Bueno, sí, una cosa. Haz la maleta y mete ropa de abrigo.

—¿Que haga qué?

—La maleta, esa cosa que se usa para ir de viaje. Te he comprado una caja de veinticuatro condones, la tienes en la mesilla, no olvides meterla.

—Pero ¿de viaje a dónde?

—A un lugar mágico, un lugar donde el amor no conoce de distancias. — Andrea suspiró y miró al cielo con las manos sobre el pecho.

—¿Y cómo narices vamos a pagar ese viaje que has organizado? ¿Se te ha ido la olla?

—He utilizado el dinero de Century.

—Te dije que lo íbamos a devolver.

—El del primer mes, no, ¿acaso no ha vivido aquí Leo todo ese tiempo? —Puso los brazos en jarras y me miró esperando una respuesta afirmativa por mi parte.

—Bueno, visto así.

—Pues no se hable más, mañana te vas a costa de Carlos a recuperar lo que te ha quitado, la dignidad.

Esa noche no pegué ojo, Andrea se cercioró de que hacía la maleta correctamente y metía la dichosa caja de condones. Luego me dijo que me metiera en la cama, que a las ocho tenía que estar en el aeropuerto y, además, espléndida, espléndida. Le pregunté si volaría con Leo, la idea de reencontrarme con él me tenía loca, deseaba tanto verlo, pero mi gozo se vio

en un pozo cuando me dijo que él estaría allí antes que yo.

¿Dónde narices nos mandaba esta mujer? Después de leerme unos pasajes del libro de Leo, me arrojó y me besó en la frente, descolocándome del todo. Andrea había perdido la cabeza totalmente, pero no la culpo, Leo tenía una capacidad innata de transmitir cosas maravillosas con su escritura y Andrea había sido víctima de ello.

—¡Arriba, arriba, que no llegamos! —gritó, abriendo las cortinas de mi habitación y aporreando un silbato de su época de entrenadora de fútbol femenino.

—Para de silbar, me estás rompiendo los tímpanos.

—Levántate ya, quejica, hoy te vas a reencontrar con el amor de tu vida.

Me desperecé y empecé a ser consciente de que aquello era una realidad y que todo lo que había estado planeando mi amiga no era un sueño producido por la ingesta masiva de azúcares y grasas transgénicas.

—¿Leo sabe que me va a ver? —pregunté esperanzada de que él estuviera al corriente y no saliera despavorido al verme aparecer.

—Leo sabe lo mismo que tú y también tiene muchas ganas de verte. Una sorpresa como la que os he preparado se hace bien o no se hace. Quizá me haga organizadora de eventos.

—Pero ¿no querías probar con la escritura?

—Eso se lo dejo a tu hombre. Además, he conocido a una agente de viajes encantadora.

—¿Es a la que le dices «querida»?

—Sí, es que es muy refinada, tiene cuarenta años y unas piernas a lo Tina Turner espectaculares.

—¿Y Sara y Marco?

—Bueno, Claudia es un proyecto, no sé si entiendes, ¿me entiendes?

Solo asentí, Andrea siempre había sido así, loca, inesperada e impulsiva, pero tenía una generosidad y un altruismo en sus venas que tenía que aceptarla fuera como fuese.

Para cuando salí de la ducha, Andrea me había preparado un café en un termo para llevar y me tendió una miniensaimada en una servilleta. La maleta me esperaba en la puerta y me ayudó a ponerme el abrigo.

—¿Preparada?

—No me queda otro remedio. —Mordí la ensaimada con ganas, la ansiedad me podía.

—¿Quieres saber a dónde te envío?

Abrí mucho los ojos.

—Síii.

—Pues no, lo verás cuando lleguemos a Barajas.

—Me vengaré por esto y lo sabes.

—No, me amarás por esto y pedirás a Gallardón que me haga una estatua en una plaza.

—Ese señor ya no es el alcalde de Madrid, ¿lo sabías?

—Lo sé, pero es un *influencer*.

—¿Gallardón? —Arqueé las cejas, escéptica.

—Totalmente, no sabes ese dicho del toto pelón y las cejas de Gallardón.

—Eso te lo acabas de inventar —dije alucinada con la capacidad mental de Andrea para decir cosas absurdas como si fueran un decreto ley.

—Puede, ¿pero a que te ha dado que pensar? —Me golpeó con el índice la sien—. Venga, dejémonos de cháchara que el taxi nos está esperando.

Efectivamente, el taxi estaba en la calle esperando para llevarnos al aeropuerto. Durante el trayecto, Andrea me fue explicando cosas que debía hacer al llegar a mi destino, aún desconocido para mí.

—Toma este cartel. —Sacó una cartulina con mi nombre escrito—. Cuando salgas, llévalo contigo, alguien irá a recogerte y a llevarte a tu destino.

—¿Con un desconocido?

—Es un profesional, Claudia me ha ayudado a organizarlo todo, te dejará exactamente en un punto en concreto y te entregará un sobre con una pista para encontrar a Leo.

—Todo esto me parece una locura y no es muy común. —Miré a Andrea con gesto preocupado.

—Nadie quiere enamorarse de lo común, Malena. Déjate llevar y disfruta, ¿lo harás?

—Lo haré.

Debía hacerlo, Andrea se había tomado muchas molestias en organizar todo aquello, un tanto exagerado, por una parte, pero seguro que la aventura merecería la pena.

Por fin llegamos al aeropuerto, me ofrecí a pagar la carrera del taxi pero Andrea se opuso, incluso cogió mi maleta y mi mano para que fuera con ella hasta la cola de control de pasajeros.

—Bueno, mi parte termina aquí. Ten, esta es tu tarjeta de embarque y un billete abierto de vuelta, vosotros decidís cuándo volver.

—Pero, Andrea...

—Calla, no digas nada y mira adónde te vas.

Abrí el sobre con las manos temblorosas, sentía miedo y emoción.

—¿De verdad? —dije tras leer el destino del vuelo.

—De verdad, sé que te gusta mucho esa ciudad y el lugar donde te vas a encontrar a Leo tiene mucho que ver con vosotros.

—Gracias, de verdad. Te debo tanto. —Las lágrimas se apoderaron de mis ojos y abracé a mi amiga.

—No me debes nada. Solo el hecho de verte feliz y haber contribuido a ello me hace tremendamente feliz a mí. Te lo mereces, Malena.

Los altavoces anunciaron mi vuelo.

—Date prisa, aún tienen que cachearte.

—Gracias, Andrea. Te llamaré pase lo que pase.

—Más te vale. —Me dio un empujón en el culo y me metió en la cola mientras me decía adiós con la mano.

El vuelo de dos horas y media fue agradable y tranquilo por el tráfico aéreo, pero intensamente turbulento en mis carnes. Los nervios no me dejaron disfrutar de la película que proyectaron ni de la música que me había preparado en el iPod. El aterrizaje aumentó mi ansiedad y descubrí en el bolsillo de mi chaqueta una bolsa de papel, con un *pos-it* de Andrea con una frase de ánimo. Aquello me hizo tanta gracia que la risa me ayudó a superar esa crisis y salir airosa sin llamar la atención con aquella bolsa.

Recorrí a paso acelerado la manga hasta pisar el suelo firme de la terminal, siguiendo las flechas que me llevarían a ese lugar mágico que me había dicho Andrea.

En cuanto divisé las puertas automáticas, que daban salida a los pasajeros recién llegados, saqué el cartel con mi nombre y comencé a andar algo más lenta, hasta que crucé aquella barrera corrediza de cristal.

Enseguida localicé a un señor con gorra de policía, pero sin placa, y abrigo tres cuartos negros que se acercaba a mí con paso decidido. Supuse que era el chofer contratado por la agencia de Claudia.

—Señorita Altamira, bienvenida a Londres. ¿Me permite su maleta? — Aquel acento inglés tan refinado no lo había oído ni en el *college*.

—Sí, gracias.

—Mi nombre es Charles, seré su chófer. No debe preocuparse por nada.

—¿Dónde vamos? —Me dispuse a seguirlo.

—No puedo decírselo, pero es un lugar encantador.

No dije nada más, seguí a Charles hasta un Roll Royce Phantom de 1.690 y me acomodé en la parte trasera. Charles condujo con calma y deseaba poder pedirle que le diera brío al acelerador o me iba a quedar sin yemas en los dedos del nervio que tenía encima. No hacía más que restregar mis dedos por el pantalón, llevándome el tinte de los vaqueros con ellos mientras veía pasar la ciudad ante mis ojos a través de la ventanilla.

A los veinte minutos de haber salido de Heathrow, empecé a reconocer la zona en la que nos encontrábamos, había ido muchas veces a Londres y conocía muchos lugares como la palma de mi mano. Estábamos en Pancras Square, cerca de la estación de trenes que Leo describió en su libro, el libro del cual Andrea se había enamorado.

—¿Charles, vamos a la estación St. Pancras? —le pregunté esperando que la respuesta fuera afirmativa.

—Efectivamente, señorita Altamira.

—Puede dejarme ya aquí, quiero bajar.

—Pero debo acompañarla y darle un sobre.

—No, no hace falta, sé llegar sola y también sé dónde quiere Andrea que me encuentre con Leo.

—Señorita, insisto.

—¡Charles, pare el coche! —grité, necesitaba bajar y respirar aire fresco, y Charles hizo lo propio de un caballero inglés. Detuvo el coche y apeándose primero, después abrió mi puerta, luego sacó mi maleta y me la entregó.

—Gracias, ha sido muy amable.

—No se merecen, es mi trabajo.

—Aun así, gracias.

—Le deseo mucha suerte, señorita Altamira, aunque sé que no la necesita. —Me sonrió y saludando, como los militares por encima de la visera, volvió a entrar en el coche y se marchó.

La estación estaba abarrotada de gente, eran las doce del mediodía y los londinenses andaban apresurados en pos de sus destinos. Iba buscando como loca la estatua central de la estación, intuía que Andrea habría elegido ese lugar porque aquellas personas inmortalizadas de bronce habían permanecido allí mucho tiempo en un abrazo eterno, como Paul y Sheila.

Me choqué con varias personas, atropellé varios pies con mi *minitrolley* y, por fin, vi entre la gente aquel monumento al amor. Suspiré

emocionándome. Cada vez estaba más cerca, andaba despacio, enfocando con la mirada imágenes cada vez más nítidas de lo que había a su alrededor y entonces lo vi. Vi a Leo. Con toda su pinta de macarra, vestido de negro de la cabeza a los pies, el cabello recogido en un moño pequeño como el día del evento y su barba impenetrable arreglada. Estaba inmejorable. Apoyado en una esquina del pedestal de mármol, que sostenía a aquellos enamorados estáticos, miraba al suelo ensimismado en algún pensamiento. Temblé de emoción y el corazón empezó a latirme más fuerte.

Me quedé parada, presa de los nervios y con el alma en un puño. Leo estaba allí, seguramente tan expectante como yo, aunque no se le notara, parecía tranquilo, seguro y deseoso de encontrarse conmigo. Andrea me había comentado que sabía que el fin de aquel viaje era verme, pero no sabía si me había dicho la verdad. El pánico se apoderó de mí, hasta que segundos más tarde, Leo alzó la mirada y en un recorrido lento a su alrededor, nuestros ojos se unieron provocando en él una sonrisa amplia y sincera que hizo temblar el suelo bajo mis pies.

LOVE STORY

CORRÍ HASTA ÉL, sin soltar la maleta, que iba dando tumbos detrás de mí. En el último momento, la solté y me lancé a sus brazos, subiéndome a su cuerpo, abrazándolo con las piernas y los brazos, precipitándonos en un beso desesperado. Leo abrió sus brazos para recibirme y me apretó fuerte contra su cuerpo, mientras recibía mi beso a corazón abierto. Aquello no solo eran lenguas jugando y saliva encontrándose, eran almas escapando de nuestros cuerpos y refugiándose voraces en su nuevo hogar.

No podíamos dejar de besarnos, tan pronto uno se distanciaba un poco para decir algo, el otro volvía a la carga, eternizando un beso que empezaba a resultar demasiado salvaje para tener lugar en público.

Cuando por fin conseguimos separar los labios, Leo me miró y luego miró a los lados y me dirigió una sonrisa que podría partirle la cara en dos.

—Creo que nos hemos pasado. —Se rio por lo bajo, bajando la mirada.

—Me da igual. Aquí no me conoce nadie.

—Malena, Malena, no me vuelvas a pedir que me separe de ti porque me moriré —susurró entre mi cabello.

—No, me moriré yo —le respondí fundiéndome en su boca de nuevo. Tenía una necesidad real de Leo, como beber, como comer, si no le tenía mi alma estaría muerta por siempre.

¿En qué momento mi vida se había convertido en una novela romántica? ¿Yo diciendo esas cosas? Pero, qué carajo, quería dejarme llevar, hablar sin miedo, soltar todo lo que llevaba dentro, y lejos de avergonzarme, me sentía libre de hacerlo. Con Leo era así. Pura emoción. Puro sentimiento.

—Leo, ¿me perdonas? He sido muy imbécil.

—Amar significa no tener que decir nunca lo siento.

—Eso es de una peli —le recriminé sin pensar mucho.

—Sí, de *Love Story* —se rio—. Un buen libro, todo sea dicho.

—Sí, pero con un terrible final.

Se encogió de hombros y suspiró.

—La vida es lo que es, efímera y realmente corta. Por eso hay que vivirla con intensidad y no perder el tiempo en cosas insustanciales. Yo solo quiero ser feliz los días que tenga que vivir, y quiero que sean contigo, Malena. Tú me haces feliz y sé que yo puedo hacerte feliz a ti. Solo quiero estar contigo para siempre y que seamos felices.

—Y yo —dije, sintiéndome la mujer más dichosa sobre la faz de la tierra.

—Lo supe desde que te vi.

Alcé una ceja, burlona.

—Sí, claro, en el ascensor de El Corte Inglés. —No pude evitar hacerle la broma.

—Lo creas o no, lo supe en ese ascensor. —Sus ojos se deslizaron por toda mi cara, brillantes—. Supe que quería conocerte.

—¿Y por eso me despreciaste después en el despacho de Carlos? —dije con sorna.

—Bueno, ya sabes cómo soy —me acarició la mejilla con la nariz—, un experto en amor. Tengo mis trucos. —Y volvió a besarme—. ¿Nos vamos?

—Claro, me apetece comer algo, tengo hambre.

—¿Y tu maleta?

—¿Qué? —dije mirando a los lados, buscándola.

—Me ha parecido verte con una.

—Claro, la que llevaba —respondí empezando a ponerme nerviosa al no verla.

—Me parece que te la han robado. Es normal, una maleta sin vigilancia en una estación es carne de cañón en Londres y en todo el mundo.

—¡Pero serán quinquis! —bramé cabreada.

—¿Llevabas algo importante aparte de tu ropa?

Negué con la cabeza, abrazando mi bolso, por suerte, toda mi documentación y tarjetas estaban dentro.

—Pues podemos ir a denunciarlo, lo que me parece que solo sería una pérdida de tiempo, o pasar, y emplear ese valioso tiempo en comer algo y luego ir de compras.

—Tenía ropa y zapatos muy chulos que había traído. —Bajé la vista, apenada.

—Nada que no pueda reemplazarse. ¿Qué quieres hacer?

—Tampoco les tenía mucha estima a esas cosas. La mayoría forman parte

de mi vida de antes.

—Pues nada —me pasó el brazo por encima del hombro—, vamos a buscar un sitio molón para que mi chica se llene el estómago.

Comimos en un pub típico inglés cerca de allí, pero lo de las compras lo tuvimos que postergar, porque el cuerpo ahora nos pedía otra cosa. Salimos de allí con unas cervezas de más y muchas ganas de follar. Leo se reía de mí cada vez que yo soltaba esa palabra con voz de golfa.

—Suenas tan sucia en tu boca —comentó mientras recorriéramos a pie la distancia hasta el hotel.

—Es que es una palabra soez.

—A mí me gusta.

—Ya lo sé. Te he leído.

Se paró en medio de la calle y levantó las manos, sonriéndome.

—Soy un libro abierto para ti.

—Espero que no, espero que te guardes mucho Leo para ti... y para mí.

—Los libros son parte de nosotros, pero no lo son todo —me replicó reanudando el paso.

—Yo creo que el primer libro es el que más, ¿no crees?

—En mi caso no, si lo leyeras, no lo pensarías.

—He leído todos tus libros.

Negó con la cabeza, divertido.

—Eso es lo que tú te crees, listilla.

—Estoy segura, he leído toda la bibliografía de Lisa Novak.

—Tú lo has dicho —me guiñó un ojo—, de Lisa Novak. Este es el hotel —señaló las puertas de un bonito edificio victoriano de cuatro plantas con mucha solera.

No rompimos aquella enorme cama de milagro, porque era de las buenas: antigua, robusta y fuerte. El somier gruñía bajo el colchón ahogando nuestros gemidos. Cuando Leo se empleaba, se empleaba de verdad. Me llevaba a la luna o al mismo sol, mi cabeza volaba, mi cuerpo levitaba entre los cuerpos celestes, estallando en millones de estrellas, dibujando galaxias placenteras en los confines de los universos de mis entrañas.

—Dios, Malena, voy a explotar dentro de ti —gimió, desbordándose por el abismo de nuestros cuerpos encontrándose.

Los movimientos se fueron ralentizando, las estocadas más hondas.

Dios, yo también exploté, mi sexo vibrando a más de mil, envolviendo elástico su erección, deslizándose en un vaivén violento que se ramificaba eléctricamente enmarañándose con todas mis terminaciones nerviosas.

Lo estaba dejando entrar en mí en todos los sentidos y lo sabía, pero nada me importaba ya, solo él, solo yo, estar juntos, y vivir el instante, y morir de amor cada día, pero juntos, los dos.

Una embestida final. Un beso dejado caer en el cuello empujando un poco más. Mi boca en el suya absorbiendo los últimos embistes. Luego dos cuerpos vencidos, desmadejados y todavía ardiendo.

—Me muero cada vez que hacemos el amor —comentó, satisfecho—. Se dejó caer a un lado y me atrajo a su cuerpo para abrazarme con todas sus extremidades.

¿Hacer el amor? ¿Habíamos pasado el límite de follar a hacer el amor? Puede ser. Me gustaba esa sensación de ir derribando fronteras y alcanzando nuevas metas.

LOVE ACTUALLY

NOS QUEDAMOS DORMIDOS, abrazados bajo las sábanas revueltas. Cuando me desperté estaba sola en la cama. Escuché sonido de agua desde el baño y me dije que era el momento ideal para darse una ducha.

Encontré a Leo, tal como Dios lo trajo al mundo, bajo una cascada de agua, los ojos cerrados y un semblante de paz infinita, que le iba a durar bien poco.

—Hola —dije para llamar su atención, y entonces abrió los ojos y me miró sonriendo, nunca podría cansarme de una sonrisa así.

—¿Te he despertado?

—Qué va. ¿Sabes qué hora es?

—Deben ser algo más de las seis, una hora estupenda para salir a cenar en Londres.

—¿Es que ya tienes hambre?

—Sí, pero de ti —soltó una de sus carcajadas, contagiándome al instante.

—Pues eso tiene fácil solución y además te va a salir barato, barato.

Me arrepentí conforme lo dije y él algo notó en mi cara, porque cerró el grifo y se me quedó mirando.

—No lo hemos hablado, pero quiero que sepas que no pienso algo así sobre ti.

—Lo sé, soy muy tremendista, a veces no sé ver que hay multitud de tonalidades grises entre el blanco y el negro, pero así soy yo. —Me encogí de hombros.

—Lo sé. Anda, ven —dijo con una sonrisa, abriendo de nuevo el grifo.

Y no me hice de rogar. Claro que no. Debíamos aprovechar cada instante y pintarlo de color.

Tras ducharnos y alguna cosa más, que nos tuvo entretenidos más de la cuenta, nos vestimos. Él eligió unos vaqueros oscuros y una camiseta de Extremoduro y yo la misma ropa que llevaba puesta al llegar (no me quedaba más remedio). Y de la mano salimos a recorrer las calles londinenses y buscar alguna tienda donde comprarme algunas prendas.

—Me encanta Londres, huele tan a fritanga —dije, parándome frente a un escaparate que había llamado mi atención.

—¿Quieres entrar? —Apoyó la espalda en el cristal.

—Sí —dije, examinando con ojo clínico unas botas preciosas y seguramente bastante caras.

—Pues entremos.

—¿Sabes?, estoy sin blanca. —Me eché a reír.

—Si no te importa, me gustaría encargarme yo, después de todo, ha sido culpa mía que perdieras tu maleta.

—Sí, has captado toda mi atención y por eso me la han robado vilmente —afirmé, pensando que, aunque pretendiera ser una mujer independiente y autosuficiente, de nuevo volvía a ser una parásita. No me gustó mucho esa sensación.

—¡Eh! No pienses, quiero hacerlo, déjame que gaste una cantidad indecente de dinero en mi novia. —Se echó a reír—. Porque eres mi novia, ¿verdad, Malena?

—Siempre lo he sido —me reí—, pero te lo devolveré.

—Insisto, es un regalo. Venga, entra, no le des más vueltas.

Tenían un poco de todo. Era una tienda no muy grande de esas en las que venden artículos de jóvenes diseñadores emergentes y había tantas cosas maravillosas y de buena calidad que era imposible elegir solo unas pocas. Leo estaba encantado, sentado en un diván, me observaba divertido desfilando ante sus ojos y de vez en cuando se le iban las manos, apresándome con ellas y montando un pequeño espectáculo de risas y grititos, que las dependientas recibían entre miradas de soslayo y sonrisas escondidas. Pero nos daba igual. Estábamos felices. Y allí nos sentíamos libres. Fuera del punto de mira y sobre todo muy enamorados del amor.

—Pruébate esto. —Me tendió un conjunto de ropa interior. Negro, de encaje y muy muy sexi.

—¿Quieres vérmelo puesto?

—No lo dudes, aunque las ideas que me rondan sobre él son algo más perversas. —Leo dejó escapar una risita y a mí me tembló el cuerpo por

dentro.

—No tienes más que asomar la cabeza entre las cortinas. —Me di la vuelta muy digna y me metí de nuevo en el probador, Leo entró dos segundos después. Sus brazos me cazaron hasta arrastrarme contra el espejo. Sus manos recorrieron mi pecho, sus labios atraparon mis labios.

—¿Qué haces, loco? —Me reí.

—Seguir mis instintos, siempre he querido montármelo en un probador. —Una de sus manos avanzó rápido levantándome la falda y hundiéndose entre mis piernas.

—Pero ¿las dependientas...? —jadeé cuando deslizó los dedos dentro de mis braguitas, alcanzándome el vértice.

—No creo que les importe mucho, vamos a comprarles media tienda.

Jadeé demasiado fuerte.

—No sé yo —dudé saboreando sus yemas frotándome el sexo suavemente. ¿Cómo nos teníamos tantas ganas?—. Para, Leo, para, me voy a correr.

—Eso quiero —afirmó acelerando el movimiento—. Tócame tú. —Su mano abandonó mi pecho para llevar la mía a su paquete, ya estaba duro.

Gemí notando que me desbordaba en sus dedos y él sonrió cuando mi mano buscó su erección metiéndose en sus vaqueros.

—Disculpen, señores, vamos a cerrar. —La voz de una de las dependientas nos llegó desde detrás de las cortinas.

Yo no podía hablar, la mano de Leo sofocaba mis gemidos, mientras me corría, restregándome contra su mano para aumentar el roce.

—Un minuto, enseguida estamos —respondió él en español—. Me debes una, Malena —me susurró al oído.

—Dios, qué vergüenza —dije, empezando a recoger mi ropa para vestirme con las piernas aún temblonas.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? —Arqueeé las cejas.

—Qué más te da, no te conocen de nada. Disfruta de tu libertad, Malena.

Dejamos un buen montón de ropa sobre el mostrador y Leo sacó la cartera para pagar.

—Necesitaba ayuda para trasportar todo esto —les puse como excusa a las chicas de la tienda, que no dijeron nada y se limitaron a sonreír mientras ordenaban las prendas dentro de las bolsas y pasaban la tarjeta por el datáfono.

De allí nos fuimos a cenar. Un italiano coqueto cerca de nuestro hotel. Nos sentamos en una pequeña mesa para dos junto a un gran ventanal que daba a la calle, y al punto un camarero nos tomó nota.

—Leo, no podemos ir haciéndolo por ahí como dos adolescentes sin cama —le dije cuando su mano viajó hasta mi muslo.

—Lo siento, es que no puedo evitarlo. Estaría toda mi vida dentro de ti —dijo apartando la mano y poniéndola sobre la mesa como un niño bueno.

—Eso es imposible.

Se encogió de hombros y se rio rascándose la barba. Se la miré, pensando que ese corte tan perfecto no podía ser fruto de su propia mano, por muy buena que fuera en otros menesteres.

—¿Cuándo te has arreglado la barba?

—Hace un par de días, llamé a Reyes y vino a mi piso.

—No me lo creo. —Solté una carcajada.

—Pues sí, y no solo eso, me asesoró también en la compra de algunas cosas, cosas que he traído a Londres. —Me guiñó el ojo.

—¿Lo has hecho por mí?

—En parte sí, y también por mí, me gustó el trabajo que hizo conmigo la noche del evento de Felicia.

Suspiré, cerrando los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Sacudí la cabeza.

—¿Cómo que nada? Suéltalo.

—En serio, nada. No me apetece hablar mucho de esas cosas, ya llegarán. Estamos tan bien ahora.

—Pero tenemos que hablarlas.

—Sí, pero no ahora, ¿vale?

—Quiero que entiendas por qué quiero hacerlo.

—Ya lo sé, Leo, te lo mereces, eres un gran escritor y debes salir del anonimato y dejarte conocer por todas tus fans.

—Sé que no te agrada mucho esa idea.

—Solo pienso en las consecuencias. Ya no solo serás Leo Alberó y el nuevo novio de Malena Altamira, serás Lisa Novak, escritora superventas, y, de pronto, un hombre de incuestionable atractivo abrasando bragas a su paso.

Rompió a reír

—¿Incuestionable atractivo?

—Por supuesto, estás muy bueno, Leo.

—¿Con estas pintas? —Hizo un mohín.

—Después de leerte, sé que a ninguna de ellas le importará tus pintas, es más, vas a volverlas locas con tus pintas.

Carraspeó y negó con la cabeza, divertido.

—Entonces ¿quemo todas esas cosas que me he comprado? —bromeó.

—No, no, no —me apresuré a decir—. Un poco de estilo tampoco te viene mal.

—Me alegro, porque me gusta y, además, quiero que te sientas cómoda a mi lado.

—No hace falta, estoy muy cómoda a tu lado, pero gracias, de todos modos.

Apoyó la mejilla en la mano y me miró con una sonrisa.

—Quiero contarte algo, Malena. Necesito hacerlo para que entiendes mis motivos. No solo lo hago por orgullo y satisfacción personal. No soy ningún divo, creo que ya lo sabes.

Asentí.

—¿Te acuerdas que te dije que no habías leído todo lo que había escrito?

Volví a asentir y lo miré intrigada.

—Antes de ser Lisa Novak, fui Leo Alberó, escritor de thriller. Empecé por hobby, como tantos, yo entonces era profesor de primaria en prácticas, pero me gustaba escribir y un día me vi dándole a las teclas sin freno, emocionado con una historia de suspense y mucha sangre. Saqué a la venta mi primer libro en Amazon en 2.011, autopublicado, sin mucho éxito, la verdad —esbozó una sonrisa cargada de pena—, mi estupendo libro estaba perdido entre los millones que había publicados, y estuve muy tentado de tirar la toalla y no volver a escribir nada más, pero las ideas bullían en mi cabeza, era como una olla a presión y necesitaba sacarlas afuera. Así que seguí escribiendo y publicando relatos y alguna novela más, pero no despegaba y me sentía muy fracasado, pese a que adoraba el oficio. Un par de años más tarde, por aquel entonces, me había trasladado a Madrid y estaba en paro, así que tenía mucho tiempo mientras me salía algún trabajo, y lo empleaba en escribir todo el tiempo. La que era mi novia —bajó la mirada y suspiró— fue la que me propuso cambiar de registro. «¿Por qué no escribes algo romántico, Leo? Es lo que vende», y yo me dije: «¿Por qué no?». Y lo hice, demasiado bien, me temo —se rio entre dientes—, a ella le encantó, fue mi lectora beta, decía que era lo mejor que había leído en mucho tiempo y me animé a publicarlo, pero me daba vergüenza usar mi nombre, así que me

inventé uno, y así fue como nació Lisa Novak, y que, en realidad, es una mutación del nombre de mi ex. Elisa Navas. Fue un éxito. No podía creérmelo. De repente era número uno en la lista de ventas. Carlos tardó apenas dos meses en contactar conmigo y ofrecerme publicarlo en Century, luego vino todo lo demás. Mucho dinero. Demasiado —abrió mucho los ojos como si estuviera visionándolo— y mucho éxito. Miles de lectoras esperando mis títulos, escribiéndome mensajes describiéndome lo que mi libro les hacía sentir. Era tan emocionante... y bonito. No podía dejar de hacerlo. Tenía que escribir más, y lo hice. Casi me salían solos. Apuntaba una idea en mi cabeza y el resto llegaba solo, siempre ha sido así. Tengo facilidad.

Vaya, me había quedado sin palabras. Todo eso, así y de repente, quería leer a Leo el matón sangriento y conocer su yo más oscuro, pero la idea de una ex, a la que le debía el nombre, me daba tumbos por la cabeza, aturullándome. Comencé a picotear sin ningunas ganas del *steak tartar*, solo por no hablar.

—¿No dices nada? —me instó a decirle algo.

—¿Estuviste mucho tiempo con ella?

—Demasiado. La relación terminó siendo insoportable, acabamos tirándonos los trastos a la cabeza, casi literalmente. No hacíamos más que discutir y finalmente rompimos. Estuvimos juntos cuatro años, pero el último ni cuenta. Apenas nos veíamos e incluso nos rehuíamos, porque cuando estábamos frente a frente era para discutir, no sabíamos hacer otra cosa. No sé bien qué nos pasó... Una pena, porque yo me mudé a Madrid muy enamorado de ella. Dejé toda mi vida en Valencia por ella.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Leo? —quise saber.

—Como ya te he dicho no terminamos nada bien, y ella... bueno... ella me extorsiona.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Cómo?

—Me hace pagarle una cantidad bastante grande a cambio de mantener la boca cerrada. Y lo he hecho durante los últimos tres años, pero ya no quiero, no le debo nada, es más, la aborrezco por hacerme algo así. Ahora son diez mil, pero quién sabe lo que me pedirá el año que viene.

—¿Y por qué no la has denunciado?

—No he querido hacerlo, la quise en su día, pero no quiero seguir subyugado a ella. Quiero ser libre, Malena —bajó la voz—. Y por fin me siento libre. Desde lo de Elisa, no he vuelto a estar en serio con nadie, no he

permitido a ninguna mujer entrar en mi vida, no quería dar explicaciones sobre mí, sobre mi trabajo, o tener que mentir por temor a que descubriesen mi secreto. Llevo viviendo con el miedo metido en el cuerpo desde que lo dejamos. Y contigo —su mano buscó la mía sobre la mesa—, contigo, me he sentido libre de ser quien soy por primera vez en mucho tiempo, sin mentiras, y ... —suspiró— sé que todo radica en un contrato de mierda que te hemos hecho firmar, y me siento avergonzado de que sea así, pero no puedo evitar sentirme a la vez agradecido por ello, no pensaba que iba a conocer a alguien como tú, Malena, y siento que todo sea tan complicado, y que mi propia libertad coarte la tuya, pero tienes que comprender mis motivos.

—Es horrible. Lo siento mucho, Leo, y los entiendo. ¡¿Cómo se puede ser tan mala persona?! —me cabreeé con su ex de pronto. Sin conocerla, la odiaba con toda mi alma por ser así de mezquina.

—Se aprovecha de mi debilidad, y mi debilidad es ser Lisa Novak, siendo quien soy.

Asentí, todavía aturullada, demasiada información que procesar. Le acaricié la mano con las yemas de mis dedos y le sonreí.

—Leo, tienes que decírselo al mundo, no puedes permitir que esa mujer haga eso contigo. Yo voy a estar a contigo.

Asintió, entre apenado y agradecido.

—Gracias.

—No me las des.

—¿Está todo de su gusto? —nos interrumpió el camarero.

—Sí, está delicioso —respondí bajando la vista a nuestros platos, que estaban casi sin tocar.

—¿Desean algo más?

—Me apetece tomar vino. ¿Y a ti, Leo? ¿Te apetece un tinto?

Asintió y le pedí al camarero la carta para elegir uno. Tras estudiarla, me decidí por uno de los pocos Riojas que tenían en la lista.

—Hablas muy bien inglés —comentó Leo cuando el camarero se marchó a buscar la botella.

—Claro, soy casi bilingüe. Estudié en el American School de Madrid e hice la carrera de Literatura en Boston —engolé la voz sacándole una sonrisa.

—Me encantaría saber hablar inglés así de bien, yo soy un B1.

—Vamos, que no tienes ni idea —me reí.

—No seas Malenka.

—Y tú no me seas Leonardo.

Nos echamos a reír de pronto y el ambiente se normalizó. Dejamos a un lado el feo asunto de su ex y volvimos a centrarnos en lo nuestro. Al abrigo de aquel vino y llenándonos los estómagos empezamos a planear nuestra estancia en Londres.

Ambos habíamos estado antes, pero nos apetecía volver a ciertos sitios o visitar de nuevo algún museo. Buenos restaurantes, compras en mercadillos y muchas horas programadas en la fantástica cama del Great Northern Hotel, ese era el resumen básico de nuestro paso por la ciudad.

MALENA IN LOVE

AQUELLA PRIMERA SEMANA EN LONDRES fue muy especial. Recorrimos sus calles absorbiendo sus olores, colores y estilo de vida. Londres es una ciudad que siempre he adorado por lo cosmopolita que es y el batiburrillo de culturas que se respira a cada paso. Pero sobre todo disfruté de mi nueva libertad recuperada, la sensación de poder hacer lo que me diera la gana a plena luz, sin miedo a que un objetivo me inmortalizara y luego ridiculizara mi existencia cosificándome a un nivel denigrante. No sé, hay famosos que tal vez puedan vivir sus vidas relajadamente, pero ese nunca había sido mi caso. El afán de protagonismo y popularidad mediática, así como las extravagancias de Mirna de Boscos nunca me lo habían permitido, siendo objeto de multitud de exclusivas en el *¡Hola!* desde mi niñez: bautizo, primeros pasos, primer día de colegio, Navidades, viajes a la nieve, vacaciones, comunión, en fin, todo. Toda mi maldita vida expuesta a la opinión pública. Al alcanzar la edad adulta fue incluso peor, pues, por lo visto, me había quedado sin derecho a intimidad. Los *paparazzis* me perseguían, la gente me paraba por las calles como si yo fuera una actriz famosa para pedirme *selfies*. Una locura. No podía entender qué interés tenía yo para ninguno de ellos. Necesitaba sentirme libre, y no tener nunca más retortijones de pavor cada vez que tenía que salir a la calle. Y eso era que se me había negado desde que tenía uso de razón.

En Londres, paseando abrazada a Leo, parándonos cada dos por tres para besarnos en medio de la calle, revolcándonos en los parques a nuestro antojo, o simplificando un poco, viviendo con pasión desenfrenada esos primeros momentos de relación, experimenté de nuevo, entre nubes de fresa y arcoíris de purpurina, la sensación de libertad que había alcanzado en Boston y que había perdido tras regresar a Madrid.

No pude soportarlo por mucho tiempo. Una vez probada la miel del

anonimato, me había vuelto adicta a ella. La prensa era agobiante. El miedo volvió a invadirme. Me atrincheré en la casa de mis padres. No quería ver a nadie. Y encima estaba lo de Borja, un matrimonio pactado, que me haría desgraciada por siempre. No pude más. Mi cabeza explotó y tuve que visitar a un psicólogo que me dio las claves para recuperar la felicidad y mi vida. Yo no quería ser un clon de Mirna de Boscos, dama distinguida casada con un rico empresario y adicta a posados en rosa, yo solo quería ser yo, Malena. Y en Londres con Leo lo tenía. Era yo, más que nunca.

Mientras disfrutábamos de nuestra libertad, a veces me sobrevolaban nubarrones. Regresar a Madrid me provocaba ansiedad, pero sabía que tendríamos que volver tarde o temprano. En cinco semanas era la presentación oficial del nuevo libro de Lisa Novak y, claro está, Leo tenía que estar presente, ya que a la vez suponía su puesta de largo. Me daba pánico, no lo voy a negar. Si Malena por sí misma era carne de cañón de las revistas de cotilleo, Malena la novia de la superventas Lisa Novak, entiéndase Leo Alberó, sería carnaza para los buitres servida en bandeja de plata. No quería hablar de ello con Leo, eclipsar su libertad a expensas de la mía era un sacrificio que debía contemplar si quería estar con él.

Todo era perfecto, mejor dicho, casi, estaba el feo asunto del dinero, o siendo más precisa, mi poca solvencia. Leo no parecía darle importancia, gastaba cantidad sin mirar el precio de las cosas, pero a mí me resquemaba por dentro y verme de nuevo dependiente al cien por cien de alguien me provocaba vergüenza y bastante agobio.

Sacar el tema dinero siempre es algo escamoso en una conversación cualquiera, pero más tratándose de nosotros, cuya relación había empezado mediante un cheque. Pero tenía que salir, por supuesto. No sé si fue él o fui yo, pero de pronto una noche que habíamos decidido quedarnos en la habitación del hotel y pedir algo en un restaurante japonés, que habíamos descubierto la tarde anterior y que servía a domicilio, apareció como un ave rapaz sobre nuestra segura y confortable madriguera.

Leo acababa de cortar la llamada y se me quedó mirando. Estaba tumbada sobre la cama con mi iPad encendido, leyendo *Caníbales de medio pelo*. Suena fuerte, y de verdad lo era, Leo Alberó como escritor de thriller resultaba escalofriante y muy frío. Algo a lo que no estaba acostumbrada.

—Leer es sexi —dijo.

—¿Lo dices por mí? —Me miré por encima con fingido menosprecio.

—No, lo digo por la señora Canilles que siempre va con su ¡*Hola!* en las

manos.

—No sabía que te interesaran tanto nuestras vecinas.

—Las estudio, como elementos, para ambientar y dar credibilidad a mis historias —respondió sentándose a mi lado y cogiendo el portátil.

—Hablando de historias... este libro tuyo me tiene acojonada.

—¿Acojonada? —Arqueó las cejas, divertido.

—Sí, mucho.

—¿Te gusta?

Quería ser sincera, pero no brusca, darle mi opinión sin hacerle daño.

—Mucho estás pensándotelo. —Se rio al ver que me tomaba mi tiempo.

—A ver, me gusta bastante, dentro de que no me gusta el género, pero se nota que es tuyo por el dominio de las palabras y cómo las fusionas para que parezca un poema. Algo raro, dado el género, pero así es. Aunque también es obvio lo mucho que has avanzado como escritor desde que la escribiste. Aun así...

—No te gusta, vamos —soltó una carcajada.

—No he dicho que no, es que no es mi género, pero te aseguro que sin serlo, sé que es algo bueno, algo que se merecía en su momento reconocimiento. Cuando lo leo y viendo su calidad no puedo evitar preguntarme si echas de menos escribir thrillers.

Respiró hondo.

—No.

—¿No? ¿En serio?

—Es que no he dejado de hacerlo. Voy alternando.

—O sea, que tienes más de estas en tu portátil. —Le eché un vistazo a su equipo.

Asintió y levantó las cejitas sonriente.

—¿Y me dejarás leerlos? —le pedí.

—¿Y tú qué me darás a cambio?

—Toda mi vida, ¿te parece poco?

Estábamos de broma, pero así, de repente, ¡pum!, los chubascos hicieron acto de presencia. Y los chubascos por definición son oscuros, densos y vienen cargados.

—Me preocupa nuestro regreso —dijo—. Quisiera poder estar así siempre contigo, como ahora, y que no tengas que padecer acoso por mi culpa.

—Podré superarlo, Leo. No te preocupes. Ahora mismo eso me da un

poco igual. Me preocupan más otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Pues el hecho de no tener trabajo.

Leo estrechó los ojos y sacudió la cabeza como si se la hubiera golpeado.

—¿Puedes explicarme eso? Creía que Century te había pagado ya... y...

—carraspeó, levantando las palmas hacia mí—... te juro, Malena, que no lo digo por nada, y, aunque no quiera mencionarlo, has cobrado, ¿verdad?

Lo miré, confusa. Pensaba que lo sabía. Pensaba que él hablaba habitualmente con Carlos. Pensaba que Carlos le habría puesto al corriente. Pensaba todo eso y de verdad no se me había ocurrido pensar que él no supiese nada.

—Rompí mi contrato, Leo, y di por hecho que con ello estaba autodespidiéndome de Century. No puedo tocar ese dinero porque pienso devolverlo... bueno, no todo —rectifiqué un poco acalorada—... pero porque Andrea se empeñó en que eso era nuestro por derecho y en parte lo hemos usado para pagar este viaje. Ahora mismo me encuentro sin blanca y sin trabajo y es algo que me preocupa mucho, porque no quiero ser la de antes.

—No tienes por qué devolverle ese dinero. Es tuyo y te lo has ganado —sacudió la cabeza, cerrando los ojos—, perdona, es que no sé cómo hablar de esto sin que me malinterpretes.

—No pienso que pienses que soy una prostituta.

—Pues me alegro de escucharlo. Mira, ya sé qué hacer: hablaré con Carlos y le pediré que te readmita.

—No quiero volver allí y menos si no me quieren por méritos propios.

—Pero tú puedes ser una fantástica editora, lo sé. Tienes mucho criterio, y sabes de lo que hablas, con objetividad y viendo el lado comercial. Déjame que lo hable con él y que te deje trabajar de verdad. Es un gran editor y estarías codo con codo con uno de los mejores aprendiendo.

—No hay cosa que me apetezca menos que trabajar codo con codo con Carlos. Lo detesto —hice una mueca de disgusto—. No te preocupes, en serio, probaré en otros sitios, o siempre puedo volver a ser la peor camarera del mundo. —Solté una carcajada por no llorar, la verdad.

—Y si yo te pidiera que trabajases para mí.

—No seas loco, ¿cómo voy a trabajar para ti? ¿Qué haría?

—Pues muchas cosas.

—¿Como qué? Venga, Leo, tú no necesitas una asistente.

—Estoy pensando en publicar mis novelas sangrientas, ¿por qué no me

ayudas a revisarlas? Podría pagarte por ello.

—Lo haría gratis y lo sabes.

—Vale, pues... ¿por qué no las revisas y luego las vendes al mejor postor?

—¿Qué quieres decir? —Parpadeé, asombrada.

—Que seas mi agente y me hagas ganar pasta.

—No te hace falta tampoco un agente, tú te vendes solo, aunque tengo una idea para ti.

—¿Y por qué no me la cuentas mientras cenamos? —dijo, mirando el teléfono de la habitación que había comenzado a sonar. Era de recepción. El repartidor del japonés había dejado nuestra cena.

CRAZY, STUPID, LOVE

EL DOMINGO LEO ME DESPERTÓ a las nueve de la mañana, llevábamos diez días afincados en el hotel y lo habíamos hecho un poco nuestro hogar. Él tenía por costumbre despertarse pronto, desperezándose como un gato con los primeros rayos de luz, y aprovechaba, mientras yo remoloneaba en la cama hasta pasadas las diez, para escribir esa novela nueva que me tenía tan intrigada; yo, por mi parte, me hacía curas de sueño, pues aprovechaba las primeras horas de la madrugada para leer y no cerraba los ojos hasta bien entradas las dos. Me había pasado un par de sus thrillers al iPad y mientras los leía andaba dándole vueltas a mis ideas de su proyección, saltándonos las barreras idiomáticas. ¿En serio, podría yo ser la agente de Leo Alberó? No negaré que la idea me hacía muchísima ilusión, a pesar de que había obtenido el puesto con un trifásico de los buenos, pero según él era una buena forma de empezar y darme a conocer en el mundillo.

—Venga, levanta, holgazana.

Abrí un ojo y lo miré ceñuda.

—Déjame, pesado. Es pronto.

—Venga, hoy vamos a hacer una visita muy especial.

—Lo hemos visto ya todo, prefiero quedarme en el hotel y hacer turismo de interior —me reí, levantando las cejitas con picardía.

—Malena estás desmelenada, solo piensas en lo mismo —me regañó burlón.

—Perdona, ¿acaso hay algo más importante en la vida?

—Venga, levántate y vístete, que te va a gustar donde vamos.

—No creo que me guste más que lo estoy pensando ahora mismo. —

Retiré la colcha y le mostré mi cuerpo desnudo.

—Eres insaciable.

—Tú me vuelves insaciable.

Leo tiró de la colcha, destapándome por completo y yo gruñí.

—¡Por favor, Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecer esto?! —exclamé mirando al cielo.

Me di una ducha rápida y me vestí con unos vaqueros pitillo y un suéter maxi que había comprado la tarde anterior en una tienda de Oxford Street y le dije que ya estaba lista; él todavía estaba frente al espejo del baño, tratando de recogerse el cabello en un moño.

—¿Te ayudo, sexi-man?

De verdad que estaba sexi, con esos vaqueros grises apretaditos a sus largas piernas hasta decir basta, una camisa de cuadros y las botas estilo militar. Casi parecía un modelo con aires *hipster*.

—No, sé que puedo hacerlo yo solito.

—Está bien, está bien, don presumido —le dije riendo saliendo del baño.

Estaba maquillándome cuando mi móvil comenzó a sonar. Era Andrea. Le di a responder con una sonrisa esbozada en los labios, pero tan pronto comenzó a hablar de un modo sumamente acelerado, me di cuenta de que algo, y no bueno, había pasado en Madrid, y la sonrisa se me cayó al suelo.

—A ver, Andrea, tranquilízate —le dije tratando de calmarla.

—Tenéis que volver, Malena. No veas la que hay montada en la puerta de casa —sollozó.

—¿Me quieres decir qué ha pasado? —Andrea estaba fuera de control y de fondo escuchaba a Sara decir que no me lo dijera.

—Es mejor que os lo cuente aquí, pero volved en el primer vuelo que haya. Es posible que os encontréis prensa en el aeropuerto cuando lleguéis. Esto es un desmadre a la americana. —Me colgó sin más, dejándome con un desasosiego criminal.

Mi chico, ajeno a todo aquel asunto, salió sonriente del baño y se abalanzó sobre mí, tirándome sobre la cama haciéndome carantoñas.

—¿Qué te pasa? —Leo se paró en seco al ver mi gesto tenso.

—Ha pasado algo y tenemos que volver.

—¿Qué ha pasado? ¿Marco está bien? ¿Y las chicas? —Se incorporó y empezó a enroscarse los pelos de la barba.

—Ellos están bien. Andrea no me ha querido contar nada, pero ha insistido en que volvamos cuanto antes y he escuchado a Sara decirle que no me dijera nada.

—¿Y qué hacemos?

—Volver, Leo. Dice que hay prensa atrincherada en casa y que no nos

sorprendamos si nos acorralan a la vuelta.

—¿Y cómo van a saber cuándo volvemos? Es de locos, Malena.

—Esa gente lo sabe todo, Leo, todo.

Hicimos las maletas en silencio, cada uno con su pena interna. Algo había sucedido y éramos la noticia del momento y aquello solo podía significar una cosa: alguien había delatado a Leo. No había que ser un lince para saber aquello. Yo solo era Malena *la Loca de la Melena* y él Leo Alberó, un pintor falso, cuando nos vinimos a Londres. ¿Quién habría sido el desaprensivo que había jugado así con nuestra vida y nuestras decisiones? Mientras guardaba las últimas prendas, pensé en dos posibles personas: Carlos o Elisa. No quise comentarle nada de ello a Leo, al que le había cambiado el gesto desde la llamada de Andrea y que había tratado de contactar varias veces con Marco, pero le había dado fuera de servicio. Estábamos en un sinvivir.

Durante el vuelo estuvimos más callados que de costumbre, el nubarrón nos sobrevolaba y solo nos mirábamos entre suspiros y entrelazábamos las manos preocupados por lo que íbamos a encontrarnos en España. Aquello era una rara pesadilla, un alto en nuestro feliz camino que no sabíamos cómo íbamos a encajar.

—¿Tienes miedo? —le pregunté, apoyada en su hombro, intentando encontrar una postura cómoda en aquel sillón de avión.

—No, miedo no es la palabra. —Respiró profundo—. Lo superaremos.

—¿Has estado pensando en qué será lo que ha pasado?

—Sí, seguramente todo el mundo sabrá que soy Lisa Novak.

—Yo también lo creo, y también quién ha podido ser el causante de ello.

—Dispara.

—Carlos o Elisa.

—No, no lo creo. A Carlos eso le perjudicaría y a Elisa también. Perdería su sueldo vitalicio. Ha tenido que ser otra persona.

—¿Quién? No hay nadie en nuestro entorno que quiera perjudicarnos y el resto no lo sabe.

—No lo sé, Malena. Pronto lo averiguaremos. —Me acarició la cara con la mandíbula y giró la vista hacia la diminuta ventana. Solo quedaba media hora de vuelo y los nervios empezaron a apoderarse de los dos.

Cuando salimos de la manga que conectaba el avión con el aeropuerto de Barajas, las manos nos sudaban tanto de agarrarnos tan fuerte que tuvimos que separarnos.

—¿Preparada?

—No nos queda otra, no vamos a quedarnos aquí para siempre como E.T.

Leo se rio por aquella ocurrencia mía y que nos ayudó a dar un paso hacia adelante y enfrentarnos con lo que nos esperaba allí.

—Te quiero, Malena, te quiero pase lo que pase.

—Yo también, cualquier cosa que nos tenga deparada la vida será la mitad si la vivimos juntos.

Nuestras manos volvieron a entrelazarse y con paso firme y decidido cruzamos las puertas de llegada. Lo que nos encontramos allí nos dejó a los dos con la boca abierta.

—Aquí no hay nadie —dijo Leo, mirando de un lado a otro de la terminal.

—No entiendo nada. Andrea me dijo que seguramente aquí hubiera prensa.

—Pues no la hay y no veas qué alivio. — Leo se rio de manera nerviosa y se mesó el pelo.

—Supongo, pero me dijo que en la puerta de casa había prensa todo el rato. Se la notaba muy agobiada.

—Sea lo que sea, no parece tan importante. No hay nadie esperando nuestra vuelta, ni han investigado nuestros vuelos ni nos han interceptado con una cuerda de pinchos. — Leo volvió a reírse de aquello.

—Quiero volver a casa, algo ha pasado y no pequeño. Andrea no suele alterarse así por algo insignificante.

—Voy a ver si me hago con Marco para avisarle de nuestra llegada y de paso que me ponga al día un poco. —Leo me besó la frente y se apartó de mí para hacer la llamada.

—Disculpe, ¿es usted Malena Altamira? —Una chica, no demasiado alta y joven, sin sacar las manos de los bolsillos de su chaqueta, se me acercó.

—¿Quién lo pregunta?

—¿Es Malena o no?

—Perdona, eres un poco maleducada y no pienso contestarte.

—Entonces eso es que sí. —Se encogió de hombros y sacó una de las manos de aquella holgada chaqueta, portando un móvil—. Chicos, he encontrado a la pajarita, está sola sentada encima de un *trolley* rojo.

Tranquilos, la sigo si me mueve.

—¿Qué haces, a quién llamas?

—Lo siento, tía. Soy la becaria y me toca comerme estos marrones. No es nada personal, pero la habéis liado gorda ese chico barbudo y tú. ¿En serio es el personaje que se esconde tras el seudónimo de Lisa Novak? Yo no suelo leer ese tipo de libros, pero tiene guasa la cosa.

La estaba escuchando sin dar crédito, aquella muchacha me estaba soltando sin filtro alguno que todo el país nos estaba buscando.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Carmen, pero todos me llaman Mamen.

—Vale, Mamen. Voy a decirle a mi novio que tenemos que largarnos y tú te vas a quedar aquí sin perseguirnos.

—¿Y por qué voy a hacer eso?

—Porque te vamos a pagar por ello. Me has dicho que eres becaria, ¿cierto?

—Cierto.

—Eso significa que no te están remunerando esta labor tan importante que tienes. —Mamen asintió—. Pues te vamos a dar cincuenta eurazos si nos dejas irnos en libertad.

—¿Quién es esta chica? —Leo volvió y me encontró allí conversando con la linda Mamen.

—Soy Mamen, encantada. —La muchacha recorrió de pies a cabeza la esbelta y alta figura de Leo con una sonrisa en la cara—. Qué alta eres.

—Dirás, alto. —Leo me miró con gesto extrañado—. Deberíamos irnos.

—No, no, Mamen necesita que le prestemos cincuenta euros para... para... para comprarse otra chaqueta, esta le está muy grande y es muy vieja y fea. —Guiñé un ojo a la chiquilla y Mamen me siguió el juego.

—Sí, es cierto —respondió ella moviendo la cabeza de un lado a otro, como becaria era desganada, pero como actriz, pésima.

—¿De qué va todo esto? —Leo no se creyó ni una palabra.

—Leo —bufé por aquella pérdida de tiempo—, dale los cincuenta euros y salgamos corriendo. Te lo explico de camino a casa.

Leo sacó el billete de su cartera y se lo dio a Mamen, que lo recibió de buen gusto, y con un alegre «suerte» saliendo de su boca, nos dijo adiós con la mano mientras Leo y yo corríamos cargados con las maletas.

LA VORÁGINE

LE EXPLIQUÉ A LEO todo lo que había sucedido con aquella chica y lo entendió enseguida. Por su parte, Marco le había contado por encima toda la movida y, sobre todo, le advirtió de que no nos asustáramos al llegar a casa. Por lo visto, la lista de Sarita había traicionado la confianza de Marco, que en un arranque de amor le había desvelado toda nuestra historia y, en particular, la de Leo. No sé cuánto dinero habría sacado la niñata por filtrar aquella información, pero ese dinero nos lo iba a dar íntegro. De esta no se iba de rositas, no se lo iba a permitir.

—Maldita Sara, por eso no quería que Andrea me dijera nada.

—Bueno, seamos prudentes, íbamos a decirlo igualmente, pero es cierto que me ha robado el derecho de decirlo por mí mismo y por ende la opción también de callarme.

—Se ha lucrado a nuestra costa, como han hecho otros tantos con mi vida en otras ocasiones. No me lo puedo creer. No permitiré que se quede con ese dinero, en todo caso es nuestro.

—Lo importante ahora no es la cantidad que ha recibido, pero estoy de acuerdo en que no debería quedársela, aunque eso dependerá de ella.

Estábamos llegando al piso de Andrea y por el momento todo parecía tranquilo. Sin embargo, cuando el taxi dobló la esquina de Castellana los ojos casi se nos salen de las órbitas.

—¡Me cago en la leche! —exclamó Leo al ver aquello.

—Pero ¿esto es en serio o estamos en una película de Berlanga? —No daba crédito a todo aquel tinglado. Nunca había provocado tanta expectación y la que había allí montada era de órdago.

La calle estaba atestada de gente con carteles de «I love Lisa Novak», «Lisa estamos contigo, aunque seas un vikingo», «Lisa es un tío bueno, ¡ahora lo entendemos!», y más cosas referentes a la autora. También había

personas acampadas junto a tres baños portátiles con el distintivo del ayuntamiento y un puesto de la Cruz Roja, además de un grupo alternativo que tocaba a *petit comité* con camisetas de la cara de Leo en primer plano. Una patrulla de policía local calmando a algunos grupos que gritaban a la prensa «carroñeros» y otras lindeces a través de un megáfono.

Un despropósito digno de una película de risa, como si lo hubiera escrito la mismísima Nina Minina.

—Leo, ahora sí estoy cagada de miedo. No quiero bajar del taxi.

—Venga, Malena, si toda esta gente está aquí apoyándonos, no puede pasarnos nada malo.

Y con la fuerza que las palabras de Leo me dieron, salimos del taxi, provocando que un grupo de personas se percatara de nuestra presencia, arrancando en aplausos y vítores. La situación me sobrepasaba, aquello no era acoso de prensa al uso, era una movilización de seres humanos a favor de nuestros derechos, amantes de la literatura que miraban por encima de todas las cosas la calidad de los libros de Leo que, además, estaba en su pleno derecho de usar un seudónimo. Vecinos curiosos que aprovechaban la jarana para tomarse unas cervezas con espectáculo incluido, grupis afines al aspecto de Leo con sus torres musicales, escuchando a Nirvana junto a un pequeño altar dedicado a Kurt Cobain. Era un colorín de tribus urbanas, perroflautas y señoras amantes de los libros románticos, unidos por un solo fin, apoyar a Leo.

—¡Son ellos, son ellos, acercaos! —gritó la portadora del megáfono.

Después de anunciar que estábamos allí, la gente arrancó en un aplauso mayor, diciéndonos toda clase de palabras de apoyo. Era tanto el amor que esa gente sentía por Leo que se me saltaron las lágrimas.

—Malena, no llores, tienes un par de cojones, Malena, no llores, tienes un par de cojones. —La gente comenzó a corear al son, como en una manifestación contra la OTAN.

Leo me abrazó y aproveché la cercanía para decirle que en estos casos lo mejor era andar hacia adelante, sin mirar a ningún lado y simplemente seguir sin hacer caso ninguno. La prensa concurrida estaba intentando apartar al gentío para llegar hasta nosotros y la cosa se estaba poniendo fea. Lo mejor era intentar llegar a casa sanos y salvos. Pero Leo no me hizo caso y fue a pedirle a la portadora del megáfono que se lo prestara. ¿Qué iba a hacer?

—En primer lugar, quiero dar las gracias en mi nombre y en el de Malena por todo este apoyo. Nos ha llegado al corazón. —La gente aplaudió y silbó,

y Leo los calmó con la mano, indicando que quería seguir hablando—. Todo esto nos ha pillado de sorpresa, Malena ha sufrido este acoso anteriormente y aprovecho la ocasión para decir que no está loca, ni nunca lo ha estado. Los únicos locos son aquellos que no piensan ni tienen en consideración que hacer daño gratuitamente, acosar y exponer la vida de los demás para jactarse en programas y revistas no es un trabajo digno. Malena—me miró—, no dejaré que nadie te acorrale jamás, nunca más. —De repente, Leo era Patrick Swayze en *Dirty Dancing*—. Y respecto a mí, sí, soy Lisa Novak, ya no tengo que esconderme. Soy un hombre que canta heavy en sus ratos libres, un hombre con la barba de un mago de *El señor de los anillos* y el cabello más largo que un día sin pan, pero tengo muchas cosas más que ofrecer que un aspecto físico desaliñado. Nadie va a cambiar eso, seguiré siendo Lisa Novak y Leo Alberó, porque ambos forman parte de mí, y Lisa me ha dado los mejores años literarios de mi vida. —La gente volvió a arrancar en aplausos y gritos de amor a Lisa y a Leo. Yo estaba muy emocionada—. Y, por cierto, si alguien está grabando esto me gustaría dar un mensaje a una persona que va a dejar de lucrarse a mi costa. ¡Elisa, que te den por culo! —Hizo una peineta triunfal en el aire y empezó a reírse como un loco.

Me sentí tan orgullosa de él, que no pude evitar tirarme encima. Leo me alzó en peso y le envolví las caderas con las piernas. Nos besamos como en una película, movilizándolo a toda esa gente aún más y enloqueciendo a las masas, que rugió, temblando el suelo bajo nuestros pies como en una mascletá de las buenas. Emoción en estado puro. Solo añadiré que la verdad nos hará libres, no dudéis en llevarla por bandera.

EPÍLOGO

By Leo Alberó

A CUATRO AÑOS VISTA de aquel día, que supuso un antes y un después, solo puedo decir que posiblemente han sido los mejores años de mi vida. He aprendido tantas cosas en el camino junto a Malena, y todas tan buenas, que no he dejado de crecer en cada momento. Los dos hemos crecido y complementado. Cuando dos personas encajan se engrandecen con el tiempo.

Los días siguientes fueron un poco locura, la gente seguía congregada en la calle. En mi vida había visto algo así, ¿todo por nosotros? En serio, ¡qué locura! Pero poco a poco se fue diluyendo el interés y acabaron por marcharse. Tampoco les quedó más remedio, las múltiples quejas de los vecinos a la policía tuvieron mucho que ver. Volvimos a ser los dos, Malena y yo, y nos fuimos aclimatando a la vida en pareja, a nuestras manías y nuestras rarezas, cosa arduo difícil en el piso de Andrea, que parecía la mansión de *Dinastía* del tránsito que tenía. A la semana o así, Malena decidió mudarse a mi apartamento, y mi hermano Marco se instaló provisionalmente en el de Andrea, que se había quedado muy sola tras nuestra marcha y la salida por patas de Sara.

De la niñata poco puedo contar, estaba tan arrepentida por haberse ido de la lengua, que tampoco le quisimos enseñar muchos dientes. Tras hacernos entrega del dinero de aquella exclusiva, simplemente se borró de nuestro mapa. Cosa que no le vino mal a Andrea, dicho sea de paso, pues la ruptura le supuso con el tiempo recobrar el beneplácito de sus padres. Y su alma creativa y libre pudo emplearse al cien por cien de nuevo al hedonismo y su arte. Un arte, por otra parte, no muy reconocido por la opinión pública.

La exposición en la cafetería de Bruno tuvo lugar un mes más tarde al de la presentación de mi novela. Fueron muchos curiosos y algo de prensa, pero nadie con afán de comprar, y solo vendió una de sus obras. Ahora mismo la tengo enfrente y cuando me paro a mirarla no puedo evitar izar una sonrisa. Sinceramente, no me reconozco en esa diana tan horrenda... ¿y lo de las estacas? Por más que me lo expliquen, no consigo entenderlo, ¡¿por qué?! (ojo que estoy mirando al cielo con los brazos en alto). Pero me trae tan buenos recuerdos que me resisto a sustituirla por cualquier otra cosa. No podría. Quiero demasiado a la creadora de *El engendro*. Así es como la rebautizamos Malena y yo entre risas cuando cargados con aquel gran lienzo volvimos a casa. Ya nunca tuve que hacerle de muso, alabado sea Dios, ahora tiene uno a domicilio. No adivinarías quién es.

Todavía no puedo creerme que Andrea y Marco sigan juntos. A mi madre con todo lo moderna que es, casi le dio un ictus el día que se la presentó. No por la diferencia de edad, qué va, eso a ella le parece de lo más molón y, de hecho, tiene a Demi Moore en un pedestal, sino por lo que le dijo ella haciendo gala de su gracejo natural y genuino: «Me he pasado a la dieta vegana. Nabo y chirivía, para desayunar, comer y cenar cada día».

Mi pobre madre no gana para sorpresas, ahora tiene dos hijos con pareja y además famosos, aunque a mi hermano lo de la fama le tardó un poco más en llegar. No sé si recordareis que Reyes Fuentes quería convertirlo en modelo, pues iba muy en serio el tío. A día de hoy, aún cuando veo a Marco en algún anuncio de la televisión o una valla publicitaria, poniendo cara de desintegrar bragas, me da la risa tonta, aunque el asunto no es cosa de risa. Cuando me dijo lo que le habían pagado por la

última campaña de YSL casi me caigo de mi silla de escribir.

Y hablando un poco de mi silla de escribir, Malena dice que es horrible, pero me niego a quemarla en ninguna hoguera. Era de mi abuelo y siempre va donde voy yo. ¿Y sabéis dónde se halla ahora? Si no estáis al tanto de los cotilleos, tal vez no sepáis que nos mudamos hace tres años a Londres y ahora mismo desde mi ventana puedo ver La British Library. Mola, ¿eh? Si la abro casi puedo oler el aroma de los libros inspirándome al oído.

En esta ciudad he encontrado el escenario ideal para situar los thrillers que publico bajo el seudónimo de Leonard Jones. Malena tenía razón, fue ella la que me convenció de cambiar la localización de las historias y los nombres de los personajes a un lugar mucho más cosmopolita. «Lo cosmopolita vende, nadie quiere leer de ciudades de las que nunca ha escuchado hablar», me dijo poco después de volver a Madrid. Se estaba tomando muy en serio eso de ser mi agente, pero muy astutamente intuyó que el éxito sería mayor si las publicábamos directamente en inglés para el mercado anglosajón. Ella misma tradujo mis novelas, nadie mejor podría hacerlo siendo afín con mi estilo y lo que quería expresar, y se encargó de presentarlas a varias editoriales. No sé si fue cuestión de suerte, pero nos salieron varios compradores. La puja fue brutal y mi chica peleó como una leona para conseguirme la pasta. He de admitir que hace muy bien su trabajo y su agencia literaria va viento en popa.

Y hablando de Malena. Ahora mismo la escucho cantar, eso sí que lo hace bastante mal, pero a mí me gusta oírla. Una voz pequeña y aguda la acompaña y mi sonrisa se hace enorme... Es Enzo. Nuestro hijo. La persona más importante en mi vida. Se parece tanto a mí que Malena hasta se mosquea, pero ¿qué culpa tengo yo de tener una genética tan fuerte? Con solo dos años luce melena leonina y ¡ay! de quién se le ocurra cortársela. La verdad es que nos tiene locos. Es una monada y hasta ha conseguido ablandar el corazón de Mirna de Boscós, pese a que sea fruto del pecado. Esa mujer no llevó demasiado bien que nuestra unión no haya pasado por ningún registro. Pero... es que lo de los contratos firmados, Malena y yo, como que no.

El día que vino a conocer a Enzo al hospital, vi algo realmente insólito: esa mujer era capaz de llorar. Todavía estoy esperando que se disculpe con su hija por todo lo que pasó y a mí, pues... me va tolerando. El hecho de ser un escritor famoso me allanó un poco el camino, pero todavía no puede evitar poner cara de rancia cuando ve mis greñas aparecer por la puerta de su residencia en La Finca. En fin, ella es así, o eso dice Malena, que a pesar de todo insiste en visitar a sus padres siempre que podemos.

Un momento, vaya, lo siento, tengo que dejaros, unos pequeños pasos avanzan vertiginosos por el pasillo. Enzo me reclama y tengo que dejar de escribir. Nos vemos.

OTROS TÍTULOS CHICK BOOK

Corazones a medida – Desiree Cordero

Un vaquero leal – Tess Curtis

Sin Alas – Andi Cor

Wrap it – Abril Ethen

Un vaquero de ojos verdes – Tess Curtis

Ni conmigo ni sin mí – Nina Minina

Una salchicha muy viva – Nina Minina

¿Viernes o te vas? – Nina Minina

Alicia en el país sin wifi – Nina Minina

Un vaquero atormentado – Tess Curtis

Cómeme mejor by Caperucita Golfa – Natalia Olmedo

Próximamente...

Los ojos del diablo – María R. Box